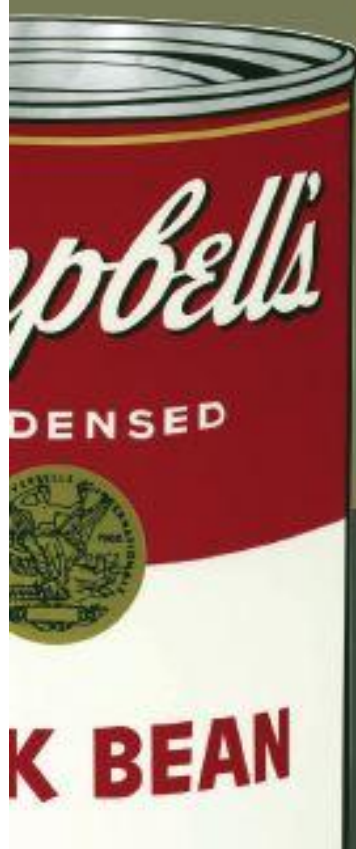




UNIVERSIDAD
METROPOLITANA

El siglo XX en sus propias palabras



ANTOLOGÍA
DE TEXTOS HISTÓRICOS

SELECCIÓN Y COMENTARIOS
MARÍA MAGDALENA ZIEGLER D.

EL SIGLO XX EN SUS PROPIAS PALABRAS

ANTOLOGÍA DE TEXTOS HISTÓRICOS

SELECCIÓN Y COMENTARIOS:
MARÍA MAGDALENA ZIEGLER D.

Autoridades Universitarias

Hernán Anzola
Presidente del Consejo Superior

Benjamín Scharifker
Rector

Mercedes de la Oliva
Vice Rector Académico

María Elena Cedeño
Vice Rector Administrativo

Mary Carmen Lombao
Secretario General



Comité Editorial de Publicaciones de apoyo a la educación

Prof. Roberto Réquiz

Prof. Natalia Castañón

Prof. Mario Eugui

Prof. Humberto Njaim

Prof. Rosana París

Prof. Alfredo Rodríguez Iranzo (Editor)



Primera edición, julio de 2013.

Diseño gráfico: María de Lourdes Cisneros.

Impresión: Departamento de Publicaciones. Universidad Metropolitana.

Hecho el depósito legal de ley.

Depósito legal: XXXXXX

ISBN: XXXXXX

*Courage is the most important of all virtues,
because without courage you can't practice
any other virtue consistently.*

*You can practice any virtue erratically,
but nothing consistently without courage.*

MAYA ANGELOU

*A TODAS AQUELLAS VOCES ANÓNIMAS QUE,
A PESAR DE SU CORAJE, NO HAN ENCONTRADO UN LUGAR
EN LAS PÁGINAS DE LA HISTORIA DEL SIGLO XX.*

AGRADECIMIENTOS

A los que han alzado su voz, siempre gracias. A los que consideran las aulas universitarias como un espacio para crecer, discentir y explorar. A los que me han acompañado en mi carrera docente, confiando y desconfiando, porque me han ayudado a templarme. Al profesor Oscar Abdala, a quien le debo la oportunidad de mi vida. Al profesor Alfredo Rodríguez, por brindarme un espacio que nunca creí merecer. A los estudiantes que han poblado mis días con sus dudas, sus retos y sus proyectos. A quienes llenan mi cotidianidad de voces, provocando reflexión y sonrisa. A la historia que me ha acogido entre sus errores y sus virtudes.

CONTENIDO

Estudio preliminar	13
El Manifiesto Futurista	
Cómo desafiar a la Modernidad	21
Manifiesto Futurista, 1909 Filippo Tommaso Marinetti	26
Cartas desde el frente de batalla	
Desde la trinchera	33
Cartas desde el frente de batalla, 1914-15 Franz Marc	38
Salvemos los Redwoods	
La naturaleza en el corazón	43
Salvemos los Redwoods 1920 John Muir	51
Ciencia y Religión	
Tomadas de la mano	55
Ciencia y Religión, 1939-41 Albert Einstein	61
Discurso al Congreso Indio	
La Paz como camino	69
Discurso al Congreso Indio, 1942 Mohatmas Gandhi	76
La Cortina de Hierro,	
Fortaleza en la Paz	81
La Cortina de Hierro, 1946 Sir Winston Churchill	86
Declaración Universal de los Derechos Humanos	
A la Humanidad, una declaración.	97
Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)	

El arte y los artistas	
Un maestro entre los artistas	115
El arte y los artistas, 1950 (Extractos) Ernst H. Gombrich	122
Mater et Magistra	
Solidaridad social en el mundo	133
Carta encíclica Mater et Magistra de Su Santidad Juan XXIII sobre el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana	
Juicio en Nuremberg	
El valor de la vida de cada ser humano	209
Juicio en Nuremberg, 1961 (Sentencia Final en el film)	214
Discurso de Berlín	
Ciudad abierta, ciudad de hombres libres	217
Discurso de Berlín, 1962 John F. Kennedy	222
Escogimos ir a la Luna	
Destino: la Luna	225
Escogimos ir a la Luna, 1962 John F. Kennedy	231
Tengo un sueño	
El sueño de todos	239
Tengo un sueño, 1963 Martin Luther King	242
Carta de Venecia	
Patrimonio cultural, herencia humana	249
Carta de Venecia Carta internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y de conjuntos histórico-artísticos <i>II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos,</i> Venecia, 1964	255
Sounds of Silence	
Sonidos en la postmodernidad	261
Sounds of Silence, 1964 (1966) Paul Simon	267
Manifiesto del Mayo francés	
Revolución estudiantil	269
Manifiesto del Mayo francés, 1968	

Revolution	
Dijiste que querías una revolución	279
Revolution, 1968 John Lennon / Paul McCartney	286
Imagine	
Imagino	289
Imagine, 1971	
Discurso ante la UNESCO	
A la Ciencia desde el hombre	295
Discurso ante la UNESCO, 1980 Juan Pablo II	300
Discurso de aceptación del Premio Nobel	
Por lo que es común a todos los seres humanos	307
Discurso de aceptación del Premio Nobel, 1989 Tenzin Gyatso, XIV Dalai Lama	312
Declaración de Paz	
La voz de un 'hibakusha'	317
Declaración de Paz, 1990 Takeshi Araki, Alcalde de la ciudad de Hiroshima	324
En la Cumbre de la Tierra	
En nombre de todas las generaciones por venir...	327
En la Cumbre de la Tierra, 1992	
Discurso de toma de posesión	
El hombre que fue libre	335
Discurso de toma de posesión, 1994 Nelson Mandela	341
¿Qué es la indiferencia?	
La mirada, la acción	345
¿Qué es la indiferencia?, 1999 Eli Wiesel	350

¿Barbarie o grandeza? ¿Cómo calificar el desarrollo histórico del siglo XX? Estas preguntas se las realizó el historiador español Julio Aróstegui, hace unos pocos años, en un esclarecedor artículo. Decía entonces Aróstegui que resultaba tremendamente complicado abordar en “un juicio desapasionado y objetivo lo que para la historia, milenaria ya, de nuestra civilización ha representado esta centuria por demás agitada y progresiva, fragmentada y bélica, destructora y creativa, todo a un tiempo.”¹ Y con toda razón. Este es el momento de Auchwitz, de Vietnam, del Apartheid y de la amenaza nuclear, pero también es el momento de Woodstock, de la UNICEF, del Cine, de los Juegos Olímpicos, de la Penicilina y del *Blaue Reiter*. No es un período *sancto*, pero juzgarlo como un fracaso sería poco menos que una gran injusticia.

Podemos afirmar que es el siglo del *genocidio*² ante la realidad de la Armenia de la década de 1910, de la Unión Soviética en los años 20 y 30, de las acciones de Japón en China desde 1931, de la Alemania nazi, de la Yugoslavia de la década de 1990 o de la Rwanda de 1994, pero también es el siglo de los *Derechos Humanos*. Podemos concebir el período como el más devastador para el medio ambiente, pero también es el siglo de los más grandes esfuerzos de preservación del planeta que la humanidad haya presenciado. Podemos mirar el siglo como el de la opresión política, pero también es el siglo de la Libertad. Así pues, donde quiera que surja una voz condenatoria del siglo XX, surgirá también una voz benéfica, no para absolver sino para recordarnos que allí donde el ser humano puede llegar a ser terriblemente destructivo, termina alzando la bandera de la *construcción*.

En 1954, el historiador inglés David Thomson afirmaba, con gran diaphanidad, que doscientos años antes “hasta los acontecimientos más trascendentales acaecidos en una parte del mundo tenían muy ligeras

1 Julio Aróstegui, “Siglo XX, barbarie y grandeza” en *La aventura de la Historia*, Año 2, N. 14, Dic. 1999, pág. 15

2 El término *genocidio* es incluso una creación del siglo XX, acuñado por el Prof. Raphael Lemkin (1900-1959) durante la Segunda Guerra Mundial, en su obra más importante *Axis Rule in Occupied Europe* (1944), para referirse a las acciones del gobierno nazi en contra de los judíos y otras minorías. A Lemkin se le debe no sólo el término, sino la consideración del hecho como una ofensa contra las leyes internacionales.

y lejanas repercusiones, si es que acaso producían algún efecto en otras partes de la Tierra... El destino de los cinco continentes no estaba trabado como ahora.”³ De un mundo separado en estancos de influencias, pasamos a un mundo interconectado. “El resultado hoy en día –afirmaba Thomson entonces- es la existencia de un mundo en el cual todo acontecimiento grave en cualquier sitio es de importancia para todas las demás partes dentro de un tiempo relativamente breve, y ese término, por otra parte, tiende a reducirse cada vez más.”⁴

Thomson no podía considerar la comunicación satelital ni la Internet al momento de reflexionar de esa manera y, sin embargo, sorprende la lucidez de su visión en cuanto al esbozo de un mundo *globalizado*, concepto este con el que el siglo XX cerrará su discurrir cronológico. Con todo, este historiador brindaba un diagnóstico bastante exacto de lo que la centuria que nos ocupa implicó para cada hombre sobre el planeta. Hoy, iniciando el siglo XXI, nos parece normal y necesaria la intervención de los individuos (y de grupos de ellos) de cualquier parte del mundo ante un hecho como la lapidación de una mujer en Somalia al ser condenada por adulterio. Hace 100 años, éste habría sido no sólo un hecho menor, sino que muy probablemente habría pasado apócrifamente en la historia de un pueblo que poca o ninguna incidencia tenía sobre tantos otros en el orbe.

Esta particularidad no implica únicamente el hecho concreto de la interconexión global a partir de las nuevas tecnologías de la información y comunicación. Implica también, en términos sustantivos, que es en el siglo XX cuando lo acaecido en una latitud afecta indefectiblemente a todas las demás: las malas cosechas en una región tendrán una incidencia clara sobre las regiones que no producen el producto, pero también sobre aquellas que lo producen; un alzamiento político movilizará la atención y los intereses de buena parte de los gobiernos del mundo; el desarrollo de una nueva tecnología no podría sino estimular cambios en todas partes.

Pero, además, implica que ahora, como nunca antes, nos importa la vida y la dignidad humanas en cualquier lugar. Contra los Estados re-

presores, surgen las voces disidentes que siempre han existido, pero que hoy encuentran un eco mayor no sólo en los medios de comunicación, sino en las conciencias de la gran mayoría de sus pares. Esto no pretender una construcción idealista del mundo, pero es una realidad difícil de cuestionar a pesar de que las injusticias no han sido erradicadas de la faz de la Tierra.

Hace 100 años la humanidad no contaba con organizaciones como *Save The Children*, *Amnesty International*, *Human Rights Watch*, *Peace Brigades International*, *Global Witness*, *Médecins Sans Frontières*, *Greenpeace* y *World Wide Fund For Nature*, por mencionar unas pocas, mientras que la Cruz Roja Internacional hallaría en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) el dantesco escenario de su primera acción global. Lo anterior se refiere nada más al ámbito de las acciones e iniciativas no gubernamentales, pero nos permite afirmar que hoy el mundo está mucho mejor y más organizado que hace un siglo y esa tarea fue tejida con filigrana durante el siglo XX. De esta manera, la iniciativa de la Sociedad de las Naciones que terminaría en un doloroso fracaso, no podría sino intentarse de nuevo en la Organización de las Naciones Unidas en 1945, pero esta vez con una visión global del mundo basada en el principio del respeto y la autodeterminación de los pueblos que se apoyara sin distingo alguno. Es cierto que la ONU no ha evitado completamente todos los conflictos, ni ha sido lo eficiente que su Carta fundacional prometía, pero sobre ello debe privar la reflexión crítica y personal de cada individuo sobre cómo sus acciones diarias contribuyen al éxito de esos principios.

No es nuestra intención beatificar al siglo XX. Tampoco deseamos endilgarle un calificativo que deje a un lado el alud de elementos positivos que este período tiene. No deseamos reducirlo a un sino estrecho que no permita apreciar las equivocaciones y las tragedias ocasionadas. Quizás podríamos llamarlo “el siglo de los problemas”, como bien acertó a expresar Jacques Barzun en su gran obra *Del amanecer a la decadencia* (1998), aludiendo que todas las épocas deberían llamarse así, siendo el calificativo más justo y adecuado. De cualquier manera, una visión unitaria de esta centuria es más que imposible. Incluso para quienes afirman que éste comenzaría con optimismo sería difícil negar la semilla destructiva que anidaba en esa confianza que los años previos a la PGM colocarían en el futuro.

3 David Thomson, *Historia Mundial*, pág. 11

4 David Thomson, *Op. cit.*, pág. 12

Que duda queda, pues, sobre el carácter esencialmente contradictorio del siglo XX. En algunos momentos de la historia ha sido posible identificar elementos más o menos comunes que allanen el camino para una comprensión histórica equilibrada. Ya en el siglo XIX esta labor es cuesta arriba y en el siguiente prácticamente inalcanzable. Aróstegui señala que el siglo XX “ha cambiado profundamente a la humanidad, al tiempo que ha debido buscar solución a problemas que no nacieron con él, sino mucho antes... El siglo XIX puso en pie los problemas que ha debido resolver el XX. Esta centuria debe buena parte de su agitación y su tragedia a lo que le legó el siglo XIX.”⁵

Evidentemente, esto no puede convertirse en la justificación de los sucesos de este siglo. De hecho, la rica herencia del siglo XIX no fue dilapidada completamente ni se convirtió en el agente determinante del la terrible faz de todo un siglo. Será a partir de ella que movimientos como el feminismo, el pacifismo y el ecologismo, entre otros, contribuyeron a reconfigurar el sentido social y moral del mundo. Muchos podrán preguntarse de qué ha servido tal cosa si los últimos 100 años están signados por palabras de abismal hondura como *discriminación*, *hambre* y *tortura*. No hay oferta válida para enfrentar tales realidades. Sin embargo, con el lamento sincero por los agravios de los más superlativos niveles latiendo en nuestros oídos, sería hipócrita olvidar que, por ejemplo, es en este siglo cuando el hombre aprende a manifestarse por sus derechos sin violencia, cuando comprende en amplio alcance que lo humano no está en las apariencias sino en la esencia de serlo, cuando abraza a un árbol para sentir su vida, cuando ve en la cultura toda un reservorio de humanidad, cuando fue posible que el sueño desproporcionado de Julio Verne de llevar al hombre a la Luna se hiciera realidad.

En 1930, José Ortega y Gasset publicó un agudísimo análisis sobre las transformaciones de la sociedad.⁶ En él, el filósofo español, señalaba que la cultura del siglo XX descansaba sobre un hecho estadístico fundamental: *la sociedad de masas*. En realidad, la expansión demográfica que se inicia en el siglo anterior, cambiará radicalmente

las características tradicionales de la sociedad en todo el mundo. “En las doce centurias antes de 1800, Europa alcanzó una población total de 180 millones. Entre 1800 y 1914 su población aumentó de 180 a 460 millones... Entre 1815 y 1940 la población de la India aumentó en lo doble: de casi 200 a casi 400 millones... La población de África, que antes permanecía estática y aun declinaba, ha aumentado en ese mismo tiempo de 95 a 170 millones. Igualmente, la de América Latina ha crecido de 30 a 145 millones.”⁷ Y estos datos corresponden sólo a la primera mitad del siglo. Avanzando un poco más tenemos que para 1970 África superaba los 350 millones de habitantes y para el año 2000, su población alcanzaba cerca de 780 millones; Europa pasó de unos 655 millones a unos 730 millones al terminar el siglo XX; América Latina superó los 285 millones en 1970 y alcanzó los 500 en el año 2000; Asia, por su parte, casi roza los 2150 millones de habitantes en 1970 y para el fin del siglo había conseguido superar los 3600 millones.⁸

Esa *sociedad de masas* que describió Ortega y Gasset es aquella que se ha configurado en buena parte gracias a los medios de comunicación, a los alcances de la democratización de la educación y de la ampliación de los derechos políticos y económicos en el mundo. Sin embargo, esa misma sociedad es la que hizo posible el ascenso de regímenes como el del Nazismo alemán, el Fascismo italiano y el Comunismo en su versión soviética y china, por ejemplo. Regímenes estos que hicieron un uso indiscriminado del discurso político de estímulo a las masas, que dependieron de ellas en innumerables demostraciones de *apoyo popular* y que utilizaron ese repertorio de manipulación, ya manido por el molino de la tradición religiosa, que concentraba en *el pueblo* el máximo poder y la más grande reserva de gloria. En nombre de ese *pueblo*, de esa *sociedad masificada* que tiende a la igualación y, con ella, a la indiferenciación de aspiraciones y, más grave aun, al diluir de las responsabilidades individuales, se cometieron la mayor parte de las atrocidades que hubo de atestiguar el siglo XX.

Con todo, contra esa *masa indiferenciada de personas* se alzaron las voces que hoy presentamos en este libro y que, de un modo muy par-

5 Julio Aróstegui, *Op. Cit.*, pág. 21

6 Se trata del libro *La rebelión de las masas*, publicado por la Revista de Occidente. Es, tal vez, el libro más célebre de Ortega y Gasset.

7 David Thomson, *Op. Cit.*, pág. 59

8 Cfr. *El estado del mundo. Anuario económico y geopolítico mundial*. 1999, pág. 549 y ss.

ricular, nos recuerdan que el poder del individuo, de su intelecto, de su alma y su propio cuerpo, pueden hacer esa diferencia que se requiere siempre para impedir que la humanidad pierda el sentido de su propia dignidad. Por ello un John Lennon y un Albert Einstein juntos; por ello el Dalai Lama de la mano de una niña de 12 años, Severn Suzuki, ante las naciones más poderosas del mundo; por ello un puñado de estudiantes atendiendo el llamado de Eli Wiesel.

No obstante, cabría de esperarse, en un estudio preliminar como éste, que se brindara una comprensión histórica amplia sobre el siglo que se presenta o, en una mínima exigencia, un esbozo del significado histórico de estos 100 años. Sin embargo, abordar el *significado* de la historia es tarea fútil. Ésta no tiene significado *per se* y es sólo factible hablar de aquel significado que nosotros, quienes nos aproximamos a ella en cualquier momento, podemos darle, tal y como Karl R. Popper acertara a exponer en su obra *Open society and its enemies* (1945). No nos deslizamos cómodamente por las vías del relativismo con esta postura. Lo que buscamos es hacer evidente que el problema del significado de la historia y, por lo tanto, del siglo XX en sí mismo, es también el problema del significado del hombre, el problema del significado de la vida humana.

El historiador francés Marc Bloch (1886-1944) consideraba que “la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción.”⁹ Insistía en que “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente.”¹⁰ Así, para comprender el real significado del siglo XX, debemos mirar el discurrir de los hechos frente a nuestros ojos hoy y dilucidar lo que estos significan para nosotros. Sólo de este modo podremos brindar a la pasada centuria la dosis necesaria de justicia. De la misma manera, debemos mirarnos como humanidad y descubrir en nosotros el significado de lo que hemos llegado a ser.

Es claro, no obstante, que este es un proceso de doble vía y que no tiene un final determinado, sino que es parte de esa enorme y constante responsabilidad que tenemos de erradicar la ignorancia, de evitar la indiferencia, de sostener el aliento de la vida donde quiera que se encuentre, bien sea en el ayer o en hoy. Sin posiciones radicales, sin polarizaciones o discusiones inútiles, la historia de cualquier período debe dar como resultado una comprensión más amplia y profunda de aquello que la vida significa, en todas sus manifestaciones.

“We didn’t start the fire / it’s been always burning / since the world’s been turning...”¹¹ Así va una canción de Billy Joel titulada como el verso inicial. En su cuerpo, la canción hace un completísimo inventario histórico de la segunda mitad del siglo XX y, con ello, busca demostrar que cualquier acción llevada a cabo en el *hoy* ha tenido precedentes importantes y de reconocimiento necesario. El lector podría hacerse la idea de que este libro va por el mismo camino o que, al menos, le ofrecerá una antología de textos y documentos fundamentales del siglo pasado. Desafortunadamente no es eso lo que hallará. En lugar de esa compilación sesuda y detallada de la documentación históricamente representativa del siglo XX, el lector se topará con una selección poco usual, en la cual hallará nombres familiares como el de Winston Churchill, nombres poco conocidos como el de John Muir, nombres poco usuales como el de Franz Marc y confluencia de intelectos y espíritus como lo expone la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En cualquier caso, no fue hecha esta selección en función de la fama de las palabras, sino en función de lograr un recorrido personal y humano a través de la historia de este siglo.

No deseábamos reproducir las mismas antologías que han sido publicadas y comentadas una y otra vez. No deseábamos construir un conjunto de documentos que mostrasen al siglo XX como un período nefasto en la historia de la humanidad, pero tampoco deseábamos disfrazar las décadas que le componen históricamente hablando. Nuestro deseo era permitir que el siglo XX hablase por sí mismo de sus flaquezas, de sus cicatrices, de su espíritu creativo y de sus anhelos.

11 Billy Joel, “We didn’t start the fire”, canción editada en el album *Storm Front*, en 1989.

La canción es en realidad un recorrido por los personajes y acontecimientos de relevancia mundial desde 1949, año de nacimiento de Joel, hasta 1989. La pieza demuestra gratamente la pasión oculta de este artista: la Historia.

9 Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, pág. 35

10 Marc Bloch, *Op.Cit.*, pág. 40

No deseábamos señalarlo con el dedo acusador, sino permitir que fueran sus propias voces quienes realizaran el necesario acto de contricción y dibujarán el horizonte de esperanza. Nuestra labor aquí ha sido la de proveer una acústica adecuada al resonar de sus palabras.

Es así que hemos intentado no mirar los últimos 100 años como un fracaso. Evidenciamos su carácter excepcional en el hecho de que hombres ordinarios tuvieran la capacidad de traducir, de manera extraordinaria, momentos cruciales en el desarrollo histórico de la humanidad, de los cuales han sido además protagonistas y, en no pocas ocasiones, voces decisivas. De cualquier manera, todas esas voces son positivas. Ninguna oculta. Todas muestran defectos y virtudes, hablan de la barbarie y de la grandeza. Todo está en ellas, pero con la característica especial de que ninguna se hunde en los pantanos de la depresión histórica. Por el contrario, todas constituyen esa bocanada de aire fresco que es necesario para cada ser humano cuando sabe que el camino es largo, difícil e ingrato, pero que se traduce en esperanza cuando al final reluce aquello que es común a todos: *la vida*.

Con ustedes, el siglo XX... *en sus propias palabras*.

María Magdalena Ziegler D.

EL MANIFIESTO FUTURISTA

CÓMO DESAFIAR A LA MODERNIDAD



Durante todo el siglo XIX todo movimiento artístico buscó definirse como de *vanguardia*. El objetivo de los artistas era convertirse en los líderes de la sociedad en su camino en pos del progreso, tal y como lo había expuesto el Conde de Saint-Simon,¹² en su artículo "La

12 Claude-Henri de Rouvroy, Conde de Saint-Simon (1760-1825), filósofo y escritor francés, representante fundamental del llamado *Socialismo Utópico*.

Parábola” (1819). Según Saint-Simon era indispensable asumir la delantera en la ejecución del proyecto del futuro. Para ello, los artistas tendrían una preclara visión, privilegiada entre el resto de los miembros de la sociedad. Así las cosas, el arte debía no sólo palpar según su tiempo, sino adelantarse a él.

En la alborada del siglo XX, el llamado a ser *vanguardia* sería escuchado por unos artistas italianos, quienes, imbuidos aun de la más pura esencia romántica, exclamarían, sin reparo alguno, el amor por todo aquello que la Revolución Industrial había arrojado a su tiempo. Eran los futuristas quienes habían cerrado filas a favor del cumplimiento de ese proyecto decimonónico llamado *Modernidad*.

El mérito de la conformación del grupo futurista recae en Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944),¹³ poeta italiano autor del texto que aquí presentamos. Marinetti era para 1906 el centro de un grupo de artistas (pintores, escultores y poetas) de Milán, como Giacomo Balla y

13 Filippo Tommaso Marinetti, nació en Alejandría (Egipto), de padres italianos. Desde muy joven se interesó por la literatura y aunque se graduó de abogado en la Universidad de Pavia en 1899, pronto decidió seguir su vocación literaria. En 1905, en Milán, fundaría la revista *Poesía*, en la cual colaborarían personalidades como Jean Cocteau, Aldo Palazzeschi, Corrado Govoni, Miguel de Unamuno, Gian Pietro Lucini, Giovanni Pascoli, Trilussa, Ada Negri, William Butler Yeats y Biagio Marin.

En 1918 fundaría el Partido Político Futurista que apoyaba la causa de Benito Mussolini. Aunque luego formó parte del Partido Fascista Italiano, renunció a éste en 1920 por desacuerdos con ciertas políticas. Sin embargo, Marinetti permanecería ligado al régimen fascista en el futuro y sería una figura clave en la generación de las líneas culturales del gobierno, luchando incluso por convertir al Futurismo en el arte oficial, cosa que no pudo lograr. Es de resaltar que Marinetti persuadió a Mussolini de no dejar entrar a Italia la exposición organizada por el régimen nazi, denominada “Arte Degenerado”, en la cual se había incluido –entre otros– al Futurismo como muestra de la supuesta perversión en la que había caído el arte del siglo XX, alejándose de los cánones clásicos.

Umberto Boccioni,¹⁴ que buscaban abrirse un camino entre el excesivo tradicionalismo del arte italiano de entonces. Tradicionalismo que, increíblemente, había impedido la entrada de nuevos modos de expresión artística, dejando a la escena italiana incluso al margen de las innovaciones representadas en el Impresionismo. El grupo vanguardista de Milán, aun sin definir un estilo propio, buscaba desesperado la manera de catapultarse hacia la *Modernidad*.

Marinetti consideró el término “Dinamismo” antes de tomar la decisión final que bautizaría al movimiento como “Futurismo”. De este modo y a diferencia de otros grupos contemporáneos, los futuristas se bautizaron a sí mismos y su nombre no tuvo visos de remoquete. Con este nombre, no quedaba duda del objetivo planteado. Sin embargo, el propio Marinetti se encargó de darle forma al mismo, expresándolo en un manifiesto que inauguraría la numerosa serie de manifiestos artísticos del siglo XX. *El Manifiesto del Futurismo* constituye pues, la piedra angular de la vanguardia del siglo pasado en términos de su retórica y su contenido decididamente rebelde en cuanto al pasado se refiere.

Cantan los futuristas en su Manifiesto el amor por todo aquello que representase a aquella sociedad forjada en el seno de la industrialización, en la algarabía de sus productos mecánicos, en el vórtice de la agitación de sus calles y la visión del humo de las fábricas como el hálito de energía de un

14 Giacomo Balla (1871-1958) y Umberto Boccioni (1892-1916), ambos pintores italianos, el último también escultor.

nuevo tiempo. En este sentido, rechazan el pasado que sentían les agobiaba y cercenaba en su anhelo por la Modernidad, radicada en el futuro al que se deseaban aferrar.

Los futuristas estaban decididos a asir entre sus manos ese elusivo futuro que la Modernidad, desde el siglo XIX, dibujaba como la tierra prometida. Súbitamente, la celeberrima Vitoria de Samotracia, lucía como un viejo cacharro desechable cuando se le colocaba al lado de un rugiente y rápido automóvil. Más aun, la hasta entonces reconocida belleza del arte clásico dejaba de tener sentido en una sociedad absolutamente motorizada, de ritmo acelerado y de profundo desasosiego. Allí, la guerra, en tanto lucha, surgía como la demostración más natural de la indomable energía que parecía mover el mundo.

El *Manifiesto Futurista*, por sus cualidades de “manifiesto”, es un documento que apela a extremos retóricos para provocar un efecto contundente. Apela a temas como la libertad, la superioridad, la lucha, etc. Todos, tópicos decididamente revolucionarios que acompañan el planteamiento central: la imperiosa necesidad de *ser modernos*. Este *Manifiesto* fue un documento polémico en su propio tiempo, pues prácticamente llamaba a una batalla cultural en la búsqueda de una expresión artística adecuada para un tiempo histórico marcado por la Revolución Industrial.

Fue redactado por Marinetti en 1908, pero no sería publicado hasta enero de 1909, como el prefacio de un libro de sus propias poesías. No obstante, el texto no alcanzaría el impacto del que gozó hasta que el periódico francés *Le*

Figaro lo publicara en la primera página de la edición del 20 de febrero de ese mismo año. Esta es, incluso, la fecha que suele tomarse para el nacimiento del Futurismo. A partir de entonces, crítica y adhesión circularon alrededor del texto.

Su impacto fue amplio e inmediato en muchas regiones de Europa. En la Rusia pre-soviética, por ejemplo, el *Manifiesto Futurista* sorprendió de manera singular. Sin embargo, algunos intelectuales como Vladimir Maiakovski¹⁵ se sintieron atraídos por la estética derivada del *Manifiesto*, pero no por su alabanza de la guerra y la violencia. Ciertamente, los futuristas, tal y como lo expone el texto presentado, valoraron la guerra no sólo como “la única higiene del mundo” sino también como la eufórica senda que les convertiría en héroes de grandes gestas *modernas*.

Vale comentar que la guerra en la que Italia se involucró en Libia¹⁶ en 1911 fue, para los futuristas, una especie de trompeta de anuncio del inminente proceso de “saneamiento” al que Europa debía someterse. En efecto, en 1914 estallaría la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y, sólo entonces, la guerra resultaría no ser tan hermosa como el Manifiesto la había descrito, para descubrirse como una realidad cruel. Pero el Futurismo se había engarzado en su tiempo y

15 Vladimir Maiakovski (1893-1930), eminente poeta y dramaturgo ruso.

16 Conocida como la Guerra de Libia o la Guerra Italo-Turca, fue librada entre el Reino de Italia y el Imperio Otomano (entre septiembre de 1911 y octubre de 1912). Suele considerársele como consecuencia de los acuerdos del Congreso de Berlín (1878), con los cuales Italia resultó insatisfecha en relación con sus pretensiones imperiales sobre el norte de África. A este suceso bélico se le considera uno de los más importantes precedentes tecnológicos de la Primera Guerra Mundial, pues en ella se probó por primera vez las ventajas de una fuerza aérea. No es de extrañar que llamase particularmente la atención de los adeptos futuristas.

había vivido con él como lo demandaba el *ser vanguardia* desde el siglo anterior. Sólo que su tiempo había arrojado un episodio dantesco donde era esperado que el futuro resplandeciera siempre *moderno*.

Indiscutiblemente, el *Manifiesto Futurista* legaría, no sólo a la vanguardia artística del siglo XX, sino a todos aquellos que, deseosos de enterrar el pasado y las tradiciones, cantaban la emoción de la tecnología, la industria y la velocidad como exponentes auténticos de un tiempo convulso y dinámico. Con certeza, hacerlo formar parte de esta selección de textos implicó dejar de lado otros manifiestos importantes para las artes del siglo XX. No obstante, al ser éste el primero, el más fervoroso e impetuoso de todos, puede representar a sus pares con toda propiedad, recordando que la cultura de cualquier momento de la historia no es únicamente su espejo, sino también su atizador.

MANIFIESTO FUTURISTA,¹⁷ 1909

FILIPPO TOMMASO MARINETTI

Mis amigos y yo habíamos velado toda la noche bajo las lámparas de cobrizas cúpulas agujereadas y revolcábamos nuestra pereza nativa sobre los opulentos tapices persas. Habíamos discutido hasta los límites extremos de la lógica y arañado el papel de locas escrituras. Un inmenso orgullo hinchaba nuestros pechos al sentirnos solos, erguidos como faros o como centinelas avanzados frente al ejército de estrellas enemigas que acampaban en sus vivaces celestes ¡A solas con los mecánicos en las fraguas infernales de nuestros navíos, a solas con los

negros fantasmas que forrajean en el vientre rojo de las locomotoras enloquecidas, a solas con los embriagantes batirse de alas contra los muros! Y henos aquí, bruscamente distraídos por el rodar de enormes tranvías de doble piso que pasan estridentes, agujereados de luz; tales como caseríos en fiesta, que el Po desbordado conmoviera y exterminara súbitamente arrastrándolos hasta el mar en cascadas y remolinos de diluvio. Después se adensó el silencio.

Y escuchando la oración extenuada del viejo canal y el crujir de huesos de los palacios moribundos decorados de verdín; de repente, rugieron bajo nuestras ventanas los automóviles hambrientos. -¡Partamos amigos!- dije yo-. Al fin la Mitología y el Ideal místico han sido superados. Vamos a asistir al nacimiento de del Centauro y veremos muy pronto volar los primeros ángeles. Será preciso forzar las puertas de la vida para probar los goznes y los cerrojos. ¡Partamos! He aquí el primer color alboreando sobre la tierra...

Nada iguala al resplandor de su espada roja que se esgrime por primera vez entre nuestras tinieblas milenarias. Nos aproximamos a las tres máquinas refunfuñantes para acariciar sus petrales. Yo me tendí sobre la mía como un cadáver sobre su ataúd, pero resucité súbito bajo su volante -cuchillo de guillotina- que amenazaba cortar mi estómago. La gran escoba de la locura nos saca de quicio y nos impele a cruzar las calles escapadas y profundas como torrentes desbocados.

Aquí y allá, lámparas agoreras en los cuadros de las ventanas nos enseñan a despreciar nuestros ojos matemáticos. -¡A las fieras -grité yo- les basta con su olfato! Y cazábamos -como leones jóvenes- la Muerte que corría ante nosotros en el vasto ambiente malva, palpitante y vivo. Y sin embargo, no teníamos Señora ideal irguiendo su talle hasta las nubes ni Reina cruel a quien ofrecer nuestros cadáveres torcidos en ondas bizantinas.

Nada por quien morir, sino es por el deseo de desprendernos del fin de nuestro valor audaz. ¡Bamos aplastando contra el umbral de las casas a los perros guardianes, que quedaban estrujados bajo nuestros neumáticos quemantes como un cortafuego. La muerte acariciada me salía a cada viraje para ofrecerme gentilmente la mano, Y en seguida se tendía a ras de tierra con un ruido de mandíbulas estridentes, reflejando sus miradas en el fondo de los charcos. -¡Salgamos de la Sabi-

17 Publicado en *Le Figaro* (París), el 20 de febrero de 1909

duría como de una horrorosa llaga y entremos como frutas coloreadas de orgullo en la boca inmensa del viento! ¡Démonos como manjar a lo desconocido, no por desesperación, sino sencillamente para enriquecer las reservas insondables de lo absurdo Dichas estas palabras, viré bruscamente sobre mí mismo con la rabiosa embriaguez de los perrillos que se muerden la cola, y he aquí que, súbitamente, dos ciclistas me obstruyeron el paso titubeando ante mí como dos razonamientos persuasivos y sin embargo, contradictorios.

¡Un fastidio! ¡Puah! Yo viré en corto, disgustado, y di de refilón en un gran bache. ¡Oh, fosa maternal medio llena de agua fangosa! He saboreado a boca llena el cieno fortificante que me recuerda el santo pezón negro de mi nodriza sudanesa. Cuando enderecé mi cuerpo fangoso y maloliente, sentí el hierro rojo de la alegría cosquilleándome deliciosamente el corazón. Una multitud de pescadores de caña y naturalistas gotosos estaba sobrecogida de espanto alrededor del milagro.

Con un anhelo desconocido elevaron muy altos enormes gavilanes de hierro para pescar mi automóvil, semejante a un tílburí atollado. Emergió el auto lentamente de la fosa, llena su carrocería de cieno e impoluto su interior. Se creyó muerto a mi tílburí; pero yo le desperté con una sola caricia sobre su dorso potente, y resucitó corriendo a toda su velocidad.

Entonces, el rostro enmascarado con el buen hollín de las fábricas, lleno de escorias de metal. De sudores sobrantes y de azul con los brazos agitados como una bandera, entre lamentos de prudentes pescadores de cañas y naturalistas maltrechos, lanzamos nuestro primer Manifiesto a todos los hombres fuertes de esta tierra:

1. Nosotros queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad.
2. El valor, la audacia, la rebelión serán los elementos esenciales de nuestra poesía.
3. Hasta hoy, la literatura exaltó la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros pretendemos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo.
4. Nosotros afirmamos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un automóvil

de carreras con su capó adornado de gruesos tubos semejantes a serpientes de aliento explosivo..., un automóvil rugiente parece correr sobre la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia.

5. Nosotros queremos cantar al hombre que sujeta el volante, cuya asta ideal atraviesa la Tierra, ella también lanzada a la carrera en el circuito de su órbita.

6. Es necesario que el poeta se prodigue con ardor, con lujo y con magnificencia para aumentar el entusiástico fervor de los elementos primordiales.

7 Ya no hay belleza si no es en la lucha ni obras maestras que no tengan un carácter agresivo. La poesía debe concebirse como un violento asalto contra otra las fuerzas desconocidas, para obligarlas a arrojarse ante el hombre.

8. ¡Nos hallamos sobre el último promontorio de los siglos!... ¿Por qué deberíamos mirar a nuestras espaldas, si queremos echar abajo las misteriosas puertas de lo Imposible? El Tiempo y el Espacio murieron Ayer. Nosotros ya vivimos en lo absoluto, pues hemos creado ya la eterna velocidad omnipresente.

9. Nosotros queremos glorificar la guerra -única higiene del mundo-, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor dé los libertarios, las hermosas ideas por las que se muere y el desprecio por la mujer.

10. Nosotros queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo, y combatir contra el moralismo, el feminismo y toda cobardía oportunista o utilitaria.

11. Nosotros cantaremos a las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, por el placer o la revuelta; cantaremos las marchas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; cantaremos el vibrante fervor nocturno de los arsenales y de los astilleros incendiados por violentas lunas eléctricas; las estaciones glotonas, devoradoras de serpientes humeantes; las fábricas colgadas de las nubes por los retorcidos hilos de sus humos; los puentes semejantes a gimnastas gigantes que saltan los ríos, relampagueantes al sol con un brillo de cuchillos; los vapores aventureros que olfatean el horizonte, las locomotoras de ancho pecho que piafan en los railes como enor-

mes caballos de acero embreadados con tubos, y el vuelo deslizante del aeroplanos, cuya hélice ondea al viento como una bandera y parece aplaudir como una muchedumbre entusiasta.

Lanzamos en Italia este Manifiesto de heroica violencia y de incendiarios incentivos, basado en la cual fundamos hoy el Futurismo, porque queremos librarla de su gangrena de profesores, arqueólogos y cicerones. Italia ha sido durante mucho tiempo el mercado de los chalanés. Queremos librarla de los innumerables museos que la cubren de innumerables cementerios. ¡Museos, cementerios! ¡Tan idénticos en su siniestro acodamiento de cuerpos que no se distinguen! Dormitorios públicos donde se duerme siempre junto a seres odiados o desconocidos. Ferocidad recíproca de pintores y escultores matándose a golpes de línea y de color en el mismo museo.

Admitimos que se haga a esta necrópolis una visita anual... como quien va a visitar a sus muertos llegare y hasta concebimos que se depositen flores una vez por año a los pies de La Gioconda... ¡Pero ir a pasear cotidianamente a los museos, nuestras tristezas, nuestras frágiles decepciones, nuestra cólera o nuestra inquietud, no lo admitimos! ¿Es que quieren envenenarse? ¿Es que quieren podrirse? ¿Qué pueden encontrar en un cuadro antiguo si no es la contorsión penosa del artista esforzándose por romper las barreras infranqueables de su deseo de expresar enteramente su sueño? Admirar una vieja obra de arte es verter nuestra sensibilidad en una urna funeraria, en lugar de emplearla más allá en un derrotero inaudito, en violentas empresas de creación y acción. ¿Quieren malvender así sus mejores fuerzas en una admiración inútil del pasado, de la que saldréis forzosamente consumidos, empequeñecidos y rendidos? En verdad que frecuentar a diario los museos, las bibliotecas y las academias -¡esos cementerios de esfuerzos perdidos, esos calvarios de sueños crucificados, esos registros de impulsos rotos...!- es para los artistas lo que la tutela prolongada de los padres para los jóvenes de inteligencia, ebrios de talento y de voluntad.

Sin embargo, para los moribundos, para los inválidos y para los prisioneros, puede ser bálsamo de sus heridas el admirable pasado, ya que el porvenir les está prohibido. ¡Pero nosotros no, no le queremos, nosotros los jóvenes, los fuertes y los vivientes futuristas! ¡Con nosotros vienen los buenos incendiarios con los dedos carbonizados! ¡Heles

aquí! ¡Heles aquí! ¡Quemen con el fuego de sus rayos las bibliotecas! ¡Desvíen el curso de los canales para inundar los sótanos de los museos! ¡Oh! ¡Que naden a la deriva los cuadros gloriosos! ¡Sean nuestros los azadones y los martillos! ¡Minemos los cimientos de las ciudades venerables!...

Los más viejos entre nosotros no tienen todavía treinta años; por eso nos resta todavía toda una década para cumplir nuestro programa. Cuando tengamos cuarenta años que otros más jóvenes y más videntes nos arrojen al desván como manuscritos inútiles!... Vendrán contra nosotros desde muy lejos, de todas partes, saltando sobre la ligera cadencia de sus primeros poemas, agarrando el aire con sus dedos ganchudos, y husmeando, a las puertas de las Academias, el buen olor de nuestros espíritus podridos, va destinados a las sórdidas catacumbas de las bibliotecas!

Pero no, nosotros no iremos nunca allá. Los nuevos adelantos nos encontrarán al fin, una noche de invierno, en plena campiña, bajo un doliente hangar abatido por la lluvia, acurrucados cerca de nuestros aeroplanos trepidantes, en acción de calentarnos las manos en la fogata miserable que nutrirán nuestros libros de hoy ardiendo alegremente bajo el vuelo luminoso de sus imágenes. Nos rodearán, desbordando despecho, exasperados por nuestro coraje infatigable, y se lanzarán a matarnos con tanto más desnudo y odio, cuanto mayores sean la admiración y el amor que nos tengan en sus entrañas. Y la fuerte y sana injusticia estallará radiosamente en sus ojos. Y estará bien.

Porque el arte no puede ser más que violencia, injusticia y crueldad. Los más viejos de entre nosotros no tenemos aún treinta años, y por lo tanto hemos despilfarrado ya grandes tesoros de amor, de fuerza, de coraje y de dura voluntad, con precipitación, con delirio, sin cuenta, sin perder el aliento, a manos llenas. ¡Mírennos! ¡No estamos sofocados! ¡Nuestro corazón no siente la más ligera fatiga! ¡Está nutrido de fuego, de valor y de velocidad! ¿Esto los asombra? ¡Es que no recuerdan haber vencido nunca! En pie sobre la cima del mundo arrojamus nuestro reto a las estrellas!

¿Vuestras objeciones? ¡Basta! ¡Basta! ¡Las conocemos! ¡Son las con-sabidas! ¡Pero estamos bien cerciorados de lo que nuestra bella y fal-

sa inteligencia nos afirma! -Nosotros no somos-decís-más que el resumen y la prolongación de nuestros antepasados.

¡Puede ser! ¡Sea! ¿Y qué importa? ¡Es que nosotros no queremos escuchar! ¡Guardaros de repetir vuestras infames palabras! ¡Levantad, más bien, la cabeza! ¡De pie sobre la cima del mundo lanzamos una vez más el reto a las estrellas!

CARTAS DESDE EL FRENTE DE BATALLA

DESDE LA TRINCHERA



No es usual que la Primera Guerra Mundial (1914-1918) sea abordada a partir de documentos personales. Los documentos oficiales son siempre aquí la primera opción, sobre todo aquellos referidos al término del conflicto. El Tratado de Versalles,¹⁸ por ejemplo,

18 El Tratado de Versalles, firmado el 26 de Junio de 1919, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, podría fin oficialmente al conflicto bélico conocido como la Primera Guerra Mundial y que se había iniciado en 1914 tras el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio Autro-húngaro. Es, quizás, el más célebre de los

es una piedra angular para comprender mucho de esta guerra y mucho de los años que le seguirían. Sin embargo, y sin la intención de soslayar la importancia capital de documentos como el citado en la comprensión histórica del siglo XX, hemos decidido mostrar la Primera Guerra Mundial desde dentro, desde la agresividad de las trincheras, desde la angustia de los soldados.

Hemos escogido para ello algunos extractos de cartas escritas desde el frente de batalla por el pintor alemán Franz Marc (1880-1915). Es claro que Marc no fue cualquier soldado, que su condición de hombre culto y de amplia sensibilidad artística le hizo mirar la guerra a través un prisma muy particular. No obstante, Marc fue, al igual que la gran mayoría sus compañeros en el frente, un hombre que confió en el cariz positivo del conflicto y que colocó sus esperanzas en una *depuración del mundo* para dar cabida a *un mundo nuevo y mejor*.

Marc estuvo desde pequeño rodeado de la expresión artística. Su padre había sido pintor de paisajes y le estimuló a incursionar en la Academia de Bellas Artes de Munich, su ciudad natal. Pronto, Marc sintió la necesidad de viajar a París y entrar en contacto con las más recientes propuestas del arte de vanguardia. Allí, en la capital francesa, descubrió la obra de Vincent van Gogh (1853-1890) como una extraordinaria revelación. Un viaje posterior a Saloniki y el Monte Athos, en Grecia, en el cual tuvo contacto con manifestaciones del arte

bizantino, le ayudarían a comprender la enorme carga espiritual que puede encerrar el arte.

Empero, no sería hasta conocer al pintor ruso Vassily Kandinsky (1866-1944) que Marc comprendería la importancia vital que tenía, a los ojos de no pocos artistas de la época incluyendo al propio Kandinsky, una visión más espiritual y menos material del mundo. Con la conformación del grupo artístico denominado *Der Blaue Reiter* (El Jinete Azul), Marc y Kandinsky solidificarían una de las amistades más memorables de la historia del arte. La producción artística de ambos, en términos plásticos, pero también teóricos, constituye uno de los pilares del arte del siglo XX.¹⁹

En las cartas que presentamos como parte de los textos que aquí dan voz al siglo pasado, podemos observar el indiscutible compromiso de Marc con sus convicciones artísticas que, al mismo tiempo, eran sus convicciones de vida. Son dos cartas a Kandinsky, las dos únicas que le escribiera desde la trinchera, y tres extractos de algunas dirigidas a su esposa, María. Lo extraordinario de esta selección epistolar es el afán que imprime en mirar más allá de la terrible tragedia que implica la trinchera, la lucha y la muerte que le ronda.

Así, como lo debió hacer cualquier soldado desde el frente de guerra, Marc habla de las balas, las heridas, el ruido ensordecedor, pero, al hacerlo, se queja de ellos en cuanto

Tratados firmados tras el fin de la guerra, no obstante, no es el único. Ha sido debate entre historiadores y expertos en distintas disciplinas, como la Economía, el considerar que en este tratado se hallaba el germen de la Segunda Guerra Mundial.

19 En comunión, Kandinsky y Marc publicarían en 1912 una única edición de un almanaque que debería salir anualmente, denominado *Der Blaue Reiter Almanak*. Esta obra compendia artículos de diversos autores sobre el *nuevo momento* del arte en Alemania, apreciado hoy como una de las más importantes muestras del pensamiento artístico de vanguardia de comienzos del siglo XX. Por otra parte, Kandinsky es conocido por sus fundamentales obras *De lo espiritual en el arte* (1911) y *Punto y línea sobre el plano* (xxx)

constituyen un impedimento para *ver* y *comprender* el *espíritu* de las cosas. Para Marc, la realidad (terrible o no) de la guerra era un obstáculo por ser material. Su anhelo del mundo se había movido desde hacía tiempo a la comprensión del *Absoluto* o *lo espiritual* y la guerra planteaba una realidad material molesta, distractiva. Expresa Marc, en sus cartas, su lucha por no dejarse embargar por el naturalismo. No era la muerte lo que le preocupaba sino que la realidad vivida le convirtiera en uno más de aquellos hombres que sólo pueden *ver* lo inmediato, lo material. La trinchera era la cárcel que lo alejaba de su pintura y ésta era para él la libertad.

Sin embargo, el alistarse fue para Marc un deber ineludible y así lo dice en sus cartas. No habría estado en paz, afirma, de haberse quedado en Munich. Haberse unido al ejército imperial alemán, según confiesa, le brindó la oportunidad de valorar lo que hay detrás de cada sencillo objeto, le estimuló a afinar el sentido que le permitía *ver más allá* de la materialidad de las cosas. Dibujarlas en su pequeño cuaderno de bocetos, era igual a *revivir*.

Más aun, para Marc la guerra era un acontecimiento inevitable que había que asumir como parte del destino histórico de Alemania, una épica necesaria que tendría como celebrantes a los soldados, pero que propiciaría esa anhelada renovación cultural. El sufrimiento inherente a la guerra era para Marc, como para un número significativo de jóvenes europeos en el frente, requisito indispensable dentro del contexto histórico que le tocó vivir.

A Kandinsky, le confiesa su temor acerca de la soledad que siente al no tener a su lado un interlocutor que le comprenda en referencia a su búsqueda interior como su amigo lo hacía. Y, aunque acepta que es posible que la guerra lo atrape y le haga perder la perspectiva de ese anhelo que ambos compartían, agradece la presencia de la guerra, porque la considera la única vía expresa al conocimiento de *lo espiritual*. La guerra, en su visión, era un proceso de purificación necesario. En ese sentido, lo creo deseado y, por ende, pregunta a su amigo: *¿o es que hay un solo hombre que quiera que no haya guerra?*

Para nosotros, resulta difícil comprender la defensa de una guerra *per se*. No obstante, es preciso aclarar que no es esto lo que Marc hace. Al contrario, es consciente del grave daño y de la insondable tragedia que la guerra implica. Pero así como el doctor obliga al niño a tomar la desagradable medicina por su salud, Marc creyó que tan sólo a través del choque de las fuerzas materiales, finalmente, *lo espiritual* sería libre. La materialidad a la que el mundo industrial se había apegado, el rechazo por los asuntos espirituales, las ambiciones de poder por el poder mismo que eran notables en la carrera imperialista de finales del siglo XIX y comienzos del XX, habían hecho que toda una generación invocase la regeneración de la sociedad. En esta causa, no se vislumbraba sino la imagen del sacrificio que expía las culpas y hace renacer las bondades del hombre.

En una idea intensamente romántica, Marc, como muchos otros, estaba convencido que sólo esa tremenda capacidad de *destrucción* se le oponía a la infinita capacidad del ser humano

para la *creación* y, por lo tanto, sólo mediante la *destrucción* de lo que obstruye el camino era posible redimir la *creación*, en términos de cada individuo. La muerte de seres humanos en el proceso constituyó, siempre, un elemento altamente perturbador que hombres como Franz Marc miraban desolados, desencantados del mundo, ante la terrible contradicción que significada en relación con sus propios anhelos. La guerra, como cualquier proceso de *destrucción*, después de todo, puede hacer brotar la más pavorosa imagen del hombre.

CARTAS DESDE EL FRENTE DE BATALLA,
1914-15
FRANZ MARC

Hageville, 24.X.14

K.

Tengo la triste sensación de que esta guerra se interpone como un caudaloso río entre nosotros; apenas alcanzamos a distinguirnos desde la otra orilla. Llamarlos es inútil, quizá también escribirnos. En tales momentos, cada uno se ve arrastrado, quiéralo o no, por su nacionalidad. Me opongo interiormente con todas mis fuerzas; ser europeo me importa más que ser alemán; no sé lo que usted siente. Yo sí vivo en esta guerra. Veo en ella el paso salvador, aunque cruel, hacia nuestras metas; no eliminaré a los hombres, sino que purificaré Europa, la dejaré "lista". Después de las 4 primeras semanas de fatigas indescribibles que he tenido que sobrellevar en Vogesen, tras todos los horrores y horribles imágenes de la guerra, desde comienzos de octubre he alcanzado una gran paz. Al principio tuve una infección del intestino grueso y estuve 16 días en el hospital militar de Schlettstadt, tranqui-

lo como un niño, luego seguí a mi tropa hasta un lugar entre Metz y Toul, donde no hay combates. Toda nuestra división ha sido tan diezmada en Vogesen, y hay tantos soldados agotados por la enfermedad, que se le ha dado un descanso y, por ahora, no entraremos en combate. Así que estamos en un pueblucho silencioso, Hageville, llevamos pacíficamente nuestros caballos a beber, fumamos, cocinamos, jugamos al ajedrez y dormimos todo lo que podemos; me he apañado una habitacioncita, en la que trabajo todo el día como si estuviera en Ried, – pero no pinto – no obstante reflexiono y escribo una cosa larga, – escribo lo que siempre quería escribir en Ried, y no podía; con la guerra se han soltado mis ideas. La pena es que sigo fatigado de la enfermedad y trabajo despacio, con lagunas de cansancio. Las ventanas vibran, a menudo durante horas enteras, con los bombardeos de Toul; ¡los pobres, valientes hombres que luchan allí, en los dos bandos! Por una meta que no conocen, pero que está ahí. Europa hace hoy con su cuerpo lo que Francia hizo consigo en la gran Revolución. ¡Esperemos que Napoleón nos ahorre el Imperio! Otra vez era demasiado pronto para la gran ofrenda de sangre. El juego superficial de la política, la gran araña estúpida conserva su tela; ha de ser destrozada.

Escríbame de nuevo sobre la gran corriente que fluye entre nosotros. ¿Tiene usted ganas? Conseguí su dirección a través de Klee. Salude cordialmente a todos nuestros conocidos de mi parte, y un fuerte apretón de manos para usted y la señora Münter.

de su Fz. Marc.

16.XI.14

Querido Kandinsky,

Hoy llegó, siguiendo al paquetito de chocolate de la señora Münter, su amable carta. El correo funciona ahora estupendamente. Respondo ahora mismo con esta tarjeta para confirmar que la he recibido. En las primeras semanas de los combates de Vogesen, que fueron espantosas, a menudo tampoco podía yo distinguir el sueño de la realidad. Cuando montaba en el caballo y cabalgaba durante toda la noche, no sabía si el sueño era Ried, o aquella interminable cabalgata en la os-

curidad. Y a menudo pensaba yo en sus cuadros, que me acompañaban como las formas de ese estado mental. Ya he superado esa vida fantasmal y estoy lleno de vitalidad. Puedo estar concentrado continuamente en mis pensamientos, e hilar punto tras punto. Protejo temeroso esta paz interior, que me parece con frecuencia un milagro y, desde luego, un regalo; ¡y es que no tengo aquí ningún camarada al que llamar cuando la guerra me atrape! ¡Pero espero que no lo haga! Por desgracia, mi cuerpo no es tan resistente como había pensado al principio, pero debo aguantar; mi corazón no se lamenta por la guerra, sino que le da las gracias: no había ningún otro modo de acceder al tiempo del espíritu, el establo de Augias, la vieja Europa, sólo podía limpiarse así, ¿o es que hay un solo hombre que quiera que no haya guerra? Escríbame entre tanto, yo también lo haré.

Cordialmente 1 x 2, su F. Marc

PD:¿Sabe algo de Schönberg? Me interesa saber en qué estado de ánimo se encuentra.

12.IX.1914

Mi querida,

He reflexionado tanto sobre esta guerra y no llego a ninguna conclusión; probablemente porque los eventos obstruyen mi horizonte. No se puede ir más allá de la "acción" para ver el espíritu de las cosas. De cualquier manera, la guerra no hará de mí un naturalista; al contrario: tan fuerte siento el espíritu que ronda tras las batallas, tras cada bala, que lo realista, lo materialista desaparece completamente. Las batallas, las heridas, los movimientos tienen tal efecto místico e irreal como si significaran algo muy distinto de lo que sus nombres implican. Todo permanece codificado en un silencio horrible o mis oídos están sordos, aturdidos por el ruido, para escuchar el verdadero lenguaje de las cosas. Es increíble que haya habido momentos en los cuales la guerra era representada por campamentos, villas quemándose, jinetes al galope, caballos cayendo, patrulleros y cosas así. Estos pensamientos me parecen extraños aun cuando pienso en Delacroix, quien, después de todo, era el artista más talentoso en esos asuntos. Uccello es aun me-

jor, los frisos egipcios mucho mejores, pero todavía debemos hacerlo completamente diferente ¡completamente diferente! ¿Cuándo, me pregunto, seré libre de nuevo para pintar?...

Tuyo, Marc.

24.XII.1914

Queridísima,

No me arrepiento de haberme reportado en el frente. En Munich habría sido infeliz, estaría deprimido e insatisfecho todo el tiempo y, estando en casa, no habría ganado para mí ser y pensamiento, ciertamente no lo que la guerra me ha brindado... El más pequeño pedazo de periódico, las más banales conversaciones que escucho, tienen en sí un significado secreto para mí; detrás de cada cosa siempre hay algo más; una vez que has hallado el oído y el ojo para ellas, no te dejan descanso. ¡El ojo también! Estoy comenzando a ver más y mejor tras las cosas...

Estoy convencido de que tras las cosas yace otra cosa, e incluso muchas otras cosas. Pero este segundo significado ha transformado poderosamente el espíritu humano, el más grande cambio tipológico que jamás hayamos experimentado. El arte, indudablemente, procede de ese mismo camino, a su manera, claro. Y encontrar ese camino es el problema, ¡es nuestro problema!...

F.

6.IV.1915

Queridísima,

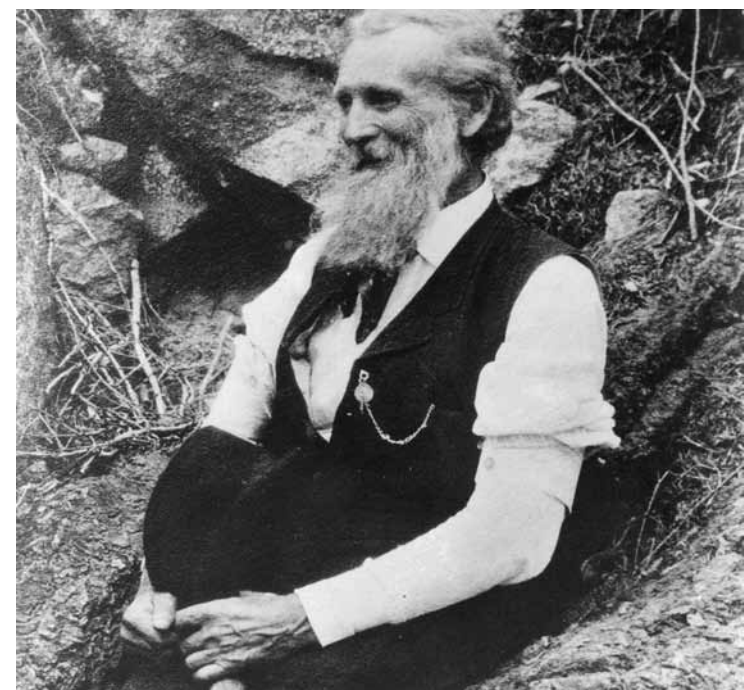
Anoche tu tierna y hermosa carta del 1.IV llegó a mí. No puedo decirte cuanto comparto tus ideas, pero especialmente deseo compartirlas en el futuro... La guerra no es nada distinto de los terribles tiempos antes de la guerra; aquello en lo que nos comprometimos entonces, nos compromete ahora, pero ¿por qué? Porque la farsa de la decencia

européa ya no es tolerable. Mejor es la sangre que la eterna decepción; la guerra es sólo tanto desagravio como sacrificio voluntario al que Europa se ha sometido a sí misma para expiar sus culpas, para limpiar su conciencia. Todo lo demás es completamente irrelevante y odioso, pero los soldados que marchan al frente y mueren allí no son feos. Allí tus sentimientos te engañan, porque no sientes con la suficiente profundidad. Si no puedes soportar la visión de la guerra, intenta, lo mejor que puedas, apartar de ella la mirada. ¡Pero no la califiques de estúpida!...

Tuyo, Franz

SALVEMOS LOS REDWOODS

LA NATURALEZA EN EL CORAZÓN



Con su inventiva singular, el joven John Muir diseñó un sistema que, a partir de precisos relojes y un ingenioso mecanismo, le volcaba la cama justo antes del amanecer para nunca perderselo. Su afectivo vínculo hacia la naturaleza le hizo vivir integrado a ella desde que era un niño, incrementándose su apego a las *maravillas de Dios* con el correr de los años.

Muir nació en Dunbar, Escocia, el 21 de abril de 1838. Era parte de una familia de ocho niños, hijos de Daniel Muir y Ann Gilrye, quienes se preocuparon por brindar a su prole una estricta educación y un sólido sentido del trabajo. Para 1846 la familia Muir emigraría a los Estados Unidos y se residenciarían en Wisconsin, adquiriendo una pequeña granja cerca de la localidad de Portage. Allí, los niños Muir recibirían una completa y más ajustada educación religiosa. John, por ejemplo, podía recitar el Nuevo Testamento de memoria a la edad de 11 años. No obstante, nunca manifestaría características de ortodoxia religiosa ni de ningún tipo de fundamentalismo a lo largo de su vida. Su imagen de Dios estaría presente en la naturaleza misma.

A los 22 años ya se inscribe en la Universidad de Wisconsin, con sede en Madison, en la cual estudiaría por unos 2 años, sin nunca graduarse. Tomó cursos muy variados y nunca pudo saberse qué grado pretendía obtener. De hecho, los registros universitarios lo calificaban como un *caballero irregular*. A pesar de todo, aprendería suficiente de geología y botánica como para valerse por sí mismo en sus posteriores recorridos por los bosques norteamericanos. En 1864 iniciaría su largo peregrinaje por los parajes naturales más hermosos de los Estados Unidos y Canadá, trabajando en cualquier actividad que tuviera oportunidad para procurar su manutención.

Para 1866, Muir es parte de una industria mecánica en Indianápolis, en la cual se destacaría por su ingenio con las máquinas. Al año siguiente un accidente que casi le deja ciego de un ojo, le haría tomar la irrevocable

decisión de dedicarse a su verdadera pasión: la naturaleza. Es así que inicia un viaje a pie desde Indiana hasta Florida, sin planificación alguna de la ruta que tomaría.

En 1868 ya se encontraba en la costa oeste del país y California se convertiría a partir de entonces en su espacio soñado. Apenas llegar a San Francisco tomó el camino a ese lugar del que tanto había escuchado hablar: Yosemite. Cautivado por este magnífico escenario natural, Muir no pudo sino pensar que se hallaba ante *la más genuina canción de Dios*. Yosemite era para él un templo, *el más grande de todos los templos de la naturaleza*. Para Muir ninguna obra humana podría llegar a compararse con Yosemite.

Trabajando como pastor de ovejas, Muir logró recorrer buena parte de los bosques de la sierra californiana. En este tiempo y gracias a su agudo sentido de la observación, desarrolló una teoría sobre la formación geológica de la zona e incluso, sobre el ecosistema mismo del lugar. Pronto se halló trabajando en un aserradero, aplicando allí su extraordinaria inventiva. Esto le dio la oportunidad de construirse una pequeña cabaña en pleno Yosemite.

Muir desarrollaría la original teoría de que eran los glaciares los que habían modelado la topografía del lugar y no un cataclísmico terremoto, como era la creencia general, especialmente defendida por el geólogo Josiah Whitney.²⁰ Muir entabló una discusión pública con Whitney, quien le llamó "ignorante" por sus locas ideas. Sin embargo, el también

20 Josiah Whitney (1819-1896) fue un eminente profesor de Geología de la Universidad de Harvard desde 1865.

geólogo Louis Agassiz²¹ encontró lógicas las afirmaciones de Muir y le felicitó por su sagaz visión de la acción de los glaciares. El tiempo y el posterior desarrollo de la Geología darían a Muir la razón.

Para la década de 1870, Muir se había convertido en un prolífico escritor, ardiente defensor de la naturaleza. Sus escritos se publicaban en Nueva York, en prestigiosas revistas como *Century*, *Harper's Weekly* y *Atlantic Monthly*. Sus amistades, entre famosas personalidades de la época, crecieron rápidamente. Ralph Waldo Emerson, John Tyndall, Clinton Hart Merriam y Joseph LeConte son sólo algunos de ellos.²²

Su relación más fuerte, no obstante, fue aquella que mantuvo con los bosques de aquellos *maravillosos gigantes*, las secuías, los árboles inmensos que formaban grandes grupos en a todo lo largo de Sierra Nevada. Para Muir, Yosemite y la Sierra era tierras prístinas que demandaban atención para su preservación de la depredación humana. En 1892, algunos profesores de la Universidad de California (Berkeley) le contactaron con la idea de conformar una suerte de club de montañistas

que, además, se involucrara en la ardua labor educativa sobre la importancia de los bosques de Yosemite y la propia Sierra Nevada. Muir gustosamente aceptó y, de esta manera, se conformaría el aun hoy célebre Sierra Club, una de las instituciones más importantes en lo que a la tarea de preservación medioambiental en los Estados Unidos se refiere.

Aunque Muir presidiría el Sierra Club por 22 años, hasta su muerte, no sólo su labor desde esta organización marcó una significativa pauta en la generación de una conciencia ambientalista en su país y, luego, en el mundo entero. Muir desarrollaría una filosofía particular en torno a la naturaleza y su cuidado de parte de los seres humanos. Con ardiente convicción se opondría a aquellos que consideraban que la naturaleza, desde una óptica utilitaria, debía conservarse para hacer de ella una reservorio de recursos con el que pudiera contarse de manera sustentable en el tiempo. Gifford Pinchot²³ fue el principal oponente de la visión de Muir, mientras aquel concebía la tarea forestal como *cultivo de árboles*, éste valoraba la naturaleza por su cualidades espirituales y trascendentes. Para Muir, los bosques eran *lugares para la tranquilidad, la inspiración y la oración*, no para la obtención de beneficios comerciales.

Mientras luchaba contra la instalación de aserraderos²⁴ que amenazaban sus hermosas

21 Louis Agassiz (1807-1873) eminente paleontólogo, glaciólogo y geólogo suizo, profesor de Geología en la Universidad de Harvard desde 1847. Fue el primero en proponer la existencia de una "Edad de Hielo" en el pasado remoto del planeta.

22 Ralph Waldo Emerson (1803-1882) filósofo, poeta y ensayista estadounidense, cuyas ideas alrededor del Trascendentalismo influyeron notablemente la concepción de Muir sobre la naturaleza. John Tyndall (1820-1893) notable físico irlandés, destacado por sus trabajos sobre diversos procesos de la atmósfera; interesado además en los movimientos de los glaciares, lo que lo llevó a ser un destacado alpinista. Clinton Hart Merriam (1855-1942) zoólogo, entomólogo y etnógrafo estadounidense, uno de los miembros fundadores de la National Geographic Society en 1888. Joseph LeConte (1823-1901) geólogo estadounidense, profesor de Geología de la Universidad de California (Berkeley), compartiría con Muir una larga y dedicada amistad a favor de la preservación de la Sierra Nevada de California.

23 Gifford Pinchot (1865-1946) fue un destacado funcionario del gobierno estadounidense, ocupando puestos como el de director general del Servicio Forestal de los EE.UU. Logró que el gobierno de ese país asumiera una política de uso y renovación de los recursos forestales para el bienestar del pueblo.

24 No debe engañarnos el hecho de que Muir trabajase en varios aserraderos en años anteriores, conduciéndonos a pensar en una actitud hipócrita de su parte. Muir fue siempre consecuente con su pensamiento. Sin embargo, su lucha por la preservación de Yosemite y los

sequoias, Muir insistía en que la naturaleza proveía una inigualable nutrición espiritual al hombre. Es así que para Muir la naturaleza debía *preservarse* no *conservarse*, viendo claras diferencias en ambos términos. El primero, se encaminaba a mantener en su estructura y dinámica original a la naturaleza; mientras que el segundo, abogaba por la recreación de aquello que había sido dañado o destruido por el hombre. Para Muir, lo apropiado era *preservar*, pues era siempre preferible evitar cualquier daño.

Cuando en 1901 publica su libro *Nuestros Parques Nacionales*, Muir captó la atención del entonces presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, quien de inmediato inició gestiones para reunirse en secreto con él en Yosemite. En 1903, Muir hubo de aplazar un viaje al extranjero para atender al presidente, pero gustosamente lo llevó a acampar bajo las sequoias y, desde entonces, éstas habían ganado uno de sus más poderosos defensores. Junto a Muir, bajo los frondosos *gigantes calavera*, Roosevelt elaboraría los planes conservacionistas de su gobierno. Para 1906 el gobierno federal había asumido el control del Valle de Yosemite, alejándolo de los desmanes del gobierno del estado de California.²⁵

bosques de la Sierra Nevada estaba estimulada por la cualidad irremplazable e irrecuperable de las especies y ecosistemas que se hallaban en estas zonas. La actividad de los aserraderos debía ser estrictamente regulada, así lo hizo saber a las autoridades en incontables ocasiones.

25 El Valle de Yosemite había sido zona protegida desde los tiempos del presidente Abraham Lincoln. No obstante, esto no había evitado que se hiciera notable daño a todo el reservorio natural, aunque constituyó un precedente importante para la creación del Parque Nacional de Yellowstone (el primero del país). El estado de California había tenido bajo su custodia el Valle de Yosemite bajo la figura de "parque estatal". En 1890, John Muir hizo notables esfuerzos ante el Congreso de los Estados Unidos para obtener la declaración de Parque Nacional para

Escritor incansable a favor de los *gigantes calavera*, las sequoias, Muir no sólo legaría su exquisita filosofía sobre la relación del hombre con la naturaleza, sino también innumerables cartas, artículos y libros sobre el tema. Este material es estudiado hoy con interés por quienes han comprendido que el planeta no podría sobrevivir sin nuestra comprensión y nuestro cariño; por quienes han visto en la naturaleza una obra de cualidades irrepetibles e indispensable para la vida humana. Las palabras de Muir no cesaron a su muerte en diciembre de 1914,²⁶ por el contrario fueron revisitadas durante todo el siglo pasado por organizaciones e individuos que actuaron convencidos del reservorio espiritual de los bosques.

El movimiento ambientalista del siglo XX tiene, sin duda, una enorme deuda con John Muir. Es por ello que hemos decidido presentar aquí un texto que da cuenta del amor inmenso que este hombre sencillo profesó a las sequoias como representantes indefensos, a pesar de su gran tamaño, de la naturaleza en la cual –según creía– Dios se manifestaba a cada instante.

Yosemite, de manera que el gobierno federal pudiera imponer en ese lugar las mismas normas aplicadas en Yellowstone y preservar así el ecosistema único del lugar.

26 Muir moriría de neumonía la víspera de Navidad de 1914, en Los Angeles. Casi 10 años antes había muerto su esposa Louisa Strentzel, luego de 25 años de matrimonio. Ambos tuvieron dos hijas, Wanda y Helen.

Muir viviría toda su vida en los Estados Unidos. Sin embargo, su inagotable curiosidad por la naturaleza le llevó a visitar Australia (entusiasmado con su flora, tan extraña como hermosa), Asia (admirando los cerezos japoneses, navegando hacia Hong Kong y Manila, asombrándose con las selvas de la India y Malasia), América del Sur (visitando los bosques de Araucaria en el Amazonas brasileño), África (observando en Sudáfrica a los hermosos baobabs en su ambiente natural, recorriendo Kenya y Madagascar) y Europa (paseando por los jardines botánicos de ciudades como Berlín y San Petersburgo, así como por los legendarios bosques del Cáucaso y las estepas siberianas).

El escrito data, probablemente, de 1905 y, con bastante seguridad, era el borrador de uno de sus artículos, pero nunca llegó a ser publicado sino hasta después de su muerte. La revista del Sierra Club le incluyó en su edición de enero de 1920. Para entonces Yosemite estaba a salvo, pero la lucha por el cuidado y preservación de la naturaleza no concluye.

En las páginas que siguen, leerán al propio Muir en su sencilla pero comprometida prosa. Sus párrafos realizan una panorámica de la situación de los bosques de secuoias, aun a pesar de la protección gubernamental con la que contaban algunos de ellos. Los aserraderos aledaños, según refiere Muir, miraban codiciosos los grandes árboles de edad milenaria. No puede el lector dejar de conmoverse con su dibujo de estos indefensos gigantes, así como tampoco puede estar indolente ante la situación descrita.

La escogencia de estos breves párrafos se debe a la capacidad que muestran para resumir y agrupar las principales ideas que su autor dejó *in extenso* en sus muchos artículos y libros. La intención pedagógica de sus escritos es evidente en estas páginas como en el resto de sus escritos. Invitamos al lector a dejarse fascinar por el cariño de John Muir hacia la naturaleza y practicar hacia ella su inagotable entusiasmo.

SALVEMOS LOS REDWOODS²⁷ 1920

JOHN MUIR

Usualmente se nos dice que el mundo va de mal en peor, sacrificando todo por la codicia. Pero este justo levantamiento en defensa de los árboles de Dios, en medio de exaltada política y guerras, nos cuenta una historia diferente y cada secuoia, me figuro, ha escuchado la buena noticia y agita con gozo sus ramas. El mal hecho a los árboles, mal de toda clase, es hecho en la oscuridad de la ignorancia y descreimiento, pues cuando la luz nos baña, el corazón de la gente es siempre virtuoso. Cuarenta y siete años atrás una de esas secuoias Calavera era laboriosamente talada y el círculo dejado por el tronco podría haberse convertido en una pista de baile. Otra, una de las más bellas de grupo, de más de 300 pies de altura, fue despellejado vivo hasta una altura de 116 pies y la corteza enviada a Londres para mostrar que tan fino y grande era ese árbol –algo similar a despellejar a uno de nuestros grandes hombres para demostrar su grandeza-. Ese árbol está hoy muerto, por supuesto, luciendo como una horrible y desfigurada ruina, pero aun se mantiene de pie y sostiene sus majestuosos brazos como si estuvieran vivos y diciendo: “Perdónenlos, no saben lo que hacen.” Ahora, algunos aserraderos desean talar todas las secuoias para convertirlas en leña y dinero. Sin embargo, hemos hallado un mejor uso para ellas. No hay duda de que estos árboles harían buena leña después de pasar por la sierra, así como George Washington, después de pasar por las manos de un cocinero francés, habría sido una muy buena comida. Pero para ambos, Washington y los árboles que llevan su nombre, usos más elevados se han encontrado.

Si una de esas secuoias pudiera venir a la ciudad en toda su divina majestad, ser vista en su impresionante figura y defendiera su propia causa, nunca más padecería carencia de defensores. Lo mismo debe ser dicho de todas las arboledas de secuoias y los bosques de la Sierra con sus compañeros y la noble *Sequoia sempervirens*, o *redwoods*, de las montañas de la costa.

27 Este escrito de Muir, nunca publicado por él en vida, se halló entre sus papeles personales después de su muerte y publicado en 1920 por el *Sierra Club Bulletin* –Vol. XI, número 1, Enero, pp. 1-4. Se ha respetado la toponimia original en todo el texto al realizar la traducción desde el inglés.

En una visión general, encontramos que la *Sequoia gigantea* o Gran Árbol, se distribuye en un amplísimo e ininterrumpido cinturón a lo largo del flanco oeste de la Sierra, desde una pequeña arboleda en el medio de la bifurcación del American River hasta la cabeza de Deer Creek, una distancia de aproximadamente 260 millas, a una altura de cerca de 5000 a un poco más de 8000 pies sobre el nivel del mar. Desde la arboleda del American River hasta el bosque de Kings River, estas especies aparecen únicamente en relativamente pequeños parches aislados tan escasamente distribuidos a lo largo del cinturón que tres de los vacíos que pueden encontrarse llegan a ser de alrededor de 40 a 60 millas de ancho. Desde Kings River hacia el sur, la sequoia no está restringida a pequeñas arboledas, sino extendida en amplias cuencas alfombradas, siguiendo los ríos Kaweah y Tule, cual majestuosos bosques de más de 70 millas; la continuación de esta porción del cinturón, poco interrumpida, ha sido salvada por los profundos cañones.

En estos nobles bosques al sur de Calavera Grove, el hacha y la sierra han estado ocupadas por largo tiempo y miles de las más finas sequoias han sucumbido, despedazadas en trozos manejables y cortadas como leña a través de métodos tan destructivos que no se creerían, mientras los incendios han extendido la ruina de forma amplia y lamentable. En el curso de mis exploraciones desde hace 25 años, he encontrado cinco aserraderos localizados en o cerca de los bajos límites del cinturón de sequoias, todos los cuales habían estado talando leña de estos bosques. Uno de estos aserraderos, el más pequeño, en la temporada de 1874 taló cerca de dos millones de pies de leña de sequoia. Desde entonces otros aserraderos han sido construidos entre las propias sequoias; notablemente, los más grandes en Kings River y el norte de Fresno. La destrucción de estos grandes árboles continúa.

Por otro lado, Calavera Grove ha sido fielmente protegida por 40 años por el Sr. Sperry y, con la excepción de los dos árboles mencionados anteriormente, goza todavía de su belleza primigenia. Los bosques de Tuolumne y Merced, cerca de Yosemite, el bosque de Dinky Creek, del General Grant National Park y del Sequoia National Park, junto a muchos otros bosques aun sin un nombre en las cuencas de Kings River, Kaweah River y Tule River, incluyendo la reserva de la Sierra, han sido protegidas en los últimos años por el gobierno federal.

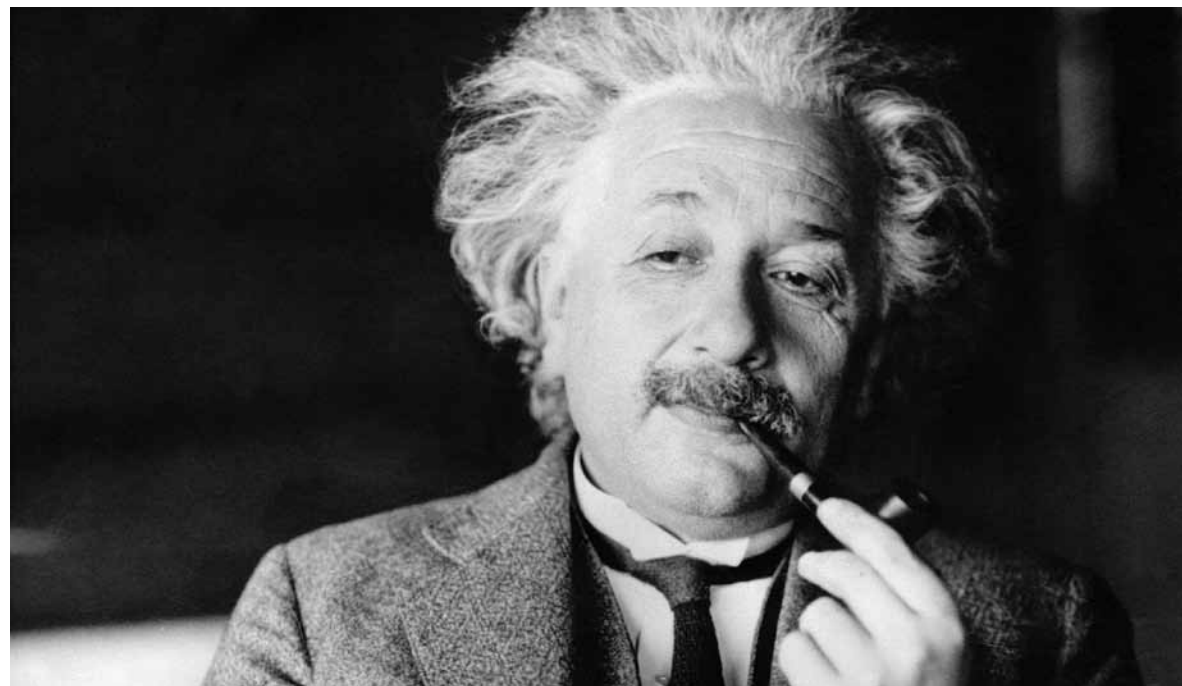
Para los miles de acres de los bosques de sequoias, fuera de las reservas y parques nacionales, que se hallan en las manos de los leñadores, no se avizora ayuda. Probablemente, más de tres veces la cantidad de sequoias que están contenidas en la totalidad de Calavera Grove han sido convertidas en leña cada año por los últimos 26 años, sin ningún impedimento y con la escasa palabra de protesta de parte del público. Hoy, esa justa y viva indignación de parte de los californianos, después de un largo período de mortal apatía, en el cual fueron testigos de la destrucción de los bosques, luce extraña ante el rápido aumento del interés de la opinión pública en los últimos años respecto a los gigantes calavera. Miles de viajeros de diversos países han venido a rendirles tributo de admiración y alabanza a estos árboles, su reputación es mundial y los nombres de grandes hombres han sido asociados con ellos: Washington, Humboldt, Torrey y Gray, Sir Joseph Hooker y otros. Estos reyes del bosque, los más nobles de una raza noble, con justicia pertenecen al mundo, pero al estar en California no podemos escapar de la responsabilidad de ser sus guardianes. Afortunadamente, el pueblo americano será digno de la tarea encomendada y de cualquier otra que pueda surgir en referencia, tan pronto la vea y la comprenda.

Cualquier tonto puede destruir árboles. Estos nos pueden defenderse a sí mismos ni huir lejos. Pocos de los destructores de árboles alguna vez han sembrado alguno; tampoco el replantar podría hacer mucho por la restitución de nuestros grandes gigantes aborígenes. Tomó más de 3000 años para que las más antiguas de las sequoias crecieran a su altura actual, manteniéndose en perfecto estado, fuertes y hermosas, ondeando sus ramas y cantando en los poderosos bosques de la Sierra. A través de los siglos, llenos de eventos, desde los tiempos de Cristo e incluso antes, Dios se ha preocupado por estos árboles, salvándoles de las sequías, enfermedades, avalanchas y miles de tormentas. Sin embargo, Dios no puede salvarlas de los aserraderos y los tontos; esto es deber del pueblo americano. Las noticias desde Washington son alentadoras. El 3 de marzo [¿1905?] la Cámara pasó la ley que provee al gobierno la adquisición de los gigantes calavera. El peligro al que ha estado sometidas estas sequoias hará bien más allá de Calavera Grove al salvar otros bosques y avivar el interés en asuntos forestales en general. Mientras el hierro del sentimiento público esté

caliente, golpeemos duro. En particular, debe ser asegurada una reserva o parque nacional del resto de las especies de secuoias, la *supervirens*, o *Redwood*, poco menos maravillosa que la *gigantea*. Debe ser adquirido por donación o compra, ya que el gobierno ha vendido cada sección de cinturón *Redwood* desde Oregon hasta los límites con Santa Cruz.

CIENCIA Y RELIGIÓN

TOMADAS DE LA MANO



El 18 de Abril de 1955, cuando Albert Einstein (1879) fallecía, los científicos de todo el mundo se preparaban para celebrar el 50 aniversario de la publicación de la revolucionaria serie de dos artículos²⁸ que cambiarían el modo de comprender el mundo

28 Estos artículos fueron: *Sobre el movimiento requerido por la teoría cinética molecular del calor de pequeñas partículas suspendidas en un líquido estacionario*, *Un punto de vista heurístico sobre la producción y transformación de luz*, *Sobre la electrodinámica de cuerpos en movimiento* y *Depende la inercia de un cuerpo de su energía?*

para siempre. Exiliado de su país natal, Alemania, en virtud de la tensa situación generada por el régimen Nazi desde 1933, Einstein se había radicado en los Estados Unidos, desempeñándose como parte del cuerpo de docentes e investigadores de la Universidad de Princeton. Su impacto en la cultura del siglo XX es indudable y así lo reconoció la revista *Time* en 1999 al nombrarle el hombre más importante de este siglo, incluso por encima de figuras como Gandhi. En 1979, Michael H. Hart publica su libro *The 100: A Ranking of the Most Influential Persons in History*, en el cual Einstein ocupaba el décimo lugar.²⁹

En 1921 le fue otorgado el Premio Nobel de Física y en 1930 tendría un muy publicitado encuentro con el poeta indio Rabindranath Tagore (1861-1941), también laureado con el Nobel, pero de Literatura (1913). No era Einstein un duro hombre de Ciencia que miraba de reojo cualquier otro tema o circunstancia ajeno a ella. Gustoso halló deleite en los cuentos y poemas de uno de los más célebres poetas indios del siglo XX. No debe extrañarnos que se preocupara por expresar su pensamiento acerca de las tormentosas relaciones entre la Religión y la Ciencia moderna. Al contrario, debemos verlo como la necesaria reacción de quien posee la inmensa capacidad para apreciar en medio del bosque de su tiempo, las particularidades de una hoja seca y un jilguero en una rama.

Sí, Einstein habló de religión y por ello le hemos incluido en este coro de voces del siglo pasado.

No son sus extraordinarios aportes a la Física y la Ciencia contemporáneas los que le han ganado el puesto de solista en esta presentación, sino sus agudas y acertadas consideraciones sobre un tema que, a simple vista, parece alejado del científico más famoso de los últimos tiempos. Hemos seleccionado dos breves artículos que comparten el mismo título (*Ciencia y Religión*) y que serían publicados con una separación de 2 años. El primero en 1939 y el segundo en 1941. En ellos, Einstein se muestra en sus palabras con una sinceridad inusitada, sobre todo si consideramos que vienen de un hombre profundamente respetado en el mundo científico de su tiempo. Sin embargo, es esa sinceridad, amplia y directa, que su pensamiento sobre el tema se crece en valor, mostrándose incluso tremendamente actuales en su utilidad para el hombre de hoy.

Pero, ¿era Einstein un hombre religioso? En realidad, nunca demostró interés en serlo, al menos no en el sentido en el que la mayoría de las personas podría entenderlo. La religiosidad de Einstein, si alguna, estaba estrechamente vinculada con sus concepciones científicas. Podríamos decir incluso que tenía profundos 'sentimientos religiosos' relacionados con el sentido de la vida expresado en la experiencia insondable del misterio del universo. Ese 'misterio' era para él lo que cobijaba y daba vida a todo arte y toda ciencia, no de un modo puro y fríamente intelectual, sino de tal manera que los valores éticos pudieran también sintonizarse universalmente. En otras palabras, Einstein era por sobre todas las cosas un *humanista* que miraba en el universo ese

29 Los primeros nueve puestos eran ocupados por (en estricto orden): Mahoma, Isaac Newton, Jesucristo, Buda, Confucio, San Pablo, Ts'ai Lun, Johannes Gutenberg y Cristóbal Colón.

misterio que abriga a todo lo que nos es común en nuestra humanidad y a todo lo que nos es ajeno en nuestra alteridad.

En las páginas que Einstein escribió como su confesión acerca de la íntima relación entre Ciencia y Religión, y que reproducimos aquí, este científico insiste primeramente en lo necesaria e inevitable del vínculo entre ambas. Desdeña el conflicto ya para entonces tradicional que les caracterizaba y clarifica, según su punto de vista, el papel de cada una. Justamente aquí expone una de sus ideas más admirables: Ciencia y Religión deben complementarse, no repelerse ni competir entre ellas; ambas poseen funciones diferentes, pero indispensables para el desarrollo humano. Así pues, el conocimiento objetivo característico de la Ciencia proporcionaría al hombre las herramientas para alcanzar ciertos fines, pero la definición del *fin* o de lo que él llama *objetivo último*, debe venir de la Religión.

No obstante, ni Ciencia ni Religión son para Einstein fines en sí mismas. Admira el conocimiento de la verdad que sólo puede realizarse a través de la Ciencia, pero la utilidad misma de tal verdad no depende de ésta y, en este sentido, considera limitada la concepción racional de la existencia. Debe irse más allá y es aquí donde la Religión actúa con propiedad. La valoración de los fines, su definición incluso, así como su integración en la emotividad humana, son para Einstein función de la Religión.

Conciente de que los fines expuestos por la Religión no pueden basarse en argumentos racionales, les ubica como producto de la tradición que, en una *sociedad sana*, influye en

los individuos; son el elemento vivo de los pueblos que no necesita justificarse, sino que se *revela*. Vale acotar que Einstein no asume el concepto de *revelación* como un acto de comunicación de lo divino en lo humano, para expresar algo en concreto, un mensaje. Para él, la *revelación* no es el mensaje de un ser divino, mucho menos de cualidad antropomórfica, pues esto se impide la necesaria conciliación entre Ciencia y Religión. Prescindir de esa idea de un Dios personal, es, para Einstein, deshacerse de la principal fuente del miedo y de las falsas esperanzas que a nada conducen.³⁰

De esta manera, la humanidad debe aprender a cultivar el bien, la verdad y la belleza por sí misma a pesar de todas las grandes dificultades que esto pueda entrañar. La Ciencia está allí para facilitar esta tarea, para ayudar al hombre el complejo proceso de su propia dignificación. Una Religión que aspire a liberar al hombre de temores y aspiraciones egocéntricas, sólo podría ser impulsada, a los ojos de Einstein, a través de la comprensión y el conocimiento objetivo del mundo. La respuesta religiosa más apropiada no es aquí la oración ni la adoración sino la investigación científica.

Para Einstein, Dios no era más que una suerte de inteligencia superior que se *revela* a través de la experiencia, de la experiencia del hombre. Por ello, el desarrollo del conocimiento científico racional acerca al hombre al misterio que es Dios. Este conocimiento, dicho sea de paso, no impide alcanzar un grado de espiritualidad elevado, pues erradicando el

30 En no pocas ocasiones, Einstein se declaró seguidor y admirador del pensamiento de Baruch Spinoza (1632-1677), sobre todo en su concepción filosófica del mundo, de Dios y de lo humano en sí mismo.

miedo a la vida y a la muerte a favor del conocimiento racional, mayor será el progreso espiritual de la humanidad, manifiesto en su verdadera religiosidad.

Las connotaciones éticas de lo expuesto, tienen una relevancia superior para Einstein, quien considerará sólo la posibilidad de desarrollo del individuo, de manera libre y responsable, colocando todos sus talentos al servicio de la humanidad, como el fin último establecido por la Religión que la Ciencia debe contribuir a lograr. *El fin superior del individuo es servir más que regir*, dirá el célebre físico, quien expresará gran preocupación por la acción de los regimenes totalitarios a este respecto, empeñados, insiste, en *destruir este espíritu de humanidad*. Evidentemente, Einstein siempre se declararía a favor de los ambientes de libertad, en los cuales cada individuo pudiera desarrollar las habilidades que le permitirían, sirviendo a los demás, alcanzar inusitadas alturas en el despliegue de su propia dignidad como ser humano, en su vida, pero también al momento de su muerte.

CIENCIA Y RELIGIÓN,³¹ 1939-41
ALBERT EINSTEIN

■ I

Durante el siglo pasado, y parte del anterior, se sostuvo de modo generalizado que existía un conflicto insalvable entre ciencia y fe. La opinión predominante entre las personas de ideas avanzadas era que había llegado la hora de que el conocimiento, la ciencia, fuese sustituyendo a la fe; toda creencia que no se apoyase en el conocimiento era superstición, y, como tal, había que combatirla. Según esta concepción, la educación tenía como única función la de abrir el camino al pensamiento y al conocimiento, y la escuela, como órgano destacado en la educación del pueblo, debía servir exclusivamente este fin.

Probablemente sea difícil encontrar, si se encuentra, una exposición tan tosca del punto de vista racionalista; toda persona sensata puede ver de inmediato lo unilateral de esta exposición. Pero es aconsejable también exponer una tesis de forma nítida y concisa si uno quiere aclarar sus ideas respecto a la naturaleza de esa tesis.

No hay duda de que el mejor medio de sustentar cualquier convicción es basarla en la experiencia y en el razonamiento claro. Hemos de aceptar sin reservas a este respecto el racionalismo extremo. El punto débil de esta concepción es, sin embargo, éste, que aquellas concepciones que son inevitables y que determinan nuestra conducta y nuestros juicios, no pueden basarse únicamente en este sólido procedimiento científico.

En realidad, el método científico solo no puede mostrarnos cómo se relacionan los hechos entre sí y cómo están mutuamente condicionados. El anhelo de alcanzar este conocimiento objetivo pertenece a lo más elevado de que es capaz el hombre, e imagino, por supuesto, que nadie sospechará que intente yo rebajar los triunfos y las luchas heroi-

31 La parte I procede de un discurso pronunciado en el Seminario Teológico de Princeton, el 19 de mayo de 1939; publicado en *Out of My Later Years*, Nueva York, Philosophical Library, 1950. La parte II de *Science, Philosophy and Religion*, simposio publicado por la *Conference on Science, Philosophy and Religion in Their Relation to the Democratic Way of Life*. Nueva York, 1941.

cas del hombre en esta esfera. Es también evidente, sin embargo, que el conocimiento de lo que es no abre la puerta directamente a lo que *debería ser*. Uno puede tener el conocimiento más claro y completo de lo que es, y no ser capaz, sin embargo, de deducir de ello lo que debería ser el *objetivo* de nuestras aspiraciones humanas. El conocimiento objetivo nos proporciona poderosos instrumentos para lograr ciertos fines, pero el objetivo último en sí y el anhelo de alcanzarlo deben venir de otra fuente. Y no creo que haga falta siquiera defender la tesis de que nuestra existencia y nuestra actividad sólo adquieren sentido por la persecución de un objetivo tal y de valores correspondientes. El conocimiento de la verdad en cuanto tal es maravilloso, pero su utilidad como guía es tan escasa que no puede demostrar siquiera la justificación y el valor de la aspiración hacia ese mismo conocimiento de la verdad. Nos enfrentamos aquí, en consecuencia, a los límites de la concepción puramente racional de nuestra existencia.

Pero no debe suponerse que el pensamiento inteligente no juegue ningún papel en la formación del objetivo y de los juicios éticos. Cuando alguien comprende que ciertos medios serían útiles para la consecución de un fin, los medios en sí se convierten por ello en un fin. La inteligencia nos aclara la interrelación de medios y fines. Pero el mero pensamiento no puede proporcionarnos un sentido de los fines últimos y fundamentales. Aclarar estos fines y estas valoraciones fundamentales, e introducirlos en la vida emotiva de los individuos, me parece concretamente la función más importante de la religión en la vida social del hombre. Y si se pregunta de qué se deriva la autoridad de tales fines fundamentales, dado que no pueden cimentarse y justificarse únicamente en la razón, sólo cabe decir: son, en una sociedad sana, tradiciones poderosas, que influyen en la conducta y en las aspiraciones y en los juicios de los individuos. Es decir, están allí como algo vivo, sin que sea necesario buscar una justificación de su existencia. Adquieren existencia no a través de la demostración sino de la revelación, por intermedio de personalidades vigorosas. No hay que intentar justificarlas, sino más bien captar su naturaleza simple y claramente.

Los más elevados principios de nuestras aspiraciones y juicios nos los proporciona la tradición religiosa judeocristiana. Es un objetivo muy elevado que, con nuestras débiles fuerzas, sólo podemos alcanzar muy

pobrementemente, pero que proporciona fundamento seguro a nuestras aspiraciones y valoraciones. Si se desvinculase este objetivo de su forma religiosa y se examinase en su aspecto puramente humano, quizá pudiese exponerse así: Desarrollo libre y responsable del individuo, de modo que pueda poner sus cualidades, libre y alegremente, al servicio de toda la humanidad.

No cabe aquí divinizar una nación, una clase, y no digamos ya un individuo. ¿No somos todos hijos de un padre, tal como se dice en el lenguaje religioso? En realidad, ni siquiera la divinización del género humano, como una totalidad abstracta, correspondería al espíritu de ese ideal. Sólo posee alma el individuo. Y el fin superior del individuo es servir más que regir, o imponerse de cualquier otro modo.

Si uno examina la sustancia y olvida la forma, puede considerar estas palabras expresión, además, de la actitud democrática fundamental. El verdadero demócrata no puede adorar a su nación lo mismo que no puede el hombre que es religioso, en nuestro sentido del término.

¿Cuál es pues, en todo esto, la función de la educación y de la escuela? Debería ayudarse al joven a formarse en un espíritu tal que esos principios fundamentales fuesen para él como el aire que respira. Sólo la educación puede lograrlo.

Si uno tiene estos elevados principios claramente a la vista, y los compara con la vida y el espíritu de la época, comprueba palpablemente que la humanidad civilizada se halla en la actualidad en grave peligro. En los Estados totalitarios son los propios dirigentes quienes se esfuerzan por destruir ese espíritu de humanidad. En zonas menos amenazadas son el nacionalismo y la intolerancia, y la opresión de los individuos por medios económicos, quienes pretenden asfixiar esas valiosísimas tradiciones.

Crece, sin embargo, la conciencia de la gravedad del peligro entre los intelectuales, y se buscan afanosamente medios de combatir el peligro... medios en el campo de la política nacional e internacional, de la legislación, o de la organización en general. Tales esfuerzos son, sin duda alguna, muy necesarios. Sin embargo, los antiguos sabían algo que nosotros parecemos haber olvidado. Todos los medios resultan ser instrumentos inútiles, si tras ellos no hay un espíritu vivo. Pero si el

anhelo de lograr el objetivo vive poderoso dentro de nosotros, no nos faltará fuerza para hallar los medios de alcanzar ese objetivo y traducirlo en hechos.

■ II

No sería difícil llegar a un acuerdo respecto a lo que entendemos por ciencia. Ciencia es el empeño, secular ya, de agrupar por medio del pensamiento sistemático los fenómenos perceptibles de este mundo en una asociación lo más amplia posible. Dicho esquemáticamente, es intentar una reconstrucción posterior de la existencia a través del proceso de conceptualización. Pero cuando me pregunto lo que es la religión, no puedo dar tan fácilmente con una respuesta. E incluso después de dar con una que pueda satisfacerme en este momento concreto, sigo convencido de que nunca podré, de ningún modo, unificar, aunque sea un poco, los pensamientos de todos los que han prestado una consideración seria a esta cuestión.

En principio, pues, en vez de plantear lo que es la religión, preferiría plantear lo que caracteriza las aspiraciones de una persona que a mí me parece religiosa: la persona que a mí me parece religiosamente ilustrada, es la que se ha liberado, en la medida máxima de su capacidad, de los grilletes de los deseos egoístas y está entregada a pensamientos, sentimientos y aspiraciones a los que se adhiere por el valor suprapersonal que poseen. Creo que lo importante es la fuerza de este contenido suprapersonal y la profundidad de la convicción relacionada con su significación irresistible, independientemente de que se haga cualquier tentativa de unir ese contenido con un ser divino, pues de otro modo no sería posible incluir a Buda y a Spinoza entre las personalidades religiosas. En consecuencia, una persona religiosa es devota en el sentido de que no tiene duda alguna de la significación y elevación de aquellos objetos y objetivos suprapersonales que no requieren un fundamento racional ni son susceptibles de él. Existen con la misma inevitabilidad y naturalidad con que existe el individuo mismo. En este sentido, la religión es la vieja tentativa humana de alcanzar clara y completa conciencia de esos objetivos y valores y de fortalecer y ampliar constantemente su efecto. Si uno concibe la religión y la ciencia según lo dicho, resulta imposible un conflicto entre ellas. Porque la ciencia sólo puede afirmar lo que es, pero no lo que *debiera ser*, y fuera de su campo siguen siendo necesarios juicios de valor de todo tipo. La religión, por otra parte, abor-

da sólo valoraciones de pensamientos y acciones humanas: no puede hablar, justificadamente, de datos y relaciones entre datos. Según esta interpretación, los famosos conflictos entre religión y ciencia del pasado, deben atribuirse, todos ellos, a una concepción errónea de la situación que se ha descrito.

Surge, por ejemplo, conflicto cuando una comunidad religiosa insiste en la veracidad absoluta de todas las afirmaciones contenidas en la Biblia. Esto significa una intervención de la religión en la esfera de la ciencia; aquí es donde hemos de situar la lucha de la Iglesia contra las doctrinas de Galileo y Darwin. Por otra parte, representantes de la ciencia han intentado muchas veces llegar a juicios fundamentales sobre valores y fines basándose en el método científico, y han chocado así con la religión. Estos conflictos han originado, todos ellos, errores fatales.

Ahora bien, aunque los campos de la religión y de la ciencia están en sí mismos claramente diferenciados, existen entre ambos relaciones y dependencias mutuas. Aunque la religión pueda ser la que determine el objetivo, sabe, sin embargo, por la ciencia, en el sentido más amplio, qué medios contribuirán al logro de los objetivos marcados. Pero la ciencia sólo pueden crearla los que están profundamente imbuidos de un deseo profundo de alcanzar la verdad y de comprender las cosas. Y este sentimiento brota, precisamente, de la esfera de la religión. También pertenece a ella la fe en la posibilidad de que las normas válidas para el mundo de la existencia sean racionales, es decir, comprensibles por medio de la razón. No puedo imaginar que haya un verdadero científico sin esta fe profunda. La situación puede expresarse con una imagen: la ciencia sin religión está coja, la religión sin ciencia, ciega.

Aunque he dicho antes que no puede existir, en realidad, verdadero conflicto entre religión y ciencia, debo matizar, sin embargo, tal afirmación, una vez más, en un punto esencial. En lo que respecta al contenido real de las religiones históricas, esta matización se relaciona con el concepto de Dios. Durante la etapa juvenil de la evolución espiritual del género humano, la fantasía de los hombres creó dioses a su propia imagen que, con su voluntad parecían determinar el mundo fenoménico, o que hasta cierto punto influían en él. El hombre procuraba influir la actitud de estos dioses en favor propio

con la magia y con la oración. La idea de Dios de las religiones que se enseñan hoy es una sublimación de aquel antiguo concepto de los dioses. Su carácter antropomórfico lo muestra, por ejemplo, el hecho de que los hombres apelen al Ser Divino con oraciones y le supliquen que satisfaga sus deseos.

Nadie negará, desde luego, que la idea de que exista un Dios personal, omnipotente, justo y misericordioso puede proporcionar al hombre solaz, ayuda y guía, y además, en virtud de su sencillez, resulta accesible incluso a las inteligencias menos desarrolladas. Pero, por otra parte, esta idea conlleva un fallo básico, que el hombre ha percibido dolorosamente desde el principio de la historia. Es decir, si éste ser es omnipotente, todo suceso, incluidas todas las acciones humanas, todos los pensamientos humanos y todos los sentimientos y aspiraciones humanos son también obra suya; ¿cómo es posible pensar que los hombres sean responsables de sus actos y de sus pensamientos ante tal ser todopoderoso? Al administrar premios y castigos, estaría en cierto modo juzgándose a sí mismo. ¿Cómo conciliar esto con la bondad y la rectitud que se le asignan?

La fuente principal de conflicto entre el campo de la religión y el de la ciencia se halla, en realidad, en este concepto de un Dios personal. El objetivo de la ciencia es establecer normas generales que determinen la conexión recíproca de objetos y acontecimientos en el tiempo y en el espacio. Estas normas, o leyes de la naturaleza, exigen una validez absolutamente general... no probada. Es básicamente un programa, y la fe en la posibilidad de su cumplimiento sólo se basa en principio en éxitos parciales. Pero difícilmente podría alguien negar estos éxitos parciales y atribuirlos a la ilusión humana. El hecho de que basándonos en tales leyes podamos predecir el curso temporal de los fenómenos en ciertos campos con gran precisión y certeza, está profundamente enraizado en la conciencia del hombre moderno, aunque pueda haber captado muy poco del contenido de las citadas leyes. Basta con que piense que los movimientos de los planetas dentro del sistema solar pueden calcularse previamente con gran exactitud a partir de un número limitado de leyes simples. De modo similar, aunque no con la misma precisión, es posible calcular por adelantado el funcionamiento de un motor eléctrico, un sistema de transmisión o un aparato de radio, aun cuando se trate de cosas recientes.

Desde luego, cuando el número de factores que intervienen en un complejo fenomenológico es demasiado grande, nos falla en la mayoría de los casos el método científico. Basta que pensemos en la meteorología, y que pensemos que la predicción del tiempo, incluso por un período de unos cuantos días, resulta imposible. Nadie duda, sin embargo, de que se trata de una conexión causal cuyos componentes causales nos son conocidos en su mayoría. Los fenómenos de este campo no permiten una predicción exacta debido a la variedad de factores implicados, no a un fallo de las leyes de la naturaleza.

Hemos penetrado con mucha menor profundidad en las regularidades que se derivan del reino de las cosas vivas, pero sí lo bastante, sin embargo, para percibir al menos la norma de necesidad fijada. Basta pensar en el orden sistemático de la herencia, y en el efecto de tóxicos, como por ejemplo el alcohol, en la conducta de los seres humanos. Lo que falta en este campo es captar conexiones de generalidad profunda, pero no un conocimiento del orden en sí mismo.

Cuanto más imbuido está un hombre de la regularidad ordenada de todos los acontecimientos, más sólida es su convicción de que no queda espacio al margen de esta regularidad ordenada para causas de naturaleza distinta. Para él, no existirá la norma de lo humano ni la norma de lo divino como causa independiente de los acontecimientos naturales. No hay duda de que la ciencia no refutará nunca, en el sentido auténtico, la doctrina de un Dios personal que interviene en los acontecimientos naturales, donde esta doctrina siempre puede refugiarse en aquellos campos en los que aún no ha sido capaz de afianzarse el conocimiento científico.

Pero estoy convencido de que el que los representantes de la religión adoptasen esa conducta no sólo sería indigno sino también fatal para ellos. Creo que una doctrina que no es capaz de mantenerse a la luz sino que ha de refugiarse en las tinieblas, perderá inevitablemente su influencia sobre el género humano, con un daño incalculable para el progreso de éste. En su lucha por el ideal ético, los profesores de religión deben tener talle suficiente para prescindir de la doctrina de un Dios personal, es decir, abandonar esa fuente de miedo y esperanza que proporcionó en el pasado un poder tan inmenso a los sacerdotes. Tendrán que valerse en su labor de las fuerzas que sean capaces de

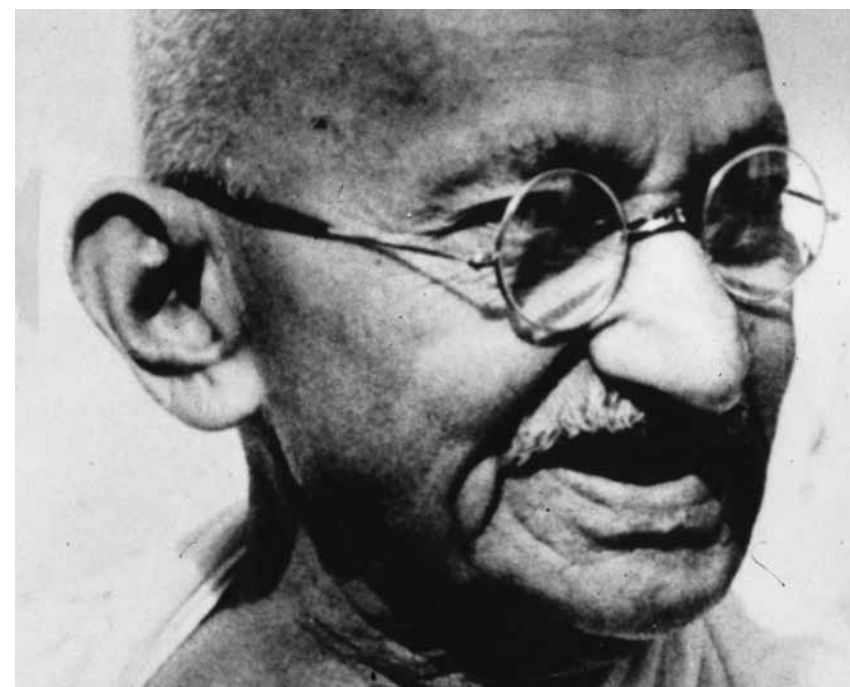
cultivar el Bien, la Verdad y la Belleza en la humanidad misma. Se trata, sin duda, de una tarea más difícil, pero muchísimo más meritoria y digna. Cuando los maestros religiosos logren realizar el proceso indicado, sin duda verán con alegría que la auténtica religión resulta ennoblecida por el conocimiento científico que la hará más profunda.

Si uno de los objetivos de la religión es el de liberar al máximo al género humano de las ataduras de los temores, deseos y anhelos ego-céntricos, el razonamiento científico puede ayudar a la religión también en otro sentido. Aunque sea cierto que el objetivo de la ciencia es descubrir reglas que permitan asociar y predecir hechos, no es éste su único objetivo. Pretende también reducir las conexiones descubiertas al menor número posible de elementos conceptuales mutuamente independientes. Es en esta búsqueda de la unificación racional de lo múltiple donde se hallan sus mayores éxitos, aunque sea precisamente esta tentativa lo que presenta un mayor riesgo de caer víctima de ilusiones. Pero todo el que haya pasado por la profunda experiencia de un avance positivo en este campo se siente conmovido por una profunda reverencia hacia la racionalidad que se manifiesta en la vida. Mediante la comprensión, logra emanciparse en gran medida de los grilletes de las esperanzas y los deseos personales, alcanzando así esa actitud mental humilde ante la grandeza de la razón encarnada en la existencia, que es inaccesible al hombre en sus profundidades más hondas. Sin embargo, esta actitud me parece religiosa en el sentido más elevado del término. Y me parece asimismo que la ciencia no sólo purifica el impulso religioso de la escoria del antropomorfismo sino que contribuye también a una espiritualización religiosa de nuestra visión de la vida.

Cuando más progrese la evolución espiritual de la especie humana, más cierto me parece que el camino que lleva a la verdadera religiosidad pasa, no por el miedo a la vida y el miedo a la muerte y la fe ciega, sino por la lucha en pro del conocimiento racional. Creo, a este respecto, que el sacerdote ha de convertirse en profesor y maestro si desea cumplir dignamente su excelsa misión educadora.

DISCURSO AL CONGRESO INDIO

LA PAZ COMO CAMINO



“Concluyo que este premio que ahora recibo en nombre de ese movimiento [por los Derechos Civiles] es un profundo reconocimiento a la no-violencia como la respuesta al crucial asunto político y moral de nuestro tiempo: la necesidad del hombre de sobreponerse a la opresión y la violencia sin estimular la opresión y la violencia. La civilización y la violencia son conceptos antitéticos. Los negros de los Estados Unidos, siguiendo al pueblo de la India, han

demostrado que la no-violencia no es pasividad estéril, sino una poderosa fuerza moral que provoca la transformación social.”

De ese modo, Martín Luther King Jr. se expresaba al recibir el Premio Nobel de la Paz en 1964. Con orgullo, reconocía este hombre excepcional sus deudas doctrinales con quien había sido el líder de una nación en su lucha por la independencia: Mahatma Gandhi (1869-1948). Nunca galardonado con el mencionado premio, aunque varias veces nominado, Gandhi escribiría con la tinta de la no-violencia el camino de la Paz que anhelaba para su pueblo. Su conducta fue siempre su mayor lección, sus palabras su más espléndido legado para las generaciones por venir que no vivirían la realidad de un imperio que llegó a dominar más de un sexto de la población total del planeta.

Cualquier cosa que pueda llegar a decirse sobre este hombrecito menudo, sencillo, arropado en una túnica sencilla, que caminaba en sandalias o descalzo, podría parecer inexacto, exagerado o presuntuoso. Hablar de Gandhi y su obra en la transfiguración del mundo contemporáneo es una tarea que abruma y sobrecoge, porque su figura puede llegar a ser tan fácilmente envilecida como idealizada. No quisiéramos pararnos en ninguno de los dos extremos y, por ello, hemos escogido de el discurso que Gandhi pronuncia ante el Congreso Indio en 1942 para que el lector permita que su voz le envuelva.

En pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, resultó para muchos, incluido Gandhi, una gran contradicción para el pueblo indio apoyar el esfuerzo británico en la contienda, sustentado además en los principios de la

democracia y la libertad, mientras que en la India no se escenificaban a cabalidad tales principios. Dos años antes, al conocer el inicio de los ataques de la *Luftwaffe* en las islas británicas, Gandhi recomendó a los ingleses a dejar las armas pues éstas no les salvarían, a invitar a Hitler a tomar todo lo que quisiera y a dejarles incluso sus propias casas, pero –les expresó– nunca le rindan obediencia si intenta oprimirles.

Esta recomendación, ni que decirlo, no cayó muy bien en un pueblo como el inglés, acostumbrado a dar batalla sin descanso ante sus enemigos y cabeza del entonces más grande imperio mundial. Eso lo comprendería luego Gandhi y lo reconocería en su discurso. Pero si los británicos no percibieron el sentido de la sugerencia de Gandhi, tampoco percibieron el alcance que ésta tendría para el camino que él mismo estaba preparando para la independencia de su pueblo del dominio imperial.

Tal vez la antagónica posición de Sir Winston Churchill frente a la figura de Gandhi, pueda ayudarnos a comprender las dimensiones del anhelo indio de éste y la visión de futuro de aquel. Churchill nunca estuvo de acuerdo con las peticiones de Gandhi y su movimiento a favor de la independencia de la India. Por una parte, Churchill era un hombre del imperio británico de manera medular y, más importante aun, por la otra, era un experimentado político y veía con mucha mayor claridad que Gandhi el trágico destino de una India independiente con el caldero interreligioso que en ella ardía.

Gandhi confió en su figura, en su mensaje y en el ingénito deseo de todo indio de ser libre. Por ello rechazó la postura de Churchill, quien se negaba a

pensar en una India fuera del control británico. Gandhi era un líder espiritual, Churchill un líder político, sus visiones tenían necesariamente que chocar en un momento en el cual la acción parecía ser más efectiva que el anhelo. Gandhi era visto como un agitador incómodo, pero también como un hombre ingenuo que creyó factible, incluso, que Adolf Hitler detendría sus acciones a partir de sus peticiones.

De cualquier manera, al hablarle al Congreso Indio en agosto de 1942, a través del discurso que aquí presentamos, Gandhi era consciente de la difícil posición en que se hallaba la India y del valor de la oportunidad para exigir la independencia en un momento delicado, no sólo para Gran Bretaña sino también para India en un escenario poco promisorio para las libertades en el mundo. Por ello, apela a lo ético en la política, lo cual, aunque no resulta siempre lo más eficaz, si constituía la esencia de su credo sobre la no-violencia.

Gandhi había estado bebiendo buena parte de su vida de aquello que otros antes que él habían intentado construir. Había leído ávidamente al estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862) y le habían atraído sus ideas sobre la desobediencia civil; había establecido una relación epistolar con el ruso León Tolstoi (1928-1910), luego de haber quedado impresionado por el apostolado de vida sencilla y frugal que este escritor había emprendido en su propia vida, convirtiéndose en ejemplo de su pensamiento. Para Gandhi, la idea de elaborar toda una política basada en el principio de no obedecer aquello que se considera injusto de acuerdo con el pensamiento de Thoreau y la praxis de Tolstoi

que vinculaba perfectamente fe y conducta, fue el norte que seguiría esa nave que llamó la libertad de la India.

En su discurso de 1942, Gandhi expresa con claridad que la libertad deseada debe ganarse luchando. Sin embargo, esa lucha, de ninguna manera, podía basarse en el odio hacia quienes oprimían entonces a la India. En modo alguno, indica, puede albergarse el más mínimo resquicio de odio para con los británicos. Hacerles ver su error era, para Gandhi, la primera gran labor, pues al hacerlo demostraría su amistad hacia la Gran Bretaña y les presentaría la actitud que colocaría a la India en una posición de ventaja a partir de la práctica de la no-violencia.

Era difícil para Gandhi llamar a un boicot y no apoyar a Gran Bretaña en el esfuerzo bélico contra los países del Eje, porque eso podría colocar a la India en una posición peligrosamente vulnerable, sobre todo, ante la amenaza japonesa. No obstante, el momento podría resultar propicio para las exigencias de independencia. El dilema era enorme, pero Gandhi insiste en resistir las injusticias internas sin violencia. Reconoce que los logros de la no-violencia no son lo evidentes que todos quisieran, pero exhorta a que, lo que es su credo, sea al menos asumido como una estrategia.

No llama a una revolución y esto es importante destacarlo, porque siempre se resintió de los métodos violentos de la Revolución Francesa (1789) y de la Revolución Rusa (1917) y de los resultados pocos democráticos de ambas. Para él, la única posible revolución era la que cada individuo debía realizar en su interior

convirtiéndose en *su propio amo*. Empero, aunque con el tiempo sus palabras cayeran en un vacío inexplicable y la India, una vez obtenida su independencia en 1947, se sumiera en una terrible escalada de violencia, su experiencia y su postura de vida son una referencia esencial en la historia del siglo XX.

Fue siempre un hombre de gran sensibilidad y de decidida vocación espiritual con temple de granito. Su mensaje es valioso porque supo sintetizar corrientes de pensamiento diversas, elevándose como la respuesta a muchos problemas que aun hoy están planteados en las páginas de la realidad humana. Pero además, en su mensaje, se recrea la mejor demostración de la valorización de la cultura occidental en la interpretación de los fundamentos espirituales del pueblo indio.

Su férreo compromiso con esa permanente actitud de búsqueda le hizo no pocas veces un hombre difícil en el seno de su propia familia. Su severidad y actitud ascética ante su entorno familiar permitieron aflorar esas contradicciones tan humanas que le convierten en un hombre ordinario, capaz de sobreponerse a sus flaquezas y destinarse a la esencia extraordinaria de su propia humanidad.

La historia del siglo XX suele atar la figura de Mahatma Gandhi a la independencia de la India, reduciéndole a los efectos de su mensaje en el devenir de este acontecimiento, por demás capital en el marco del imperialismo y el colonialismo heredados del siglo XIX. Aceptar esto sería poco menos que inadecuado, injusto. La lucha de Gandhi no puede reducirse a un tema político, pues englobaba asuntos de trascendencia mayor

que implicaban y exigían cambios mucho más profundos. Estos cambios apuntaban hacia el rescate de los valores espirituales y de la ética en las relaciones entre los seres humanos en el mundo. Éste era para él el único camino para hallar la verdad. Esa era su meta.

De manera singular, el valor del mensaje de Gandhi podría llegar a medirse más por su impacto fuera de la India que dentro de ella. La batalla de lo correcto contra lo poderoso que siempre expresó era la única que podía permitirse, fue protagonizada por Martin Luther King Jr. al dirigir el movimiento por los Derechos Civiles en los Estados Unidos. El éxito de King es consecuencia del convencimiento de éste de que sólo las armas de la verdad, la fuerza espiritual, la no-agresión y el coraje podrían guiarle. Gandhi le había mostrado el método. El mundo no quiso reconocer abiertamente en este sencillo hombre a un líder de la Paz, pero cuando King llegó a Estocolmo (Suecia) a recibir el Premio Nobel, nadie podía negar que el mundo había cambiado para siempre y que las barreras y los prejuicios que le separaban, lucían ya como muros llenos de grietas.

“Tarde o temprano todo el mundo deberá descubrir una manera para vivir juntos y en paz, y de este modo transformar esta cósmica elegía en un creativo salmo de hermandad. Si esto se lograra, el hombre evolucionara a un método de resolución de conflictos que rechace la venganza, la agresión y la retaliación. El fundamento de este método es el amor.”³²

32 Martin Luther King Jr., Discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz, 10 de diciembre de 1964.

DISCURSO AL CONGRESO INDIO, 1942

MOHATMAS GANDHI

Hay gente que tiene odio en sus corazones hacia los británicos. He oído a algunos decir que estaban disgustados con ellos. La mente de la gente común no diferencia entre un británico y la forma imperialista de su gobierno. Para ellos ambos son lo mismo. Incluso hay gente a la que no le importa la llegada de los japoneses. Para ellos, quizá, significaría un cambio de amos. Pero esta es una cosa peligrosa. Ustedes deben removerla de sus mentes.

Esta es una hora crucial. Si permanecemos quietos y no jugamos nuestra parte, no haremos lo correcto. Si son solamente Gran Bretaña y Estados Unidos quienes luchan en esta guerra, y si nuestro papel es solamente dar ayuda momentánea, sea que la demos voluntariamente o nos la tomen en contra de nuestros deseos, no será una posición muy feliz. Sin embargo, podemos mostrar nuestra firmeza y valor solamente cuando ésta sea nuestra propia lucha. Entonces cada niño será un valiente. Lograremos nuestra libertad luchando. No caerá del cielo.

Sé muy bien que los británicos nos tendrán que dar nuestra libertad cuando hayamos hecho suficientes sacrificios y probado nuestra fuerza. Pero debemos remover el odio hacia los británicos de nuestros corazones. Al menos, en mi corazón no hay tal odio. De hecho, yo soy ahora un amigo más grande de los británicos de lo que lo fui nunca. La razón para esto es que en este momento ellos están en apuros. Mi amistad demanda que yo debo ponerlos al tanto de sus equivocaciones. Como yo no estoy en la posición en que ellos se encuentran, yo estoy en condiciones de señalarles sus equivocaciones. Yo sé que ellos están al borde del abismo, y que están casi por caer en él. Sin embargo, aún si ellos quieren cortarme las manos, mi amistad demanda que yo debo tratar de empujarlos lejos de tal abismo. Esta es mi pretensión, ante la cual mucha gente puede reír, pero no me importa, yo digo que esta es la verdad.

En el momento en que estoy por lanzar la mayor campaña de mi vida, no puede haber odio hacia los británicos en mi corazón. La idea de que debo darles un empujón porque ellos están en dificultades, está totalmente ausente de mi mente. Nunca ha estado allí. Puede

ser que, en un momento de enojo, ellos puedan llegar a hacer cosas que les provoquen. Pero ustedes no deben recurrir a la violencia; eso pondría a la no-violencia en la deshonra. Cuando ocurren tales cosas, ustedes deben asumir que no me encontrarán vivo, dondequiera pueda estar. Su sangre estará sobre vuestra cabeza.

Si ustedes no entienden esto, será mejor si rechazan esta resolución. Redundará en vuestro crédito. ¿Cómo puedo culparlos por las cosas que ustedes no son capaces de comprender? Hay un principio en esta lucha, que ustedes deben adoptar. No creer nunca, como yo nunca he creído, que los británicos van a caer. Yo no los considero una nación de cobardes. Yo sé que antes de que acepten la derrota cada alma en Gran Bretaña será sacrificada. De cualquier manera, podrían ser derrotados y podrían dejarlos a ustedes como dejaron a los pueblos de Birmania, Malasia y otros lugares, con la idea de recapturar cuando puedan el territorio perdido. Esa puede ser su estrategia militar. Pero suponiendo que nos dejen, ¿qué nos ocurrirá? En tal caso, Japón vendrá aquí.

La llegada de Japón implicará el fin de China y quizá también de Rusia. En estas cuestiones, el Pandit Jawarharlal Nehrú³³ es mi gurú. Yo no quiero ser el instrumento de la derrota de Rusia ni de China. Si tal cosa ocurre, me odiaré a mi mismo. Ustedes saben que me gusta ir a gran velocidad. Pero puede ser que yo no esté yendo tan rápidamente como ustedes quisieran. Se dice que Sardar Patel³⁴ ha afirmado que la campaña debe finalizar en una semana. Yo no quiero ser apresurado. Si finaliza en una semana será un milagro, y si esto ocurre implicará que el corazón británico se ha ablandado. Puede ser que la sabiduría descienda sobre los británicos y que entiendan que es equivocado poner en prisión al mismo pueblo que quiere luchar

33 Pandit Jawarharlal Nehrú (1889-1964), estadista indio quien sería el primero en ocupar el cargo de Primer Ministro en la India independiente. Junto a Mahatma Gandhi fue una figura fundamental en el movimiento pro-independencia indio. Su hija, Indira Gandhi (1917-1984), sería también Primer Ministro y lo mismo su nieto, Rajiv Gandhi (1944-1991), ambos asesinados durante el ejercicio de sus respectivos gobiernos (el apellido fue tomado del esposo de Indira, Feroze Gandhi, por lo que ninguno de los dos tiene ninguna relación de parentesco con Mahatma Gandhi).

34 Sardar Patel (1875-1950), líder político y social de la India, quien jugó un papel muy importante en el proceso de Independencia. Siempre trabajó muy cerca de Gandhi y también de Nehrú, aunque no siempre estuvieron de acuerdo políticamente.

por ellos. Puede ser que sobrevenga un cambio en la mente de Jinnah³⁵ también.

La no-violencia es un arma incomparable, que puede ayudar a todos. Yo sé que no hemos hecho mucho por el camino de la no-violencia y sin embargo, si tales cambios sobrevienen, asumiré que es el resultado de nuestro trabajo durante los últimos veintidós años y que Dios nos ha ayudado a alcanzarlo. Cuando yo levanté el lema “Renuncien a la India”³⁶ nuestro pueblo, que estaba entonces abatido, sintió que yo había puesto ante él algo nuevo.

Si ustedes quieren la libertad verdadera, habrán de unirse, y tal unión creará verdadera democracia –igual a la que no hace mucho fue intentada o presenciada. He leído mucho acerca de la Revolución Francesa. Mientras estuve en la cárcel leí el trabajo de Carlyle. Tengo una gran admiración por el pueblo francés y Jawarharlal me ha dicho todo sobre la Revolución Rusa. Pero yo sostengo que, a pesar de que ellas fueron luchas por el pueblo, no eran luchas por la verdadera democracia, la democracia que yo visualizo. Mi democracia significa que cada uno es su propio amo. He leído suficiente historia, y no he visto tal experimento a tan gran escala por el establecimiento de la democracia mediante la no-violencia. Una vez que ustedes entiendan estas cosas olvidarán las diferencias entre hindúes y musulmanes.

La resolución que es puesta ante ustedes dice: “No queremos permanecer como ranas en una charca. Estamos alentando una federación mundial. Ésta solamente vendrá a través de la no-violencia. El desarme es posible sólo si ustedes utilizan la incomparable arma de la no-violencia.”

35 Muhammad Ali Jinnah (1876-1948), eminente político y estadista, creador del Estado de Pakistán a raíz de la Independencia de la India. Aunque en un principio apoyó la idea de la unidad hindo-musulmana, al final fue el impulsor de la idea de que musulmanes e hindúes no podrían vivir bajo un mismo Estado.

36 En inglés: *Quit India*.

Hay gente que puede llamarme un visionario, pero yo soy un verdadero *bania*³⁷ y mi negocio es obtener *swaraj*.³⁸ Si ustedes no aceptan esta resolución no me apenaré. Por el contrario, danzaré con alegría, porque entonces ustedes se relevarán de la tremenda responsabilidad, que ahora colocan sobre mí. Les pido que adopten la no-violencia como una cuestión de estrategia. Conmigo es un credo, pero en tanto ustedes están implicados les pido que la acepten como una estrategia. Como soldados disciplinados ustedes deben aceptarla totalmente, y adherirse a ella cuando se unan a la lucha. La gente me pregunta hasta qué punto soy el mismo hombre que era en 1920. La única diferencia es que soy mucho más fuerte en ciertas cosas ahora que en 1920.

37 *Bania*: término que hace referencia a la organización social de castas tradicional de la India y que se refiere fundamentalmente a los comerciantes y hombres de negocios.

38 *Swaraj*: término de difícil traducción al castellano. Puede decirse que fue empleado por Gandhi para referirse a la noción de autogobierno, pero no referido a un autogobierno jerárquico y político, sino al autogobierno personal e individual.

FORTALEZA EN LA PAZ



Probablemente, uno de los gestos más famosos de la iconografía del siglo XX sea la mano alzada de Sir Winston Churchill (1874-1965) imitando la "V" de "Victoria" con sus dedos índice y medio. En los difíciles tiempos de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), este *bulldog inglés* –como fue conocido- encabezó a una nación en su lucha contra el totalitarismo

nazi.³⁹ Siendo desde temprano la voz solitaria que advertía al mundo sobre la amenaza que Alemania estaba construyendo en Europa, Churchill parecía haber estado destinado a mantener a su pueblo en pie, mientras las bombas de las *Luftwaffe* caían sobre Londres. Sólo entonces fue escuchado.

El 13 de Mayo de 1940, ante el Parlamento inglés, ya siendo Primer Ministro, Churchill expresó con su peculiar tono de voz:

“Debo decir a esta Casa, tal y como le he dicho a todos los que se han unido a este gobierno: «No tengo nada que ofrecerles más que sangre, trabajo duro, sudor y lágrimas»... Uds. preguntan cuál es nuestro objetivo. Puedo responder en una palabra: es la victoria, victoria a todo coste, victoria a pesar del terror, victoria sin importar lo largo y duro que pueda ser el camino; porque sin victoria, no hay supervivencia.”

Al finalizar la guerra, Churchill pierde sorpresivamente las elecciones y deja el cargo de Primer Ministro en Julio de 1945. No obstante, es allí cuando comenzaría a configurarse la clara visión de uno de los más grandes estadistas del siglo pasado. Su siempre diáfana retórica y su incomparable sentido de la política mundial, le permitieron generar los diagnósticos más exactos del nuevo contexto de postguerra.

Convertido entonces en el líder de la oposición en su país, Churchill viaja a los Estados Unidos y asiste al Westminster College de Fulton (Missouri), el 5 de marzo de 1946, para recibir el título de doctor *honoris causa*. La ocasión fue propicia para hacer pública una síntesis detallada, pero breve, de los problemas que el mundo debía afrontar, de la situación de los países de habla inglesa en este escenario y de lo que implicaba la amenaza a las libertades civiles por parte del bloque comunista liderado por la URSS.

En su discurso, célebre por la acuñación del término *telón de acero* o *cortina de hierro*, Churchill es contundente y, en algunos casos, lapidario. No sólo la famosa frase, cientos de veces citada, constituye un aporte sustancial a la comprensión de uno de los momentos más tensos del siglo XX. Todo el texto lo es.

Churchill es directo y su discurso se inicia con un reconocimiento al poder ganado por los Estados Unidos después de la guerra. Allí estaba, ese hombre de 72 años hablándole a un público mayormente joven, venido de uno de los más grandes imperios de la historia, aceptando que la antorcha británica había ya menguado a favor de los EEUU. Sin embargo, apuntaba también, sin ambages la enorme responsabilidad que este poder conllevaba. Insiste en la necesidad de que los pueblos de habla inglesa se alíen y confronten juntos los nuevos problemas del mundo.

Aboga Churchill por el fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas, sobre todo en el ámbito militar y dibuja lo que posteriormente sería las Fuerzas de Paz de este organismo, mejor conocidos como los cascos

39 Sir Winston Churchill ejerció el servicio público en su país desde que ingresara al Real Academia Militar de Sandhurst en 1893; su estadía en el ejército le permitió conocer los lugares más lejanos, considerando además las dimensiones del Imperio británico para el momento; formó parte del Parlamento inglés desde 1900 y sirvió en una gran variedad de cargos. Sin embargo, sería conocido en la historia, principalmente, por su ejercicio como Primer Ministro entre 1940 y 1945.

azules. Asimismo, incursionó en el ámbito de las armas nucleares, para el momento sólo en posesión de los EEUU, Canadá y Gran Bretaña, para expresar lo terrible que podría llegar a ser compartir el secreto en torno a la tecnología que les constituye en un mundo *agitado y desunido*.

Con todo, para Churchill, la preocupación mayor giraba en torno a las libertades civiles, grandes conquistas del mundo occidental moderno y que veía seriamente amenazadas por el accionar de la URSS y el bloque de estados que comenzaban a girar a su alrededor. En su visión, la ONU debía sustentarse en un principio de hermandad entre los pueblos y mientras las garantías necesarias para hacer efectiva esa hermandad no fueran ofrecidas en todo el mundo, esta organización no cumpliría su papel esencial: preservar la Paz.

Apela, en este discurso que hemos seleccionado, a los principios de la libertad y los derechos del hombre que considera la *herencia común* de los pueblos de habla inglesa, configurándose como tal a través de la historia. Defiende el derecho de toda persona, de cualquier país, de ejercer el derecho a la autodeterminación, en un contexto de libertades y Estado de Derecho. Con ello, sentencia que tal estado de cosas “representa el título de propiedad de la libertad que debe existir en todos los hogares.”

Hábilmente, este extraordinario estadista, abre puertas a la URSS y sus aliados, al tiempo que señala rotundamente que: “Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído una cortina de hierro a lo largo de todo el

continente.” Denuncia una situación de injusticia, de falta de libertades que le lleva a reclamar una *nueva unidad de Europa*, en la que no haya exclusiones, insertándose en la estructura de la ONU y su Carta fundacional.

La noción de una *guerra fría* no había cundido el espectro político mundial cuando ya Churchill señalaba los golpes que se daban en la construcción de una barrera cultural que separaría al mundo por 40 años. Con un dejo melancólico, recuerda los tiempos del Tratado de Versalles (1919), cuando el mundo hervía en esperanzas acerca de un claro fin a todas las guerras en el futuro. Para 1946, no ve Churchill esa misma esperanza ni esa confianza en que el mundo será mejor en los años porvenir. Es un hombre escéptico, pero no es pesimista, pues confía en que siempre será preferida la paz antes que la guerra y que las democracias sabrán velar por el estricto respeto a los principios de la Carta de la ONU. Aun así alerta: “Las dificultades y los peligros que nos acechan no desaparecerán porque cerremos los ojos ante ellos.”

En este sentido, recuerda a su audiencia que “nunca en la historia hubo una guerra tan fácil de prevenir mediante una acción oportuna, como la guerra que acaba de asolar grandes zonas del globo.” El fantasma de la ceguera internacional ante sus tempranas advertencias respecto al régimen de Hitler en Alemania, le impulsó a subir a la torre y hacer doblar las campanas por la unidad global.

Pero Churchill no apela a una unidad idealista, bajo el concepto abstracto de la fraternidad. Aboga por una unidad basada en el trabajo y la

cooperación, que vele por el bienestar de los más humildes, pues son estos –y así lo deja claro en su discurso- quienes llevan siempre sobre sus espaldas el sacrificio en la guerra y la expiación en la Paz. Son ellos quienes deben llevar a cabo la ardua labor de la recuperación de las naciones luego del conflicto, por lo que deberían ser ellos el objeto fundamental de la Paz.

Así pues, este hombre excepcional, vislumbra los peligros de una Paz en la desunión, pero también expone que la Paz no puede seguir siendo vista a través del prisma de un loable ideal, sino a través del prisma del trabajo continuo, sin descanso entre quienes la desean sinceramente, pues sólo así sería posible generar para la Paz esa necesaria musculatura que abortaría cualquier intento de subvertirla, en cualquier momento, en cualquier lugar.

LA CORTINA DE HIERRO, 1946

SIR WINSTON CHURCHILL

Estoy contento de haber venido al Westminster College esta tarde, y también de que me hagan el honor de concederme el doctorado. El nombre de “Westminster” me es un poco familiar. Me parece que lo he oído antes. Así es: fue en Westminster donde recibí una gran parte de mi formación en política, dialéctica, retórica y en dos o tres cosas más. De hecho, los dos nos hemos educado en centros idénticos, semejantes o, en cualquier caso, del mismo tipo.

Es también un honor, damas y caballeros, quizás incluso único para un visitante privado, el ser presentado a una audiencia académica por el Presidente de los Estados Unidos. Entre estas pesadas cargas, responsabilidades y deberes –no solicitadas, pero derivadas- el Presidente ha

viajado miles de miles para dignificar y magnificar nuestro encuentro hoy aquí y darme la oportunidad de dirigirme a esta nación hermana, así como a mis propios conciudadanos a través del océano y, tal vez, en otros países también.

El Presidente les ha expresado que es su deseo, seguro estoy que también es de ustedes, que debo gozar de la mayor libertad para dar mi sincero y leal consejo en estos tiempos de gran ansiedad e incompreensión. Ciertamente, aprovecharé tal libertad y me sentiré con el derecho de hablarles de tal modo, porque ante cualquier ambición personal que hubiera podido albergar en mis años de juventud han sido satisfechos más allá de que pude mirar en mis sueños más salvajes. Permítanme, sin embargo, dejar claro que no tengo ninguna misión oficial ni estatus de ningún tipo y que hablo por mi mismo. No hay nada más aquí que lo que ven.

Puedo, entonces, permitirle a mi mente, con la experiencia de una vida, jugar con los problemas que nos agobian al día siguiente de la victoria absoluta sobre nuestros enemigos en armas y tratar de asegurarnos con cuánta fuerza contamos luego de lo ganado con tanto sacrificio y sufrimiento, para que sea preservado para la gloria y seguridad futura de la Humanidad.

Hoy Estados Unidos se encuentra en el pináculo de la torre del poder. Es un momento solemne para la democracia americana. Porque esa primacía de poder está acompañada de una impresionante responsabilidad de futuro. Si miran a su alrededor, no sólo deberán tener el sentimiento del deber cumplido, sino que habrán de sentir el temor de no alcanzar todo lo que se han propuesto. La oportunidad para nuestros dos países está hoy aquí, clara y brillante. Rechazarla, ignorarla o desperdiciarla hará que durante mucho tiempo se nos reproche. Es necesario que el espíritu constante, el propósito inmutable y la gran sencillez en las decisiones guíen y gobiernen, en la paz como en la guerra, la conducta de los pueblos que hablan en inglés. En esta obligación debemos demostrar que somos iguales, y creo que lo vamos a hacer.

Cuando el ejército americano se aproximó a algunas situaciones realmente serias, solía escribir a la cabeza de sus directivos las palabras: “sobre todo concepto estratégico”. Hay gran sabiduría en ello, por cuanto lleva a clarificar el pensamiento. ¿Cuál es entonces el concepto

estratégico que debemos suscribir hoy? No es nada menos que la seguridad y el bienestar, la libertad y el progreso de todos los hogares y familias de todos los hombres y mujeres en todos los países. Aquí hablo particularmente por la miríada de casas y departamentos donde los trabajadores, entre todos los accidentes y dificultades de la vida, cuidan a sus esposas y sus hijos de las carestías, llevando a sus familias más allá del temor de Dios o más allá de las cuestiones éticas que juegan, muchas veces, un papel importante.

Para dar seguridad a esos incontables hogares, debemos estar protegidos contra los merodeadores, la guerra y la tiranía. Todos sabemos de las terribles perturbaciones en las cuales la familia ordinaria está inmersa cuando el curso de la guerra afecta el ganarse el pan, así como los puestos de trabajo que lo permiten. Las sombrías ruinas de Europa muestra todas sus glorias desvanecidas y Asia se refleja en nuestros ojos. Cuando los designios de hombres malvados o la agresiva urgencia de los Estados poderosos se disuelven sobre vastas áreas del marco de la sociedad civilizada, el pueblo humilde es confrontado con dificultades con las cuales no puede lidiar. Para ellos todo está distorsionado, destruido, incluso arruinado.

Al pararme aquí en esta tranquila tarde, me estremezco al visualizar lo que realmente está pasando ahora a millones y lo que va a pasar en este período cuando el hambre azote la Tierra. Nadia ha calculado lo que se ha dado a llamar “la inestimada suma del dolor humano”. Nuestra suprema tarea y deber ha de ser resguardar los hogares de la gente común de los horrores y miserias de otra guerra. Todos estamos de acuerdo con ello.

Nuestros colegas militares americanos, después de haber proclamado su “concepto estratégico” y computado los recursos disponibles, siempre procedían al siguiente paso, llamémoslo el método. Aquí, de nuevo, hay acuerdo amplio. Una organización mundial ha sido ya erigida con el principal propósito de prevenir la guerra. La Organización de las Naciones Unidas, sucesora de la Liga de Naciones, con la adición decisiva de los Estados Unidos y todo lo que esto significa, ya está trabajando.

Debemos asegurarnos de que su trabajo sea fructífero, que sea una realidad y no una farsa, que sea una fuerza para la acción y no para

el florecimiento de las palabras, que sea un verdadero templo de Paz, en el cual los escudos de muchas naciones puedan, algún día, colgarse y no meramente una cabina en una Torre de Babel. Antes de que desechemos la seguridad de nuestros armamentos nacionales para la propia preservación, debemos tener la certeza de que nuestro templo ha sido construido, pero no sobre arenas movedizas o sobre un lodazal, sino sobre una roca. Cualquiera puede ver con sus propios ojos que nuestro camino será largo y difícil. Sin embargo, si perseveramos juntos como lo hicimos en las dos guerras mundiales –no como lo dejamos de hacer en el tiempo intermedio–, no tengo duda de que lograremos nuestro propósito común al final.

Tengo una propuesta de acción práctica y concreta que hacer. Se pueden nombrar tribunales y jueces, pero no pueden funcionar sin *sheriffs* ni policías. La Organización de las Naciones Unidas debe empezar inmediatamente a proveerse de un ejército internacional. En este asunto sólo podemos ir paso a paso, pero hemos de empezar ya. Propongo que se invite a todas las Potencias y a todos los Estados a que deleguen a un número determinado de sus escuadrones aéreos para el servicio de la organización mundial. Estos escuadrones se formarían y se prepararían en sus propios países, pero se moverían por turnos de un país a otro. Vestirían el uniforme de sus respectivos países, aunque con distintas insignias. No se les exigiría que intervinieran en contra de su propia nación, pero en lo demás serían dirigidos por la organización mundial. Se podría empezar a escala modesta, para que creciera a medida que lo hiciera la confianza. Querría haber visto que se hacía cuando terminó la Primera Guerra Mundial, y confío de todo corazón en que se pueda hacer inmediatamente.

No obstante, sería un error y una imprudencia confiar los conocimientos secretos o la experiencia de la bomba atómica, que hoy comparten Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá a la organización internacional mientras ésta se encuentre en su infancia. Sería una locura criminal dejarlos a la deriva en este mundo todavía agitado y desunido. Nadie de ningún país ha dormido peor en su cama porque estos conocimientos, esos métodos y las materias primas que hay que utilizar, en su mayoría se encuentren hoy en manos de los americanos. No creo que todos nosotros hubiéramos dormido con tanta placidez si la situación hubiese sido la opuesta y si algún estado comunista o neofascis-

ta hubiese monopolizado hasta hoy estos temibles recursos. Bastaba utilizar el temor que despiertan para reforzar el dominio de los sistemas totalitarios sobre el mundo libre y democrático, con unas consecuencias que cabe imaginar terribles. Dios ha querido que no ocurra así y disponemos al menos de un tiempo para respirar y poner la casa en orden antes de enfrentarnos a este peligro; e incluso entonces, si no se ahorran esfuerzos, seguiremos poseyendo una superioridad tan formidable que bastará para disuadir de forma efectiva a los demás de que los utilicen o amenacen con hacerlo. A la larga, cuando la hermandad básica entre los hombres sea una realidad y esté representada en una organización mundial, con todas las garantías necesarias para hacerla efectiva, esos poderes se confiarían de forma natural a la organización internacional.

Y ahora hablaré del segundo peligro de estos maleantes que amenazan la finca, la casa y a la gente corriente; es decir, la tiranía. No podemos estar ciegos ante el hecho de que las libertades que goza cada uno de los ciudadanos de todo el Imperio Británico no existen en un número de países considerable, algunos de los cuales son grandes potencias. En estos Estados se controla a la gente corriente mediante diferentes tipos de gobiernos policiales que lo abarcan todo. El estado ejerce el poder sin límite alguno, bien por medio de dictadores, bien por medio de unas oligarquías compactas que actúan a través de un partido privilegiado y una policía política. Hoy, cuando las dificultades son tantas, no es obligación nuestra intervenir a la fuerza en los asuntos internos de los países que no hemos conquistado en la guerra. Pero nunca debemos dejar de proclamar sin miedo los grandes principios de la libertad y los derechos del hombre, que son la herencia común del mundo de habla inglesa y que, a través de la Carta Magna, la Carta de Derechos, el *Habeas Corpus*, el juicio y el jurado, y el derecho común inglés, tienen su más famosa expresión en la Declaración de Independencia Americana.

Todo esto significa que las personas de cualquier país tienen derecho, y deberían tener la capacidad reconocida por la constitución, de elegir o cambiar, mediante elecciones libres, sin restricciones y secretas, el carácter o la forma de gobierno por el que se rijan; que debe imperar la libertad de expresión y de pensamiento; que los tribunales de justicia, independientes del poder ejecutivo y de cualquier partido, apliquen

las leyes que hayan recibido el consentimiento amplio de la mayoría o estén consagradas por el tiempo y la costumbre. Ello representa el título de propiedad de la libertad que debe existir en todos los hogares. Ahí está el mensaje que los pueblos americano e inglés dirigen a la humanidad. Prediquemos lo que practicamos; practiquemos lo que predicamos. No se podrá evitar la guerra de forma segura ni podrá progresar de forma continuada la organización mundial sin lo que he denominado la asociación fraterna de los pueblos de habla inglesa. Ésta significa una relación especial entre el Imperio y la Commonwealth británicos y Estados Unidos. La asociación fraterna no sólo exige el desarrollo de la amistad y la comprensión mutua de nuestros dos sistemas de sociedad, muy amplios pero similares, sino la continuidad de la relación estrecha entre nuestros asesores militares, que conduzca al estudio común de los posibles peligros, la semejanza de las armas y los manuales de instrucción, y al intercambio de oficiales y cadetes en los centros de formación. Debería implicar la continuidad de las instalaciones actuales destinadas a la seguridad mutua, mediante el uso conjunto de todas las bases navales y de las fuerzas aéreas que ambos países poseen por todo el mundo.

Hace un momento, damas y caballeros, hable del Templo de la Paz. Trabajadores de todos los países deben construir ese templo. Si dos de esos trabajadores se conocen particularmente bien y son viejos amigos, si sus familias se han relacionado, si tienen “fe en el propósito de cada uno, esperanza en el futuro de cada uno y caridad hacia los momentos difíciles de cada uno” –para citar algunas buenas palabras que leí el otro día-, ¿por qué no pueden ellos trabajar juntos en esta tarea común como amigos y socios? ¿Por qué no pueden compartir sus herramientas y así incrementar los poderes de trabajo de cada uno?

En verdad deberían hacerlo o, de otro modo, el templo no se construirá o en el proceso colapsará y todos habremos probado que no aprendemos y que tendríamos que asumir una tercera oportunidad en la escuela de la guerra, incomparablemente más rigurosa que ésta de la cual acabamos de salir. Los tiempos oscuros retornarían, la Edad de Piedra volvería con el destello de las alas de la ciencia y, lo que debería ahora prodigar inmensurables bendiciones materiales sobre la Humanidad, podría traer su total destrucción.

Cuidado, les digo, el tiempo puede ser corto. No debemos dejar que los eventos tomen un curso a la deriva hasta que sea demasiado tarde. Si debe existir una asociación fraternal del tipo que he descrito, con toda la fuerza y la seguridad que nuestros dos países puedan derivar de ella, asegurémonos de que ese hecho sea conocido por el mundo y que juegue su papel en la estabilización de los fundamentos de la Paz. He ahí el camino de la sabiduría. La prevención es mejor que la cura.

Una sombra se cierne sobre los escenarios que hasta hoy alumbraba la luz de la victoria de los aliados. Nadie sabe qué pretende hacer la Rusia soviética y su organización comunista internacional en el futuro inmediato, ni cuáles son los límites, si existe alguno, a su tendencia expansiva y proselitista. Siento una gran admiración y tengo en alta estima al valeroso pueblo ruso y al que fue mi camarada en la guerra, el mariscal Stalin. En Gran Bretaña (y no dudo que también en Estados Unidos) existe una profunda simpatía y buena voluntad hacia todos los pueblos de Rusia y una disposición a perseverar, a través de las muchas diferencias y los muchos desaires, en el establecimiento de una amistad duradera. Comprendemos la necesidad que tiene Rusia de asegurar sus fronteras occidentales para alejar cualquier posibilidad de agresión por parte de los alemanes. Damos la bienvenida a Rusia al lugar que le corresponde entre las principales naciones del mundo. Damos la bienvenida a su bandera en los mares. Y sobre todo, nos alegramos de los contactos constantes, frecuentes y cada vez más numerosos entre el pueblo ruso y nuestro propio pueblo de ambos lados del Atlántico. Sin embargo, es mi obligación, porque estoy seguro de que desean que les diga las cosas tal como las veo, exponerles algunos hechos sobre la posición actual de Europa.

Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído una cortina de hierro a lo largo de todo el continente. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de la Europa Central y Oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas ciudades famosas y las poblaciones de sus alrededores están en lo que debo llamar la esfera soviética, y todas están sujetas, de una forma u otra, no sólo a la influencia soviética, sino a unas medidas de control por parte de Moscú muy fuertes y, en algunos casos, cada vez más estrictas. Únicamente Atenas (Grecia, con sus glorias inmortales) es libre de decidir su futuro en unas elecciones

bajo la supervisión de ingleses, americanos y franceses. El gobierno polaco, dominado por Rusia, ha sido empujado a hacer incursiones enormes e injustas en Alemania, y hoy se está produciendo la expulsión en masa de millones de alemanes a una escala inimaginable y de extrema gravedad. Los partidos comunistas, que eran muy reducidos en los estados orientales de Europa, han sido situados en lugares preeminentes, se les ha otorgado un poder muy superior a lo que representan y procuran hacerse de un control totalitario en todas partes. Los gobiernos policiales prevalecen en casi todos los casos y, de momento, salvo en Checoslovaquia, no existe una auténtica democracia.

Turquía y Persia están profundamente alarmadas y perturbadas por los reclamos que han sido efectuados sobre ellas y por la presión ejercida por el gobierno de Moscú. Un intento está siendo llevado a cabo por los rusos en Berlín, para constituir un cuasi partido comunista en su zona de ocupación de Alemania, prodigando especiales favores a grupos de líderes del ala izquierdista alemana. Al final de las luchas en Junio pasado, los ejércitos americano y británico se posicionaron al Oeste, en concordancia con los acuerdos realizados, para permitir que nuestros aliados rusos ocuparan una vasta extensión de territorio que ya habían conquistado las democracias occidentales.

Si el gobierno soviético trata, por acción unilateral, de crear una Alemania pro-comunista en sus áreas, esto causará nuevas y serias dificultades en las zonas americana y británica, dando a los derrotados alemanes el poder de colocarse en oferta al mejor postor entre los soviéticos y las democracias occidentales. Cualquiera sea la conclusión que surja de estos hechos –y hechos son- esta no es la Europa liberada por la cual luchamos y deseábamos construir. Tampoco es una Europa que contiene la esencia de una Paz permanente.

La seguridad del mundo exige una nueva unidad de Europa, de la que ninguna nación esté excluida de forma permanente. Las guerras de las que hemos sido testigos, o las que ocurrieron en tiempos anteriores, nacieron de las disputas entre pueblos a los que unen fuertes vínculos. En nuestros días, hemos visto cómo Estados Unidos, en contra de sus deseos y de sus tradiciones, en contra de dignas razones, cuya fuerza no se puede dejar de comprender, ha sido arrastrado por fuerzas irresistibles a estas guerras a tiempo para asegurar la victoria de la buena

causa, aunque sólo después de un número de muertos espantoso y de la mayor devastación. Por dos veces Estados Unidos ha tenido que enviar a la guerra al otro lado del Atlántico a varios millones de sus jóvenes; y hoy la guerra puede sorprender a cualquier nación de cualquier lugar entre oriente y occidente. No hay duda de que debemos trabajar con todo empeño en la pacificación de toda Europa, dentro de la estructura de Naciones Unidas y de acuerdo con su Carta. Creo que se trata de una clara causa política de la mayor importancia.

A este lado de la *cortina de hierro* que cruza Europa existen otros motivos de preocupación. En Italia el Partido Comunista tiene muchos problemas por tener que apoyar las exigencias del mariscal Tito, de formación comunista, respecto a los antiguos territorios italianos del extremo superior del Adriático. No obstante, el futuro de Italia se mantiene en equilibrio. Tampoco es posible imaginar una Europa regenerada sin una Francia fuerte. Durante toda mi vida pública he trabajado por conseguir una Francia fuerte y nunca perdí la esperanza en su destino, ni siquiera en las horas más oscuras. No la voy a perder ahora. Sin embargo, en un gran número de países, lejos de las fronteras rusas y por todo el mundo, se establecen quintas columnas comunistas que trabajan en perfecta unión y total obediencia a las directrices que reciben del centro comunista.

Salvo en la Commonwealth británica y en Estados Unidos, donde el comunismo se encuentra en su infancia, los partidos comunistas de las quintas columnas constituyen un creciente reto y peligro para la civilización cristiana. Son hechos sombríos para cualquiera que deba recordarlos al día siguiente de una victoria alcanzada con tan espléndida camaradería en las armas y en la causa de la libertad y de la democracia. Pero cometeríamos la mayor imprudencia si no los afrontáramos como es debido mientras haya tiempo.

Pensé que tenía la obligación de mostrar la sombra que, tanto en Oriente como en Occidente, se cierne sobre el mundo. Era alto ministro en tiempos del Tratado de Versalles, amigo íntimo del señor Lloyd George, que fue el jefe de la delegación británica en Versalles. Yo no estaba de acuerdo en muchas cosas que se hicieron, pero tengo muy grabada en la mente aquella situación y me duele tenerla que cotejar con lo que ocurre hoy. En aquellos días se tenían muchas esperanzas

y una confianza sin límites en que las guerras se habían terminado y en que la Liga de las Naciones sería todopoderosa. En el enfermizo mundo de hoy no veo ni siento la misma confianza, ni siquiera las mismas esperanzas.

Por otro lado, rechazo la idea de que es inevitable una nueva guerra, y mucho más la de que sea inminente. Estoy seguro de que nuestros destinos siguen en nuestras manos y de que disponemos del poder para salvar el futuro, por esto me siento obligado a hablar ahora que tengo la oportunidad de hacerlo. No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Lo que quieren son los frutos de la guerra y la expansión indefinida de su poder y de sus doctrinas. Pero lo que debemos considerar hoy aquí mientras haya tiempo es la prevención permanente de la guerra y el establecimiento de las condiciones de libertad y democracia lo antes posible en todos los países. Las dificultades y los peligros que nos acechan no desaparecerán porque cerremos los ojos ante ellos. No se desvanecerán porque nos limitemos a esperar a ver qué pasa, ni gracias a una política contemporalizadora.

Por lo que he visto en nuestros amigos y aliados rusos durante la guerra, estoy convencido de que nada hay que admiren tanto como la fuerza, y nada por lo que sientan menos respeto que la debilidad, especialmente la debilidad militar. Por esta razón, la vieja doctrina del equilibrio de poder es perjudicial. No nos podemos permitir, si somos capaces de evitarlo, trabajar con márgenes estrechos, favoreciendo la tentación de que sometan a prueba nuestra fuerza. Si las democracias occidentales se mantienen juntas en el respeto estricto a los principios de la Carta de las Naciones Unidas, su influencia en el fomento de esos principios será inmensa y no es previsible que nadie los vulnere. Si, por el contrario, estas naciones se dividen o incumplen su obligación y desperdician estos años decisivos, entonces es evidente la posibilidad de que la catástrofe caiga sobre todos nosotros.

La última vez vi que se aproximaba todo esto y lo proclamé a mis compatriotas y al mundo, pero nadie prestó atención. Hasta 1933 o incluso 1935, se hubiera podido salvar a Alemania del terrible destino en que ha caído y todos nos podríamos haber evitado todas las calamidades que Hitler permitió que cayeran sobre la humanidad. Nunca en la historia hubo una guerra tan fácil de prevenir mediante una acción

oportuna, como la guerra que acaba de asolar grandes zonas del globo. En mi opinión, se habría podido evitar sin disparar un solo tiro, y Alemania podría ser hoy un país poderoso, próspero y respetado. Pero nadie quiso escuchar, y el terrible torbellino nos engulló a uno después de otro. Es evidente que no debemos permitir que vuelva a ocurrir.

Y esto sólo se puede conseguir si hoy, en 1946, alcanzamos un buen acuerdo con Rusia en todas las cuestiones bajo la autoridad general de la Organización de las Naciones Unidas y con el mantenimiento de ese acuerdo a lo largo de muchos años en paz, mediante este instrumento mundial apoyado por toda la fuerza del mundo de habla inglesa y todos los países relacionados con él. Ahí está la solución que, con todo respeto, les propongo en esta alocución a la que he dado el título de '¿La fuerza de la Paz?'

Que ningún hombre subestime el poder duradero del Imperio y la Mancomunidad británica. Ustedes pueden ver a los 46 millones de personas en nuestra isla impelidas por el suplemento de alimentos, del cual tan sólo produce la mitad, incluso en tiempos de guerra, o porque han tenido dificultades para reactivar las industrias y el comercio internacional después de 6 años de esfuerzo bélico. Pero que nadie piense que no nos vamos a sobreponer a estos años de privación así como hemos pasado por los gloriosos años de agonía. Que nadie suponga que en medio siglo no verá a 70 u 80 millones de británicos regarse por el mundo unido en defensa de nuestras tradiciones, de nuestro modo de vida y de las causas mundiales que todos apoyamos.

Si la población de la mancomunidad de habla inglesa se sumara a aquella de los Estados Unidos, con todo lo que implica tal cooperación en el aire, en el mar, en todo el globo, en la ciencia y la industria, así como en fuerza moral, no habrá balance precario del poder que pueda ofrecer la tentación a ciertas ambiciones y aventuras. Por el contrario, habría una avasallante garantía de seguridad. Si nos adherimos fielmente a la Carta de las Naciones Unidas y caminamos en sobria fuerza, sin buscar la tierra o el tesoro de nadie, sin buscar control arbitrario sobre el pensamiento de los hombres; si toda la moral, la fuerza material y las convicciones británicas se unen con las suyas en asociación fraternal, los caminos del futuro estarán claros, no sólo en nuestros tiempos, sino en el siglo por venir.

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

A LA HUMANIDAD,
UNA DECLARACIÓN.



El 09 de Diciembre de 1948, Eleanor Roosevelt⁴⁰ se dirigía a la Asamblea General de las Naciones

40 Eleanor Roosevelt (1884-1962) fue la Primera Dama de los Estados Unidos de América entre 1933 y 1945 y dedicada defensora de los Derechos Civiles en su país. Se desempeñó como delegada de los EEUU ante la ONU entre 1945 y 1952, destacándose por su labor a favor de la DUDDHH.

Unidas. En el Palais de Chaillot (París), resonarían sus sencillas y sentidas palabras:

“Al dar nuestra aprobación a esta Declaración es de primaria importancia que tengamos en mente el carácter básico del documento. No es un tratado, no es un acuerdo internacional. No es ni pretende ser una ley. Es una Declaración de principios básicos de derechos humanos y libertades a ser signada con la aprobación de la Asamblea General a través del voto formal de sus miembros, que servirá como un modelo común de logros para todos los pueblos de todas las naciones.

Estamos hoy ante el umbral de un gran evento en la vida de las Naciones Unidas y en la vida de la humanidad. Esta Declaración Universal de los Derechos Humanos podría convertirse en la Carta Magna de todos los hombres en todas partes. Esperamos que su proclamación por la Asamblea General sea un evento comparable a la proclamación de la Declaración de los *Derechos del Hombre y el Ciudadano* realizada por el pueblo francés en 1789, la adopción de la *Carta de Derechos* por el pueblo de los Estados Unidos y la adopción de declaraciones similares en diferentes momentos en otros países.

En un tiempo en el que existen tantos temas sobre los cuales nos es tan difícil alcanzar una base común de acuerdos, es un hecho significativo que 58 Estados hayan encontrado un campo tan amplio de acuerdo en el complejo escenario de los derechos humanos. Esto debe asumirse como un testimonio de nuestra aspiración común, expuesta por primera vez en la Carta de las Naciones Unidas, de elevar a los hombres en todo el mundo a un

estándar de vida más alto y llevarlos a un mayor disfrute de la libertad. El deseo de Paz de todo hombre está detrás de esta Declaración.”

Al día siguiente, el 10 de Diciembre de 1948, la Asamblea General aprobaría la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (DUDDHH). La votación arrojaría 48 Estados a favor, 8 abstenciones y ningún voto en contra.⁴¹

Cuando miramos hacia atrás, más de 60 años después de la adopción de esta Declaración que hemos incluido necesariamente en esta selección, no podemos sino recorrer los pasos de lo que la Sra. Roosevelt expresaba en la víspera del que podría ser considerado como el momento más histórico de la historia de la Humanidad. No dudamos en calificarlo así, entre otras cosas porque, básicamente, la aprobación y adopción de la DUDDHH habría sido un milagro en sí mismo si pensamos en la diversidad de culturas, de posiciones políticas y de visiones del mundo que se sentaron a discutir el asunto. De hecho, en 1946, cuando se inicia el proceso de concepción de este documento a partir de los aportes de filósofos de todo el mundo en busca de los fundamentos teóricos, pocas personas confiaban en que se llegaría a un acuerdo final sobre la materia.

De estas conversaciones iniciales sobrevino la esencia de la Declaración, provista por las

41 Votos a favor (en orden alfabético): Afganistán, Argentina, Australia, Bélgica, Birmania, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dinamarca, Ecuador, Egipto, El Salvador, Estados Unidos de América, Etiopía, Filipinas, Francia, Guatemala, Haití, Holanda, India, Irak, Irán, Islandia, Líbano, Liberia, Luxemburgo, México, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelandia, Pakistán, Panamá, Paraguay, Perú, Reino Unido, República Dominicana, Siria, Suecia, Tailandia, Turquía, Uruguay, Venezuela.

Abstenciones (en orden alfabético): Arabia Saudita, Bielorrusia, Checoslovaquia, Polonia, Sudafrica, Ucrania, URSS, Yugoslavia.

diferentes religiones y nociones filosóficas. En este sentido, surgiría un documento extraordinariamente multicultural que sorprendió a muchos. Así, no obstante la ausencia de buena parte del mundo entre los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas,⁴² la universalidad de la DUDDHH fue lograda con la profundidad suficiente como convertirse en un documento que incrementa su vigencia con el paso del tiempo.

Adicionalmente, debemos resaltar que esta Declaración fue adoptada en un momento histórico en el cual el mundo estaba en ruinas y el futuro no lucía precisamente promisorio. La Guerra Fría arrojaba sus primeros síntomas y los traumáticos procesos de descolonización comenzaban a presionar fronteras, gobiernos y culturas. Esto, evidentemente, le agrega un valor inestimable al acuerdo que le hizo posible.

Desde el 26 de Junio de 1945, la Carta que se convertiría en el acta de nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas, rezaba:

“Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos

a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles,

a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas,

a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional,

a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad...”

De esta manera, la necesidad de un documento como la DUDDHH se hacía evidente. Había que declarar taxativamente cuáles eran esos *derechos fundamentales del hombre*, cuáles deberían ser las condiciones indispensables para su manifestación y ejercicio. Sin esto, la Carta de la ONU no tendría el efecto anhelado. Desde la Comisión de Derechos Humanos de este organismo se trabajaría a partir de 1946, recaudando información primero y, luego, redactando el documento en sí. Esta comisión encabezada por el representante del gobierno de Canadá, John Peters Humphrey,⁴³ estaba integrada por un grupo de países bastante variado, culturalmente hablando, lo que garantizaba una representación global.⁴⁴

Humphrey realizaría el primer borrador del documento, el cual sería la base fundamental del segundo borrador elaborado por René

43 John Peters Humphrey (1905-1995) trabajó para la ONU en el área de DDHH durante 20 años, pero dedicó su vida entera a la promoción, difusión y educación en esta área, siendo incluso miembro fundador de Amnistía Internacional-Canadá y de la Canada Human Rights Foundation.

44 Países integrantes de la Comisión de Derechos Humanos para el momento de la redacción de la DUDDHH: Australia, Bélgica, Bielorrusia, Chile, China, Cuba, Egipto, Francia, India, Irán, Líbano, Panamá, Filipinas, Reino Unido, Estados Unidos de América, URSS, Uruguay y Yugoslavia.

Deben citarse como miembros de la Comisión y parte de las delegaciones de sus países a Eleanor Roosevelt (EEUU), Jacques Maritain y René Cassin (Francia), P.C. Chang (China) y Charles Malik (Líbano), entre tantos otros.

42 Para este momento la ONU contaba con 56 Estados miembros.

Cassin.⁴⁵ Éste diseñaría la estructura que puede observarse en la versión final. Se inicia con un Preámbulo que revisita un estado de cosas por todos aceptado y que se desprende, no sólo de la situación mundial, sino de los principios fundamentales de la Carta de la ONU. Con ello se reafirman las razones de la adopción de la Declaración.

Si recorremos todo el documento, nos encontraremos con que los dos primeros artículos hacen las veces de rocas fundacionales, manifestado como principios esenciales de la Declaración la dignidad, la libertad, la igualdad y la hermandad entre los hombres. Expresan claramente que estos principios no son dones gratuitos otorgados por los Estados, pues son concebidos como derechos naturales inherentes a la persona humana.

De esta manera, en un sentido contemporáneo, se reconoce la existencia de los DDHH no porque las personas sean sujetos de un particular sistema político o religioso, sino porque son naturales en cada hombre, mujer y niño. Los Estados quedan entonces con el deber de respetarlos, protegerlos y promoverlos, así como de desarrollar un marco jurídico que incluya la penalización de sus violaciones y abusos.

El resto de los 28 artículos, conforman pequeños grupos temáticos, complementarios unos de otros y que amplían suficientemente el alcance de la Declaración. Del artículo 3 al artículo 11, se

configura el grupo relativo a los derechos individuales, como el derecho a la vida, la libertad, igualdad ante la ley y seguridad. Del artículo 12 al 17, hallamos los derechos civiles y políticos que tocan factores como la vida privada, la libre circulación, el derecho al asilo y a una nacionalidad, el respeto por razón de género, raza, credo y el derecho a la propiedad. Entre el artículo 18 y el 21, encontramos lo relativo a las libertades y derechos espirituales y políticos como la libertad de expresión, pensamiento, conciencia y religión, libertad de asociación y participación política. Desde el artículo 22 y hasta el 27, se consideran los asuntos relativos a los derechos sociales, económicos y culturales, como el derecho al trabajo, el tiempo libre, salud y la educación.

Los últimos 3 artículos de la Declaración hacen las veces de junta que vincula toda la estructura del documento, pues versan sobre el derecho a gozar de un orden social e internacional propicio para el desarrollo de los DDHH expuestos en los artículos precedentes. Pero además, establecen como necesario el que todos los individuos reconozcan la existencia de esos DDHH en su alteridad y que este reconocimiento y respeto del otro será el límite impuesto sobre los propios derechos. Finalmente, queda establecido que no podrá interpretarse la Declaración en ningún sentido, por parte de ningún Estado, de modo que de pie al ejercicio de acciones que supriman o menoscaben los derechos que han sido objeto de ésta.

Cierto es que la DUDDHH no fue concebida como un asunto de imposición. No obstante, su condición declarativa buscó, en todo momento, dibujar las condiciones básicas y esenciales para

45 René Cassin (1887-1976) eminente abogado francés, comprometido con la lucha a favor de los DDHH; fue representante de Francia ante de la Sociedad de las Naciones entre 1924 y 1938. En 1968 recibiría el Premio Nobel de la Paz por su labor en la redacción de la DUDDHH, luego de haber presidido desde 1965 la Corte Europea de Derechos Humanos.

celebrar la vida y las bondades de todos los hombres en libertad, en un ambiente de Paz y Justicia. Sería así, el esbozo de un panorama que se hiciera ajeno a las tragedias y atrocidades sufridas por la humanidad en tiempos pasados.

Desafortunadamente, la segunda mitad del siglo XX no dibujó por entero su camino a partir de los lineamientos de la DUDDHH, aunque los avances en términos del ejercicio de los mismos y de la ampliación de estos cada vez que ha sido posible es algo que no puede encubrirse. En todo el mundo se han experimentado cambios significativos en la concepción de la dignidad humana y esto ha repercutido en que este documento de buena voluntad busque su camino, enraizándose en la cultura de la civilización global.

Nuestro continente, pionero en materia de DDHH, ya en mayo de 1948, seis meses antes de la acción decidida en el seno de la ONU, la IX Conferencia Interamericana –celebrada en Bogotá (Colombia) y con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán como telón de fondo- adoptaba la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre. A pesar de ello, las dictaduras y regímenes opresivos no se mantuvieron alejados de la realidad americana, sobre todo entre 1950 y 1990.

Consecuentemente, el legado de estos – vivo en no pocos países de la región- puede notarse en la debilidad institucional y los altos niveles de corrupción que impiden la instauración de un recto Estado de Derecho.

La situación ha sido menos distinta en Asia, donde países como China se niegan a

reconocer los más elementales derechos, no sólo a los individuos sino a pueblos enteros como es el caso del Tibet. Los intereses políticos han impedido que el real significado de la DUDDHH penetrara con propiedad y sentido en todos los rincones de este continente.

Ciertamente países como Japón, por ejemplo, se han convertido en adalides de la defensa de los DDHH, pero en países como Bangladesh, Sri Lanka o Corea del Norte la situación de plantea tan sólo en un largo aliento de esperanza, aunque diversas ONGs y valientes individualidades luchan infatigablemente por hacer sentir la voz de las violaciones constantes a los DDHH.

Los países africanos que lograron su independencia desde finales de los años 40 han creado instituciones que protegen y promueven los DDHH, así como el respeto del Estado de Derecho en el cual estos puedan construir una dinámica justa. En este mismo continente, no obstante, se escenificaron cruentos conflictos armados que vulneraron todos y cada uno de los derechos incluidos en la Declaración y cuyos efectos aun hoy pueden sentirse. Con todo, en 1986, entraría en vigencia la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos, lo que implica un esfuerzo generoso por comprender localmente lo que la DUDDHH significa de modo universal.

Europa, tal vez la región del mundo en estado más ruinoso y desolado al terminar la Segunda Guerra Mundial, hizo grandes esfuerzos por trabajar a favor de una meta común de unidad, en la cual los DDHH fueran no sólo reconocidos sino profundamente respetados. Lamentablemente, la realidad de la Guerra Fría

impidió que el sueño europeo de unidad se cumpliera y las tensiones políticas derivadas, generaron diversas situaciones en las cuales las violaciones a los DDHH fueron más que evidentes. No tenemos sino que recordar la reacción soviética ante la Revolución húngara de 1956, el final de la llamada Primavera de Praga, la terrible realidad del Muro de Berlín y la situación general a la que se vieron sometidos los pueblos bajo el control político de la URSS. El final de la Guerra Fría elevó las esperanzas de los pueblos europeos, pero aun en Europa puede notarse una separación entre el discurso de los líderes políticos y la concreción de una sociedad basada en los principios de la DUDDHH. La situación generada en años recientes a partir de la cuantiosa inmigración de la que Europa es receptora, ha hecho brotar visiones de tiempos que se creían irrepetibles.

No es más alentador el panorama en el Medio Oriente y el mundo árabe en general. Ya hemos mencionado que entre las 8 abstenciones en la votación por la adopción de la DUDDHH, se hallaba Arabia Saudita. Así pues, no se trata sólo del problema palestino-israelí, sino de la incapacidad de incorporar los principios contenidos en esta Declaración en el seno de culturas que no les conciben como posibles. Cuando la aceptación de los DDHH como un asunto universal se tropieza con la terrible realidad de que aun existen países cuya legislación constitucional se alza como el mayor de los impedimentos para la construcción de una sociedad más justa, sólo resta incentivar el conocimiento de lo que los DDHH en sí mismos implican y significan para

la dignidad humana, más allá de cualquier tradición o costumbre.

Con esto, el sentido educativo del documento fue desde su proclamación en 1948 y es hoy más que nunca vital. La difusión de la DUDDHH ha sido desde entonces un objetivo fundamental de la ONU y seguidamente, de innumerables ONGs en todo el planeta. Sin embargo, a pesar de que constituye el documento más traducido en el mundo, esta Declaración demanda de todos los individuos, de cualquier condición social, raza, género, credo o ideología política, un alto compromiso en cuanto a su difusión y promoción sincera. Sólo así dejará de ser un deseo el que “todo hombre pueda gozar de la libertad necesaria para desarrollarse en toda su estatura y, a través del esfuerzo común, elevar el nivel de la dignidad humana”, tal y como lo expresará la Sra. Roosevelt en medio de su esperanza en un mundo devastado por la Segunda Guerra Mundial.

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS (1948)

■ PREÁMBULO

Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana;

Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los

seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias;

Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión;

Considerando también esencial promover el desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones;

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y se han declarado resueltos a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad;

Considerando que los Estados Miembros se han comprometido a asegurar, en cooperación con la Organización de las Naciones Unidas, el respeto universal y efectivo a los derechos y libertades fundamentales del hombre, y

Considerando que una concepción común de estos derechos y libertades es de la mayor importancia para el pleno cumplimiento de dicho compromiso;

La Asamblea General proclama la presente

Declaración Universal de Derechos Humanos como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, por medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivos, tanto entre los pueblos de los Estados Miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción.

■ ARTÍCULO 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

■ ARTÍCULO 2

1. Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

2. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía.

■ ARTÍCULO 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

■ ARTÍCULO 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

■ ARTÍCULO 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

■ ARTÍCULO 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

■ ARTÍCULO 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

■ ARTÍCULO 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales reconocidos por la constitución o por la ley.

■ ARTÍCULO 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

■ ARTÍCULO 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

■ ARTÍCULO 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad, conforme a la ley y en juicio público en el que se le hayan asegurado todas las garantías necesarias para su defensa.

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

■ ARTÍCULO 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

■ ARTÍCULO 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

■ ARTÍCULO 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

■ ARTÍCULO 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

■ ARTÍCULO 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia, y disfrutarán de iguales derechos en cuanto al matrimonio, durante el matrimonio y en caso de disolución del matrimonio.

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

■ ARTÍCULO 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

■ ARTÍCULO 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia.

■ ARTÍCULO 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.

■ ARTÍCULO 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

■ ARTÍCULO 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

■ ARTÍCULO 22

Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

■ ARTÍCULO 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

1. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

■ ARTÍCULO 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

■ ARTÍCULO 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales

necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

■ ARTÍCULO 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

■ ARTÍCULO 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

■ ARTÍCULO 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

■ ARTÍCULO 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad, puesto que sólo en ella puede desarrollar libre y plenamente su personalidad.

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

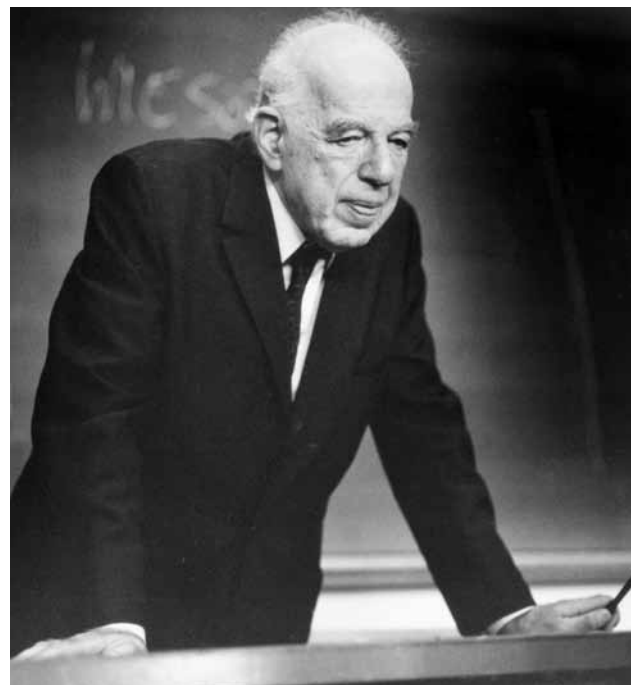
3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

■ ARTÍCULO 30

Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

EL ARTE Y LOS ARTISTAS

UN MAESTRO ENTRE LOS ARTISTAS



En todos los ámbitos del saber, no cabe duda, el siglo XX dio giros inusitados. Para 1950, una obra sencilla y poco ambiciosa, al menos en apariencia, fue publicada: se trataba de *The story of art* del historiador austriaco del arte, Ernst H. Gombrich (1909-2001). Desde su aparición la obra se convirtió en todo un suceso editorial, lo cual, para el ámbito de la historia del arte, era un acontecimiento sin precedentes. Hasta el momento este libro lleva acumuladas

16 ediciones tan sólo en su versión original en inglés, además de haber sido traducida a 34 idiomas diferentes y muchas veces re-editada.

Gombrich había nacido en la Viena de comienzos de siglo, agitada cultural y políticamente. Sus padres pertenecieron a estimados círculos intelectuales y artísticos, siendo su madre una reconocida pianista, alumna del compositor austriaco Antón Bruckner (1824-1896). Él mismo terminaría siendo un sólido cellista, pero siempre consideró a la música su espacio de solaz y no un ámbito al cual dedicarse profesionalmente. Al finalizar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), su Viena natal se hallaba en un estado de postración absoluto; el hambre y la miseria eran los más asiduos traseantes de sus calles otrora extraordinarios espejos de una vibrante urbe. Es así que, junto a su hermana Lisbeth, fue enviado a Suecia en 1920, por un lapso de 9 meses, como parte del programa de *Save the Children*.⁴⁶

Ya de regreso, ingresará al Colegio Secundario Teresiano, en el cual escribirá un ensayo, a la edad de 14 años, sobre cómo habían cambiado los modos de apreciación del arte desde Wickelmann. Su inclinación hacia la historia del arte era más que evidente, por lo que ingresará en 1928 a la Universidad de Viena, en la cual estudiará bajo la célebre escuela de Viena de

historiadores del arte, entre los que se encontraba el no menos famoso Julius von Schlosser (1866-1938). En 1936 viaja a Inglaterra, donde residirá hasta su muerte, para trabajar como investigador en el Warburg Institute.⁴⁷ Decididamente anti-nazi, Gombrich colaboraría con el gobierno inglés en la traducción de emisiones radiales que eran interceptadas desde Londres. El profundo conocimiento de la cultura alemana y de los simbolismos subyacentes en ella, le permitió inferir la muerte de Adolf Hitler (1889-1945) cuando la emisora oficial del gobierno nazi transmitiera inesperadamente el Adagio de la Sinfonía nº 7 de Bruckner, pieza creada originalmente por este compositor como homenaje a Richard Wagner (1813-1883) en su fallecimiento. Personalmente le daría la noticia a Sir Winston Churchill (1874-1965), entonces Primer Ministro británico.

Una vez concluida la guerra, Gombrich se dedicará de lleno a sus actividades intelectuales relacionadas con el arte, su historia y su teoría. Será cuando el fundador de Phaidon Press, Bela Horovitz (1898-1955) le convenza de retomar la idea de escribir una historia del arte, de corte general, análoga a su *Historia del mundo para niños* (*Weltgeschichte für Kinder*, 1936).⁴⁸ Gombrich había trazado alguna estructura para una obra de este tipo en 1937, pero nunca se

46 *Save the Children* es una organización no gubernamental, iniciada en 1919 en Inglaterra como un programa de ayuda a los niños europeos afectados por la Primera Guerra Mundial (PGM). Sus creadoras fueron Eglantyne Jebb y Dorothy Buxton, quienes se propusieron instalar programas de ayuda a los niños en todo el mundo. Originalmente, la iniciativa se abocó a atender las necesidades de suplemento de alimento y vestido para los niños de los países bloqueados por los Aliados al finalizar la PGM (Austria, Alemania, Hungría). Hoy es una de las más grandes ONGs del mundo en cuanto a la ayuda directa a la infancia afectada de algún modo por conflictos bélicos.

47 El Warburg Institute, fundado por Aby Warburg (1866-1929) en 1926 en Hamburgo. Surgió como idea derivada de la biblioteca especializada en historia del arte del mismo Warburg. El hostil ambiente del nazismo en Alemania provocó la mudanza de la biblioteca completa a Londres, donde el Instituto permanece hasta el día de hoy, asociado, sin embargo a la London University desde 1944.

48 Gombrich escribió esta obra cuando vivía en Alemania y fue un gran éxito que, además le salvó de apuros económicos, dada la dificultad de encontrar trabajo ante las presiones del Nazismo.

dedicó a ella y abandonó temporalmente la idea. El resultado fue *The story of art* (traducida en castellano como *La historia del arte*). Desde su publicación, el libro causó un impacto enorme, para sorpresa incluso del propio autor. Y aunque es una obra escrita para adolescentes, su éxito le llevó a ser leída y disfrutada por un público de todas las edades.

Entre la más alta intelectualidad de los historiadores del arte, la obra no fue bien recibida, pues se consideraba una profanación a la sacralidad de su oficio. Sin embargo, Gombrich siempre confesó que disfrutó muchísimo hacerla, mucho más de lo que antes había disfrutado escribir la *Historia del mundo para niños*. Su estilo accesible y amable, cómplice en no pocas ocasiones, sedujo a lectores de todo el mundo, de todas las edades, de todas las condiciones sociales y de todas las ideologías políticas. Y es que Gombrich no escribió directamente el libro, sino que lo dictó a su secretaria, por lo que, tal vez, por ello notamos, al leerlo, que el simpático maestro *nos habla y nos cuenta* la historia del arte, como podría relatarnos la entretenida historia de cualquier otra cosa.⁴⁹

Es así que, como una voz afable, Gombrich interviene en esta selección de voces del siglo XX, como el maestro que se transforma en el más extraordinario de los artistas al relatarnos *The story of art*. De este encantador libro, hemos escogido algunos extractos de la Introducción. Texto éste que, además, se inicia con una de las más revolucionarias afirmaciones

en toda la historia de la historia del arte: *Realmente, no existe tal cosa como el Arte. Tan sólo hay artistas*. Con ello, Gombrich echaba por tierra décadas de una monolítica tradición iniciada por Winckelmann en el siglo XVIII.

Aunque Gombrich no será el primero en notar tal cosa, sí será el primer en afirmarlo de manera tan contundente y ¡en un libro para niños! Para la historia del arte esto equivaldría a que Albert Einstein hubiera publicado sus trabajos sobre la Teoría de la Relatividad en un librito infantil de básicas nociones aritméticas. A pesar de sus detractores, a quienes Gombrich silenciaría luego de sus sólidos y aun no superados estudios en el ámbito de la psicología de la representación y de la teoría del arte, siempre mantuvo un cariño particular por *The story of art* y le agradecería a este libro el haberle abierto puertas que, sin él, se habrían mantenido cerradas para todos los historiadores del arte.

Con la afirmación ya mencionada que inaugura su libro, Gombrich deseaba rendir tributo al esfuerzo, la capacidad, la inventiva, la creatividad y el talento individual del artista. Creía que son los artistas en su esfuerzo por resolver ciertos y determinados problemas quienes provocan los cambios en la historia del arte y no la eterna búsqueda de *la belleza* como un ideal único y abstracto, cuyas bases habrían sido sentadas por los antiguos griegos, tal y como Winckelmann lo había señalado. Consecuentemente, no puede existir tal cosa como el 'Arte', escrito con 'A' mayúscula, pues el arte existe en mil maneras y manifestaciones distintas a través del tiempo, gracias a la labor creativa de los artistas.

49 Esta es la razón fundamental por la cual no empleamos la traducción castellana al título de la obra. el término 'historia' no puede asimilarse al término 'story', en todo caso, sería más correcto emplear el término 'cuento'.

No es para él consistente la idea de un “espíritu de la época” (*Zeitgeist*), pues eso equivaldría a aceptar que los individuos no tienen participación en la definición de los estilos y los gustos. El impacto individual es para Gombrich esencial, aun cuando acepta completamente que la obra de arte es una representación de una organización de valores sociales. No obstante, en la creación de esa organización de valores no intervienen elementos difusos sino concretos, acciones individuales. Las ideas filosóficas son para Gombrich muy importantes en el proceso creativo del arte, pero de manera específica y no general. Lo contrario, sería relegar aspectos como las dificultades técnicas que debió afrontar el artista, las condiciones del encargo, las exigencias del patrón, etc., todas capitales al momento de comprender el arte (con ‘a’ minúscula).

Insiste Gombrich, en el texto que presentamos, en la gran cantidad de prejuicios que nos invaden como espectadores y en la necesidad que tenemos de deshacernos de ellos si realmente queremos disfrutar del arte, en primer lugar y, luego, comprenderle verdaderamente. Con suficientes ejemplos, demasiado triviales para el gusto de muchos expertos, demuestra que el arte requiere siempre de una mente fresca, de una actitud de respeto a los artistas y las obras, y finalmente, de una oportunidad sincera para permitirle expresarse.

Por más simple que pueda parecer esta lección del maestro, Gombrich la retomaría luego en otras de sus obras posteriores, desarrollándola a través de vertientes diversas como lo haría en *Art and Illusion. A Study in the Psychology*

of Pictorial Representation (Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica, 1960) y Ideals and Idols. Essays on Values in History and Art (Ideales e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia y en el arte, 1979), dos de sus publicaciones cimeras. En la última citada, Gombrich abordará el problema de la tradición dentro del ejercicio del oficio de historiador del arte. Alertará allí sobre las dificultades que este asunto traza en la formación profesional de los jóvenes, pues, al final, la tradición termina convirtiéndose en una madeja de prejuicios que, como hace ver al aficionado al arte en la Introducción de *The story of art*, no hacen sino impedir la verdadera comprensión de las obras y de la labor de los artistas.

A los que piensan que todo ha sido dicho en predios del arte, a los que no son capaces de concebir la visita a un museo como un asombroso viaje de descubrimiento aun cuando ya hayan recorrido sus salas muchas veces, es a ellos a quienes va dirigido el mensaje de este afable maestro. Un maestro que se convirtió en el más habilidoso de los artistas de la historia del arte en el mismo instante en el que la concibió como el relato de los logros, los experimentos, las equivocaciones, las búsquedas y los anhelos de aquellos individuos que protagonizan el más encantador de los cuentos sobre aquella realización humana llamada: *arte*.

EL ARTE Y LOS ARTISTAS, 1950

(EXTRACTOS)⁵⁰

ERNST H. GOMBRICH

Realmente, no existe tal cosa como el Arte. Tan sólo hay artistas. Estos, alguna vez, fueron hombres que tomaban tierra coloreada y dibujaban toscamente las formas de un bisonte sobre las paredes de una cueva; hoy, compran sus colores y trazan carteles para las estaciones del metro. Hacen y han hecho muchas cosas los artistas. No hay ningún mal en llamar arte a todas estas actividades, mientras tengamos en cuenta que tal palabra puede significar muchas cosas distintas, en épocas y lugares diversos, y mientras advirtamos que el Arte, escrita la palabra con A mayúscula, no existe, pues el Arte con A mayúscula tiene por esencia que ser un fantasma y un ídolo. Se podría abrumar a un artista diciéndole que lo que acaba de realizar acaso sea muy bueno a su manera, sólo que no es Arte. Y se podría llenar de confusión a alguien que atesore cuadros, asegurándole que lo que le gustó en ellos no fue precisamente el Arte, sino algo distinto.

En verdad, no creo que haya ningún motivo indebido por el cual pueda gustar una escultura o un cuadro. A alguien le puede gustar un paisaje porque le recuerda su hogar, o un retrato porque le recuerda a un amigo. No hay perjuicio en ello. Todos nosotros, cuando vemos una pintura, nos sentimos estimulados a recordar una cosa que influyen sobre nuestros gustos y aversiones. En tanto que esos recuerdos nos ayuden a disfrutar de lo que vemos, no tenemos por qué preocuparnos. Únicamente cuando un recuerdo irrelevante nos perjudica, cuando instintivamente nos apartamos de una magnífica representación de una escena alpina porque detestamos el montañismo, es cuando debemos indagar en nuestra mente por el motivo de la aversión que arruina el placer que, de otro modo, habríamos experimentado. Hay causas equivocadas de que no nos guste una obra de arte.

A la mayoría le gusta ver en los cuadros lo que también le gustaría ver en la realidad. Se trata de una preferencia bastante natural. A todos nos atrae lo bello en la naturaleza y agradecemos a los artistas que lo preservan en sus obras. Esos mismos artistas no nos censurarían por nues-

tros gustos. Cuando el gran artista flamenco Rubens dibujó a su hijo,⁵¹ estaba orgulloso de sus agradables facciones y deseaba que también nosotros admiráramos al pequeño. Pero esta inclinación a los temas bonitos y atractivos puede convertirse en nociva si nos conduce a rechazar obras que representan asuntos menos agradables. El gran pintor alemán Albrecht Dürer seguramente dibujó a su madre⁵² con tanta devoción y cariño como Rubens a su hijo. Su verista estudio de la apesadumbrada vejez puede producirnos tan viva impresión que nos haga apartar los ojos de él, y sin embargo, si luchamos contra esta repugnancia inicial, quedaremos ricamente recompensados, pues el dibujo de Dürer, en su tremenda sinceridad, es una gran obra. De hecho, de pronto descubrimos que la hermosura de un cuadro no reside realmente en la belleza de su tema. No sé si los golfillos que el pintor español Murillo⁵³ se complacía en pintar eran bellos estrictamente o no, pero les pintó y, ciertamente, poseen gran encanto. Por otra parte, muchos dirían que resulta inexpresivo el niño del maravilloso interior holandés de Pieter de Hooch,⁵⁴ pero igualmente es un atractivo cuadro.

El problema con la belleza es que los gustos y los estándares sobre lo que es bello varían demasiado. Las ilustraciones 5 y 6⁵⁵ son cuadros del siglo XV que representan ángeles tocando el laúd. Muchos preferirán la obra italiana de Melozzo da Forlì, encantadora y sugestiva, a la de su contemporáneo nórdico Hans Memling. A mí me gustan ambas. Puede tardarse un poco más en descubrir la belleza intrínseca del ángel de Memling, pero cuando ya no nos perturbe su inerte extrañeza, le encontraremos infinitamente adorable.

51 El texto original remite a la obra de Pieter Paul Rubens: *Retrato de su hijo Nicolás* (h.1620), lápiz negro y rojo sobre papel, 25.2 x 20.3 cm, Galería Albertina, Viena.

52 El texto original remite a la obra de Albrecht Dürer: *Retrato de su madre* (1514), lápiz negro sobre papel, 42.1 x 30.3 cm., Gabinete de Estampas del Museo Nacional, Berlín.

53 El texto original remite a la obra de Bartolomé Esteban Murillo: *Golfillos* (h.1670-75), óleo sobre lienzo, 146 x 108 cm., Antigua Pinacoteca, Munich.

54 El texto original remite a la obra de Pieter de Hooch: *Mujer pelando manzanas en un interior* (1663), óleo sobre lienzo, 70.5 x 54.3 cm., Colección Wallace, Londres.

55 El texto original remite a las obras de Melozzo da Forlì: *Ángel* (h.1480), fresco (detalle), Pinacoteca Vaticana / y de Hans Memling: *Ángel* (h.1490), óleo sobre tabla (detalle de un retablo), Real Museo de Bellas Artes, Amberes.

50 El texto que presentamos aquí son extractos de la Introducción original en inglés del libro *The story of art* publicado en 1950.

Y lo mismo que decimos de la belleza hay que decir de la expresión. En efecto, a menudo es la expresión de un personaje en el cuadro lo que hace que éste nos guste o lo detestemos. Algunas personas se sienten atraídas por una expresión cuando pueden comprenderla con facilidad y, por ello, les emociona profundamente. Cuando el pintor italiano del siglo XVII Guido Reni pintó la cabeza del Cristo en la cruz,⁵⁶ se propuso, sin duda, que el contemplador encontrase en este rostro la agonía y toda la exaltación de la Pasión. En los siglos posteriores, muchos seres humanos han hallado fuerza y consuelo de una representación semejante del Salvador. El sentimiento que expresa es tan intenso y evidente que pueden hallarse reproducciones de esta obra en sencillas iglesias y apartados lugares donde la gente no tiene idea alguna acerca del Arte. Pero aunque esta intensa expresión de sentimiento nos impresione, no por ello deberemos desdeñar obras cuya expresión, acaso, no resulte tan fácil de comprender. El pintor italiano del medievo que pintara un crucifijo,⁵⁷ seguramente sintió la Pasión con tanta sinceridad como Guido Reni, pero para comprender su modo de sentir, tenemos que conocer primeramente su procedimiento. Cuando llegamos a comprender estos diferentes lenguajes, podemos hasta preferir obras de arte cuya expresión es menos notoria que la de la obra de Guido Reni. Del mismo modo que hay quien prefiere a las personas que emplean ademanes y palabras breves, en los que queda algo siempre por adivinar, también hay quien se apasiona por cuadros o esculturas en los que queda algo por descubrir. En los períodos más primitivos, cuando los artistas no eran tan hábiles en representar rostros y actitudes humanas como lo son ahora, lo que con frecuencia resulta más impresionante es ver cómo, a pesar de todo, se esfuerzan por dejar salir los sentimientos que quieren transmitir.

Pero aquí, quienes recién se acercan al arte se tropiezan con otra dificultad. Quieren admirar la destreza del artista al representar los objetos que ven y lo que más les gusta son las pinturas que «lucen reales». No niego, ni por un momento, que es ésta una consideración importante. La paciencia y la habilidad que conducen a la representación

fidedigna del mundo visible son, en verdad, dignas de admiración. Grandes artistas de otras épocas han dedicado muchos esfuerzos a obras en las que el más pequeño detalle ha sido registrado cuidadosamente. El estudio a la acuarela de una liebre realizada por Dürer⁵⁸ es uno de los más famosos ejemplos de tan cariñosa paciencia. Pero ¿quién diría que el dibujo de un elefante por Rembrandt⁵⁹ es forzosamente menos bueno porque presenta menos detalles? En realidad, Rembrandt fue tan mago que nos dio la sensación de la piel rugosa de un elefante con sólo unas cuantas líneas de su carboncillo.

Pero no sólo es el abocetamiento lo que molesta a los que prefieren que sus cuadros parezcan «reales». Aún sienten mayor aversión por obras que consideran dibujadas incorrectamente, en especial si pertenecen a época mucho más cercana a nosotros, en las que el artista «está obligado a saber mejor las cosas». De hecho, no existe misterio en estas distorsiones de la naturaleza, acerca de las cuales escucharnos tantas quejas en las discusiones en torno al arte moderno. Todo el que haya visto una película o una tira cómica de Walt Disney lo sabe bien. Sabe que algunas veces es correcto dibujar cosas de modo distinto a como se ven, cambiarlas y alteradas de un modo u otro. Mickey Mouse no tiene gran cosa que ver con un ratón de verdad, pero la gente no escribe cartas indignadas a los periódicos acerca de la longitud de su cola. Quienes penetran en el mundo encantado de Disney no se preocupan del Arte con A mayúscula. No van a ver sus películas armados con los mismos prejuicios que cuando van a ver una exposición de pintura moderna. Pero si un artista moderno dibuja algo a su manera peculiar, en seguida será considerado como un chapucero incapaz de hacerlo mejor. Ahora bien, pensemos como queramos de los artistas modernos, pero podemos estar seguros de que poseen conocimientos suficientes para dibujar con «corrección». Si no lo hacen así es porque acaso sus razones sean muy semejantes a las de Disney.

(...)

56 El texto original remite a la obra de Guido Reni: *Cristo coronado de espinas* (h.1639-40), óleo sobre lienzo, 62 x 48 cm., Museo del Louvre, París.

57 El texto original remite a la obra del Maestro toscano: *Cabeza de cristo* (h.1175-1225), temple sobre tabla (detalle de una crucifixión), Galleria degli Uffizi, Florencia.

58 El texto original remite a la obra de Albrecht Dürer: *Liebre* (1502), acuarela y aguada sobre papel, 25 x 22.5 cm., Galería Albertina, Viena.

59 El texto original remite a la obra de Rembrandt van Rijn: *Elefante* (1637), lápiz negro sobre papel, 23 x 34 cm., Galería Albertina, Viena.

No existe mayor obstáculo para gozar de las grandes obras de arte que nuestra falta de voluntad para despojarnos de costumbres y prejuicios. Un cuadro que represente un tema familiar de manera inesperada es condenado, a menudo, por no mejor razón que la de no parecer correcto. Cuanto más frecuentemente hemos visto aparecer un tema en arte, tanto más convencidos estamos de que tiene que representarse siempre de manera similar. Respecto a los temas bíblicos, en particular, estos sentimientos llegan a niveles superlativos. Aunque todos sabemos que las Sagradas Escrituras nada nos dicen acerca de la fisonomía del Jesús y que, el Dios mismo, no puede ser visualizado en forma humana, y aunque sabemos que fueron los artistas del pasado quienes primeramente crearon las imágenes a las que nos hemos acostumbrado, muchos se inclinan todavía a creer que apartarse de esas formas tradicionales constituye una blasfemia.

(...)

La idea más importante con la que tenemos que familiarizarnos es que las que nosotros llamamos «obras de arte» no constituyen el resultado de alguna misteriosa actividad, sino que son objetos realizados por y para seres humanos. Un cuadro parece algo muy distante cuando está, con su cristal y su marco, colgado de la pared; y en nuestros museos, muy justamente, está prohibido tocar los objetos a la vista. Pero originariamente fueron hechos para ser tocados y manejados, comprados, admitidos o rechazados. Pensemos también que cada uno de sus trazos es resultado de una decisión del artista: que pudo reflexionar acerca de ellos y cambiarlos muchas veces, que pudo titubear entre quitar aquel árbol del fondo o pintarlo de nuevo, que pudo haberse complacido en conferir, mediante una hábil pincelada, un insólito resplandor a una nube iluminada por el sol, y que colocó a regañadientes tal o cual figura ante la insistencia del comprador. Muchos cuadros y esculturas que cuelgan ahora a lo largo de las paredes de nuestros museos y galerías no se concibieron para ser exhibidos como Arte. Fueron elaborados para una determinada ocasión y con un propósito definido, que estuvieron en la mente del artista cuando éste se puso a trabajar en ellos.

Por otra parte, esas nociones con las que nosotros, como intrusos, generalmente nos preocupamos, ideas acerca de la belleza y la expresión, raramente son mencionadas por los artistas. No siempre ha sido

así, pero lo fue durante muchos siglos en el pasado, y vuelve a suceder ahora. La razón de esto se halla, en parte, en el hecho de que los artistas son, por lo general, gente retraída, hombres que considerarían embarazoso emplear palabras tan grandilocuentes como «Belleza». Se juzgarían presuntuosos si hablaran de «expresar sus emociones» y otras frases por el estilo. Tales cosas las dan por supuestas y consideran inútil hablar de ellas. Esta es una razón, al parecer, una muy buena. Pero existe otra. En las preocupaciones cotidianas del artista, esas ideas desempeñan un papel menos importante de lo que, a mi entender, sospecharían los profanos. Lo que le preocupa a un artista cuando proyecta una pintura, realiza apuntes o titubea acerca de cuándo ha de dar por concluida su lienzo, es algo mucho más difícil de expresar con palabras. Tal vez, el artista diría que lo que le preocupa es si ha logrado lo «correcto». Ahora bien, solamente cuando hemos comprendido lo que el artista quiere decir con tan simple palabra como lo «correcto», es que empezamos a comprender efectivamente lo que los artistas buscan.

Considero que únicamente podemos confiar en esta comprensión si examinamos nuestra propia experiencia. Por supuesto, no somos artistas, nunca nos hemos propuesto pintar un cuadro ni tengamos, probablemente, intención de hacerlo alguna vez. Pero esto no quiere decir que no nos hayamos encontrado frente a problemas semejantes a los que integran la vida del artista. En efecto, estoy deseoso de demostrar que difícilmente habrá nadie que no haya, cuando menos, vislumbrando problemas de tal índole, aun en el terreno más modesto. Quien quiera que haya tratado de componer un ramo de flores, mezclando y cambiando los colores, poniendo un poco aquí y quitando allí, ha experimentado esa extraña sensación de equilibrar formas y matices, sin ser capaz de decir exactamente qué clase de armonía es la que se ha propuesto conseguir. Hemos advertido: una mancha de rojo aquí hace la diferencia; o este azul está muy bien por sí mismo, pero no va con los otros colores; y de pronto, una rama de verdes hojas hacen que todo parezca «correcto». «No le toquemos más —decimos—, ahora está perfecto.» No todo el mundo, lo admito, pone tanto cuidado en arreglar flores, pero casi todo el mundo ha deseado dar con lo «correcto». Puede tratarse de encontrar el cinturón acertado que haga juego con cierto vestido, o algo tan impresionante que

la preocupación por colocar la proporción «correcta» de, digamos, pudín y crema en un plato. En cada caso, por trivial que pueda ser, percibimos que un poco de más o un poco de menos rompe el equilibrio, y que sólo hay una relación «correcta».

Las personas que se preocupan de este modo respecto a las flores, los vestidos o la comida, pueden parecernos escrupulosas, porque sentimos que tales cosas no merecen demasiada atención. Pero lo que en ocasiones puede constituir una mala costumbre en la vida real y es, por ello, suprimido o disimulado, puede encajar perfectamente en el terreno del arte. Cuando se trata de reunir formas o colocar colores, un artista debe ser siempre exagerado o, más aún, quisquilloso en extremo. Él puede ver diferencias en sombras y texturas que nosotros apenas advertiríamos. Más aun, su tarea es infinitamente más compleja que todas las experiencias relativas que nosotros podamos realizar en nuestra vida corriente. No sólo tiene que equilibrar dos o tres colores, formas o calidades, sino que jugar con infinitos matices. Tiene, literalmente, sobre la tela, centenares de manchas y de formas que debe combinar hasta que parezcan acertadas. Una mancha verde, de pronto puede parecer amarilla porque un azul fuerte le ha hecho demasiado evidente; puede percibir que todo se ha echado a perder, que hay una nota violenta en el cuadro y que necesita comenzar de nuevo. Puede forcejear en torno a este problema en noches enteras sin dormir; puede estarse todo el día delante del cuadro tratando de colocar un toque de color aquí o allí, y borrarlo todo otra vez, aunque no podamos darnos cuenta del cambio. Pero cuando ha vencido todas las dificultades sentimos que ha logrado algo en lo que nada puede ser añadido, algo que es «correcto», un ejemplo de perfección en nuestro muy imperfecto mundo.

(...)

Como no existen reglas que nos expliquen cuándo un cuadro o una escultura están bien, por lo general es imposible explicar exactamente con palabras por qué creemos hallarnos frente a una obra maestra. Pero esto no quiere decir que una obra dada sea tan buena como cualquier otra, o que no se pueda discutir en cuestión de gustos. Aunque no logren nada más, tales discusiones nos llevan a contemplar los cuadros y, cuanto más lo hacemos así, más cosas advertimos en ellos que anteriormen-

te se nos habían pasado por alto. Empezamos a sentir mejor el tipo de armonía que cada generación de artistas ha tratado de conseguir. Mientras más grande sea nuestro sentimiento hacia esas armonías, más las disfrutaremos y eso, después de todo, es lo que importa. El antiguo proverbio que expresa la imposibilidad de discusión sobre los gustos podría ser verdad, pero esto no debe ocultar el hecho de que el gusto puede ser desarrollado. Es este un asunto que, de nuevo puede ser experimentado comúnmente por todo el mundo en escenarios modestos. A las personas que no acostumbran beber té, una infusión puede parecerles igual que otra. Pero si tienen tiempo, deseos y oportunidad para darse a la búsqueda de los refinamientos posibles en un té, pueden llegar a convertirse en verdaderos *connoisseurs*, capaces de distinguir exactamente qué tipo de infusión prefieren, y su mayor conocimiento les llevará a un mayor placer en el disfrute.

Claro está, el gusto en arte es algo infinitamente más complejo que en lo que se refiere a manjares o bebidas. No sólo se trata de descubrir una variedad de sutiles sabores, sino algo más serio e importante. Después de todo, ya que los grandes maestros se han entregado por entero a esas obras, han sufrido por ellas y por ellas han sudado sangre, a lo menos que tienen derecho es a pedirnos que tratemos de comprender lo que se propusieron realizar.

Nunca se acaba de aprender en lo que al arte se refiere. Siempre existen cosas nuevas por descubrir. Las grandes obras de arte parecen diferentes cada vez que uno las contempla. Parecen tan inagotables e imprevisibles como los seres humanos. Es un inquieto mundo propio, con sus particulares y extrañas leyes, con sus aventuras propias. Nadie debe creer que lo sabe todo en él, porque nadie ha podido conseguir tal cosa. Nada, sin embargo, más importante que esto precisamente: para gozar de esas obras debemos tener una mente limpia, capaz de percibir cualquier indicio y hacerse eco de cualquier armonía oculta; un espíritu capaz de elevarse por encima de todo, no enturbiado con palabras altisonantes y frases hechas. Es infinitamente mejor no saber nada acerca del arte que poseer esa especie de conocimiento a medias propio del esnob. El peligro es muy real. Hay personas, por ejemplo, que han comprendido las sencillas cuestiones que he tratado de señalar en este capítulo y que saben que hay grandes obras de arte que no poseen ninguna de las cualidades evidentes de belleza, expresión

y corrección de dibujo; pero han llegado a enorgullecerse tanto de lo que saben, que pretenden no gustar sino de aquellas obras que ni son bellas ni están correctamente dibujadas. Les obsesiona el temor de ser consideradas incultas si confiesan que les gusta una obra demasiado claramente agradable o emotiva. Terminan por ser esnobs, perdiendo el verdadero disfrute del arte y llamando «muy interesante» a todo aquello que verdaderamente encuentran repulsivo. Detestaría ser responsable por un malentendido similar. Preferiría no ser creído en absoluto que serlo de tal forma tan poco crítica.

En los capítulos que siguen trataré de la historia del arte, que es la historia de la construcción de edificios y de la realización de cuadros y estatuas. Creo que conociendo algo de esta historia ayudaré a comprender por qué los artistas proceden de un modo peculiar, o por qué se proponen producir determinados efectos. Más que nada, éste es un buen modo de agudizar nuestra mirada para percibir las particulares características de las distintas obras de arte y, en consecuencias, incrementar nuestra sensibilidad ante los finos matices de la diferencia. Sin embargo, no hay camino exento de peligro. A veces observamos a ciertas personas que pasean a lo largo de un museo con el catálogo en la mano. Cada vez que se detienen delante de un cuadro buscan afanosamente su número. Podemos verlas manosear su catálogo, y tan pronto como han encontrado el título o el nombre se van. Podían perfectamente haberse quedado en casa, pues apenas si han visto el cuadro. No han hecho más que revisar el catálogo. Podríamos decir que es una suerte de cortocircuito que no tiene nada que ver con el gozo de una pintura.

Quienes han adquirido conocimiento de la historia del arte corren el riesgo, a veces, de caer en estas trampas. Cuando ven una obra de arte no se detienen a contemplarla, sino que buscan en su memoria el rótulo correspondiente. Pueden haber oído decir que Rembrandt fue famoso por su *chiaroscuro* —que es, en italiano, la denominación técnica del contraste de luz y sombra— y por eso mueven la cabeza significativamente al ver un Rembrandt, murmurando: «¡Maravilloso *chiaroscuro*!», y pasan al cuadro siguiente. Deseo ser absolutamente sincero sobre la amenaza del esnobismo y del conocimiento a medias, porque todos corremos el riesgo de sucumbir ante esas tentaciones y un libro como éste podría incrementarlo. Me gustaría ayudar a abrir

los ojos, no a desatar las lenguas. Hablar ingeniosamente acerca del arte no es muy difícil, porque las palabras que emplean los críticos han sido usadas en tantos sentidos que ya han perdido toda precisión. Pero mirar un cuadro con ojos limpios y aventurarse en un viaje de descubrimiento es una tarea mucho más difícil, aunque también mucho mejor recompensada. Es difícil precisar cuánto podemos traer con nosotros de un viaje como ese.

SOLIDARIDAD SOCIAL
EN EL MUNDO



Los innegables cambios que han afectado a la sociedad occidental en los últimos 200 años no pueden desvincularse de lo que se conoce como Revolución Industrial. Esa avalancha de innovaciones, invenciones y modificaciones en la concepción del mundo que dio origen a la época contemporánea afectó la vida del hombre como nunca antes había sucedido. Es

obvio que la Iglesia como institución no pudo escapar de los embates de esta vorágine moderna.

La aparición de una nueva clase social, el *proletariado* y el fortalecimiento de una ya conocida, la *burguesía*, echó por tierra el orden social que tenía a un selecto grupo a la cabeza del ancestral andamiaje. Las relaciones entre los diversos estados, ahora guiados por novedosos preceptos liberales, y la Iglesia católica no serían en adelante las mismas. Ni siquiera el Sumo Pontífice, desde su reclusión vaticana, pudo imponer su añeja autoridad a la sociedad occidental que fue configurándose a todo lo largo del siglo XIX.

La Ilustración en el siglo XVIII, siguiendo la senda del Humanismo renacentista, reubicó al hombre en el centro y a la aceptada potencialidad de la razón, le agregó la necesidad inmediata de emplear el conocimiento para infringir cambios positivos en la sociedad. Cambios que impulsaran a la humanidad hacia el *progreso* y la consecución del *bienestar social*. Pero los ilustrados clamaron por un pensamiento independiente de los preceptos religiosos, un pensamiento que no tuviera las ataduras de unas doctrinas y unos dogmas que, a sus ojos, cercenaban las reales posibilidades del ser humano.

Sapere aude!, había clamado Immanuel Kant (1724-1804), “¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento!”, decía, aludiendo a la impostergable necesidad del ser humano de abandonar la inmadurez y asumir las riendas de su propia vida. El siglo XIX le tomará la palabra y se abocará a la *construcción* de un orden de

cosas distinto al tradicional, lanzando sobre la mesa infinidad de propuestas, muchas de las cuales veían con recelo a la religión y la religiosidad innata al ser humano. Karl Marx (1818-1883) calificará a la religión como la superestructura ideológica segregada por la clase opresora, cuya misión no era otra que la de persuadir al hombre de que el orden de cosas del cual forma parte –injusto, dicho sea de paso- era aceptable y además legítimo. Por ello, para Marx la religión es *el opio del pueblo* al mantenerle sumiso ante el explotador.

La Iglesia católica asumió una posición reactiva y las nuevas ideas y proyectos que se iban gestando con el pasar del tiempo, rebasaron el alcance de una institución que parecía no poder comprender lo que sucedía. La Iglesia optó por la *inmutabilidad* mientras el mundo giraba sin parar. Ciertamente, permanecer impasible, ajena al cambio y aun, reacia al mismo, no colocó a la Iglesia católica en un lugar privilegiado. Era como si la cruda realidad generada por una sociedad que se agita en los efectos de sus propios cambios, no tendría por qué afectar a una institución de casi dos mil años.

Ciudades rodeadas por cinturones de miseria, en los cuales la gran masa obrera clamaba por una justicia social que no terminaba de llegar; las inclemencias de la dinámica laboral – macabra en no pocas ocasiones- que generaban individuos enfermos (física, moral y espiritualmente) y la brecha abismal que separaba a pobres y ricos no sólo en términos económicos sino también culturales, hacían imperativa la pronunciación y la acción de la Iglesia. Y esta palabra alentadora y necesaria

llegó en 1891 con el papa León XIII (1878-1903) y la encíclica *Rerum novarum*, sobre las relaciones entre el capital y el trabajo.

León XIII se distinguió en su pontificado por una gran preocupación social, tanta que incluso fue caricaturizado como el glorificador de la clase obrera. Lo cierto es que a él se le deben las bases de la *doctrina social* de la Iglesia católica. “El testimonio más insigne de esta doctrina y acción social, desarrolladas por la Iglesia a lo largo de los siglos, ha sido y es, sin duda, la luminosa encíclica *Rerum novarum*, promulgada hace setenta años...”, así lo expresa el llamado *papa bueno*, Juan XXIII (1958-1963),⁶⁰ en su apreciada carta encíclica *Mater et Magistra*, promulgada el 15 de mayo de 1961 y que presentamos en esta selección.

Juan XXIII había llegado al papado en la confianza del Colegio Cardenalicio de que guiaría discretamente a la Iglesia en un período de transición.⁶¹ Sin embargo, aunque electo papa a los 77 años, Juan XXIII tenía otras ideas en la cabeza y la Iglesia católica sería sacudida en su inercia de décadas para adecuarse a los nuevos tiempos. Así pues, para sorpresa y admiración del mundo entero, el papa convocaba, en Enero de 1959, una nueva reunión ecuménica de la Iglesia católica en lo que sería el Concilio Vaticano II (1962-65).

No obstante, el pontífice del *aggiornamento*, había mostrado una sincera y cercana preocupación por los problemas sociales que aquejaban al mundo, pues nació en el seno de una humilde familia de campesinos italianos. En este sentido, no debe extrañar que una de sus más importantes encíclicas trate el problema obrero y del desarrollo socioeconómico de los pueblos del mundo, recogiendo siete décadas después de su antecesor, León XIII, la preocupación de la Iglesia católica por los fieles del mundo, por los hombres de trabajo del mundo, cristianos o no.

Aunque Juan XXIII resalta, en primer lugar, que la citada encíclica de 1891, mantenía entonces “su influjo en la organización pública de no pocas naciones”, dedica buena parte del texto de *Mater et Magistra* a recordar las enseñanzas de la misma y poner en evidencia el desarrollo posterior de ésta en el magisterio de los papas Pío XI y Pío XII. También abordará el problema social desde la óptica turbulenta del momento en el que le tocó guiar a la Iglesia católica.

Es significativa la ampliación que Juan XXIII realiza, en esta encíclica, sobre la perspectiva del *problema social*. Afirma claramente que los principios de la igualdad y la justicia en las relaciones entre patrones y trabajadores deberían extenderse a las relaciones que median entre los distintos sectores de la economía, incluso entre las regiones con distintos niveles de riqueza y desarrollo. Para él, los países con mayor nivel de desarrollo socioeconómico tenían mayores responsabilidades frente a los menos desarrollados. Esto es opinión extendida hoy día, pero en 1961 era enfrentar a los países más

60 Angelo Giuseppe Roncalli (1881-1963), beatificado por el papa Juan Pablo II en el año 2000.

61 Su predecesor, el papa Pío XII (1939-1958) había tenido que lidiar en la tragedia de la Segunda Guerra Mundial y su pontificado no había resultado del todo transparente a los ojos de muchos. Aun hoy día se debate si realizó todos los esfuerzos a su alcance para salvar a los judíos que pidieron el auxilio de la Iglesia católica. A su muerte, se creyó conveniente un papa que hiciera las veces de sanador de heridas, pero al mismo tiempo, discreto y sencillo.

ricos a la realidad de los más pobres, haciéndolos, de algún modo responsables.

Muy acertadamente, Juan XXIII observa que la consecución del bienestar social para todos los individuos, no podrá lograrse tan sólo mirando un árbol, perdiendo de vista el bosque completo. Es por ello que aboga para que las naciones más desarrolladas del planeta vuelvan sus ojos hacia aquellos países que padecen desigualdades, no sólo internas sino, sobre todo, a nivel internacional, ocasionándoles esto una terrible desventaja a la hora de procurar su desarrollo.

No debemos considerar que Juan XXIII esperase que los países poderosos resolvieran los problemas de los demás. Al contrario, apela por el sentido de la *solidaridad entre los pueblos*. Habla de *solidaridad social* como la única manera de agrupar a todos los hombres de los pueblos del mundo en una única familia, sin importar credos, razas, condición social o convicción política. En su bondadosa visión, al ser el mundo una *gran familia* se impondría entre las naciones la *obligación de no permanecer indiferentes* ante las dificultades de los demás, ante la miseria y el hambre que ahoga las posibilidades de desarrollo de tantos pueblos.

Para este papa estaba claro que las naciones que gozan de una sobreabundancia de bienes de consumo y productos agrícolas, debían tender una mano a esas otras naciones que luchan agónicamente contra la desventura económica y la desigualdad social. Pero lejos de clamar por una hogaza de pan para mitigar el hambre del más necesitado, Juan XXIII reclama

la necesaria ayuda técnica, la indispensable instrucción en los nuevos métodos de producción (sobre todo agrícolas) para que los pueblos no desarrollados alcancen por sí mismos los niveles de desarrollo adecuados a sus pueblos, sin menosprecio de sus propias culturas y tradiciones. Entonces resultaba sustancial comprender que esas naciones hasta ahora ignoradas, explotadas y despreciadas estaban deseosas de convertirse en algo distinto y esta encíclica lo expresa con clara sinceridad.

Insiste Juan XXIII en que “los Estados que prestan ayuda técnica y financiera a las naciones poco desarrolladas lo hagan sin intención alguna de dominio político y con el solo propósito de ponerlas en condiciones de realizar por sí mismas su propia elevación económica y social.” Pero además, hace hincapié en que el desarrollo deseado debe respetar por encima de cualquier cosa “la dignidad del hombre en general y a la vida del individuo, a la cual nada puede aventajar.”

Así pues, de nada servirá alcanzar el mayor de los progresos técnicos y económicos, ni los más altos niveles de desarrollo mientras la intrínseca dignidad del hombre no sea respetada en todos los aspectos. Para Juan XXIII, en *Mater et Magistra*, no sería posible alcanzar verdaderamente la justicia ni la paz social mientras los hombres no tengan conciencia de la dignidad de la vida humana. Destaca, además, que la doctrina social de la Iglesia está basada en ello y trabaja en función de ello entre sus fieles, pues “el principio capital, sin duda alguna, de esta doctrina afirma que el hombre

en necesariamente fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales.”

No debe olvidarse que este documento está dirigido a los trabajadores del mundo y busca disertar sobre *el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana*, tal y como lo indica en su encabezado. Su nombre, *Mater et Magistra*⁶² se refiere al papel fundamental de la Iglesia en este sentido. Por ello insistirá en el deber de la comunidad cristiana como Iglesia en la tarea de construir un mundo más justo y digno a partir del concepto de la *solidaridad social*. Este concepto aunado al problema social en el mundo sería abordado después retiradas veces por el papa Juan Pablo II en importantes encíclicas como la *Laborem exercens* (14/09/1981) y *Centesimus annus* (01/05/1991), ambas en conmemoración de la famosa *Rerum Novarum* de León XIII y que también había servido de guía para Juan XXIII en *Mater et Magistra*.

Desde la perspectiva del siglo XXI, los cambios sociales y económicos que afectaron al mundo desde la Revolución Industrial y que vieron su desarrollo y extensión durante el siglo XX, se asumen aún sin un horizonte claro de solución en un estado general de justicia y bienestar. La Organización de las Naciones Unidas ha propuesto a las naciones la llamada *meta del milenio*⁶³ en procura de llevar a cabo programas

de desarrollo sustentables y sostenibles. Dentro de esta meta, en uno de sus objetivos, se aprecia la importancia fundamental que posee en el mundo de hoy, tanto o más que en 1961, el concepto de *solidaridad social* que Juan XXIII dibujó como la única vía posible para alcanzar el desarrollo pleno y justo de la dignidad del ser humano.

CARTA ENCÍCLICA MATER ET MAGISTRA
DE SU SANTIDAD JUAN XXIII
SOBRE EL RECIENTE DESARROLLO DE LA CUESTIÓN
SOCIAL A LA LUZ DE LA DOCTRINA CRISTIANA

A los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios de lugar en paz y comunión con esta sede apostólica, a todos los sacerdotes y fieles del orbe católico venerables hermanos y queridos hijos, salud y bendición apostólica

INTRODUCCIÓN

1. Madre y Maestra de pueblos, la Iglesia católica fue fundada como tal por Jesucristo para que, en el transcurso de los siglos, encontraran su salvación, con la plenitud de una vida más excelente, todos cuantos habían de entrar en el seno de aquélla y recibir su abrazo. A esta Iglesia, columna y fundamente de la verdad (1Tim 3,15), confió su divino fundador una doble misión, la de engendrar hijos para sí, y la de educarlos y dirigirlos, velando con maternal solicitud por la vida de los individuos y de los pueblos, cuya superior dignidad miró siempre la Iglesia con el máximo respeto y defendió con la mayor vigilancia.

la mujer; 4) Reducir la mortalidad infantil; 5) Mejorar la salud materna; 6) Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades; 7) Garantizar el sustento del medio ambiente y 8) Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

62 Toda encíclica toma su nombre de las primeras palabras de su texto. En este caso, el documento que nos ocupa se inicia con la frase: “Madre y Maestra de pueblos...” Por ello se le conoce como la Encíclica *Mater et Magistra*.

63 En el año 2000, la ONU fijó ocho objetivos de desarrollo para el inicio del nuevo milenio, que los 192 miembros de esta organización acordaron alcanzar para el año 2015. Estos objetivos, conocidos como *la meta del milenio*, son: 1) Erradicar la pobreza extrema y el hambre; 2) Lograr la enseñanza primaria universal; 3) Promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de

2. La doctrina de Cristo une, en efecto, la tierra con el cielo, ya que considera al hombre completo, alma y cuerpo, inteligencia y voluntad, y le ordena elevar su mente desde las condiciones transitorias de esta vida terrena hasta las alturas de la vida eterna, donde un día ha de gozar de felicidad y de paz imperecederas.

3. Por tanto, la santa Iglesia, aunque tiene como misión principal santificar las almas y hacerlas partícipes de los bienes sobrenaturales, se preocupa, sin embargo, de las necesidades que la vida diaria plantea a los hombres, no sólo de las que afectan a su decoroso sustento, sino de las relativas a su interés y prosperidad, sin exceptuar bien alguno y a lo largo de las diferentes épocas.

4. Al realizar esta misión, la Iglesia cumple el mandato de su fundador, Cristo, quien, si bien atendió principalmente a la salvación eterna del hombre, cuando dijo en una ocasión : «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6); y en otra: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12), al contemplar la multitud hambrienta, exclamó conmovido: «Siento compasión de esta muchedumbre» (Mc 8,2), demostrando que se preocupaba también de las necesidades materiales de los pueblos. El Redentor manifestó este cuidado no sólo con palabras, sino con hechos, y así, para calmar el hambre de las multitudes, multiplicó más de una vez el pan milagrosamente.

5. Con este pan dado como alimento del cuerpo, quiso significar de antemano aquel alimento celestial de las almas que había de entregar a los hombres en la víspera de su pasión.

6. Nada, pues, tiene de extraño que la Iglesia católica, siguiendo el ejemplo y cumpliendo el mandato de Cristo, haya mantenido constantemente en alto la antorcha de la caridad durante dos milenios, es decir, desde la institución del antiguo diaconado hasta nuestros días, así con la enseñanza de sus preceptos como con sus ejemplos innumerables; caridad que, uniendo armoniosamente las enseñanzas y la práctica del mutuo amor, realiza de modo admirable el mandato de ese doble dar que compendia por entero la doctrina y la acción social de la Iglesia.

7. Ahora bien, el testimonio más insigne de esta doctrina y acción social, desarrolladas por la Iglesia a lo largo de los siglos, ha sido y es, sin duda, la luminosa encíclica *Rerum novarum*, promulgada hace setenta años por nuestro predecesor de inmortal memoria León XIII para de-

finir los principios que habían de resolver el problema de la situación de los trabajadores en armonía con las normas de la doctrina cristiana (Acta Leonis XIII, XI, 1891, pp. 97-144).

8. Pocas veces la palabra de un Pontífice ha obtenido como entonces resonancia tan universal por el peso y alcance de su argumentación y la fuerza expresiva de sus afirmaciones. En realidad, las normas y llamamientos de León XIII adquirieron tanta importancia que de ningún modo podrán olvidarse ya en los sucesivos.

Se abrió con ellos un camino más amplio a la acción de la Iglesia católica, cuyo Pastor supremo, sintiendo como propios los daños, los dolores y las aspiraciones de los humildes y de los oprimidos, se consagró entonces completamente a vindicar y rehabilitar sus derechos.

9. No obstante el largo período transcurrido desde la publicación de la admirable encíclica *Rerum novarum*, su influencia se mantiene vigorosa aun en nuestros días. Primero, en los documentos de los Sumos Pontífices que han sucedido a León XIII, todos los cuales, cuando abordan materias económicas y sociales, toman siempre algo de la encíclica leoniana para aclarar su verdadero significado o para añadir nuevo estímulo a la voluntad de los católicos.

Pero, además, la *Rerum novarum* mantiene su influjo en la organización pública de no pocas naciones. Tales hechos constituyen evidente prueba de que tanto los principios cuidadosamente analizados como las normas prácticas y las advertencias dadas con paternal cariño en la gran encíclica de nuestro predecesor conservan también en nuestros días su primitiva autoridad.

Más aún, pueden proporcionar a los hombres de nuestra época nuevos y saludables criterios para comprender realmente las proporciones concretas de la cuestión social, como hoy se presenta, y para decidirlos a asumir las responsabilidades necesarias.

■ I. ENSEÑANZAS DE LA ENCÍCLICA RERUM NOVARUM Y SU DESARROLLO POSTERIOR EN EL MAGISTERIO DE PÍO XI Y PÍO XII

10. Las enseñanzas que aquel sapientísimo Pontífice dio a la humanidad brillaron con una luz tanto más clara cuanto más espesas eran las tinieblas de aquella época de profundas transformaciones en lo económico y en lo político y de terribles convulsiones en lo social.

SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

11. Como es sabido, por aquel entonces la concepción del mundo económico que mayo difusión teórica y vigencia práctica había alcanzado era una concepción que lo atribuía absolutamente todo a las fuerzas necesarias de la naturaleza y negaba, por tanto, la relación entre las leyes morales y las leyes económicas.

Motivo único de la actividad económica, se afirmaba, es el exclusivo provecho individual. La única ley suprema reguladora de las relaciones económicas entre los hombres es la libre e ilimitada competencia. Intereses del capital, precios de las mercancías y de los servicios, beneficios y salarios han de determinarse necesariamente, de modo casi mecánico, por virtud exclusiva de las leyes del mercado.

El poder público debe abstenerse sobre todo de cualquier intervención en el campo económico. El tratamiento jurídico de las asociaciones obreras variaba según las naciones: en unas estaban prohibidas, en otras se toleraban o se las reconocía simplemente como entidades de derecho privado.

12. En el mundo económico de aquel entonces se consideraba legítimo el imperio del más fuerte y dominaba completamente en el terreno de las relaciones comerciales. De este modo, el orden económico quedó radicalmente perturbado.

13. Porque mientras las riquezas se acumulaban con exceso en manos de unos pocos, las masas trabajadoras quedaban sometidas a una miseria cada día más dura. Los salarios eran insuficientes e incluso de hambre; los proletarios se veían obligados a trabajar en condiciones tales que amenazaban su salud, su integridad moral y su fe religiosa.

Inhumanas sobre todo resultaban las condiciones de trabajo a las que eran sometidos con excesiva frecuencia los niños y las mujeres. Siempre

amenazador se cernía ante los ojos de los asalariados el espectro del paro. la familia vivía sujeta a un proceso paulatino de desintegración.

14. Como consecuencia, ocurría, naturalmente, que los trabajadores, indignados de su propia suerte, pensaban rechazar públicamente esta injusta situación; y cundían de igual modo entre ellos con mayor amplitud los designios de los revolucionarios, quienes les proponían remedios muchos peores que los males que había que remediar.

LA RERUM NOVARUM,

SUMA DE LA DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA

15. Llegada la situación a este punto, publicó León XIII, con la *Rerum novarum*, su mensaje social fundado en las exigencias de la propia naturaleza humana e inspirado en los principios y en el espíritu del Evangelio, mensaje que, si bien suscitó, como es frecuente, algunas discrepancias, obtuvo, sin embargo, universal admiración y general aplauso.

En realidad, no era la primera vez que la Sede Apostólica, en lo relativo a intereses temporales, acudía a la defensa de los necesitados. Otros documentos de nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, habían ya abierto camino al que acabamos de mencionar.

Fue, sin embargo, la encíclica *Rerum novarum*, la que formuló, por primera vez, una construcción sistemática de los principios y una perspectiva de aplicaciones para el futuro. Por lo cual, con toda razón juzgamos que hay que considerarla como verdadera suma de la doctrina católica en el campo económico y social.

16. Se ha de reconocer que la publicación de esta encíclica demostró no poca audacia. Porque mientras algunos no tenían reparos en acusar a la Iglesia católica, como si ésta, ante la cuestión social, se limitase a predicar a los pobres la resignación y a los ricos la generosidad, León XIII no vaciló en proclamar y defender abiertamente los sagrados derechos de los trabajadores.

Al iniciar la exposición de los principios de la doctrina católica en materia social, declaró paladinamente: «Confiados y con pleno derecho nuestro iniciamos el tratamiento de esta cuestión, ya que se trata de un problema cuya solución viable será absolutamente nula si no se busca bajo los auspicios de la religión y de la Iglesia» (cf. Acta Leonis XIII, XI, 1891, p. 107).

17. Os son perfectamente conocidos, venerables hermanos, los principios básicos expuestos por aquel eximio Pontífice con tanta claridad como autoridad, a tenor de los cuales debe reconstruirse, por completo la convivencia humana en lo que se refiere a las realidades económicas y sociales.

18. Primeramente, con relación al trabajo, enseña que éste de ninguna manera puede considerarse como una mercancía cualquiera, porque procede directamente de la persona humana. Para la gran mayoría de los hombres, el trabajo es, en efecto, la única fuente de su decoroso sustento.

Por esto no puede determinar su retribución la mera práctica del mercado, sino qué han de fijarla las leyes de la justicia y de la equidad; en caso contrario, la justicia quedaría lesionada por completo en los contratos de trabajo, aun cuando éstos se hubiesen estipulado libremente por ambas partes.

19. A lo dicho ha de añadirse que el derecho de poseer privadamente bienes, incluidos los de carácter instrumental, lo confiere a cada hombre la naturaleza, y el Estado no es dueño en modo alguno de abolirlo.

Y como la propiedad privada lleva naturalmente intrínseca una función social, por eso quien disfruta de tal derecho debe necesariamente ejercitarlo para beneficio propio y utilidad de los demás.

20. Por lo que toca al Estado, cuyo fin es proveer al bien común en el orden temporal, no puede en modo alguno permanecer al margen de las actividades económicas de los ciudadanos, sino que, por el contrario, la de intervenir a tiempo, primero, para que aquéllos contribuyan a producir la abundancia de bienes materiales, «cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud» (Santo Tomás de Aquino, *De regimine principum*, I, 15), y, segundo, para tutelar los derechos de todos los ciudadanos, sobre todo de los más débiles, cuales son los trabajadores, las mujeres y los niños.

Por otra parte, el Estado nunca puede eximirse de la responsabilidad que le incumbe de mejorar con todo empeño las condiciones de vida de los trabajadores.

21. Además, constituye una obligación del Estado vigilar que los contratos de trabajo se regulen de acuerdo con la justicia y la equidad, y

que, al mismo tiempo, en los ambientes laborales no sufra mengua, ni en el cuerpo ni en el espíritu, la dignidad de la persona humana.

A este respecto, en la encíclica de León XIII se exponen las bases fundamentales del orden justo y verdadero de la convivencia humana, que han servido para estructura, de una u otra manera, la legislación social de los Estados en la época contemporánea, bases que, como ya observaba Pío XI, nuestro predecesor de inmortal memoria, en la encíclica *Quadragesimo anno*, han contribuido no poco al nacimiento y desarrollo de una nueva disciplina jurídica, el llamado derecho laboral.

22. Se afirma, por otra parte, en la misma encíclica que los trabajadores tienen el derecho natural no sólo de formar asociaciones propias o mixtas de obreros y patronos, con la estructura que consideren más adecuada al carácter de su profesión, sino, además, para moverse sin obstáculo alguno, libremente y por propia iniciativa, en el seno de dichas asociaciones, según lo exijan sus intereses.

23. Por último, trabajadores y empresarios deben regular sus relaciones mutuas inspirándose en los principios de solidaridad humana y cristiana fraternidad, ya que tanto la libre competencia ilimitada que el liberalismo propugna como la lucha de clases que el marxismo predica son totalmente contrarias a la naturaleza humana y a la concepción cristiana de la vida.

24. He aquí, venerables hermanos, los principios fundamentales que deben servir de base a un sano orden económico y social.

25. No ha de extrañarnos, por tanto, que los católicos más cualificados, sensibles al llamamiento de la encíclica, hayan dado vida a múltiples obras para convertir en realidad prácticas el contenido de aquellos principios. En la misma línea se han movido también, impulsados por exigencias objetivas de la naturaleza, hombres eminentes de todos los países del mundo.

26. Con toda razón, pues, ha sido y es reconocida hasta hoy la encíclica *Rerum novarum* como la Carta Magna de la instauración del nuevo orden económico y social.

LA ENCÍCLICA QUADRAGESIMO ANNO

27. Pío XI, nuestro predecesor de feliz memoria, al cumplirse los cuarenta años de la publicación de aquel insigne código, conmemoró esta solemnidad con la encíclica *Quadragesimo anno*.

28. En este documento, el Sumo Pontífice confirma, ante todo, el derecho y el deber de la Iglesia católica de contribuir primordialmente a la adecuada solución de los gravísimos problemas sociales que tanto angustian a la humanidad; corrobora después los principios y criterios prácticos de la encíclica de León XIII, inculcando normas ajustadas a los nuevos tiempos; y aprovecha, en fin, la ocasión para aclarar ciertos puntos doctrinales sobre los que dudaban incluso algunos católicos y para enseñar cómo había de aplicarse la doctrina católica en el campo social, en consonancia con los cambios de la época.

29. Dudaban algunos entonces sobre el criterio que debían sostener realmente los católicos acerca de la propiedad privada, la retribución obligatoria de la mano de obra y, finalmente, la tendencia moderada del socialismo.

30. En lo que toca al primer punto, nuestro predecesor reitera el origen natural del derecho de propiedad privada, analizando y aclarando, además, el fundamento de su función social.

31. En cuanto al régimen del salariado, rechaza primero el augusto Pontífice la tesis de los que lo consideran esencialmente injusto; repueba a continuación las formas inhumanas o injustas con que no pocas veces se ha llevado a la práctica, y expone, por último, los criterios y condiciones que han de observarse para que dicho régimen no se aparte de la justicia y de la equidad.

32. Enseña de forma clara, en esta materia, nuestro predecesor que en las presentes circunstancias conviene suavizar el contrato de trabajo con algunos elementos tomados del contrato de sociedad, de tal manera que los obreros y los empleados compartan el dominio y la administración o participen en cierta medida de los beneficios obtenidos (cf. *Acta Apostolicae Sedis* 23 (1931) p. 199).

33. Es asimismo de suma importancia doctrinal y práctica la afirmación de Pío XI de que el trabajo no se puede valorar justamente ni retribuir con equidad si no se tiene en cuanto su doble naturaleza, social e in-

dividual (Ibíd., p. 200). Por consiguiente, al determinar la remuneración del trabajo, la justicia exige que se consideren las necesidades de los propios trabajadores y de sus respectivas familias, pero también la situación real de la empresa en que trabajan y las exigencias del bien común económico (Ibíd., p.201).

34. El Sumo Pontífice manifiesta además que la oposición entre el comunismo y el cristianismo es radical. Y añade qué los católicos no pueden aprobar en modo alguno la doctrina del socialismo moderado. En primer lugar, porque la concepción socialista del mundo limita la vida social del hombre dentro del marco temporal, y considera, pro tanto, como supremo objetivo de la sociedad civil el bienestar puramente material; y en segundo término, porque, al proponer como meta exclusiva de la organización social de la convivencia humana la producción de bienes materiales, limita extraordinariamente la libertad, olvidando la genuina noción de autoridad social.

CAMBIO HISTÓRICO

35. No olvidó, sin embargo, Pío XI que, a lo largo de los cuarenta años transcurridos desde la publicación de la encíclica de León XIII, la realidad de la época había experimentado profundo cambio. Varios hechos lo probaba, entre ellos la libre competencia, la cual, arrastrada por su dinamismo intrínseco, había terminado por casi destruirse y por acumular enorme masa de riquezas y el consiguiente poder económico en manos de unos pocos, «los cuales, la mayoría de las veces, nos son dueños, sino sólo depositarios y administradores de bienes, que manejan al arbitrio de su voluntad» (Ibíd., p.201ss).

36. Por tanto, como advierte con acierto el Sumo Pontífice, «la dictadura económica ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucro ha sucedido la desenfrenada ambición del poder; la economía toda se ha hecho horriblemente dura, inexorable, cruel» (Ibíd., p.211). De aquí se seguía lógicamente que hasta las funciones públicas se pusieran al servicio de los económicamente poderosos; y de esta manera las riquezas acumuladas tiranizaban en cierto modo a todas las naciones.

37. Para remediar de modo eficaz esta decadencia de la vida pública, el Sumo Pontífice señala como criterios prácticos fundamentales la reinserción del mundo económico en el orden moral y la subordina-

ción plena de los intereses individuales y de grupo a los generales del bien común.

Esto exige, en primer lugar, según las enseñanzas de nuestro predecesor, la reconstrucción del orden social mediante la creación de organismos intermedios de carácter económico y profesional, no impuestos por el poder del Estado, sino autónomos; exige, además, que las autoridades, restableciendo su función, atiendan cuidadosamente al bien común de todos, y exige, por último, en el plano mundial, la colaboración mutua y el intercambio frecuente entre las diversas comunidades políticas para garantizar el bienestar de los pueblos en el campo económico.

38. Mas los principios fundamentales que caracterizan la encíclica de Pío XI pueden reducirse a dos. Primer principio: prohibición absoluta de que en materia económica se establezca como ley suprema el interés individual o de grupo, o la libre competencia ilimitada, o el predominio abusivo de los económicamente poderosos, o el prestigio de la nación, o el afán de dominio, u otros criterios similares.

39. Por el contrario, en materia económica es indispensable que toda actividad sea regida por la justicia y la caridad como leyes supremas del orden social.

40. El segundo principio de la encíclica de Pío XI manda que se establezca un orden jurídico, tanto nacional como internacional, qué, bajo en influjo rector de la justicia social y por medio de un cuadro de instituciones públicas y privadas, permita a los hombres dedicados a las tareas económicas armonizar adecuadamente su propio interés particular con el bien común.

EL RADIOMENSAJE “LA SOLENNITÀ”

41. También ha contribuido no poco nuestro predecesor de inmortal memoria Pío XI a esta labor de definir los derechos y obligaciones de la vida social. El 1 de junio de 1941, en la fiesta de Pentecostés, dirigió un radiomensaje al orbe entero «para llamar la atención del mundo católico sobre un acontecimiento digno de ser esculpido con caracteres de oro en los fastos de la Iglesia; el quincuagésimo aniversario de la publicación de la trascendental encíclica “*Rerum novarum*”, de León XIII» (cf *Acta Apostolicae Sedis* 33 (1941) p. 196); y para rendir humil-

des gracias a Dios omnipotente por el don que, hace cincuenta años, ofrendó a la Iglesia con aquella encíclica de su Vicario en la tierra, y para alabarle por el aliento del Espíritu renovador que por ella, desde entonces en manera siempre creciente, derramó sobre todo el género humano (Ibíd., p. 197).

42. En este radiomensaje, aquel gran Pontífice reivindica «para la Iglesia la indiscutible competencia de juzgar si las bases de un orden social existente están de acuerdo con el orden inmutable que Dios, Creador y Redentor, ha promulgado por medio del derecho natural y de la revelación» (Ibíd., p. 196); confirma la vitalidad perenne y fecundidad inagotable de las enseñanzas de la encíclica de León XIII, y aprovecha la ocasión para explicar más profundamente las enseñanzas de la Iglesia católica «sobre tres cuestiones fundamentales de la vida social y de la realidad económica, a saber: el uso de los bienes materiales, el trabajo y la familia, cuestiones todas que, por estar mutuamente entrelazadas y unidas, se apoyan unas a otras» (Ibíd., p. 198s.).

43. Por lo que se refiere a la primera cuestión, nuestro predecesor enseña que el derecho de todo hombre a usar de los bienes materiales para su decoroso sustento tiene que ser estimado como superior a cualquier otro derecho de contenido económico y, por consiguiente, superior también al derecho de propiedad privada.

Es cierto, como advierte nuestro predecesor, que el derecho de propiedad privada sobre los bienes se basa en el propio derecho natural; pero, según el orden establecido por Dios, el derecho de propiedad privada no puede en modo alguno constituir un obstáculo «para que sea satisfecha la indestructible exigencia de que los bienes creados por Dios para provecho de todos los hombres lleguen con equidad a todos, de acuerdo con los principios de la justicia y de la caridad» (Ibíd., p. 199).

44. En orden al trabajo, Pío XII, reiterando un principio que se encuentra en la encíclica de León XIII, enseña que ha de ser considerado como un deber y un derecho de todos y cada uno de los hombres. En consecuencia, corresponde a ellos, en primer término, regular sus mutuas relaciones de trabajo: Sólo en el caso de que los interesados no quieran o no puedan cumplir esta función, «es deber del Estado intervenir en la división y distribución del trabajo, según la forma y medida que

requiera el bien común, rectamente entendido» (cf *Acta Apostolicae Sedis* 33 (1941) p. 201).

45. Por lo que toca a la familia, el Sumo Pontífice afirma claramente que la propiedad privada de los bienes materiales contribuye en sumo grado a garantizar y fomentar la vida familiar, «ya que asegura oportunamente al padre la genuina libertad que necesita para poder cumplir los deberes que le ha impuesto Dios en lo relativo al bienestar físico, espiritual y religioso de la familia» (Ibid., p. 202). De aquí nace precisamente el derecho de la familia a emigrar, punto sobre el cual nuestro predecesor advierte a los gobernantes, lo mismo a los de los países que permiten la emigración que a los que aceptan la inmigración, «que rechacen cuanto disminuya o menoscabe la mutua y sincera confianza entre sus naciones» (Ibid., p. 203). Si unos y otros ponen en práctica esta política, se seguirán necesariamente grandes beneficios para todos, con el aumento de los bienes temporales y el progreso de la cultura humana.

ULTERIORES CAMBIOS

46. El Estado de cosas, que, al tiempo de la conmemoración de Pío XII, había ya cambiado mucho con relación a la época inmediatamente anterior, en estos últimos veinte años ha sufrido profundas transformaciones en el interior de los países y en la esfera de sus relaciones mutuas.

47 En el campo científico, técnico y económico se registran en nuestros días las siguientes innovaciones: el descubrimiento de la energía atómica y sus progresivas aplicaciones, primero en la esfera militar y después en el campo civil; las casi ilimitadas posibilidades descubiertas por la química en el área de las producciones sintéticas; la extensión de la automatización, sobre todo en los sectores de la industria y de los servicios; la modernización progresiva de la agricultura; la casi desaparición de las distancias entre los pueblos, sobre todo por obra de la radio y de la televisión; la velocidad creciente de los transportes de toda clase y, por último, la conquista ya iniciada de los espacios interplanetarios.

48 En el campo social, ha aquí los avances de última hora: se han desarrollado los seguros sociales; en algunas naciones económicamente más ricas, la previsión social ha cubierto todos los riesgos posibles de los ciudadanos; en los movimientos sindicales se ha acentuado la con-

ciencia de responsabilidad del obrero ante los problemas económicos y sociales más importantes.

Asimismo se registran la elevación de la instrucción básica de la inmensa mayoría de los ciudadanos; el auge, cada vez más extendido, del nivel de vida; la creciente frecuencia con que actualmente pasan los hombres de un sector de la industria a otro y la consiguiente reducción de separaciones entre las distintas clases sociales; el mayor interés del hombre de cultura media por conocer los hechos de actualidad mundial.

Pero, simultáneamente, cualquiera puede advertir que el gran incremento económico y social experimentado por un creciente número de naciones ha acentuado cada día más los evidentes desequilibrios que existe, primero entre la agricultura y la industria y los servicios generales; luego, entre zonas de diferente prosperidad económica en el interior de cada país, y, por último, en el plano mundial, entre los países de distinto desarrollo económico.

49 En el campo político son igualmente numerosas las innovaciones recientes: en muchos países todas las clases sociales tienen acceso en la actualidad a los cargos públicos; la intervención de los gobernantes en el campo económico y social es cada día más amplia; los pueblos afroasiáticos, después de rechazar el régimen administrativo propio del colonialismo, han obtenido su independencia política; las relaciones internacionales han experimentado un notable incremento, y la interdependencia de los pueblos se está acentuando cada día más; han surgido con mayor amplitud organismos de dimensiones mundiales que, superando un criterio estrictamente nacional, atienden a la utilidad colectiva de todos los pueblos en el campo económico, social, cultural, científico o político.

MOTIVOS DE ESTA NUEVA ENCÍCLICA

50 Nos, por tanto, a la vista de lo anteriormente expuesto, sentimos el deber de mantener encendida la antorcha levantada por nuestros grandes predecesores y de exhortar a todos a que acepten como luz y estímulo las enseñanzas de sus encíclicas, si quieren resolver la cuestión social por los caminos más ajustados a las circunstancias de nuestro tiempo.

Juzgamos, por tanto, necesaria la publicación de esta nuestra encíclica, no ya sólo para conmemorar justamente la *Rerum novarum*, sino también para que, de acuerdo con los cambios de la época, subrayemos y aclaremos con mayor detalle, por una parte, las enseñanzas de nuestros predecesores, y por otra, expongamos con claridad el pensamiento de la Iglesia sobre los nuevos y más importantes problemas del momento.

■ II. PUNTUALIZACIÓN Y DESARROLLO DE LAS ENSEÑANZAS

SOCIALES DE LOS PONTÍFICES ANTERIORES

INICIATIVA PRIVADA E INTERVENCIÓN

DE LOS PODERES PÚBLICOS EN EL CAMPO ECONÓMICO

51. Como tesis inicial, hay que establecer que la economía debe ser obra, ante todo, de la iniciativa privada de los individuos, ya actúen éstos por sí solos, ya se asocien entre sí de múltiples maneras para procurar sus intereses comunes.

52. Sin embargo, por las razones que ya adujeron nuestros predecesores, es necesaria también la presencia activa del poder civil en esta materia, a fin de garantizar, como es debido, una producción creciente que promueva el progreso social y redunde en beneficio de todos los ciudadanos.

53. Esta acción del Estado, que fomenta, estimula, ordena, suple y completa, está fundamentada en el principio de la función subsidiaria (cf. *Acta Apostolicae Sedis* 23 (1931) p. 203), formulado por Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*: «Sigue en pie en la filosofía social un gravísimo principio, inamovible e inmutable: así como no es lícito quitar a los individuos y traspasar a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e iniciativa, así tampoco es justo, porque daña y perturba gravemente el recto orden social, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden realizar y ofrecer por sí mismas, y atribuirlo a una comunidad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, en virtud de su propia naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero nunca destruirlos ni absorberlos» (Ibid., p. 203).

54. Fácil es comprobar, ciertamente, hasta qué punto los actuales progresos científicos y los avances de las técnicas de producción ofrecen hoy día al poder público mayores posibilidades concretas para reducir el desnivel entre los diversos sectores de la producción, entre las dis-

tintas zonas de un mismo país y entre las diferentes naciones en el plano mundial; para frenar, dentro de ciertos límites, las perturbaciones que suelen surgir en el incierto curso de la economía y para remediar, en fin, con eficacia los fenómenos del paro masivo.

Por todo lo cual, a los gobernantes, cuya misión es garantizar el bien común, se les pide con insistencia que ejerzan en el campo económico una acción multiforme mucho más amplia y más ordenada que antes y ajusten de modo adecuado a este propósito las instituciones, los cargos públicos, los medios y los métodos de actuación.

55. Pero manténgase siempre a salvo el principio de que la intervención de las autoridades públicas en el campo económico, por dilatada y profunda que sea, no sólo no debe coartar la libre iniciativa de los particulares, sino que, por el contrario, ha de garantizar la expansión de esa libre iniciativa, salvaguardando, sin embargo, incólumes los derechos esenciales de la persona humana.

Entre éstos hay que incluir el derecho y la obligación que a cada persona corresponde de ser normalmente el primer responsable de su propia manutención y de la de su familia, lo cual implica que los sistemas económicos permitan y faciliten a cada ciudadano el libre y provechoso ejercicio de las actividades de producción.

56. Por lo demás, la misma evolución histórica pone de relieve, cada vez con mayor claridad, que es imposible una convivencia fecunda y bien ordenada sin la colaboración, en el campo económico, de los particulares y de los poderes públicos, colaboración que debe prestarse con un esfuerzo común y concorde, y en la cual ambas partes han de ajustar ese esfuerzo a las exigencias del bien común en armonía con los cambios que el tiempo y las costumbres imponen.

57. La experiencia diaria, prueba, en efecto, que cuando falta la actividad de la iniciativa particular surge la tiranía política. No sólo esto. Se produce, además, un estancamiento general en determinados campos de la economía, echándose de menos, en consecuencia, muchos bienes de consumo y múltiples servicios que se refieren no sólo a las necesidades materiales, sino también, y principalmente, a las exigencias del espíritu; bienes y servicios cuya obtención ejercita y estimula de modo extraordinario la capacidad creadora del individuo.

58. Pero cuando en la economía falta totalmente, o es defectuosa, la debida intervención del Estado, los pueblos caen inmediatamente en desórdenes irreparables y surgen al punto los abusos del débil por parte del fuerte moralmente despreocupado. Raza esta de hombres que, por desgracia, arraiga en todas las tierras y en todos los tiempos, como la cizaña entre el trigo.

LA SOCIALIZACIÓN

DEFINICIÓN, NATURALEZA Y CAUSAS

59. Una de las notas más características de nuestra época es el incremento de las relaciones sociales, o se la progresiva multiplicación de las relaciones de convivencia, con la formación consiguiente de muchas formas de vida y de actividad asociada, que han sido recogidas, la mayoría de las veces, por el derecho público o por el derecho privado.

Entre los numerosos factores que han contribuido actualmente a la existencia de este hecho deben enumerarse el progreso científico y técnico, el aumento de la productividad económica y el auge del nivel de vida del ciudadano.

60. Este progreso de la vida social es indicio y causa, al mismo tiempo, de la creciente intervención de los poderes públicos, aun en materias que, por pertenecer a la esfera más íntima de la persona humana, son de indudable importancia y no carecen de peligros.

Tales son, por ejemplo, el cuidado de la salud, la instrucción, y educación de las nuevas generaciones, la orientación profesional, los métodos para la reeducación y readaptación de los sujetos inhabilitados física o mentalmente.

Pero es también fruto y expresión de una tendencia natural, casi incoercible, de los hombres, que los lleva a asociarse espontáneamente para la consecución de los objetivos que cada cual se propone y superan la capacidad y los medios de que puede disponer el individuo aislado.

Esta tendencia ha suscitado por doquiera, sobre todo en los últimos años, una serie numerosa de grupos, de asociaciones y de instituciones para fines económicos, sociales, culturales, recreativos, deportivos, profesionales y políticos, tanto dentro de cada una de las naciones como en el plano mundial.

VALORACIÓN

61. Es indudable que este progreso de las relaciones sociales acarrea numerosas ventajas y beneficios. En efecto, permite que se satisfagan mejor muchos derechos de la persona humana, sobre todo los llamados económico-sociales, los cuales atienden fundamentalmente a las exigencias de la vida humana: el cuidado de la salud, una instrucción básica más profunda y extensa, una formación profesional más completa, la vivienda, el trabajo, el descanso conveniente y una honesta recreación.

Además, gracias a los incesantes avances de los modernos medios de comunicación —prensa, cine, radio, televisión—, el hombre de hoy puede en todas partes, a pesar de las distancias, estar casi presente en cualquier acontecimiento.

62. Pero, simultáneamente con la multiplicación y el desarrollo casi diario de estas nuevas formas de asociación, sucede que, en muchos sectores de la actividad humana, se detallan cada vez más la regulación y la definición jurídicas de las diversas relaciones sociales.

Consiguientemente, queda reducido el radio de acción de la libertad individual. Se utilizan, en efecto, técnicas, se siguen métodos y se crean situaciones que hacen extremadamente difícil pensar por sí mismo, con independencia de los influjos externos, obrar por iniciativa propia, asumir convenientemente las responsabilidades personales y afirmar y consolidar con plenitud la riqueza espiritual humana.

¿Habrá que deducir de esto que el continuo aumento de las relaciones sociales hará necesariamente de los hombres meros autómatas sin libertad propia? He aquí una pregunta a la que hay que dar respuesta negativa.

63. El actual incremento de la vida social no es, en realidad, producto de un impulso ciego de la naturaleza, sino, como ya hemos dicho, obra del hombre, se libre, dinámico y naturalmente responsable de su acción, que está obligado, sin embargo, a reconocer y respetar las leyes del progreso de la civilización y del desarrollo económico, y no puede eludir del todo la presión del ambiente.

64. Por lo cual, el progreso de las relaciones sociales puede y, por lo mismo, debe verificarse de forma que proporcione a los ciudadanos

el mayor número de ventajas y evite, o a lo menos aminore, los inconvenientes.

65. Para dar cima a esta tarea con mayor facilidad, se requiere, sin embargo, que los gobernantes profesen un sano concepto del bien común. Este concepto abarca todo un conjunto de condiciones sociales que permitan a los ciudadanos el desarrollo expedito y pleno de su propia perfección.

Juzgamos además necesario que los organismos o cuerpos y las múltiples asociaciones privadas, que integran principalmente este incremento de las relaciones sociales, sean en realidad autónomos y tiendan a sus fines específicos con relaciones de leal colaboración mutua y de subordinación a las exigencias del bien común.

Es igualmente necesario que dichos organismos tengan la forma externa y la sustancia interna de auténticas comunidades, lo cual sólo podrá lograrse cuando sus respectivos miembros sean considerados en ellos como personas y llamados a participar activamente en las tareas comunes.

66. En el progreso creciente que las relaciones sociales presentan en nuestros días, el recto orden del Estado se conseguirá con tanta mayor facilidad cuanto mayor sea el equilibrio que se observe entre estos dos elementos: de una parte, el poder de que están dotados así los ciudadanos como los grupos privados para regirse con autonomía, salvando la colaboración mutua de todos en las obras; y de otra parte, la acción del Estado que coordine y fomente a tiempo la iniciativa privada.

67. Si las relaciones sociales se mueven en el ámbito del orden moral y de acuerdo con los criterios señalados, no implicarán, por su propia naturaleza, peligros graves o excesivas cargas sobre los ciudadanos: todo lo contrario, contribuirán no sólo a fomentar en éstos la afirmación y el desarrollo de la personalidad humana, sino también a realizar satisfactoriamente aquella deseable trabazón de la convivencia entre los hombres, que, como advierte nuestro predecesor Pío XI, de grata memoria, en la encíclica *Quadragesimo anno*, es absolutamente necesaria para satisfacer los derechos y las obligaciones de la vida social.

LA REMUNERACIÓN DEL TRABAJO

SITUACIÓN ACTUAL

68. Una profunda amargura embarga nuestro espíritu ante el espectáculo inmensamente doloroso de innumerables trabajadores de muchas naciones y de continentes enteros a los que se remunera con salario tan bajo, que quedan sometidos ellos y sus familias a condiciones de vida totalmente infrahumana. Hay que atribuir esta lamentable situación al hecho de que, en aquellas naciones y en aquellos continentes, el proceso de la industrialización está en sus comienzos o se halla todavía en fase no suficientemente desarrollada.

69. En algunas de estas naciones, sin embargo, frente a la extrema pobreza de la mayoría, la abundancia y el lujo desenfadado de unos pocos contrastan de manera abierta e insolente con la situación de los necesitados; en otras se grava a la actual generación con cargas excesivas para aumentar la productividad de la economía nacional, de acuerdo con ritmos acelerados que sobrepasan por entero los límites que la justicia y la equidad imponen; finalmente, en otras naciones un elevado tanto por ciento de la renta nacional se gasta en robustecer más de lo justo el prestigio nacional o se destinan presupuestos enormes a la carrera de armamentos.

70. Hay que añadir a esto que en las naciones económicas más desarrolladas no raras veces se observa el contraste de que mientras se fijan retribuciones altas, e incluso altísimas, por prestaciones de poca importancia o de valor discutible, al trabajo, en cambio, asiduo y provechoso de categorías enteras de ciudadanos honrados y diligentes se le retribuye con salarios demasiado bajos, insuficientes para las necesidades de la vida, o, en todo caso, inferiores a lo que la justicia exige, si se tienen en la debida cuenta su contribución al bien de la comunidad, a las ganancias de la empresa en que trabajan y a la renta total del país.

71. En esta materia, juzgamos deber nuestro advertir una vez más que, así como no es lícito abandonar completamente la determinación del salario a la libre competencia del mercado, así tampoco es lícito que su fijación quede al arbitrio de los poderosos, sino que en esta materia deben guardarse a toda costa las normas de la justicia y de la equidad.

Esto exige que los trabajadores cobren un salario cuyo importe les permita mantener un nivel de vida verdaderamente humano y hacer frente con dignidad a sus obligaciones familiares. Pero es necesario, además, que al determinar la remuneración justa del trabajo se tengan en cuenta los siguientes puntos: primero, la efectiva aportación de cada trabajador a la producción económica; segundo, la situación financiera de la empresa en que se trabaja; tercero, las exigencias del bien común de la respectiva comunidad política, principalmente en orden a obtener el máximo empleo de la mano de obra en toda la nación; y, por último, las exigencias del bien común universal, o sea de las comunidades internacionales, diferentes entre sí en cuanto a su extensión y a los recursos naturales de que disponen.

72. Es evidente que los criterios expuestos tienen un valor permanente y universal; pero su grado de aplicación a las situaciones concretas no puede determinarse si no se atiende como es debido a la riqueza disponible; riqueza que, en cantidad y calidad, puede variar, y de hecho varía, de nación a nación y, dentro de una misma nación, de un tiempo a otro.

NECESIDAD DE ADAPTACIÓN ENTRE EL DESARROLLO ECONÓMICO Y EL PROGRESO SOCIAL

73. Dado que en nuestra época las economías nacionales evolucionan rápidamente, y con ritmo aún más acentuado después de la segunda guerra mundial, consideramos oportuno llamar la atención de todos sobre un precepto gravísimo de la justicia social, a saber: que el desarrollo económico y el progreso social deben ir juntos y acomodarse mutuamente, de forma que todas las categorías sociales tengan participación adecuada en el aumento de la riqueza de la nación.

En orden a lo cual hay que vigilar y procurar, por todos los medios posibles, que las discrepancias que existen entre las clases sociales por la desigualdad de la riqueza no aumenten, sino que, por el contrario, se atenúen lo más posible.

74. «La economía nacional —como justamente enseña nuestro predecesor, de feliz memoria Pío XII—, de la misma manera que es fruto de la actividad de los hombres que trabajan unidos en la comunidad del Estado, así también no tiene otro fin que el de asegurar, sin inte-

rrupción, las condiciones externas que permitan a cada ciudadano desarrollar plenamente su vida individual. Donde esto se consiga de modo estable, se dirá con verdad que el pueblo es económicamente rico, porque el bienestar general y, por consiguiente, el derecho personal de todos al uso de los bienes terrenos se ajusta por completo a las normas establecidas por Dios Creador» (cf. Acta Apostolicae Sedis 33 (1941) p. 200).

De aquí se sigue que la prosperidad económica de un pueblo consiste, más que en el número total de los bienes disponibles, en la justa distribución de los mismos, de forma que quede garantizado el perfeccionamiento de los ciudadanos, fin al cual se ordena por su propia naturaleza todo el sistema de la economía nacional.

75 En este punto hay que hacer una advertencia: hoy en muchos Estados las estructuras económicas nacionales permiten realizar no pocas veces a las empresas de grandes o medianas proporciones rápidos e ingentes aumentos productivos, a través del autofinanciamiento, que renueva y completa su equipo industrial. Cuando esto ocurra, juzgamos puede establecerse que las empresas reconozcan por la misma razón, a sus trabajadores un título de crédito, especialmente si les pagan una remuneración que no exceda la cifra del salario mínimo vital.

76 En tales casos conviene recordar el principio propuesto por nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*: «Es completamente falso atribuir sólo al capital, o sólo al trabajo, lo que es resultado conjunto de la eficaz cooperación de ambos; y es totalmente injusto que el capital o el trabajo, negando todo derecho a la otra parte, se apropie la totalidad del beneficio económico».

77. Este deber de justicia puede cumplirse de diversas maneras, como la experiencia demuestra. Una de ellas, y de las más deseables en la actualidad, consiste en hacer que los trabajadores, en la forma y el grado que parezcan más oportunos, puedan llegar a participar poco a poco en la propiedad de la empresa donde trabajan, puesto que hoy, más aún, que en los tiempos de nuestro predecesor, «con todo el empeño posible se ha de procurar que, al manos para el futuro, se modere equitativamente la acumulación de las riquezas en manos de los ricos, y se repartan también con la suficiente profusión entre los trabajadores» (Ibíd., p.198).

EXIGENCIAS DEL BIEN COMÚN NACIONAL E INTERNACIONAL

78. Pero hay que advertir, además, que la proporción entre la retribución del trabajo y los beneficios de la empresa debe fijarse de acuerdo con las exigencias del bien común, tanto de la propia comunidad política como de la entera familia humana.

79. Por lo que concierne al primer aspecto, han de considerarse como exigencias del bien común nacional: facilitar trabajo al mayor número posible de obreros; evitar que se constituyan, dentro de la nación e incluso entre los propios trabajadores, categorías sociales privilegiadas; mantener una adecuada proporción entre salario y precios; hacer accesibles al mayor número de ciudadanos los bienes materiales y los beneficios de la cultura; suprimir o limitar al menos las desigualdades entre los distintos sectores de la economía —agricultura, industria y servicios—; equilibrar adecuadamente el incremento económico con el aumento de los servicios generales necesarios, principalmente por obra de la autoridad pública; ajustar, dentro de lo posible, las estructuras de la producción a los progresos de las ciencias y de la técnica; lograr, en fin, que el mejoramiento en el nivel de vida no sólo sirva a la generación presente, sino que prepare también un mejor porvenir a las futuras generaciones.

80. Son, por otra parte, exigencias del bien común internacional: evitar toda forma de competencia desleal entre los diversos países en materia de expansión económica; favorecer la concordia y la colaboración amistosa y eficaz entre las distintas economías nacionales, y, por último, cooperar eficazmente al desarrollo económico de las comunidades políticas más pobres.

81. Estas exigencias del bien común, tanto en el plano nacional como en el mundial, han de tenerse en cuenta también cuando se trata de determinar la parte de beneficios que corresponde asignar, en forma de retribución, a los dirigentes de empresas, y en forma de intereses o dividendos, a los que aportan el capital.

ESTRUCTURAS ECONÓMICAS DEBEN AJUSTARSE

A LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

82. Los deberes de la justicia han de respetarse no solamente en la distribución de los bienes que el trabajo produce, sino también en

cuanto afecta a las condiciones generales en que se desenvuelve la actividad laboral.

Porque en la naturaleza humana está arraigada la exigencia de que, en el ejercicio de la actividad económica, le sea posible al hombre asumir la responsabilidad de lo que hace y perfeccionarse a sí mismo.

83. De donde se sigue que si el funcionamiento y las estructuras económicas de un sistema productivo ponen en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitan su sentido de responsabilidad, o le impiden la libre expresión de su iniciativa propia, hay que afirmar que este orden económico es injusto, aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance un alto nivel y se distribuya según criterios de justicia y equidad.

84. No es posible definir de manera genérica en materia económica las estructuras más acordes con la dignidad del hombre y más idóneas para estimular en el trabajador el sentido de su responsabilidad. Esto no obstante, nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XII trazó con acierto tales normas prácticas: «La pequeña y la mediana propiedad en la agricultura, en el artesanado, en el comercio y en la industria deben protegerse y fomentarse; las uniones cooperativas han de asegurar a estas formas de propiedad las ventajas de la gran empresa; y por lo que a las grandes empresas se refiere, ha de lograrse que el contrato de trabajo se suavice con algunos elementos del contrato de sociedad» (Radiomensaje del 1 de sept. de 1944; cf *Acta Apostolicae Sedis* 36 81944) p. 254).

LA EMPRESA ARTESANA Y LA EMPRESA COOPERATIVA

85. Deben, pues, asegurarse y promoverse, de acuerdo con las exigencias del bien común y las posibilidades del progreso técnico, las empresas artesanas, y las agrícolas de dimensión familiar, y las cooperativas, las cuales pueden servir también para completar y perfeccionar las anteriores.

86. Más adelante hablaremos de la empresa agrícola. Aquí creemos oportuno hacer algunas indicaciones sobre la empresa artesana y la empresa cooperativa.

87. Ante todo, hay que advertir que ambas empresas, si quieren alcanzar una situación económica próspera, han de ajustarse ince-

santemente, en su estructura, funcionamiento y métodos de producción, a las nuevas situaciones que el progreso de las ciencias y de la técnica y las mudables necesidades y preferencias de los consumidores plantean conjuntamente: acción de ajuste que principalmente han de realizar los propios artesanos y los miembros de las cooperativas.

88. De aquí la gran conveniencia de dar a unos y otros formación idónea, tanto en el aspecto puramente técnico como en el cultural, y de que ellos mismos se agrupen en organización de tipo profesional. Es asimismo indispensable que por parte del Estado se lleve a cabo una adecuada política económica en los capítulos referentes a la enseñanza, la imposición fiscal, el crédito, la seguridad y los seguros sociales.

89. Por lo demás, esta acción del Estado en favor del artesanado y del movimiento cooperativo halla también su justificación en el hecho de que estas categorías laborales son creadoras de auténticos bienes y contribuyen eficazmente al progreso de la cultura.

90. Invitamos, por ello, con paternal amor a nuestros queridísimos hijos del artesanado y del cooperativismo, esparcidos por todo el mundo, a que sientan claramente la nobilísima función social que se les ha confiado en la sociedad, ya que con su trabajo pueden despertar cada día más en todas las clases sociales el sentido de la responsabilidad y el espíritu de activa colaboración y encender en todos el entusiasmo por la originalidad, la elegancia y la perfección del trabajo.

PRESENCIA ACTIVA DE LOS TRABAJADORES EN LAS EMPRESAS GRANDES Y MEDIANAS

91. Además, siguiendo en esto la dirección trazada por nuestros predecesores, Nos estamos convencido de la razón que asiste a los trabajadores en la vida de las empresas donde trabajan. No es posible fijar con normas ciertas y definidas las características de esta participación, dado que han de establecerse, más bien, teniendo en cuenta la situación de cada empresa; situación que varía de unas a otras y que, aun dentro de cada una, está sujeta muchas veces a cambios radicales y rapidísimos.

No dudamos, sin embargo, en afirmar que a los trabajadores hay que darles una participación activa en los asuntos de la empresa donde

trabajan, tanto en las privadas como en las públicas; participación que, en todo caso, debe tender a que la empresa sea una auténtica comunidad humana, cuya influencia bienhechora se deje sentir en las relaciones de todos sus miembros y en la variada gama de sus funciones y obligaciones.

92. Esto exige que las relaciones mutuas entre empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores por otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión y, además, de la leal y activa colaboración e interés de todos en la obra común; y que el trabajo, además de ser concebido como fuente de ingresos personales, lo realicen también todos los miembros de la empresa como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio para la utilidad general.

Todo ello implica la conveniencia de que los obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa. Observaba nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XII que «la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena el despliegue de la iniciativa individual» (Alocución del 8 de oct. de 1956; cf Acta Apostolicae Sedis 48 (1956) p. 799-800).

Una concepción de la empresa que quiere salvaguardar la dignidad humana debe, sin duda alguna, garantizar la necesaria unidad de una dirección eficiente; pero de aquí no se sigue que pueda reducir a sus colaboradores diarios a la condición de meros ejecutores silenciosos, sin posibilidad alguna de hacer valer su experiencia, y enteramente pasivos en cuanto afecta a las decisiones que contratan y regulan su trabajo.

93. Hay que hacer notar, por último, que el ejercicio de esta responsabilidad creciente por parte de los trabajadores en las empresas no solamente responde a las legítimas exigencias propias de la naturaleza humana, sino que está de perfecto acuerdo con el desarrollo económico, social y político de la época contemporánea.

94. Aunque son grandes los desequilibrios económicos y sociales que en la época moderna contradicen a la justicia y a la humanidad, y profundos errores se deslizan en toda la economía, perturbando gravemente sus actividades, fines, estructura y funcionamiento, es innegable, sin

embargo, que los modernos sistemas de producción, impulsados por el progreso científico y técnico han avanzado extraordinariamente y su ritmo de crecimiento es mucho más rápido que en épocas anteriores.

Esto exige de los trabajadores una aptitud y unas cualidades profesionales más elevadas. Como consecuencia, es necesario poner a su disposición mayores medios y más amplios márgenes de tiempo para que puedan alcanzar una instrucción más perfecta y una cultura religiosa, moral y profana más adecuada.

95. Se hace así también posible un aumento de los años destinados a la instrucción básica y a la formación profesional de las nuevas generaciones.

96. Con la implantación de estas medidas se irá creando un ambiente que permitirá a los trabajadores tomar sobre sí las mayores responsabilidades aun dentro de sus empresas. Por lo que al Estado toca, es de sumo interés que los ciudadanos, en todos los sectores de la convivencia, se sientan responsables de la defensa del bien común.

PRESENCIA ACTIVA DE LOS TRABAJADORES EN TODOS LOS NIVELES

97. Es una realidad evidente que, en nuestra época, las asociaciones de trabajadores han adquirido un amplio desarrollo, y, generalmente han sido reconocidas como instituciones jurídicas en los diversos países e incluso en el plano internacional. Su finalidad no es ya la de movilizar al trabajador para la lucha de clases, sino la de estimular más bien la colaboración, lo cual se verifica principalmente por medio de acuerdos establecidos entre las asociaciones de trabajadores y de empresarios.

Hay que advertir, además, que es necesario, o al menos muy conveniente, que a los trabajadores se les dé la posibilidad de expresar su parecer e interponer su influencia fuera del ámbito de su empresa, y concretamente en todos los órdenes de la comunidad política.

98. La razón de esta presencia obedece a que las empresas particulares, aunque sobresalgan en el país por sus dimensiones, eficiencia e importancia, están, sin embargo, estrechamente vinculadas a la situación general económica y social de cada nación, ya que de esta situación depende su propia prosperidad.

99. Ahora bien, ordenar las disposiciones que más favorezcan la situación general de la economía no es asunto de las empresas particulares, sino función propia de los gobernantes del Estado y de aquellas instituciones que, operando en un plano nacional o supranacional, actúan en los diversos sectores de la economía.

De aquí se sigue la conveniencia o la necesidad de que en tales autoridades e instituciones, además de los empresarios o de quienes les representan, se hallen presentes también los trabajadores o quienes por virtud de su cargo defienden los derechos, las necesidades y las aspiraciones de los mismos.

100. Es natural, por tanto, que nuestro pensamiento y nuestro paternal afecto se dirijan de modo principal a las asociaciones que abarcan profesiones diversas y a los movimientos sindicales que, de acuerdo con los principios de la doctrina cristiana, están trabajando en casi todos los continentes del mundo.

Conocemos las muchas y graves dificultades en medio de las cuales estos queridos hijos nuestros han procurado con eficacia y siguen procurando con energía la reivindicación de los derechos del trabajador, así como su elevación material y moral, tanto en el ámbito nacional como en el plano mundial.

101. Pero, además, queremos tributar a la labor de estos hijos nuestros la alabanza que merece, porque no se limita a los resultados inmediatos y visibles que obtiene, sino que repercute también en todo el inmenso mundo del trabajo humano, con la propagación general de un recto modo de obrar y de pensar y con el aliento vivificador de la religión cristiana.

102. Idéntica alabanza paternal queremos rendir asimismo a aquellos de nuestros amados hijos que, imbuidos en las enseñanzas cristianas, prestan un admirable concurso en otras asociaciones profesionales y movimientos sindicales que siguen las leyes de la naturaleza y respetan la libertad personal en materia de religión y moral.

103. No podemos dejar de felicitar aquí y de manifestar nuestro cordial aprecio por la Organización Internacional del Trabajo —conocida comúnmente con las siglas O.I.L., I.L.O u O.I.T.—, la cual, desde hace ya muchos años, viene prestando eficaz y valiosa contribución para

instaurar en todo el mundo un orden económico y social inspirado en los principios de justicia y de humanidad, dentro del cual encuentran reconocimiento y garantía los legítimos derechos de los trabajadores.

LA PROPIEDAD

NUEVOS ASPECTOS DE LA ECONOMÍA MODERNA

104. En estos últimos años, como es sabido, en las empresas económicas de mayor importancia se ha ido acentuando cada vez más la separación entre la función que corresponde a los propietarios de los bienes de producción y la responsabilidad que incumbe a los directores de la empresa.

Esta situación crea grandes dificultades a las autoridades del Estado, las cuales han de vigilar cuidadosamente para que los objetivos que pretenden los dirigentes de las grandes organizaciones, sobre todo de aquellas de mayor influencia ejercen en la vida económica de todo el país, no se desvíen en modo alguno de las exigencias del bien común.

Son dificultades que, como la experiencia demuestra, se plantean igualmente tanto si los capitales necesarios para las grandes empresas son la propiedad privada como si pertenecen a entidades públicas.

105. Es cosa también sabida que, en la actualidad, son cada día más lo que ponen en los modernos seguros sociales y en los múltiples sistemas de la seguridad social la razón de mirar tranquilamente el futuro, la cual en otros tiempos se basaba en la propiedad de un patrimonio, aunque fuera modesto.

106. Por último, es igualmente un hecho de nuestro días que el hombre prefiere el dominio de una profesión determinada a la propiedad de los bienes y antepone el ingreso cuya fuente es el trabajo, o derechos derivados de éste, al ingreso que proviene del capital o de derechos derivados del mismo.

107. Esta nueva actitud coincide plenamente con el carácter natural del trabajo, el cual, por su procedencia inmediata de la persona humana, debe anteponerse a la posesión de los bienes exteriores, que por su misma naturaleza son de carácter instrumental; y ha de ser considerada, por tanto, como una prueba del progreso de la humanidad.

108. Tales nuevos aspectos de la economía moderna han contribuido a divulgar, la duda sobre si, en la actualidad, ha dejado de ser válido, o ha perdido, al menos, importancia, un principio de orden económico y social enseñado y propugnado firmemente por nuestros predecesores; esto es, el principio que establece que los hombres tienen un derecho natural a la propiedad privada de bienes, incluidos los de producción.

REAFIRMACIÓN DEL CARÁCTER NATURAL

DEL DERECHO DE PROPIEDAD

109. Esta duda carece en absoluto de fundamento. Porque el derecho de propiedad privada, aún en lo tocante a bienes de producción, tiene un valor permanente, ya que es un derecho contenido en la misma naturaleza, la cual nos enseña la prioridad del hombre individual sobre la sociedad civil, y, por consiguiente, la necesaria subordinación teológica de la sociedad civil al hombre.

Por otra parte, en vano se reconocería al ciudadano el derecho de actuar con libertad en el campo económico si no le fuese dada al mismo tiempo la facultad de elegir y emplear libremente las cosas indispensables para el ejercicio de dicho derecho.

Además, la historia y la experiencia demuestran que en los regímenes políticos que no reconocen a los particulares la propiedad, incluida la de los bienes de producción, se viola o suprime totalmente el ejercicio de la libertad humana en las cosas más fundamentales, lo cual demuestra con evidencia que el ejercicio de la libertad tiene su garantía y al mismo tiempo su estímulo en el derecho de propiedad.

110. Esto es lo que explica el hecho de que ciertos movimientos políticos y sociales que quieren conciliar la libertad con la justicia, y que eran, hasta ahora, contrarios al derecho de propiedad privada de los bienes de producción, hoy, aleccionados más ampliamente por la evolución social, han rectificado algo sus propias opiniones y mantienen respecto de aquel derecho una actitud positiva.

111. Nos es grato, por tanto, repetir las observaciones que en esta materia hizo nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XII: «Al defender la Iglesia el principio de la propiedad privada, persigue un alto fin ético-social. No pretende sostener pura y simplemente el actual

estado de cosas, como si viera en él la expresión de la voluntad divina; ni proteger por principio al rico y al plutócrata contra el pobre e indigente. Todo lo contrario: La Iglesia mira sobre todo a lograr que la institución de la propiedad privada sea lo que debe ser, de acuerdo con los designios de la divina Sabiduría y con lo dispuesto por la naturaleza» (Radiomensaje del 1 de sept. de 1944; cf. *Acta Apostolicae Sedis* 36 (1944) p. 253). Es decir, la propiedad privada debe asegurar los derechos que la libertad concede a la persona humana y, al mismo tiempo, prestar su necesaria colaboración para restablecer el recto orden de la sociedad.

112. Como ya hemos dicho, en no pocas naciones los sistemas económicos más recientes progresan con rapidez y consiguen una producción de bienes cada día más eficaz. En tal situación, la justicia y la equidad exigen que, manteniendo a salvo el bien común, se incremente también la retribución del trabajo, lo cual permitirá a los trabajadores ahorrar con mayor facilidad y formarse así un patrimonio.

Resulta, por tanto, extraña la negación que algunos hacen del carácter natural del derecho de propiedad, que halla en la fecundidad del trabajo la fuente perpetua de la eficacia; constituye, además, un medio eficiente para garantizar la dignidad de la persona humana y el ejercicio libre de la propia misión en todos los campos de la actividad económica; y es, finalmente, un elemento de tranquilidad y de consolidación para la vida familiar, con el consiguiente aumento de paz y prosperidad en el Estado.

LA DIFUSIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA ES NECESARIA

113. No basta, sin embargo, afirmar que el hombre tiene un derecho natural a la propiedad privada, de los bienes, incluidos los de producción, si, al mismo tiempo, no se procura, con toda energía, que se extienda a todas las clases sociales el ejercicio de este derecho.

114. Como acertadamente afirma nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XII, por una parte, la dignidad de la persona humana «exige necesariamente, como fundamento natural para vivir, el derecho al uso de los bienes de la tierra, al cual corresponde la obligación fundamental de otorgar una propiedad privada, en cuanto sea posible, a todos» (Radiomensaje de Navidad, 24 de diciembre de 1942; cf. *Acta Apostolicae Sedis* 34 (1942) p. 17), y, por otra parte, la nobleza intrínseca

del trabajo exige, además de otras cosas, la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una propiedad segura, aunque sea modesta, a todas las clases del pueblo (Ibíd., p.20).

115. Hoy, más que nunca, hay que defender la necesidad de difundir la propiedad privada, porque, en nuestros tiempos, como ya hemos recordado, los sistemas económicos de un creciente número de países están experimentando un rápido desarrollo.

Por lo cual, con el uso prudente de los recursos técnicos, que la experiencia aconseje, no resultará difícil realizar una política económica y social, que facilite y amplíe lo más posible el acceso a la propiedad privada de los siguientes bienes: bienes de consumo duradero; vivienda; pequeña propiedad agraria; utillaje necesario para la empresa artesana y para la empresa agrícola familiar; acciones de empresas grandes o medianas; todo lo cual se está ya practicando con pleno éxito en algunas naciones, económicamente desarrolladas y socialmente avanzadas.

PROPIEDAD PÚBLICA

116. Lo que hasta aquí hemos expuesto no excluye, como es obvio, que también el Estado y las demás instituciones públicas posean legítimamente bienes de producción, de modo especial cuanto éstos «llevan consigo tal poder económico, que no es posible dejarlo en manos de personas privadas sin peligro del bien común» (*Quadragesimo anno*).

117. Nuestra época registra una progresiva ampliación de la propiedad del Estado y de las demás instituciones públicas. La causa de esta ampliación hay que buscarla en que el bien común exige hoy de la autoridad pública el cumplimiento de una serie creciente de funciones.

Sin embargo, también en esta materia ha de observarse íntegramente el principio de la función subsidiaria, ya antes mencionado, según el cual la ampliación de la propiedad del Estado y de las demás instituciones públicas sólo es lícita cuando la exige una manifiesta y objetiva necesidad del bien común y se excluye el peligro de que la propiedad privada se reduzca en exceso, o, lo que sería aún peor, se la suprima completamente.

118. Hay que afirmar, por último, que las empresas económicas del Estado o de las instituciones públicas deben ser confiadas a aquellos ciudadanos que sobresalgan por su competencia técnica y su probada honradez y que cumplan con suma fidelidad sus deberes con el país.

Más aún, la labor de estos hombres debe quedar sometida a un ciudadano y asiduo control, a fin de evitar que, en el seno de la administración del propio Estado, el poder económico quede en manos de unos pocos, lo cual sería totalmente contrario al bien supremo de la nación.

FUNCIÓN SOCIAL DE LA PROPIEDAD

119. Pero neutros predecesores han enseñado también de modo constante el principio de que al derecho de propiedad privada le es intrínsecamente inherente una función social. En realidad, dentro del plan de Dios Creador, todos los bienes de la tierra están destinados, en primer lugar, al decoroso sustento de todos los hombres, como sabiamente enseña nuestro predecesor de feliz memoria León XIII en la encíclica *Rerum novarum*: «Los que han recibido de Dios mayor abundancia de bienes, ya sean corporales o externos, ya internos y espirituales, los han recibido para que con ellos atiendan a su propia perfección y, al mismo tiempo, como ministros de la divina Providencia, al provecho de los demás. “Por lo tanto, el que tenga aliento, cuide de no callar; el que abunde en bienes, cuide de no ser demasiado duro en el ejercicio de la misericordia; quien posee un oficio de qué vivir, afánese por compartir su uso y utilidad con el prójimo”».

120. Aunque, en nuestro tiempo, tanto el Estado como las instituciones públicas han extendido y siguen extendiendo el campo de su intervención, no se debe concluir en modo alguno que ha desaparecido, como algunos erróneamente opinan, la función social de la propiedad privada, ya que esta función toma su fuerza del propio derecho de propiedad.

Añádase a esto el hecho complementario de que hay siempre una amplia gama de situaciones angustiosas, de necesidades ocultas y al mismo tiempo graves, a las cuales no llegan las múltiples formas de la acción del Estado, y para cuyo remedio se halla ésta totalmente incapacitada; por lo cual, siempre quedará abierto un vasto campo para el ejercicio de la misericordia y de la caridad cristiana por parte

de los particulares. Por último, es evidente que para el fomento y estímulo de los valores del espíritu resulta más fecunda la iniciativa de los particulares o de los grupos privados que la acción de los poderes públicos.

121. En ésta ocasión oportuna para recordar, finalmente, cómo la autoridad del sagrado Evangelio sanciona, sin duda, el derecho de propiedad privada de los bienes, pero, al mismo tiempo, presenta, con frecuencia, a Jesucristo ordenando a los ricos que cambien en bienes espirituales los bienes materiales que poseen y los den a los necesitados: «No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corroen y donde los ladrones no horadan ni roban» (Mt 6, 19-20). Y el Divino Maestro declara que considera como hecha o negada a sí mismo la caridad hecha o negada a los necesitados: «Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

■ III. LOS ASPECTOS RECIENTES MÁS IMPORTANTES DE LA CUESTIÓN SOCIAL

122. El desarrollo histórico de la época actual demuestra, con evidencia cada vez mayor, que los preceptos de la justicia y de la equidad no deben regular solamente las relaciones entre los trabajadores y los empresarios, sino además las que median entre los distintos sectores de la economía, entre las zonas de diverso nivel de riqueza en el interior de cada nación y, dentro del plano mundial, entre los países que se encuentran en diferente grado de desarrollo económico y social.

RELACIONES ENTRE LOS DISTINTOS SECTORES DE LA ECONOMÍA

LA AGRICULTURA, SECTOR DEPRIMIDO

123. Comenzaremos exponiendo algunos puntos sobre la agricultura. Advertimos, ante todo, que la población rural, en cifras absolutas, no parece haber disminuido. Sin embargo, indudablemente son muchos los campesinos que abandonan el campo para dirigirse a poblaciones mayores e incluso centros urbanos. Este éxodo rural, por verificarse en casi todos los países y adquirir a veces proporciones multitudinarias, crea problemas de difícil solución por lo que toca a nivel de vida digno de los ciudadanos.

124. A la vista de todos está el hecho de que, a medida que progresa la economía, disminuye la mano de obra dedicada a la agricultura, mientras crece el porcentaje de la consagrada a la industria y al sector de los servicios. Juzgamos, sin embargo, que el éxodo de la población agrícola hacia otros sectores de la producción se debe frecuentemente a motivos derivados del propio desarrollo económico. Pero en la inmensa mayoría de los casos responde a una serie de estímulos, entre los que han de contarse como principales el ansia de huir de un ambiente estrecho sin perspectivas de vida más cómoda; el prurito de novedades y aventuras de que tan poseída está nuestra época; el afán por un rápido enriquecimiento; la ilusión de vivir con mayor libertad, gozando de los medios y facilidades que brindan las poblaciones más populosas y los centros urbanos. Pero también es indudable que el éxodo del campo se debe al hecho de que el sector agrícola es, en casi todas partes, un sector deprimido, tanto por lo que toca al índice de productividad del trabajo como por lo que respecta al nivel de vida de las poblaciones rurales.

125. Por ello, ante un problema de tanta importancia que afecta a casi todos los países, es necesario investigar, primeramente, los procedimientos más idóneos para reducir las enormes diferencias que en materia de productividad se registran entre el sector agrícola y los sectores de la industria y de los servicios; hay que buscar, en segundo término, los medios más adecuados para que el nivel de vida de la población agrícola se distancie lo menos posible del nivel de vida de los ciudadanos que obtienen sus ingresos trabajando en los otros sectores aludidos; hay que realizar, por último, los esfuerzos indispensables para que los agricultores no padezcan un complejo de inferioridad frente a los demás grupos sociales, antes, por el contrario, vivan persuadidos de que también dentro del ambiente rural pueden no solamente consolidar y perfeccionar su propia personalidad mediante el trabajo del campo, sino además mirar tranquilamente el provenir.

126. Nos parece, por lo mismo, muy oportuno indicar en esta materia algunas normas de valor permanente, a condición de que se apliquen, como es obvio, en consonancia con lo que las circunstancias concretas de tiempo y de lugar permitan, aconsejen o absolutamente exijan.

Desarrollo adecuado de los servicios públicos más fundamentales

127 En primer lugar, es necesario que todos, y de modo especial las autoridades públicas, procuren con eficacia que en el campo adquieran el conveniente grado de desarrollo los servicios públicos más fundamentales, como, por ejemplo, caminos, transportes, comunicaciones, agua potable, vivienda, asistencia médica y farmacéutica, enseñanza elemental y enseñanza técnica y profesional, condiciones idóneas para la vida religiosa y para un sano esparcimiento y, finalmente, todo el conjunto de productos que permitan al hogar del agricultor estar acondicionado y funcionar de acuerdo con los progresos de la época moderna.

Cuando en los medios agrícolas faltan estos servicios, necesarios hoy para alcanzar un nivel de vida digno, el desarrollo económico y el progreso social vienen a ser en aquéllos o totalmente nulos o excesivamente lentos, lo que origina como consecuencia la imposibilidad de frenar el éxodo rural y la dificultad de controlar numéricamente la población que huye del campo.

DESARROLLO GRADUAL Y ARMÓNICO DE TODO EL SISTEMA ECONÓMICO

128 Es indispensable, en segundo lugar, que el desarrollo económico de los Estados se verifique de manera gradual, observando la debida proporción entre los diversos sectores productivos. Hay que procurar así con especial insistencia que, en la medida permitida o exigida por el conjunto de la economía, tengan aplicación también en la agricultura los adelantos más recientes en lo que atañe a las técnicas de producción, la variedad de los cultivos y la estructura de la empresa agrícola, aplicación que ha de efectuarse manteniendo en lo posible la proporción adecuada con los sectores de la industria y de los servicios.

129 La agricultura, en consecuencia, no sólo consumirá una mayor cantidad de productos de la industria, sino que exigirá una más cualificada prestación de servicios generales. En justa reciprocidad, la agricultura ofrecerá a la industria, a los servicios y a toda la nación una serie de productos que en cantidad y calidad responderán mejor a las exigencias del consumo, contribuyendo así a la estabilidad del poder adquisitivo de la moneda, la cual es uno de los elementos más valiosos para lograr un desarrollo ordenado de todo el conjunto de la economía.

130 Con estas medidas se obtendrá, entre otras, las siguientes ventajas: la primera, la de controlar con mayor facilidad, tanto en la zona de salida como en la de llegada, el movimiento de las fuerzas laborales que abandonan el campo a consecuencia de la progresiva modernización de la agricultura; la segunda, la de proporcionarles una formación profesional adecuada para su provechosa incorporación a otros sectores productivos, y la tercera, la de brindarles ayuda económica y asistencia espiritual para su mejor integración en los nuevos grupos sociales.

NECESIDAD DE UNA ADECUADA POLÍTICA ECONÓMICA AGRARIA

131. Ahora bien, para conseguir un desarrollo proporcionado entre los distintos sectores de la economía es también absolutamente imprescindible una cuidadosa política económica en materia agrícola por parte de las autoridades públicas, política económica que ha de atender a los siguientes capítulos: Imposición fiscal, crédito, seguros sociales, precios, promoción de industrias complementarias y, por último, el perfeccionamiento de la estructura de la empresa agrícola.

1.º IMPOSICIÓN FISCAL

132. Por los que se refiere a los impuestos, la exigencia fundamental de todo sistema tributario justo y equitativo es que las cargas se adapten a la capacidad económica de los ciudadanos.

133. Ahora bien, en la regulación de los tributos de los agricultores, el bien común exige que las autoridades tengan muy presente el hecho de que los ingresos económicos del sector agrícola se realizan con mayor lentitud y mayores riesgos, y, por tanto, es más difícil obtener los capitales indispensables para el aumento de estos ingresos.

2.º CAPITALAS A CONVENIENTE INTERÉS

134. De lo dicho se deriva una consecuencia: la de que los propietarios del capital prefieren colocarlo en otros negocios antes que en la agricultura. Por esta razón, los agricultores no pueden pagar intereses elevados. Más aún, ni siquiera pueden pagar, por lo regular, los intereses normales del mercado para procurarse los capitales que necesitan el desarrollo y funcionamiento normal de sus empresas. Se precisa, por tanto, por razones de bien común, establecer una particular política,

crediticia para la agricultura y crear además instituciones de crédito que aseguren a los agricultores los capitales a un tipo de interés asequible.

3.º SEGUROS SOCIALES Y SEGURIDAD SOCIAL

135. Es necesario también que en la agricultura se implanten dos sistemas de seguros: el primero, relativo a los productos agrícolas, y el segundo, referente a los propios agricultores y a sus respectivas familias. Porque, como es sabido, la renta per capita del sector agrícola es generalmente inferior a la renta per capita de los sectores de la industria y de los servicios, y, por esto, no parece ajustado plenamente a las normas de la justicia social y de la equidad implantar sistemas de seguros sociales o de seguridad social en los que el trato dado a los agricultores sea substancialmente inferior al que se garantiza a los trabajadores de la industria y de los servicios. Las garantías aseguradoras que la política social establece en general, no deben presentar diferencias notables entre sí, sea el que sea el sector económico donde el ciudadano trabaja o de cuyos ingresos vive.

136. Por otra parte, como los sistemas de los seguros sociales y de seguridad social, pueden contribuir eficazmente a una justa y equitativa redistribución de la renta total de la comunidad política, deben, por ello mismo, considerarse como vía adecuada para reducir las diferencias entre las distintas categorías de los ciudadanos.

4.º TUTELA DE LOS PRECIOS

137. Dada la peculiar naturaleza de los productos agrícolas, resulta indispensable garantizar la seguridad de sus precios, utilizando para ello los múltiples recursos que tienen hoy a su alcance los economistas. En este punto, aunque es sumamente eficaz que los propios interesados ejerzan esta tutela, imponiéndose a sí mismos las normas oportunas, no debe, sin embargo, faltar la acción moderadora de los poderes públicos.

138. No ha de olvidarse tampoco que el precio de los productos agrícolas constituye generalmente una retribución del trabajo, más bien que una remuneración del capital empleado.

139. Por esto observa con razón nuestro predecesor de feliz memoria Pío XI, en la encíclica *Quadragesimo anno*, que a la realización del bien de la comunidad «contribuye en gran manera la justa proporción entre los salarios»; pero añade a renglón seguido: »Con ello se relaciona a

su vez estrechamente la justa proporción de los precios de venta de los productos obtenidos por los distintos sectores de la economía, cuales son la agricultura, la industria y otros semejantes».

140. Y como los productos del campo están ordenados principalmente a satisfacer las necesidades humanas más fundamentales, es necesario que sus precios se determinen de tal forma que se hagan asequibles a la totalidad de los consumidores. De lo cual, sin embargo, se deduce evidentemente que sería sin duda injusto forzar a toda una categoría de ciudadanos, la de los agricultores, aun estado permanente de inferioridad económica y social, privándoles de un poder de compra imprescindible para mantener un decoroso nivel de vida, lo cual evidentemente está en abierta contradicción con el bien común.

5.º COMPLETAR LOS INGRESOS DE LA FAMILIA AGRÍCOLA

141. Es oportuno también promover, en las zonas campesinas, las industrias y los servicios relacionados con la conservación, transformación y transporte de los productos agrícolas. A lo cual hay que añadir necesariamente en dichas zonas la creación de actividades relacionadas con otros sectores de la economía y de las profesiones. Con la implantación de estas medidas se da a la familia agrícola la posibilidad de completar sus ingresos en los mismos ambientes en que vive y trabaja.

6.º REFORMA DE LA EMPRESA AGRÍCOLA

142. Por último, nadie puede establecer en términos genéricos las líneas fundamentales a que debe ajustarse la empresa agrícola, dada la extremada variedad que en este sector de la economía presentan las distintas zonas agrarias de una misma nación y, sobre todo, los diversos países del mundo. Esto no obstante, quienes tienen una concepción natural y, sobre todo, cristiana de la dignidad del hombre y de la familia, consideran a la empresa agrícola, y principalmente a la familiar, como una comunidad de personas en la cual las relaciones internas de los diferentes miembros y la estructura funcional de la misma han de ajustarse a los criterios de la justicia y al espíritu cristiano, y procuran, por todos los medios, que esta concepción de la empresa agrícola llegue a ser pronto una realidad, según las circunstancias concretas de lugar y de tiempo.

143. La firmeza y la estabilidad de la empresa familiar dependen, sin embargo, de que puedan obtenerse de ella ingresos suficientes para mantener un decoroso nivel de vida en la respectiva familiar. Para lo cual es de todo punto preciso que los agricultores estén perfectamente instruidos en cuanto concierne a sus trabajos, puedan conocer los nuevos inventos y se hallen asistidos técnicamente en el ejercicio de su profesión. Es indispensable, además, que los hombres del campo establezcan una extensa red de empresas cooperativas, constituyan asociaciones profesionales e intervengan con eficacia en la vida pública, tanto en los organismos de naturaleza administrativa como en las actividades de carácter político..

LOS AGRICULTORES DEBEN SER LOS PROTAGONISTAS DE SU ELEVACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

144. Estamos persuadidos, sin embargo, de que los autores principales del desarrollo económico, de la elevación cultural y del progreso social del campo deben ser los mismos interesados, es decir, los propios agricultores. Estos deben poseer una conciencia clara y profunda de la nobleza de su profesión. Trabajan, en efecto, en el templo majestuoso de la Creación, y realizan su labor, generalmente, entre árboles y animales, cuya vida, inagotable en su capacidad expresiva e inflexible en sus leyes, es rica en recuerdos del Dios creador y providente. Además, la agricultura no sólo produce la rica gama de alimentos con que se nutre la familia humana, sino proporciona también un número cada vez mayor de materias primas a la industria.

145. Más aún, el trabajo del campo está dotado de una específica dignidad, ya que utiliza y pone a su servicio una serie de productos elaborados por la mecánica, la química y la biología, productos que han de ponerse al día, sin interrupción alguna, de acuerdo con las necesidades de la época, dada la repercusión que en la agricultura alcanzan los progresos científicos y técnicos.

Y no es esto todo. Es un trabajo que se caracteriza también por una intrínseca nobleza, ya que exige del agricultor conocimiento certero del curso del tiempo, capacidad de fácil adaptación al mismo, paciente espera del futuro, sentido de la responsabilidad y espíritu perseverante y emprendedor.

SOLIDARIDAD Y COLABORACIÓN

146. Hay que advertir también que en el sector agrícola, como en los demás sectores de la producción, es muy conveniente que los agricultores se asocien, sobre todo si se trata de empresas agrícolas de carácter familiar. Los cultivadores del campo deben sentirse solidarios los unos de los otros y colaborar todos a una en la creación de empresas cooperativas y asociaciones profesionales, de todo punto necesarias, porque facilitan al agricultor las ventajas de los progresos científicos y técnicos y contribuyen de modo decisivo a la defensa de los precios de los productos del campo.

Con la adopción de estas medidas, los agricultores quedarán situados en un plano de igualdad respecto a las categorías económicas profesionales, generalmente organizadas, de los otros sectores productivos, y podrán hacer sentir todo el peso de su importancia económica en la vida política y en la gestión administrativa. Porque, como con razón se ha dicho, en nuestra época las voces aisladas son como voces dadas al viento.

SUBORDINACIÓN A LAS EXIGENCIAS DEL BIEN COMÚN

147. Con todo, los trabajadores agrícolas, de la misma manera que los de los restantes sectores de la producción, al hacer sentir todo el peso de su importancia económica deben proceder necesariamente sin quebranto alguno del orden moral y del derecho establecido, procurando armonizar sus derechos y sus intereses con los derechos y los intereses de las demás categorías económicas profesionales, y subordinar los unos y los otros a las exigencias del bien común.

Más aún, los agricultores que viven consagrados a elevar la riqueza del campo, pueden pedir con todo derecho que los gobernantes ayuden y completen sus esfuerzos, con tal que ellos, por su parte, se muestren sensibles a las exigencias del bien común y contribuyan a su realización efectiva.

148. Por esta razón, nos es grato expresar nuestra complacencia a aquellos hijos nuestros que, en diversas partes del mundo, se esfuerzan por crear y consolidar empresas cooperativas y asociaciones profesionales para que todos los que cultivan la tierra, al igual que los demás ciudadanos, disfruten del debido nivel de vida económico y de una justa dignidad social.

NOBLEZA DEL TRABAJO AGRÍCOLA

149. En el trabajo del campo encuentra el hombre todo cuanto contribuye al perfeccionamiento decoroso de su propia dignidad. Por eso, el agricultor debe concebir su trabajo como un mandato de Dios y una misión excelsa. Es preciso, además, que consagre esta tarea a Dios providente, que dirige la historia hacia la salvación eterna del hombre. Finalmente, ha de tomar sobre sí la tarea de contribuir con su personal esfuerzo a la elevación de sí mismo y de los demás, como una aportación a la civilización humana.

RELACIONES ENTRE LAS ZONAS DE DESIGUAL DESARROLLO DE UN PAÍS

SERVICIOS PÚBLICOS FUNDAMENTALES Y POLÍTICA ECONÓMICA ADECUADA

150. Con mucha frecuencia, en el seno de una misma nación se observan diferencias económicas y sociales entre las distintas clases de ciudadanos, debidas, principalmente, al hecho de que unos y otros viven y trabajan en zonas de desigual desarrollo económico. En situaciones como ésta, la justicia y la equidad piden que los gobernantes procuren suprimir del todo, o a lo menos disminuir, tales diferencias. A este fin se debe intentar que en las zonas económicamente menos desarrolladas se garanticen los servicios públicos fundamentales más adecuados a las circunstancias del tiempo y lugar y de acuerdo, en lo posible, con la común manera de vida. Para ello, es absolutamente imprescindible que se emprenda la política apropiada, que atienda con diligencia a la ordenación de los siguientes puntos: la contratación laboral, la emigración interior, los salarios, los impuestos, los créditos y las inversiones industriales destinadas principalmente a favorecer el desarrollo de otras actividades. Todas estas medidas son plenamente idóneas, no sólo para promover el empleo rentable de la mano de obra y estimular la iniciativa empresarial, sino para explotar también los recursos locales de cada zona.

INICIATIVA PRIVADA E INTERVENCIÓN DEL ESTADO

151. Sin embargo, es preciso que los gobernantes se limiten a adoptar tan sólo aquellas medidas que parezcan ajustadas al bien común de los ciudadanos. Las autoridades deben cuidar asiduamente, con la mira puesta en la utilidad de todo el país, de que el desarrollo económico

de los tres sectores de la producción —agricultura, industria y servicios— sea, en lo posible, simultáneo y proporcionado; con el propósito constante de que los ciudadanos de las zonas menos desarrolladas se sientan protagonistas de su propia elevación económica, social y cultural. Porque el ciudadano tiene siempre el derecho de ser el autor principal de su propio progreso.

152. Por consiguiente, es indispensable que también la iniciativa privada contribuya, en cuanto está de su parte, a establecer una regulación equitativa de la economía del país. Más aún, las autoridades, en virtud del principio de la función subsidiaria, tienen que favorecer y auxiliar a la iniciativa privada de tal manera, que sea ésta, en la medida que la realidad permita, la que continúe y concluya el desarrollo económico por ella iniciado.

ELIMINAR O DISMINUIR LA DESPROPORCIÓN ENTRE TIERRA Y POBLACIÓN

153. Es ésta ocasión oportuna para advertir que no son pocas las naciones en las cuales existe una manifiesta desproporción entre el terreno cultivable y la población agrícola. Efectivamente, en algunas naciones hay escasez de brazos y abundancia de tierra laborables, mientras que en otras abunda la mano de obra y escasean las tierras de cultivo.

154. Más aún, hay naciones en las cuales, a pesar de la riqueza potencial de su suelo, el estado rudimentario y anticuado de sus sistemas de cultivo no permite producir la cantidad de bienes suficientes para satisfacer las necesidades más elementales de las respectivas poblaciones; en otros países, por el contrario, el alto grado de modernización alcanzado por la agricultura determina una superproducción de bienes agrícolas que provoca efectos negativos en las respectivas economías nacionales.

155. Es evidente, por tanto, que así la universal solidaridad humana como el sentimiento de la fraternidad cristiana exigen, de manera absoluta, que los pueblos se presten activa y variada ayuda mutua, de la cual se seguirá no sólo un más fácil intercambio de bienes, capitales y hombres, sino además una reducción de las desigualdades que existen entre las diversas naciones. Pero de este problema hablaremos luego con mayor atención.

156. Queremos, sin embargo, expresar aquí nuestra gran estima por la obra que la F.A.O. viene realizando para alimentar a los pueblos y estimular el desarrollo de la agricultura. Las finalidades específicas de este organismo son fomentar las relaciones mutuas entre los pueblos, promover la modernización del campo en las naciones poco desarrolladas y ayudar a los países que sufren el azote del hambre.

RELACIONES ENTRE LOS PAÍSES DE DESIGUAL DESARROLLO ECONÓMICO ES EL PROBLEMA MAYOR DE NUESTROS DÍAS

157. Pero el problema tal vez mayor de nuestros días es el que atañe a las relaciones que deben darse entre las naciones económicamente desarrolladas y los países que están aún en vías de desarrollo económico: las primeras gozan de una vida cómoda; los segundos, en cambio, padecen durísima escasez. La solidaridad social que hoy día agrupa a todos los hombres en una única y sola familia impone a las naciones que disfrutan de abundante riqueza económica la obligación de no permanecer indiferentes ante los países cuyos miembros, oprimidos por innumerables dificultades interiores, se ven extenuados por la miseria y el hambre y no disfrutan, como es debido, de los derechos fundamentales del hombre. Esta obligación se ve aumentada por el hecho de que, dada la interdependencia progresiva que actualmente sienten los pueblos, no es ya posible que reine entre ellos una paz duradera y fecunda si las diferencias económicas y sociales entre ellos resultan excesivas.

158. Nos, por tanto, que amamos a todos los hombres como hijos, juzgamos deber nuestro repetir en forma solemne la afirmación manifestada otras veces: «Todos somos solidariamente responsables de las poblaciones subalimentadas (Alocución del 3 de mayo de 1960; cf. Acta Apostolicae Sedis 52 (1960) p. 465)... «(Por lo cual) es necesario despertar la conciencia de esta grave obligación en todos y en cada uno y de modo muy principal en los económicamente poderosos» (Ibíd.).

159. Como es evidente, el grave deber, que la Iglesia siempre ha proclamado, de ayudar a los que sufren la indigencia y la miseria, lo han de sentir de modo muy principal los católicos, por ser miembros del Cuerpo místico de Cristo. «En esto —proclama Juan el apóstol— hemos conocido la caridad de Dios, en que dio El su vida por nosotros,

y así nosotros debemos estar prontos a dar la vida por nuestros hermanos. Quien tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra las entrañas, ¿cómo es posible que habite en él la caridad de Dios?» (1Jn 3, 16-17).

160. Vemos, pues, con agrado cómo las naciones que disponen de más avanzados sistemas económicos prestan ayuda a los países subdesarrollados para facilitarles el mejoramiento de su situación actual.

LAS AYUDAS DE EMERGENCIA SON OBLIGATORIAS

161. Como es sabido, hay naciones que tienen sobreabundancia de bienes de consumo, y particularmente de productos agrícolas. Existen otras, en cambio, en las cuales grandes masas de población luchan contra la miseria y el hambre. Por ello, tanto la justicia como la humanidad exigen que las naciones ricas presten su ayuda a las naciones pobres. Por lo cual, destruir por completo o malgastar bienes que son indispensables para la vida de los hombres es tan contrario a los deberes de la justicia como a los que impone la humanidad.

162. Sabemos bien que la producción de excedentes, particularmente de los agrícolas, en un país, puede perjudicar a determinadas categorías de ciudadanos. Pero de esto no se sigue en modo alguno que las naciones que tienen exceso de bienes queden dispensadas del deber de ayudar a las víctimas de la miseria y del hambre cuando surge una especial necesidad; sino que, por el contrario, hay que procurar con toda diligencia que esas dificultades nacidas de la superproducción de bienes se disminuyan y las soporten de manera equitativa todos y cada uno de los ciudadanos.

Pero es también necesaria la cooperación científica, técnica y financiera

163. Con todo, estas ayudas no pueden eliminar de modo inmediato en muchos países las causas permanentes de la miseria o del hambre. Generalmente, la causa reside en el retraso que acusan los sistemas económicos de esos países. Para remediar este atraso hay que movilizar todos los medios posibles, de suerte que, por una parte, los ciudadanos de estas naciones se instruyan perfectamente en el ejercicio de las técnicas y en el cumplimiento de sus oficios, y, por otra, puedan poseer los capitales que les permitan realizar por sí mismos el desarrollo económico, con los criterios y métodos propios de nuestra época.

164. Sabemos perfectamente cómo en estos últimos años ha ido profundizándose en muchos hombres la conciencia de la obligación que tienen de ayudar a los países pobres, que se hallan todavía en situación de subdesarrollo, a fin de lograr que en éstos se faciliten los avances del desarrollo económico y del progreso social.

165. Con objeto de alcanzar tan anhelados fines, vemos cómo organismos supranacionales y estatales, fundaciones particulares y sociedades privadas ofrecen a diario con creciente liberalidad a dichos países ayuda técnica para aumentar su producción. Por ello, se dan facilidades a muchísimos jóvenes para que, estudiando en las grandes universidades de las naciones más desarrolladas, adquieran una formación científica y técnica al nivel exigido por nuestro tiempo. Hay que añadir que determinadas instituciones bancarias mundiales, algunos Estados por separado y la misma iniciativa privada facilitan con frecuencia préstamos de capitales a los países subdesarrollados, para montar en ellos una amplia serie de instituciones cuya finalidad es la producción económica. Nos complace aprovechar la ocasión para expresar nuestro sincero aprecio por tan excelente obra. Es de desear, sin embargo, que en adelante las naciones más ricas mantengan con ritmo creciente su esfuerzo por ayudar a los países que están iniciando su desarrollo, para promover así el progreso científico, técnico y económico de estos últimos.

HAY QUE EVITAR LOS ERRORES DEL PASADO

166. En este punto juzgamos oportunas algunas advertencias.

167. La primera es que las naciones que todavía no han iniciado o acaban de iniciar su desarrollo económico, obrarán prudentemente si examinan la trayectoria general que han recorrido las naciones económicamente ya desarrolladas.

168. Producir mayor número de bienes, y producirlo por el procedimiento más idóneo, son exigencias de un planeamiento razonable y de las muchas necesidades que existen. Sin embargo, tanto las necesidades existentes como la justicia exigen que las riquezas producidas se repartan equitativamente entre todos los ciudadanos del país. Por lo cual, hay que esforzarse para que el desarrollo económico y el progreso social avancen simultáneamente. Este proceso, a su vez, debe efectuarse de manera similar en los diferentes sectores de la agricultura, la industria y los servicios de toda clase.

RESPETAR LAS CARACTERÍSTICAS DE CADA PUEBLO

169. Es también un hecho de todos conocido que las naciones cuyo desarrollo económico está en curso presentan ciertas notas características, nacidas del medio natural en que viven, de tradiciones nacionales de auténtico valor humano y del carácter peculiar de sus propios miembros.

170. Las naciones económicamente desarrolladas, al prestar su ayuda, deben reconocer y respetar el legado tradicional de cada pueblo, evitando con esmero utilizar su cooperación para imponer a dichos países una imitación de su propia manera de vida.

AYUDAR SIN INCURRIR EN UN NUEVO COLONIALISMO

171. Es necesario, asimismo, que las naciones económicamente avanzadas eviten con especial cuidado la tentación de prestar su ayuda a los países pobres con el propósito de orientar en su propio provecho la situación política de dichos países y realizar así sus planes de hegemonía mundial.

172. Si en alguna ocasión se pretende llevar a cabo este propósito, débese denunciar abiertamente que lo que se pretende, en realidad, es instaurar una nueva forma de colonialismo, que, aunque cubierto con honesto nombre, constituye una visión más del antiguo y anacrónico dominio colonial, del que se acaban de despojar recientemente muchas naciones; lo cual, por ser contrario a las relaciones que normalmente unen a los pueblos entre sí, crearía una grave amenaza para la tranquilidad de todos los países.

173. Razones de necesidad y de justicia exigen, por consiguiente, que los Estados que prestan ayuda técnica y financiera a las naciones poco desarrolladas lo hagan sin intención alguna de dominio político y con el solo propósito de ponerlas en condiciones de realizar por sí mismas su propia elevación económica y social.

174. Si se procede de esta manera, se contribuirá no poco a formar una especie de comunidad de todos los pueblos, dentro de la cual cada Estado, consciente de sus deberes y de sus derechos, colaborará, en plano de igualdad, en pro de la prosperidad de todos los demás países.

SALVAGUARDAR EL SENTIDO MORAL

DE LOS PUEBLOS SUBDESARROLLADOS

175. No hay duda de que, si en una nación los progresos de la ciencia, de la técnica, de la economía y de la prosperidad de los ciudadanos avanzan a la par, se da un paso gigantesco en cuanto se refiere a la cultura y a la civilización humana. Mas todos deben estar convencidos de que estos bienes no son los bienes supremos, sino solamente medios instrumentales para alcanzar estos últimos.

176. Por esta razón, observamos con dolorosa amargura cómo en las naciones económicamente desarrolladas son pocos los hombres que viven despreocupados en absoluto de la justa ordenación de los bienes, despreciando sin escrúpulos, olvidando por completo o negando con pertinacia los bienes del espíritu, mientras apeteecen ardientemente el progreso científico, técnico y económico, y sobrestiman de tal manera el bienestar material, que lo consideran, por lo común, como el supremo bien de su vida. Esta desordenada apreciación acarrea como consecuencia que la ayuda prestada a los pueblos subdesarrollados no esté exenta de perniciosos peligros, ya que en los ciudadanos de estos países, por efecto de una antigua tradición, tiene vigencia general todavía e influjo práctico en la conducta la conciencia de los bienes fundamentales en que se basa la moral humana.

177 Por consiguiente, quienes intentan destruir, de la manera que sea, la integridad del sentido moral de estos pueblos, realizan, sin duda, una obra inmoral. Por el contrario, este sentido moral, además de ser honrado dignamente, debe cultivarse y perfeccionarse porque constituye el fundamento de la verdadera civilización.

LA APORTACIÓN DE LA IGLESIA

178. La Iglesia pertenece por derecho divino a todas las naciones. Su universalidad está probada en realidad por el hecho de su presencia actual en todo el mundo y por su voluntad a acoger a todos los pueblos.

179. Ahora bien, la Iglesia, al ganar a los pueblos para Cristo, contribuye necesariamente a su bienestar temporal, así en el orden económico como en el campo de las relaciones sociales. La historia de los tiempos pasados y de nuestra propia época demuestran con plenitud esta eficacia. Todos los que profesan en público el cristianismo aceptan

y prometen contribuir personalmente al perfeccionamiento de las instituciones civiles y esforzarse por todos los medios posibles para que no sólo no sufra deformación alguna la dignidad humana, sino que además se superen los obstáculos de toda clase y se promuevan aquellos medios que conducen y estimulan a la bondad moral y a la virtud.

180. Más aún, la Iglesia, una vez que ha inyectado en las venas de un pueblo su propia vitalidad, no es ni se siente como una institución impuesta desde fuera a dicho pueblo. Esto se debe al hecho de que su presencia se manifiesta en el renacer o resucitar de cada hombre en Cristo; ahora bien, quien renace o resucita en Cristo no se siente coaccionado jamás por presión exterior alguna; todo lo contrario, al sentir que ha logrado la libertad perfecta, se encamina hacia Dios con el ímpetu de su libertad, y de esta manera se consolida y ennoblece cuanto en él hay de auténtico bien moral.

181. «La Iglesia de Jesucristo —enseña acertadamente nuestro predecesor Pío XII—, como fidelísima depositaria de la vivificante sabiduría divina, no pretende menoscabar o menospreciar las características particulares que constituyen el modo de ser de cada pueblo; características que con razón defienden los pueblos religiosa y celosamente como sagrada herencia. La Iglesia busca la profunda unidad, configurada por un amor sobrenatural, en el que todos los pueblos se ejerciten intensamente; no busca una uniformidad absoluta, exclusivamente externa, que debilite las propias fuerzas naturales. todas las normas y disposiciones que sirven para el desenvolvimiento prudente y para el aumento equilibrado de las propias energías y facultades —que nacen de las más recónditas entrañas de toda estirpe—, la Iglesia las aprueba y favorece con amor de madre, con tal que no se opongan a las obligaciones que impone el origen común y el común destino de todos los hombres» (Encíclica *Summi Pontificatus*; cf. *Acta Apostolicae Sedis* 31 (1939) p. 428-429).

182. Vemos, por tanto, con gran satisfacción de nuestro espíritu cómo los ciudadanos católicos de las naciones subdesarrolladas no ceden, en modo alguno, a nadie el primer puesto en el esfuerzo que sus países verifican para progresar, de acuerdo con sus posibilidades, en el orden económico y social.

183. Por otra parte, observamos cómo los católicos de los Estados más ricos multiplican sus iniciativas y esfuerzos para conseguir que la ayuda

prestada por sus países a las naciones económicamente débiles facilite lo más posible su progreso económico y social. Dignas de aplauso son, en este aspecto, la múltiple y creciente asistencia que vienen dispensando a los estudiantes afroasiáticos esparcidos por las grandes Universidades de Europa y de América para su mejor formación literaria y técnica, y la atención que dedican a la formación de individuos de todas las profesiones para que estén dispuestos a trasladarse a las naciones subdesarrolladas y ejercer allí sus actividades técnicas y profesionales.

184. A estos queridos hijos nuestros, que en toda la tierra demuestran claramente la perenne eficacia y vitalidad de la Iglesia con su esfuerzo extraordinario en promover el genuino progreso de las naciones e inspirar la fuerza saludable de la auténtica civilización, queremos expresar nuestro aplauso y nuestro agradecimiento.

INCREMENTO DEMOGRÁFICO Y DESARROLLO ECONÓMICO DESNIVEL ENTRE POBLACIÓN Y MEDIOS DE SUBSISTENCIA

185. En estos últimos tiempos se plantea a menudo el problema de cómo coordinar los sistemas económicos y los medios de subsistencia con el intenso incremento de la población humana, así en el plano mundial como en relación con los países necesitados.

186. En el plano mundial observan algunos que, según cálculos estadísticos, la humanidad, dentro de algunos decenios, alcanzará una cifra total de población muy elevada, mientras que la economía avanzará con mucha mayor lentitud. De esto deducen que, si no se pone freno a la procreación humana, aumentará notablemente en un futuro próximo la desproporción entre la población y los medios indispensables de subsistencia.

187. Como es sabido, las estadísticas de los países económicamente menos desarrollados demuestran que, a causa de la general difusión de los modernos adelantos de la higiene y de la medicina, se ha prolongado la edad media del hombre al reducirse notablemente la mortalidad infantil. Y la natalidad en los países en que ya es crecida permanece estacionaria, al menos durante un no corto período de tiempo. Por otra parte, mientras las cifras de la natalidad exceden cada año a las de la mortalidad, los sistemas de producción al incremento demográfico. Por ello, en los países más pobres lo peor no es que no

mejore el nivel de vida, sino que incluso empeore continuamente. Hay así quienes estiman que, para que tal situación no llegue a extremos peligrosos, es preciso evitar la concepción o reprimir, del modo que sea, los nacimientos humanos.

SITUACIÓN EXACTA DEL PROBLEMA

188. A decir verdad, en el plano mundial la relación entre el incremento demográfico, de una parte, y los medios de subsistencia, de otra, no parece, a lo menos por ahora e incluso en un futuro próximo, crear graves dificultades. Los argumentos que se hacen en esta materia son tal dudosos y controvertidos que no permiten deducir conclusiones ciertas.

189. Añádese a esto que Dios, en su bondad y sabiduría, ha otorgado a la naturaleza una capacidad casi inagotable de producción y ha enriquecido al hombre con una inteligencia tan penetrante que le permite utilizar los instrumentos idóneos para poner todos los recursos naturales al servicio de las necesidades y del provecho de su vida. Por consiguiente, la solución clara de este problema no ha de buscarse fuera del orden moral establecido por Dios, violando la procreación de la propia vida humana, sino que, por el contrario, debe procurar el hombre, con toda clase de procedimientos técnicos y científicos, el conocimiento profundo y el dominio creciente de las energías de la naturaleza. Los progresos hasta ahora realizados por la ciencia y por la técnica abren en este campo una esperanza casi ilimitada para el porvenir.

190. No se nos oculta que en algunas regiones, y también en los países de escasos recursos, además de estos problemas se plantean a menudo otras dificultades, debidas a que su organización económica y social está montada de tal forma, que no pueden disponer de los medios precisos de subsistencia para hacer frente al crecimiento demográfico anual, ya que los pueblos no manifiestan en sus relaciones mutuas la concordia indispensable.

191. Aun concediendo que estos hechos sean reales, declaramos, sin embargo, con absoluta claridad, que estos problemas deben plantearse y resolverse de modo que no recurra el hombre a métodos y procedimientos contrarios a su propia dignidad, como son los que enseñan sin pudor quienes profesan una concepción totalmente materialista del hombre y de la vida.

192. Juzgamos que la única solución del problema consiste en un desarrollo económico y social que conserve y aumentos los verdaderos bienes del individuo y de toda la sociedad. Tratándose de esta cuestión hay que colocar en primer término cuanto se refiere a la dignidad del hombre en general y a la vida del individuo, a la cual nada puede aventajar. Hay que procurar, además, en este punto la colaboración mutua de todos los pueblos, a fin de que, con evidente provecho colectivo, pueda organizarse entre todas las naciones un intercambio de conocimientos, capitales y personas.

EL RESPETO A LAS LEYES DE LA VIDA

193. En esta materia hacemos una grave declaración: la vida humana se comunica y propaga por medio de la familia, la cual se funda en el matrimonio uno e indisoluble, que para los cristianos ha sido elevado a la dignidad de sacramento. Y como la vida humana se propaga a otros hombres de una manera consciente y responsable, se sigue de aquí que esta propagación debe verificarse de acuerdo con las leyes sacrosantas, inmutables e inviolables de Dios, las cuales han de ser concodidas y respetadas por todos. Nadie, pues, puede lícitamente usar en esta materia los medidos o procedimientos que es lícito emplear en la genética de las plantas o de los animales.

194. La vida del hombre, en efecto, ha de considerarse por todos como algo sagrado, ya que desde su mismo origen exige la acción creadora de Dios. Por tanto, quien se aparta de lo establecido por El, no sólo ofende a la majestad divina y se degrada a sí mismo y a la humanidad entera, sino que, además, debilita las energías íntimas de su propio país.

EDUCACIÓN DEL SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD

195. Por estos motivos es de suma importancia que no sólo se eduque a las nuevas generaciones con una formación cultural y religiosa cada día más perfecta —lo cual constituye un derecho y un deber de los padres—, sino que, además, es necesario que se les inculque un profundo sentido de responsabilidad en todas las manifestaciones de la vida y, por tanto, también en orden a la constitución de la familia y a la procreación y educación de los hijos.

Estos, en efecto, deben recibir de sus padres una confianza permanente en la divina providencia y, además, un espíritu firme y dispues-

to a soportar las fatigas y los sacrificios, que no puede lícitamente eludir quien ha recibido la noble y grave misión de colaborar personalmente con Dios en la propagación de la vida humana y en la educación de la prole.

Para esta misión trascendental nada hay comparable a las enseñanzas y a los medios sobrenaturales que la Iglesia ofrece, a la cual, también por este motivo, se le debe reconocer el derecho de realizar su misión con plena libertad.

AL SERVICIO DE LA VIDA

196. Ahora bien, como se recuerda en el Génesis, el Creador dio a la primera pareja humana dos mandamientos, que se complementan mutuamente: el primero, propagar la vida, «creced y multiplicaos» (Gén 1,28); el segundo, dominar la naturaleza: «Llenad la tierra y enseñoreaos de ella» (Ibíd.).

197. El segundo de estos preceptos no se dio para destruir los bienes naturales, sino para satisfacer con ellos las necesidades de la vida humana.

198. Con gran tristeza, por tanto, de nuestro espíritu observamos en la actualidad una contradicción entre dos hechos: de una parte las estrecheces económicas se presentan a los ojos de todos en tal cerrazón, que parece como si la vida humana estuviese a punto de fenecer bajo la miseria y el hambre; de otra parte, los últimos descubrimientos de las ciencias, los avances de la técnica y los crecientes recursos económicos se convierten en instrumentos con los que se expone a la humanidad a extrema ruina y horrible matanza.

199. Dios, en su providencia, ha otorgado al género humano suficientes recursos para afrontar de forma digna las cargas inherentes a la procreación de los hijos. Mas esto puede resultar de solución difícil o totalmente imposible si los hombres, desviándose del recto camino y con perversas intenciones, utilizan tales recursos contra la razón humana o contra la naturaleza social de estos últimos y, por consiguiente, contra los planes del mismo Dios.

COLABORACIÓN EN EL PLANO MUNDIAL

DIMENSIÓN MUNDIAL DE LOS PROBLEMAS HUMANOS MÁS IMPORTANTES

200. Las relaciones entre los distintos países, por virtud de los adelantos científicos y técnicos, en todos los aspectos de la convivencia humana, se han estrechado mucho más en estos últimos años. Por ello, necesariamente la interdependencia de los pueblos se hace cada vez mayor.

201. Así, pues, los problemas más importantes del día en el ámbito científico y técnico, económico y social, político y cultural, por rebasar con frecuencia las posibilidades de un solo país, afectan necesariamente a muchas y algunas veces a todas las naciones.

202. Sucede por esto que los Estados aislados, aun cuando descuelen por su cultura y civilización, el número e inteligencia de sus ciudadanos, el progreso de sus sistemas económicos, la abundancia de recursos y la extensión territorial, no pueden, sin embargo, separados de los demás resolver por sí mismos de manera adecuada sus problemas fundamentales. Por consiguiente, las naciones, al hallarse necesitadas, de unas de ayudas complementarias y las otras de ulteriores perfeccionamientos, sólo podrán atender a su propia utilidad mirando simultáneamente al provecho de los demás. Por lo cual es de todo punto preciso que los Estados se entiendan bien y se presten ayuda mutua.

DESCONFIANZA RECÍPROCA

203. Aunque en el ánimo de todos los hombres y de todos los pueblos va ganando cada día más terreno el convencimiento de esta doble necesidad, con todo, los hombres, y principalmente los que en la vida pública descuelen por su mayor autoridad, parecen en general incapaces de realizar esa inteligencia y esa ayuda mutua tan deseadas por los pueblos. La razón de esta incapacidad no proviene de que los pueblos carezcan de instrumentos científicos, técnicos o económicos, sino de que más bien desconfían unos de otros. En realidad, los hombres, y también los Estados, se temen recíprocamente. Cada uno teme, en efecto, que el otro abrigue propósitos de dominación y aceche el momento oportuno de conseguirlos. Por eso los países hacen todos los preparativos indispensables para defender sus ciudades y territorio, esto es, se rearmen con el objeto de disuadir, así lo declaran, a cualquier otro Estado de toda agresión efectiva.

204. De aquí procede claramente el hecho de que los pueblos utilicen en gran escala las energías humanas y los recursos naturales en detrimento más bien que en beneficio de la humanidad y de que, además,

se cree en los individuos y en las naciones un sentimiento profundo de angustia que retrasa el debido ritmo de las empresas de mayor importancia.

FALTA EL RECONOCIMIENTO COMÚN DE UN ORDEN MORAL OBJETIVO

205. La causa de esta situación parece provenir de que los hombres, y principalmente las supremas autoridades de los Estados, tienen en su actuación concepciones de vida totalmente distintas. Hay, en efecto, quienes osan negar la existencia de una ley moral objetiva, absolutamente necesaria y universal y, por último, igual para todos. Por esto, al no reconocer los hombres una única ley de justicia con valor universal, no pueden llegar en nada a un acuerdo pleno y seguro.

206. Porque, aunque el término justicia y la expresión exigencias de la justicia anden en boca de todos, sin embargo, estas palabras nos tienen en todos la misma significación; más aún, con muchísima frecuencia, la tienen contraria. Por tanto, cuando esos hombres de Estado hacen un llamamiento a la justicia o a las exigencias de la justicia, no solamente discrepan sobre el significado de tales palabras, sino que además les sirven a menudo de motivo para graves altercados; de todo lo cual se sigue que arraigue en ellos la convicción de que, para conseguir los propios derechos e intereses, no queda ya otro camino que recurrir a la violencia, semilla siempre de gravísimos males.

EL DIOS VERDADERO, ÚNICO FUNDAMENTO DEL ORDEN MORAL ESTABLE

207. Para que la confianza recíproca entre los supremos gobernantes de las naciones subsista y se afiance más en ellos, es imprescindible que ante todo reconozcan y mantengan unos y otros las leyes de la verdad y de la justicia.

208. Ahora bien, la base única de los preceptos morales es Dios. Si se niega la idea de Dios, esos preceptos necesariamente se desintegran por completo. El hombre, en efecto, no consta sólo de cuerpo, sino también de alma, dotada de inteligencia y libertad. El alma exige, por tanto, de un modo absoluto, en virtud de su propia naturaleza, una ley moral basada en la religión, la cual posee capacidad muy superior

a la de cualquier otra fuerza o utilidad material para resolver los problemas de la vida individual y social, así en el interior de las naciones como en el seno de la sociedad internacional.

209. Sin embargo, no faltan hoy quienes afirmen que, gracias al extraordinario florecimiento de la ciencia y de la técnica, pueden los hombres, prescindiendo de Dios y solamente con sus propias fuerzas, alcanzar la cima suprema de la civilización humana.

La realidad es, sin embargo, que ese mismo progreso científico y técnico plantea con frecuencia a la humanidad problemas de dimensiones mundiales que solamente pueden resolverse si los hombres reconocen la debida autoridad de Dios, autor y rector del género humano y de toda la naturaleza.

210. La verdad de esta afirmación se prueba por el propio progreso científico, que está abriendo horizontes casi ilimitados y haciendo surgir en la inteligencia de muchos la convicción de que las ciencias matemáticas no pueden penetrar en la entraña de la materia y de sus transformaciones ni explicarlas con palabras adecuadas, sino todo lo más analizarlas por medio de hipótesis.

Los hombres de hoy, que ven aterrados con sus propios ojos cómo las gigantescas energías de que disponen la técnica y la industria pueden emplearse tanto para provecho de los pueblos como para su propia destrucción, deben comprender que el espíritu y la moral han de ser antepuestos a todo si se quiere que el progreso científico y técnico no sirva para la aniquilación del género humano sino para coadyuvar a la obra de la civilización.

SÍNTOMAS ESPERANZADORES

211. Entretanto, en las naciones más ricas, los hombres, insatisfechos cada vez más por la posesión de los bienes materiales, abandonan la utopía de un paraíso perdurable aquí en la tierra. Al mismo tiempo, la humanidad entera no solamente está adquiriendo una conciencia cada día más clara de los derechos inviolables y universales de la persona humana, sino que además se esfuerza con toda clase de recursos por establecer entre los hombres relaciones mutuas más justas y adecuadas a su propia dignidad. De aquí se deriva el hecho de que actual-

mente los hombres empiecen a reconocer sus limitaciones naturales y busquen las realidades del espíritu con el afán superior al de antes.

Todos estos hechos parecen infundir cierta esperanza de que tanto los individuos como las naciones lleguen por fin a un acuerdo para prestarse múltiples y eficazísima ayuda mutua.

■ IV. LA RECONSTRUCCIÓN DE LAS RELACIONES DE CONVIVENCIA EN LA VERDAD, EN LA JUSTICIA Y EN EL AMOR

IDEOLOGÍAS DEFECTUOSAS Y ERRÓNEAS

212. Como en el tiempo pasado, también en el nuestro los progresos de la ciencia y de la técnica influyen poderosamente en las relaciones sociales del ciudadano. Por ello es preciso que, tanto en la esfera nacional como en la internacional, dichas relaciones se regulen con un equilibrio más humano.

213. Con este fin se han elaborado y difundido por escrito muchas ideologías. Algunas de ellas han desaparecido ya, como la niebla ante el sol. Otras han sufrido hoy un cambio completo. Las restantes van perdiendo actualmente, poco a poco, su influjo en los hombres.

Esta desintegración proviene de hecho de que son ideologías que no consideran la total integridad del hombre y no comprenden la parte más importante de éste. No tienen, además, en cuenta las indudables imperfecciones de la naturaleza humana, como son, por ejemplo, la enfermedad y el dolor, imperfecciones que no pueden remediarse en modo alguno evidentemente, ni siquiera por los sistemas económicos y sociales más perfectos. Por último, todos los hombres se sienten movidos por un profundo e invencible sentido religioso, que no puede ser jamás conculcado por la fuerza u oprimido por la astucia.

EL SENTIDO RELIGIOSO, NATURAL EN EL HOMBRE

214. Porque la teoría más falsa de nuestros días es la que afirma que el sentido religioso, que la naturaleza ha infundido en los hombres, ha de ser considerado como pura ficción o mera imaginación, la cual debe, por tanto, arrancarse totalmente de los espíritus por ser contraria en absoluto al carácter de nuestra época y al progreso de la civilización.

Lejos de ser así, esa íntima inclinación humana hacia la religión, resulta, prueba convincente de que el hombre ha sido, en realidad, creado por Dios y tiende irrevocablemente hacia El, como leemos en San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Confesiones I, 1.).

215. Por lo cual, por grande que llegue a ser el progreso técnico y económico, ni la justicia ni la paz podrán existir en la tierra mientras los hombres no tengan conciencia de la dignidad que poseen como seres creados por Dios y elevados a la filiación divina; por Dios, decimos, que es la primera y última causa de toda la realidad creada. El hombre, separado de Dios, se torna inhumano para sí y para sus semejantes, porque las relaciones humanas exigen de modo absoluto la relación directa de la conciencia del hombre con Dios, fuente de toda verdad, justicia y amor.

216. Es bien conocida la cruel persecución que durante muchos años vienen padeciendo en numerosos países, algunos de ellos de rancia civilización cristiana, tantos hermanos e hijos nuestros, para Nos queridísimos. Esta persecución, que demuestra a los ojos de todos los hombres la superioridad moral de los perseguidos y la refinada crueldad de los perseguidores, aun cuando todavía no ha despertado en éstos el arrepentimiento, sin embargo, les ha infundido gran preocupación.

217. Con todo, la insensatez más caracterizada de nuestra época consiste en el intento de establecer un orden temporal sólido y provechoso sin apoyarlo en su fundamento indispensable o, lo que es lo mismo, prescindiendo de Dios, y querer exaltar la grandeza del hombre cegando la fuente de la que brota y se nutre, esto es, obstaculizando y, si posible fuera, aniquilando la tendencia innata del alma hacia Dios.

Los acontecimientos de nuestra época, sin embargo, que han cortado en flor las esperanzas de muchos y arrancado lágrimas a no pocos, confirman la verdad de la Escritura: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen» (Sal 127 (126), 1).

PERENNE EFICACIA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

218. La Iglesia católica enseña y proclama una doctrina de la sociedad y de la convivencia humana que posee indudablemente una perenne eficacia.

219. El principio capital, sin duda alguna, de esta doctrina afirma que el hombre en necesariamente fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales; el hombre, repetimos, en cuanto es sociable por naturaleza y ha sido elevado a un orden sobrenatural.

220. De este trascendental principio, que afirma y defiende la sagrada dignidad de la persona, la santa Iglesia, con la colaboración de sacerdotes y seglares competentes, ha deducido, principalmente en el último siglo, una luminosa doctrina social para ordenar las mutuas relaciones humanas de acuerdo con los criterios generales, que responden tanto a las exigencias de la naturaleza y a las distintas condiciones de la convivencia humana como el carácter específico de la época actual, criterios que precisamente por esto pueden ser aceptados por todos.

221. Sin embargo, hoy más que nunca, es necesario que esta doctrina social sea no solamente conocida y estudiada, sino además llevada a la práctica en la forma y en la medida que las circunstancias de tiempo y de lugar permitan o reclamen. Misión ciertamente ardua, pero excelsa, a cuyo cumplimiento exhortamos no sólo a nuestros hermanos e hijos de todo el mundo, sino también a todos los hombres sensatos.

INSTRUCCIÓN SOCIAL CATÓLICA

222. Ante todo, confirmamos la tesis de que la doctrina social profesada por la Iglesia católica es algo inseparable de la doctrina que la misma enseña sobre la vida humana

223. Por esto deseamos intensamente que se estudie cada vez más esta doctrina. Exhortamos, en primer lugar, a que se enseñe como disciplina obligatoria en los colegios católicos de todo grado, y principalmente en los seminarios, aunque sabemos que en algunos centros de este género se está dando dicha enseñanza acertadamente desde hace tiempo.

Deseamos, además, que esta disciplina social se incluya en el programa de enseñanza religiosa de las parroquias y de las asociaciones de apostolado de los seglares y se divulgue también por todos los procedimientos modernos de difusión, esto es, ediciones de diarios y revistas, publicación de libros doctrinales, tanto para los entendidos como para el pueblo, y, por último, emisiones de radio y televisión.

224. Ahora bien, para la mayor divulgación de esta doctrina social de la Iglesia católica juzgamos que pueden prestar valiosa colaboración los católicos seglares si la aprenden y la practican personalmente y, además, procuran con empeño que los demás se convenzan también de su eficacia.

225. Los católicos seglares han de estar convencidos de que la manera de demostrar la bondad y la eficacia de esta doctrina es probar que puede resolver los problemas sociales del momento.

Porque por este camino lograrán atraer hacia ella la atención de quienes hoy la combaten por pura ignorancia. Más aún, quizá consigan también que estos hombres saquen con el tiempo alguna orientación de la luz de esta doctrina.

EDUCACIÓN SOCIAL CATÓLICA

226. Pero una doctrina social no debe ser materia de mera exposición. Ha de ser, además, objeto de aplicación práctica. Esta norma tiene validez sobre todo cuando se trata de la doctrina social de la Iglesia, cuya luz es la verdad, cuyo fin es la justicia y cuyo impulso primordial es el amor.

227. Es, por tanto, de suma importancia que nuestros hijos, además de instruirse en la doctrina social, se eduquen sobre todo para practicarla.

228. La educación cristiana, para que pueda calificarse de completa, ha de extenderse a toda clase de deberes. Por consiguiente, es necesario que los cristianos, movidos por ella, ajusten también a la doctrina de la Iglesia sus actividades de carácter económico y social.

229. El paso de la teoría a la práctica resulta siempre difícil por naturaleza; pero la dificultad sube de punto cuando se trata de poner en práctica una doctrina social como la de la Iglesia católica. Y esto principalmente por varias razones: primera, por el desordenado amor pro-

pio que anida profundamente en el hombre; segunda, por el materialismo que actualmente se infiltra en gran escala en la sociedad moderna, y tercera, por la dificultad de determinar a veces las exigencias de la justicia en cada caso concreto.

230. Por ello no basta que la educación cristiana, en armonía con la doctrina de la Iglesia, enseñe al hombre la obligación que le incumbe de actuar cristianamente en el campo económico y social, sino que, al mismo tiempo, debe enseñarle la manera práctica de cumplir convenientemente esta obligación.

INTERVENCIÓN DE LAS ASOCIACIONES DEL APOSTOLADO SEGLAR EN ESTA EDUCACIÓN

231. Juzgamos, sin embargo, insuficiente esta educación del cristiano si al esfuerzo del maestro no se añade la colaboración del discípulo y si a la enseñanza no se une la práctica a título de experimento.

232. Así como proverbialmente suele decirse que, para disfrutar honestamente de la libertad, hay que saberla usar con rectitud, del mismo modo nadie aprende a actuar de acuerdo con la doctrina católica en materia económica y social si no es actuando realmente en este campo y de acuerdo con la misma doctrina.

233. Por este motivo, en la difusión de esta educación práctica del cristiano hay que atribuir una gran parte a las asociaciones consagradas al apostolado seglar, especialmente a las que se proponen como objetivo la restauración de la moral cristiana como tarea fundamental del momento presente, ya que sus miembros pueden servirse de sus experiencias diarias para educarse mejor primero a sí mismos, y después a los jóvenes, en el cumplimiento de estos deberes.

234. No es ajeno a este propósito recordar aquí a todos, tanto a los poderosos como a los humildes, que es absolutamente inseparable del sentido que la sabiduría cristiana tiene de la vida la voluntad de vivir sobriamente y de soportar, con la gracia de Dios, el sacrificio.

235. Mas, por desgracia, hoy se ha apoderado de muchos un afán inmoderado de placeres. No son pocos, en efecto, los hombres para quienes el supremo objeto de la vida en anhelar los deleites y saciar la sed de sus pasiones, con grave daño indudablemente del espíritu y también del cuerpo. Ahora bien, quien considere esta cuestión, aun

en el plano meramente natural del hombre, ha de confesar que es medida sabia y prudente usar de reflexión y templanza en todas las cosas y refrenar las pasiones.

Quien, por su parte, considera dicha cuestión desde el punto de vista sobrenatural, sabe que el Evangelio, la Iglesia católica y toda la tradición ascética exigen de los cristianos intensa mortificación de las pasiones y paciencia singular frente a las adversidades de la vida, virtudes ambas que, además de garantizar el dominio firme y equilibrado del espíritu sobre la carne, ofrecen medio eficaz de expiar la pena del pecado, del que ninguno está inmune, salvo Jesucristo y su Madre inmaculada.

NECESIDAD DE LA ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA

236. Ahora bien, los principios generales de una doctrina social se llevan a la práctica comúnmente mediante tres fases: primera, examen completo del verdadero estado de la situación; segunda, valoración exacta de esta situación a la luz de los principios, y tercera, determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar los principios de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: ver, juzgar y obrar.

237. De aquí se sigue la suma conveniencia de que los jóvenes no sólo reflexionen sobre este orden de actividades, sino que, además, en lo posible, lo practiquen en la realidad. Así evitarán creer que los conocimientos aprendidos deben ser objeto exclusivo de contemplación, sin desarrollo simultáneo en la práctica.

238. Puede, sin embargo, ocurrir a veces que, cuando se trata de aplicar los principios, surjan divergencias aun entre católicos de sincera intención. Cuando esto suceda, procuren todos observar y testimoniar la mutua estima y el respeto recíproco, y al mismo tiempo examinen los puntos de coincidencia a que pueden llegar todos, a fin de realizar oportunamente lo que las necesidades pidan. Deben tener, además, sumo cuidado en no derrochar sus energías en discusiones interminables, y, so pretexto de lo mejor, no se descuiden de realizar el bien que les es posible y, por tanto, obligatorio.

239. Pero los católicos, en el ejercicio de sus actividades económicas o sociales, entablen a veces relaciones con hombres que tienen de la vida una concepción distinta. En tales ocasiones, procuren los católicos

ante todo ser siempre consecuentes consigo mismos y no aceptar compromisos que puedan dañar a la integridad de la religión o de la moral. Deben, sin embargo, al mismo tiempo, mostrarse animados de espíritu de comprensión para las opiniones ajenas, plenamente desinteresados y dispuestos a colaborar lealmente en la realización de aquellas obras que sean por su naturaleza buenas o, al menos, puedan conducir al bien. Mas si en alguna ocasión la jerarquía eclesiástica dispone o decreta algo en esta materia, es evidente que los católicos tienen la obligación de obedecer inmediatamente estas órdenes. A la Iglesia corresponde, en efecto, el derecho y el deber de tutelar la integridad de los principios de orden ético y religioso y, además, el dar a conocer, en virtud de su autoridad, públicamente su criterio, cuando se trata de aplicar en la práctica estos principios.

RESPONSABILIDAD DE LOS SEGLARES

EN EL CAMPO DE LA ACCIÓN SOCIAL

240. Las normas que hemos dado sobre la educación hay que observarlas necesariamente en la vida diaria. Es ésta una misión que corresponde principalmente a nuestros hijos del laicado, por ocuparse generalmente en el ejercicio de las actividades temporales y en la creación de instituciones de idéntica finalidad.

241. Al ejercitar tan noble función, es imprescindible que los seglares no sólo sean competentes en su profesión respectiva y trabajen en armonía con las leyes aptas para la consecución de sus propósitos, sino que ajusten su actividad a los principios y norma sociales de la Iglesia, en cuya sabiduría deben confiar sinceramente y a cuyos mandatos han de obedecer con filial sumisión.

Consideren atentamente los seglares que si no observan con diligencia los principios y las normas sociales dictadas por la Iglesia y confirmadas por Nos, faltan a sus inexcusables deberes, lesionan con frecuencia los derechos de los demás y pueden llegar a veces incluso a desacreditar la misma doctrina, como si fuese en verdad la mejor, pero sin fuerza eficazmente orientadora para la vida práctica.

UN GRAVE PELIGRO: EL OLVIDO DEL HOMBRE

242. Como ya hemos recordado, los hombres de nuestra época han profundizado y extendido la investigación de las leyes de la naturaleza;

han creado instrumentos nuevos para someter a su dominio las energías naturales; han producido y siguen produciendo obras gigantescas y espectaculares.

Sin embargo, mientras se empeñan en dominar y transformar el mundo exterior, corren el peligro de incurrir por negligencia en el olvido de sí mismos y de debilitar las energías de su espíritu y de su cuerpo.

Nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XI ya advirtió con amarga tristeza este hecho, y se quejaba de él en su encíclica *Quadragesimo anno* con estas palabras: «Y así el trabajo corporal, que la divina Providencia había establecido a fin de que se ejerciese, incluso después del pecado original, para bien del cuerpo y del alma humana, se convierte por doquiera en instrumento de perversión; es decir, que de las fábricas sale ennoblecida la inerte materia, pero los hombres se corrompen y envilecen».

243. Con razón afirma también nuestro predecesor Pío XII que la época actual se distingue por un claro contraste entre el inmenso progreso realizado por las ciencias y la técnica y el asombroso retroceso que ha experimentado el sentido de la dignidad humana. «La obra maestra y monstruosa, al mismo tiempo, de esta época, ha sido la de transformar al hombre en un gigante del mundo físico a costa de su espíritu, reducido a pigmeo en el mundo sobrenatural y eterno» (Radio-mensaje navideño del 24 de diciembre de 1943; cf. *Acta Apostolicae Sedis* 36 (1944) p. 10).

244. Una vez más se verifica hoy en proporciones amplísimas lo que afirmaba el Salmista de los idólatras: que los hombres se olvidan muchas veces de sí mismos en su conducta práctica, mientras admiran sus propias obras hasta adorarlas como dioses: «Sus ídolos son plata y oro, obra de la mano de los hombres» (Sal 114 (115), 4).

RECONOCIMIENTO Y RESPETO

DE LA JERARQUÍA DE LOS VALORES

245. Por este motivo, nuestra preocupación de Pastor universal de todas las almas nos obliga a exhortar insistentemente a nuestros hijos para que en el ejercicio de sus actividades y en el logro de sus fines no permitan que se paralice en ellos el sentido de la responsabilidad u olviden el orden de los bienes supremos.

246. Es bien sabido que la Iglesia ha enseñado siempre, y sigue enseñando, que los progresos científicos y técnicos y el consiguiente bienestar material que de ellos se sigue son bienes reales y deben considerarse como prueba evidente del progreso de la civilización humana.

Pero la Iglesia enseña igualmente que hay que valorar ese progreso de acuerdo con su genuina naturaleza, esto es, como bienes instrumentales puestos al servicio del hombre, para que éste alcance con mayor facilidad su fin supremo, el cual no es otro que facilitar su perfeccionamiento personal, así en el orden natural como en el sobrenatural.

247. Deseamos, por ello, ardientemente que resuene como perenne advertencia en los oídos de nuestros hijos el aviso del divino Maestro: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?» (Mt 16,26).

SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS

248. Semejante a las advertencias anteriores es la que hace la Iglesia con relación al descanso obligatorio de los días festivos.

249. para defender la dignidad del hombre como ser creado por Dios y dotado de un alma hecha a imagen divina, la Iglesia católica ha urgido siempre la fiel observancia del tercer mandamiento del Decálogo: «Acuérdete del día del sábado para santificarlo» (Ex 20, 8).

Es un derecho y un poder de Dios exigir del hombre que dedique al culto divino un día a la semana, para que así su espíritu liberado de las ocupaciones de la vida diaria, pueda elevarse a los bienes celestiales y examinar en la secreta intimidad de su conciencia en qué situación se hallan sus relaciones personales, obligatorias y inviolables, con Dios.

250. Mas constituye también un derecho y una necesidad para el hombre hacer una pausa en el duro trabajo cotidiano, no ya sólo para proporcionar reposo a su fatigado cuerpo y honesta distracción a sus sentidos, sino también para mirar por la unidad de su familia, la cual reclama de todos sus miembros contacto frecuente y serena convivencia.

251. La religión, la moral y la higiene exigen, pues, conjuntamente el descanso periódico. La Iglesia católica, por su parte, desde hace ya muchos siglos, ha ordenado que los fieles observen el descanso do-

minical y asistan al santo sacrificio de la misa, que es el mismo tiempo memorial y aplicación a las almas de la obra redentora de Cristo.

252. Sin embargo, con vivo dolor de nuestro espíritu observamos un hecho que debemos condenar. Son muchos los que, tal vez sin propósito de conculcar esta santa ley, incumplen con frecuencia la santificación de los días festivos, lo cual necesariamente origina graves daños, así a la salud espiritual como al vigor corporal de nuestros queridos trabajadores.

253. En nombre de Dios, y teniendo a la vista el bienestar espiritual y material de la humanidad, Nos hacemos un llamamiento a todos, autoridades, empresarios y trabajadores, para que se esmeren en la observancia de este precepto de Dios y de la Iglesia y recuerden la grave responsabilidad que en esta materia contraen ante Dios y ante la sociedad.

LA PERFECCIÓN CRISTIANA Y EL DINAMISMO TEMPORAL SON COMPATIBLES

254. Nadie, sin embargo, debe deducir de cuanto acabamos de exponer con brevedad, que nuestros hijos, sobre todo los seglares, obrarían prudentemente si colaborasen con desgana en la tarea específica de los cristianos, ordenada a las realidades de esta vida temporal; por el contrario, declaramos una vez más que esta tarea debe cumplirse y prestarse con afán cada día más intenso.

255. En realidad de verdad, Jesucristo, en la solemne oración por la unidad de su Iglesia hizo al Padre esta petición en favor de sus discípulos: «No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn 17,15).

Nadie debe, por tanto, engañarse imaginando una contradicción entre dos cosas perfectamente compatibles, esto es, la perfección personal propia y la presencia activa en el mundo, como si para alcanzar la perfección cristiana tuviera uno que apartarse necesariamente de toda actividad terrena, o como si fuera imposible dedicarse a los negocios temporales sin comprometer la propia dignidad de hombre y de cristiano.

256. Por el contrario, responde plenamente al plan de la Providencia que cada hombre alcance su propia perfección mediante el ejercicio de su diario trabajo, el cual para la casi totalidad de los seres humanos entraña un contenido temporal. Por esto, actualmente la ardua misión de la Iglesia consiste en ajustar el progreso de la civilización presente con las normas de la cultura humana y del espíritu evangélico. Esta

misión la reclama nuestro tiempo, más aún, la está exigiendo a voces, para alcanzar metas más altas y consolidar sin daño alguno las ya conseguidas. Para ello, como ya hemos dicho, la Iglesia pide sobre todo la colaboración de los seglares, los cuales, por esto mismo, están obligados a trabajar de tal manera en la resolución de los problemas temporales, que al cumplir sus obligaciones para con el prójimo lo hagan en unión espiritual con Dios por medio de Cristo y para aumento de la gloria divina, como manda el apóstol san Pablo: «Ora, pues, comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (1Cor 10,31). Y en otro lugar: «Todo cuanto hicieris, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por mediación de El» (Col 3, 17).

ES NECESARIA UNA MAYOR EFICACIA EN LAS ACTIVIDADES TEMPORALES

257. Cuando las actividades e instituciones humanas de la vida presente coadyuvan también el provecho espiritual y a la bienaventuranza eterna del hombre, es necesario reconocer que se desarrollan con mayor eficacia para la consecución de los fines a que tienden inmediatamente por su propia naturaleza. La luminosa palabra del divino Maestro tiene un valor permanente: «Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33). Porque, quien ha sido hecho como luz en el Señor (Ef 5, 8), y camina cual hijo de la luz (Ibíd.), capta con juicio más certero las exigencias de la justicia en las distintas esferas de la actividad humana, aun en aquellas que ofrecen mayores dificultades a causa de los egoísmos tan generalizados de los individuos, de las naciones o de las razas.

Hay que añadir a esto que, cuando se está animado de la caridad de Cristo, se siente uno vinculado a los demás, experimentado como propias las necesidades, los sufrimientos y las alegrías extrañas, y la conducta personal en cualquier sitio es firme, alegre, humanitaria, e incluso cuidadosa del interés ajeno, «porque la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada; no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1Cor 13, 4-7).

MIEMBROS VIVOS DEL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

258. No queremos, sin embargo, concluir esta nuestra encíclica sin recordaros, venerables hermanos, un capítulo sumamente trascendental y verdadero de la doctrina católica, por el cual se nos enseña que somos miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia: «Porque así como, siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo» (1Cor 12, 12).

259. Exhortamos, pues, insistentemente a nuestros hijos de todo el mundo, tanto del clero como del laicado, a que procuren tener una conciencia plena de la gran nobleza y dignidad que poseen por el hecho de estar injertados en Cristo como los sarmientos en la vid: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15, 5), y porque se les permite participar de la vida divina de Aquél.

De esta incorporación se sigue que, cuando el cristiano está unido espiritualmente al divino Redentor, al desplegar su actividad en las empresas temporales, su trabajo viene a ser como una continuación del de Jesucristo, del cual toma fuerza y virtud salvadora: «El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto» (Ibíd.). Así el trabajo humano se eleva y ennoblece de tal manera que conduce a la perfección espiritual al hombre que lo realiza y, al mismo tiempo, puede contribuir a extender a los demás los frutos de la redención cristiana y propagarlos por todas partes. Tal es la causa de que la doctrina cristiana, como levadura evangélica, penetre en las venas de la sociedad civil en que vivimos y trabajamos.

260. Aunque hay que reconocer que nuestro siglo padece gravísimos errores y está agitado por profundos desórdenes, sin embargo, es una época la nuestra en la cual se abren inmensos horizontes de apostolado para los operarios de la Iglesia, despertando gran esperanza en nuestros espíritus.

261. Venerables hermanos y queridos hijos hemos deducido una serie de principios y de normas a cuya intensa meditación y realización, en la medida posible a cada uno, os exhortamos insistentemente. Porque, si todos y cada uno de vosotros prestáis con ánimo decidido esta colaboración, se habrá dado necesariamente un gran paso en el establecimiento del reino de Cristo en la tierra, el cual «es reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de

paz » (Prefacio de la festividad de Cristo Rey); reino del cual partiremos algún día hacia la felicidad eterna, para la que hemos sido creados por Dios y a la cual deseamos ardientemente llegar.

262. Se trata, en efecto, de la doctrina de la Iglesia católica y apostólica, madre y maestra de todos los pueblos, cuya luz ilumina, enciende, inflama; cuya voz amonestadora, por estar llena de eterna sabiduría, sirve para todos los tiempos; cuya virtud ofrece siempre remedios tan eficaces como adecuados para las crecientes necesidades de la humanidad y para las preocupaciones y ansiedades de la vida presente.

Con esta voz concuerda admirablemente la antigua palabra del Salmista, la cual no cesa de confirmar y levantar los espíritus: «Yo bien sé lo que dirá Dios: que sus palabras serán palabras de paz para su pueblo y para sus santos y para cuantos se vuelven a El de corazón. Sí, su salvación está cercana a los que le temen, y bien pronto habitará la gloria en nuestra tierra. Se han encontrado la benevolencia y la fidelidad, se han dado el abrazo la justicia y la paz. Brota de la tierra la fidelidad, y mira la justicia desde lo alto de los cielos. Sí; el Señor nos otorgará sus bienes, y la tierra dará sus frutos. Va delante de su faz la justicia, y la paz sigue sus pasos» (Sal 85 (84), 9-14).

263. Estos son los deseos, venerables hermanos, que Nos formulamos al terminar esta carta, a la cual hemos consagrado durante mucho tiempo nuestra solicitud por la Iglesia universal; los formulamos, a fin de que el divino Redentor de los hombres, «que ha venido a ser para nosotros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención» (1Cor 1, 30), reine y triunfe felizmente a lo largo de los siglos, en todos y sobre todo; los formulamos también para que, restaurado el recto orden social, todos los pueblos gocen, al fin, de prosperidad, de alegría y de paz.

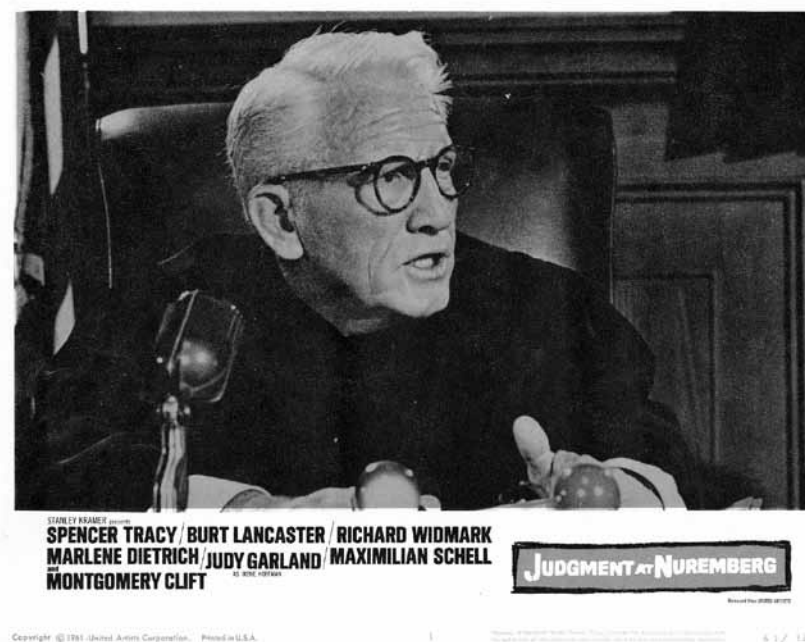
264 Sea presagio de estas deseables realidades y prenda de nuestra paterna benevolencia la bendición apostólica que a vosotros, venerables hermanos; a todo los fieles confiados a vuestra vigilancia, y particularmente a cuantos responderán con generosa voluntad a nuestras exhortaciones, impartimos de corazón en el Señor.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 15 de mayo del año 1961, tercero de nuestro pontificado.

JUAN PP. XXIII

JUICIO EN NUREMBERG

EL VALOR DE LA VIDA DE CADA SER HUMANO



Cantidades inimaginables de páginas, en todos los idiomas del planeta, se han escrito sobre los crímenes de diversa índole cometidos por el gobierno Nazi entre 1933 y 1945. Sobre todo se ha escrito sobre el significado que el concepto de *crímenes contra la humanidad* adquiere a partir de los llamados Juicios de Nuremberg. No es mucho lo que desde aquí podríamos aportar

nosotros. Justamente por ello hemos decidido no incluir en esta selección de voces del siglo XX alguno de los documentos derivados o relacionados con los citados procesos penales. En su lugar, hemos vuelto la mirada al cine, a la extraordinaria capacidad creativa del hombre, a su infinita posibilidad de reflexionar sobre sí mismo y sus acciones en este mundo.

Del séptimo arte hemos seleccionado el film *Juicio en Nuremberg* (1961). El autor del guión es el escritor estadounidense Abby Mann (1927-2008), quien lo escribió originalmente como una serie de televisión que salió al aire en 1959. El largometraje fue dirigido por Stanley Kramer (1913-2001), quien, entre otras cosas, nunca se distinguió por hacer películas para una audiencia determinada; éstas eran más bien declaración de valores, por eso, tal vez, siempre resultaron controversiales. Con un elenco de primera, lleno de grandes estrellas como Judy Garland, Marlene Dietrich, Montgomery Cliff, Maximilian Schell, Richard Widmark, así como también Burt Lancaster en el papel del “Juez Ernst Janning” y Spender Tracy como el “Juez Dan Haywood”, esta película se llevó dos Premios de la Academia (Oscar), entre los que debe destacarse la premiación a Mejor Guión.

Tal vez, para nosotros sea imposible creer que tan cerca del final de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) como para 1960, buena parte de la población universitaria joven en los Estados Unidos no creía que algo como el llamado Holocausto hubiera sucedido. Esto fue para Kramer de esencial importancia para hacer de esta película una declaración histórica, que no permitiera el avance del olvido sobre uno de

los hechos más trágicos de la historia de la humanidad. La proyección del *Juicio en Nuremberg* colocaría sobre la mesa un tema de discusión que nunca debió haberse apagado.

No podemos aquí tomar una película y mostrarla al lector. Sin embargo, del mencionado film hemos escogido un pequeño extracto: la sentencia final del proceso que narra el film sobre cuatro jueces que prestaron servicio durante el régimen nazi. Esta breve sección, cuya duración es de aproximadamente 11 minutos –filmada, además, en una sola toma-, despliega uno de los más memorables discursos vistos en la gran pantalla. En él, el presidente del Tribunal, el Juez Haywood, expone lo que será una sentida y contundente declaración de principios. Colocamos a disposición del lector el texto de esta declaración, a sabiendas que buena parte del valor de ésta como expresión artística quedará reservada a quien pueda ver la película entera y a Tracy pronunciando esas palabras.

Abby Mann, autor del guión, expresó una vez que quería escribir algo que no fuera vencido por el tiempo, que perdurara con el paso de los años y que, además, ayudara a la gente de alguna manera. Consideraba que de lograr con ello afectar a alguien, cambiar el mundo aunque sea en una sola molécula, habría valido la pena cualquier esfuerzo. En tiempos de la Guerra Fría era difícil escribir sobre la historia de uno de los aliados de los EEUU: Alemania. Sin embargo, Mann tomó el reto y lo abordó escribiendo sobre esas personas que, siendo responsables de administrar justicia en su país, habían enviado a la muerte a miles de inocentes, escritores y artistas entre ellos.

En la investigación realizada, Mann quedó sorprendido por lo que halló. Fue para él capital darse cuenta de que eran hombres comunes, ordinarios como todos. Hombres que argumentaban haber actuado en beneficio de su país, pero que en realidad contribuyeron a destruirlo con sus acciones. Su parecer queda claramente expuesto en la magnífica retórica de la sentencia que aquí reproducimos en su texto. Lo que el Juez Haywood afirma hace pensar en lo terrible que el Patriotismo puede llegar a hacer con un hombre, porque, no sólo en la versión ficticia de Mann acerca de los juicios a los responsables de los crímenes dentro del gobierno nazi, sino también en la vida real, estos hombres alegaron haber actuado como *buenos patriotas* y eso, sin dudas, es perverso.

Lo que entonces sucedió dentro de la Alemania nazi parece escapar cualquier posibilidad de comprensión. Sin embargo, Mann, muy hábilmente, durante toda la película, pero especialmente en la declaración de la sentencia, insiste en que estos hombres, siendo jueces, más que ningún otro ciudadano en Alemania debieron haber apreciado el valor de la Justicia y no lo hicieron y, esa es su mayor responsabilidad.

No apela Mann a un juicio de grandes titulares como el de Hermann Göring y Rudolf Hess,⁶⁴ por ejemplo, y esto es fundamental para

comprender el valor de esta película y del texto que reproducimos a continuación. Se decanta por un juicio de poca relevancia mediática y que, al final, pareciera el de mayor significado histórico por la importancia que reviste la responsabilidad que recae sobre la gente común que debe administrar justicia en situaciones como ésta.

A pesar de la contundencia que posee la sentencia en sí misma, Mann reservó un diálogo final que resalta el sentido de los principios expuestos en ella y que se circunscriben a *la Justicia, la Verdad y el valor de la vida de cada ser humano*. Ya dispuesto a volar de regreso a los EEUU, el Juez Haywood es informado de que el Juez Janning (uno de los condenados) desea verle. Cuando se encuentran de nuevo estos dos hombres, ya fuera de la corte, en la celda de reclusión de Janning, esto es lo que se dicen mutuamente al final:

Janning: *Juez Haywood... la razón por la cual le pedí venir... Esas personas, esos millones de personas... nunca supe que se llegaría a eso. Tiene que creerlo. ¡Tiene que creerlo!*

Haywood: *Herr Janning... Llegó a eso la primera vez que condenó a muerte a un hombre sabiendo que era inocente.*

64 Hermann Göring (1893-1945) fue el segundo hombre más importante del Tercer Reich. Nombrado por Adolfo Hitler como *Reichmarshall* de la *Luftwaffe* desde 1935, se destacó por su alto sentido sibarita y su debilidad por las Bellas Artes y los lujos en general. Aunque fue piloto condecorado de la Primera Guerra Mundial, su papel frente a la *Luftwaffe* fue un total fracaso. Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial y capturado por los Aliados, se convertiría en el preso más célebre e importante. Fue juzgado en los primeros Juicios de Nüremberg en 1945, hallado culpable y sentenciado a muerte, sin embargo, se suicidaría antes de poder cumplirse el mandato del Tribunal.

Rudolf Hess (1894-1987) fue la mano derecha de Adolf Hitler, desde los inicios formativos del Partido Nazi hasta que decidió abandonar el Tercer Reich en busca de un arreglo de paz con Gran Bretaña en 1941. Se le consideró siempre uno de los nazis más fanáticos y al mismo tiempo su "cara amable". Al final de la Segunda Guerra Mundial sería juzgado por los tribunales especiales de Nüremberg junto al mismo Göring. La condena fue cadena perpetua.

JUICIO EN NUREMBERG, 1961

(SENTENCIA FINAL EN EL FILM)

El juicio conducido ante este Tribunal comenzó más de ocho meses atrás. El registro de las evidencias es de más de diez mil páginas de longitud y los argumentos finales han sido expuestos.

Simple asesinatos y atrocidades no constituyen el gravamen de los cargos que formalmente se han apuntado aquí. Estos más bien consisten en la participación consciente en un sistema de crueldad e injusticia, organizado y establecido nacionalmente, en violación de todos y cada uno de los principios jurídicos y morales de todas las naciones civilizadas.

El Tribunal ha estudiado cuidadosamente el expediente y ha encontrado en él abundante evidencia para respaldar, más allá de la duda razonable, los cargos contra los defendidos.

Herr Rolfe, en su muy habilidosa defensa, afirmó que existen otras personas que deberían compartir la responsabilidad final por lo que ha pasado aquí en Alemania. Hay verdad en esto. La verdadera parte perjudicada en esta corte es la civilización. Pero el Tribunal ha decidido que los hombres en el banquillo son responsables de sus acciones. Hombres que se sentaron con sus negras togas a juzgar a otros hombres. Hombres que participaron en la promulgación de leyes y decretos cuyo propósito era la exterminación de seres humanos. Hombres que en posiciones ejecutivas participaron activamente en el reforzamiento y aplicación de estos instrumentos, los cuales eran ilegales, incluso para el Derecho alemán. El principio del Derecho Penal en toda sociedad civilizada tiene en común esto: *Toda persona que influya sobre otra para que cometa un homicidio, toda persona que suministre el arma mortal con propósitos criminales, toda persona que es cómplice de un crimen, es culpable.*

Herr Rolfe ha agregado, además, que el defendido Janning fue en extraordinario jurista y que actuó, según creyó, era del mejor interés para su país. Hay verdad en esto también. Janning, sin dudas, es una figura trágica. Creemos que desprecia el mal que hizo. Pero la compasión por la presente tortura de su alma no debe engendrar el olvido ante la tortura y la muerte de millones llevada a cabo por el gobierno del

cual formó parte. La historia y el destino de Janning iluminan la más devastadora verdad que ha emergido en este juicio: *si él y todos los demás defendidos han sido hombres pervertidos y degradados, si todos los líderes del Tercer Reich han sido monstruos sádicos y maníacos, entonces estos eventos no habrían tenido mayor relevancia y significado moral que un terremoto o cualquier otra catástrofe natural.*

Pero este Tribunal ha demostrado que bajo una crisis nacional, hombres ordinarios –inclusive hombres capaces y extraordinarios– pueden diluirse en engaño a sí mismos en la comisión de crímenes tan vastos y abominables que superan la imaginación. Nadie que haya seguido este juicio podrá olvidar jamás: *hombres esterilizados por sus convicciones políticas; la burla hecha de la amistad y la lealtad; el asesinato de niños.* ¡Cuán fácil puede pasar esto!

En nuestro país también hay personas que hoy hablan de “la protección del país”, de “la supervivencia”. Debe tomarse una decisión en la vida de cada nación cuando las garras del enemigo están en su cuello. Entonces, parece que el único modo de sobrevivir es utilizar los métodos del enemigo, basar la supervivencia en lo más conveniente, mirando hacia otro lado. Sólo que la respuesta para ello es: *¿qué clase de supervivencia?*

Un país no es una roca. No es una extensión de nuestro propio ser. Un país está conformado por los principios que le sustentan y definen. Es lo que afirma cuando afirmar algo es lo más difícil que existe. Ante los pueblos del mundo, que se conozca que aquí, en nuestra decisión, estos son nuestros principios: *la Justicia, la Verdad y el valor de la vida de cada ser humano.*

DISCURSO DE BERLÍN

CIUDAD ABIERTA,
CIUDAD DE HOMBRES LIBRES



En el siglo XX, como en cualquier período histórico, existen expresiones retóricas de alto nivel. No obstante, cuando un discurso o una disertación logran condensarse en una sola frase, trascendiendo las fronteras geográficas y temporales, sin duda nos hallamos ante uno de esos escasos destellos de la expresión humana que comprenden real la inexistencia de las

distinciones contra los que la humanidad, en sí misma, lucha por liberarse.

El 26 de junio de 1963, el Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, se dirige a miles de berlineses para reafirmarles el apoyo de su país ante el acoso soviético materializado en el muro que desde 1961 dividía infranqueablemente la ciudad.⁶⁵ Es allí cuando en el desarrollo de su discurso pronunciado enteramente en inglés, Kennedy introduce con sorpresiva contundencia la frase que aglutina una gran porción de los principios fundamentales del hombre del siglo XX: *Ich bin ein Berliner*.

Kennedy recuerda inicialmente el valor de la afirmación antigua «Civis romanus sum» (Soy ciudadano romano), que buscaba expresar las implicaciones de pertenecer a una de las civilizaciones más desarrolladas de la Antigüedad, en cuanto a los beneficios que todo *ciudadano romano* disfrutaba en términos de derechos y demás privilegios frente a los que no lo eran. Era, sin duda, un orgullo pertenecer a Roma como cultura y es por ello que es

empleado el símil para inyectar un impulso moral a los vapuleados ciudadanos de Berlín occidental, quienes habían tenido que enfrentar las caprichosas políticas de la URSS en el ejercicio de su control sobre Alemania oriental.

El discurso es, evidentemente, un reto al sistema comunista soviético, por eso los llamamientos a visitar Berlín y evidenciar de primera mano lo que el comunismo ha hecho en esa ciudad. Kennedy confronta de manera sencilla los dos sistemas, el democrático que el representa y el comunista que está allí representado por el Muro que divide Berlín. Así, las diferencias entre ambos, latentes en la vida diaria del berlinés, son evidenciados en el discurso en relación con las libertades individuales y la relación Estado-ciudadano.

Con todo, el discurso no es un salto fuera de la realidad. Al contrario, es un reconocimiento de las propias imperfecciones de la democracia, pero en ese mismo reconocimiento están las virtudes que Kennedy resalta. En su visión, la democracia no es perfecta, pero en ella misma están contenidos los mecanismos para su propia perfectibilidad. En contraste, el comunismo es presentado como un sistema que demanda la fuerza y las barreras para contener a sus ciudadanos, lo que se hacía difícil de refutar para cualquiera ante la evidencia contundente del Muro de Berlín.

Sucesos relativamente recientes como la reacción autoritaria y militar ante la llamada Revolución húngara de 1956, habían brindado una imagen poco amable del sistema comunista liderado y controlado por la URSS. La negativa a la reunificación de Berlín luego del período de

65 La ciudad de Berlín, como capital de la Alemania nazi, fue ocupada por las fuerzas militares de los cuatro Estados aliados (Inglaterra, Francia, EEUU y la URSS) en 1945. Berlín, sin embargo, quedó ubicada en el sector ocupado por el ejército soviético, lo que colocó el control de la ciudad en una situación peculiar. En 1946, tanto la URSS como los otros tres aliados deseaban que sus contrapartes se retiraran de Berlín, pero también del territorio alemán, para unificarlo. Ninguna de las dos cosas sucedió y ante la creación de la República Federal de Alemania (al Oeste) y la República Democrática de Alemania (al Este), Berlín permanecería ocupada por las fuerzas militares de los cuatro ejércitos, aun cuando geográficamente su emplazamiento le hacía parte de la RDA, bajo el dominio soviético. Desde finales de 1947 y hasta 1949, los berlineses occidentales con la ayuda de las fuerzas aliadas, debieron sortear un duro bloqueo de parte de la URSS, que impedía no sólo el arribo de suministros de todo tipo al sector occidental por otra vía distinta a la aérea, sino que además limitaba sensiblemente las posibilidades de comunicación entre los dos sectores de la ciudad. Finalmente, en 1961, se construirá un muro de concreto que rodeará toda Berlín occidental convirtiéndola en una verdadera isla en medio de un Estado comunista. El paso entre ambos sectores de Berlín se vio severamente restringido, limitándose en extremo para los ciudadanos del sector oriental.

ocupación tras el final de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) que compartieron soviéticos y occidentales (franceses, ingleses y estadounidenses) había propiciado la primera gran crisis protagonizada por la otrora capital del Tercer Reich.

El puente aéreo diseñado por los aliados para mantener viva y activa a Berlín occidental, entre 1947-48, fue el preludio y al mismo tiempo el anuncio del fracaso de las iniciativas soviéticas por dominar Europa. Con mucho esfuerzo e ingenio, el bloqueo soviético a Berlín no cumplió su cometido. Los ciudadanos del sector occidental se mantuvieron firmes en su idea de libertad y, a pesar de las privaciones, las angustias y la incertidumbre del futuro, no claudicaron. La construcción de un Muro de concreto que rodeara el sector de la ciudad no controlado por los soviéticos, era sólo la manifestación más clara del fracaso de un sistema político que no concebía un lugar para el desarrollo individual, para el anhelo personal ni para la más básica dignidad humana.

Así pues, el Muro de Berlín, ante el cual John F. Kennedy pronuncia el discurso que hemos seleccionado para ser parte de los matices vocales del siglo XX, cayó en el momento en el cual los berlineses comprendieron que la libertad no es un objetivo, sino un camino, una actitud hacia la vida, evitando rendirse ante el acoso soviético en 1947. Oficialmente el Muro de Berlín perdería su sentido en noviembre de 1989, cuando el sistema soviético retiró su apoyo al gobierno de la República Democrática Alemana. Sin embargo, en el espíritu de todo berlinés occidental, ese Muro había caído 40 años antes.

La concreción de la vida en paz y libertad para los berlineses occidentales y orientales pareció siempre un punto lejano en el futuro, pero no debemos pasar por alto que, muy a pesar de las limitaciones con las que se vivió en Berlín occidental durante la segunda postguerra, los ciudadanos no abandonaron la ciudad y la mantuvieron viva como una isla irreductible de esperanza. Por ello, Kennedy llega con un mensaje desafiante para la URSS y, al mismo tiempo, con un mensaje de solidaridad basado en principios democráticos para los ciudadanos de Berlín.

En el discurso, la Libertad surge como esencia. Kennedy la expone como el derecho fundamental que es para todos los individuos en el mundo y destaca la responsabilidad de los Estados en la garantía de ésta, sin condiciones ni mediatizaciones. Es así que, para Kennedy, el que un hombre no pueda gozar de su Libertad y de los derechos derivados, es una situación que afecta a todos y cada uno de los seres humanos que sí pueden llamarse libres, porque la Libertad no es, paradójicamente, una cuestión individual, sino compartida. Una Libertad sin hombres libres no es tal y para que sea completa, todos los hombres deben ser libres.

En este sentido, resulta natural la afirmación que hace de todo ciudadano libre en el mundo, un ciudadano de Berlín, porque es allí donde se ha dado la más profunda muestra de apego al ideal moderno de Libertad. En consecuencia, considerándose a sí mismo un hombre libre, habilitado para disfrutar de sus derechos individuales y capaz de autodefinirse, Kennedy se enorgullece y declara al mundo: *Ich bin ein Berliner!* Con ello, insufla las velas morales de

los berlineses y arrastra con él a todo el mundo libre en el honor de sentirse uno más de los que sostienen la Libertad como una actitud de vida que se ejerce a cada minuto, en cada lugar.

DISCURSO DE BERLÍN, 1962

JOHN F. KENNEDY

Dos mil años atrás la mayor presunción era decir: “Civis Romanus sum”. Hoy, en el mundo libre, la mayor presunción es expresar: “Ich bin ein Berliner”.⁶⁶

Hay mucha gente en el mundo que realmente no comprende (o dice que no lo comprende) cuál es la gran diferencia entre el mundo libre y el mundo comunista. ¡Déjenlos que vengan a Berlín! Hay algunos que dicen que el comunismo es la corriente del futuro. ¡Déjenlos que vengan a Berlín! Hay algunos en Europa y en otras partes que dicen que podemos trabajar con los comunistas. ¡Déjenlos que vengan a Berlín! Y hay algunos pocos que dicen que es verdad que el comunismo es un sistema diabólico, pero que permite un progreso económico. ¡Déjenlos que vengan a Berlín!

La libertad tiene muchas dificultades y la democracia no es perfecta. Pero no hemos tenido que construir un muro para mantener dentro a nuestro pueblo, para prevenir que nos dejen. Quiero decir, en nombre de mis conciudadanos que viven a muchas millas de distancia al otro lado del Atlántico y que están muy lejos de aquí, que sienten el mayor orgullo de haber podido compartir con ustedes, aun desde la distancia, la historia de los últimos dieciocho años.

No conozco una ciudad, ningún pueblo que haya sido asediado por dieciocho años y que viva todavía con la vitalidad y la fuerza, la esperanza y la determinación de la ciudad de Berlín Occidental. Mientras el muro es la más obvia y viva demostración del fracaso del sistema comunista, a los ojos del mundo, no hallamos ninguna satisfacción en

ello; para nosotros, como ha dicho el Alcalde, es una ofensa no sólo contra la historia, sino también una ofensa contra la humanidad, separando familias, dividiendo esposos y esposas, hermanos y hermanas, dividiendo un pueblo que desea vivir unido.

Lo que es verdad de esta ciudad, es cierto también de Alemania; la real y duradera paz de Europa no puede estar asegurada en tanto a un alemán de cada cuatro le es negado el derecho de los hombre libres, esto es, el derecho a escoger libremente. En dieciocho años de paz y buena fe, esta generación de alemanes se ha ganado el derecho a ser libre, incluyendo el derecho a la unión de sus familias, a la unión de su nación en una paz duradera, con buena voluntad para con todos los pueblos.

Ustedes viven en una defendida isla de libertad, pero vuestra vida es parte de lo más importante. Permítanme pedirles, al tiempo que concluyo, que eleven sus ojos por encima de los peligros de hoy, hacia las esperanzas del mañana; más allá de la mera libertad de esta ciudad de Berlín o de su país, Alemania, al avance de la libertad en todas partes; más allá del Muro hacia el día de Paz con Justicia; más allá de ustedes mismos y todos nosotros hacia la humanidad entera.

La libertad es indivisible y cuando un hombre es esclavizado, ninguno es libre. Cuando todos seamos libres, entonces podremos mirar hacia ese día, cuando esta ciudad está de nuevo unida en una sola, así como este país y este gran continente que es Europa en un pacífico y esperanzador globo. Cuando ese día finalmente llegue, porque vendrá, el pueblo del Berlín Occidental podrá tener la real satisfacción en el hecho de que estuvieron al frente por casi dos décadas.

Todos los hombres libres, dondequiera que vivan, son ciudadanos de Berlín. Y por lo tanto, como hombre libre, siento orgullo en las palabras: “Ich bin ein Berliner”.

⁶⁶ En español: *Yo soy un berlinés*.

ESCOGIMOS IR A LA LUNA

DESTINO: LA LUNA



Desde tiempos remotos el hombre ha sentido una fascinación especial por aquellas cosas que, presentes siempre en el firmamento, le resultaban inalcanzables. La Luna ha sido, tal vez, el cuerpo celeste que, después del Sol, más leyendas, mitos y atención ha acaparado a lo largo de la historia. En 1609, Galileo Galilei (1564-1642), después de arduas jornadas de trabajo invertidas en el perfeccionamiento de su telescopio, haría algunas interesantes

observaciones sobre la Luna y, literalmente, la desnudaría para hacer evidente que su superficie no era lo perfecta que la tradición aristotélica sostenía. La Luna era, pues, absolutamente irregular, plagada de depresiones y elevaciones.

La diosa griega, Selene, quedaba así descubierta en su apariencia verdadera. Sin embargo, esto no mermó el interés por el satélite natural de nuestro planeta. Muy por el contrario, las investigaciones en el campo de la astronomía continuaron después de Galileo e, incluso, la literatura moderna sabría hacer de la Luna su protagonista. Así lo confirma la célebre obra de Julio Verne (1828-1905), *De la Tierra a la Luna* (1865). Posteriormente, en 1902, el director francés, Georges Méliès (1861-1938) llevaría a la nascente pantalla grande esta novela de Verne, con una inclusión de memorables efectos especiales, absolutamente asombrosos para la época.

Pero todo siguió siendo un mero anhelo humano hasta que después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), los avances de la tecnología de cohetes permitieran pensar que el sueño eterno de llegar a la Luna podría ser realidad. El contexto que se plantea al finalizar la citada conflagración no permitiría, no obstante, que las mentes más brillantes de la ciencia soñaran juntas: la Guerra Fría haría que el viaje a la Luna fuera la meta de lo que se conocería entonces como la Carrera Espacial. La Unión Soviética y los Estados Unidos de América competirían en un duelo intelectual, científico, tecnológico y cultural para colocar el primer hombre sobre la faz lunar.

El inicio de la Carrera Espacial suele datarse en el momento del lanzamiento exitoso, por parte de la URSS, del satélite artificial SPUTNIK 1 en 1957. A partir de entonces todo fue cuestión de tiempo. Los EEUU buscaban desesperadamente vencer a los soviéticos a sabiendas de que obtener el trofeo mayor (llegar a la Luna) significaría dejar en ridículo a su principal rival político en tiempos en extremo tensos y turbulentos.

Llegar primero a la Luna significaría, además, la posesión de una tecnología superior y de un control inmenso sobre los avances científicos. Esto, en una época que había demostrado que una guerra podría acabar con porciones abismales del planeta en tan sólo minutos, era capital. Así, la Carrera Espacial era un asunto de Estado para ambas potencias. En Septiembre de 1962, el joven presidente de los EEUU, John F. Kennedy, pronunciaría un discurso motivador ante una nutrida audiencia en la Universidad Rice (Houston, Texas), para animar a la nación en la difícil tarea que tenía delante de sí.

Vale destacar que para el momento en el cual el presidente Kennedy pronuncia el discurso que presentamos aquí, ya había hablado ante el Congreso de los EEUU un año antes, el 25 de mayo de 1961, y había dejado claro que:

“Creo que esta nación debería comprometerse a sí misma a lograr la meta, antes de que esta década termine, de colocar un hombre en la Luna y traerlo de vuelta a la Tierra sano y salvo. Ningún proyecto espacial en este período sería más impresionante para la humanidad o más importante para la exploración espacial de largo aliento...”

Ya la URSS había logrado enviar una sonda espacial al lado oscuro de la Luna y había colocado en órbita terrestre al primer ser humano, el cosmonauta Yuri Gagarín. Los EEUU estaban notablemente atrás en la carrera por la conquista del espacio.

El discurso intitulado *Escogimos ir a la Luna* (*We choose to go to the Moon*) de Kennedy es una preclara revisión de los avances científicos del hombre y su significado, así como también del acelerado ritmo de estos en términos del crecimiento de la nación. Empero, apela a la humildad con la que estos avances deben asumirse, pues a medida que ellos pasen a formar parte de nuestras vidas, más evidente será la ignorancia respecto a nuevos elementos. Para Kennedy, y así lo evidencia en este discurso, la Carrera Espacial no era sólo un asunto de prestigio nacional, sino un asunto de preparación del país para asumir retos aun más complejos que el futuro le depararía con toda seguridad.

Ciertamente, Kennedy buscaba crear una matriz de opinión pública positiva en torno a los elevados gastos del presupuesto federal que significaría invertir en dar el salto cualitativo que permitiera a los EEUU colocarse delante de la URSS. Sin embargo, sería mezquino considerar que su extraordinaria retórica iba dirigida sólo a la aprobación sonriente, por parte del pueblo estadounidense, de los gastos astronómicos de la Carrera Espacial.

Kennedy demuestra en el discurso que hay en él un gran interés en que el pueblo de los EEUU reconozca que en el avance tecnológico, científico e industrial ha estado la clave para el

desarrollo del país desde tiempos coloniales, llevándoles a ser entonces una de las más grandes potencias a nivel mundial. Por ello, ser los primeros en colocar un hombre en la Luna era vital. En tiempos de la Guerra Fría, era la única garantía de que el espacio exterior no sería conquistado para la guerra, sino para la paz, al menos desde la óptica estadounidense.

Resulta bastante claro en la lectura de este discurso que era muy importante el estímulo a confiar en el destino exitoso de la nación. En cierta forma, Kennedy hacía ver a su audiencia que tenían un reto enorme frente a ellos y que tan sólo había dos opciones: rechazar el reto y permitir que otros avanzaran y conquistaran ese escenario (científico, tecnológico, político, económico, etc.) o, bien, aceptar el reto y atravesar el puente cuyas dimensiones debían ser medidas en términos de las propias innovaciones de la ciencia y la tecnología de los últimos 150 años.

Kennedy retó a sus conciudadanos a imaginarse más allá, en el espacio exterior, en la inmensa conquista humana que significaría llegar a la Luna, no porque fuera fácil, sino justamente por la tremenda dificultad que implicaba. La Luna era un destino deseado, pero para llegar a él había que realizar un esfuerzo conjunto, en el cual confluyera la energía de la sociedad estadounidense.

Así pues, el escenario de la Universidad Rice, no fue tampoco casual. Kennedy deseaba que la comunidad universitaria y que, al mismo tiempo, la ciudad de Houston, se inclinaran positivamente hacia el proyecto espacial, pues formarían parte de él en diversos sentidos.

Detalladamente explica esto en la parte final del discurso y apela, luego, al sentido de la aventura que siempre ha movilizado la historia de los EEUU, para asimilar, de la misma manera, la oportunidad insoslayable de llegar a la Luna.

John F. Kennedy sería asesinado poco más de un año después, en noviembre de 1963. No llegaría a ver cumplido el reto que había dejado en manos de su país. El 20 de Julio de 1969, a través de la misión Apolo 11,⁶⁷ Neil Armstrong se convertiría en el primer hombre en la Luna. Era estadounidense.

Las críticas al programa espacial no fueron pocas. Las elevadas sumas de dinero que tuvieron que ser invertidas fueron severamente criticadas en su momento. Hoy, el programa espacial tiene un cúmulo de errores y fracasos en su contra, pero también tiene para ofrecer a la humanidad entera enormes beneficios en ámbitos diversos: informática y robótica, fabricación de nuevos materiales, formas alternativas de energía, medicina, comunicaciones, desarrollo de electrodomésticos, procesos de purificación de agua y aire, diseño de equipos deportivos, entre muchos otros.

Si bien es verdad que el hecho particular de haber llegado a la Luna no solucionó los graves problemas que el hombre común afronta en su

cotidianidad en cualquier parte del mundo, también es cierto que el poder del mensaje simbólico de haber caminado sobre nuestro satélite natural ha sembrado en el hombre una dosis enorme de confianza en sus capacidades en cuanto a sus posibilidades de comprensión del cosmos, así como de sí mismo.

Finalmente, debemos aceptar que la innata curiosidad del ser humano por el firmamento no ha mermado a pesar de los logros en torno a su deseo por conquistar el espacio exterior. El resto de los cuerpos celestes del sistema solar lucen como próximos objetivos y ya algunos de ellos han sido alcanzados y estudiados a través de misiones no tripuladas. Con seguridad, las décadas por venir traerán nuevos retos a la humanidad en su siempre inquieta actitud hacia el cosmos.

ESCOGIMOS IR A LA LUNA, 1962

JOHN F. KENNEDY

Presidente Pitzer, Sr. Vicepresidente, Gobernador, Congresista Thomas, Senador Wiley y Congresista Miller, Sr. Webb, Sr. Bell, científicos, distinguidos invitados, damas y caballeros:

Aprecio que su presidente me haya investido como profesor honorario y les aseguro que mi primera clase será muy breve.

Estoy encantado de estar aquí y particularmente de estar aquí en esta ocasión.

Nos encontramos en una institución notable por el conocimiento, en una ciudad notable por el progreso, en un estado notable por su fortaleza y estamos necesitando estas tres cosas, pues nos hallamos en una hora de cambio y reto, en una década de esperanza y temor, en

67 Curiosamente, la misión Apolo 11 tendría algunas similitudes con la misión que Julio Verne colocó camino a la Luna en la obra que mencionamos al inicio de este comentario: un grupo de fabricantes de armas (cañones) de la Guerra de Secesión decide fabricar un cohete lo suficientemente poderoso como para llevarles a la Luna, la Carrera Espacial se da en el escenario político posterior a la Segunda Guerra Mundial y gracias a los avances tecnológicos y científicos en la fabricación de armas de diversa índole durante el conflicto; el cohete en la obra de Verne será lanzado desde la Florida, mientras que Cabo Cañaveral, lugar de lanzamiento del Apolo 11, está en la Florida; y, finalmente, la tripulación de la nave del escritor francés estaba conformada por 3 personas, al tiempo que 3 fueron los astronautas de la misión Apolo 11.

una era de conocimiento e ignorancia. Mientras más aumenta nuestro conocimiento, más se descubre nuestra ignorancia.

A pesar del sorprendente hecho de que la mayoría de los científicos que el mundo ha conocido están vivos y trabajando hoy, a pesar del hecho de que el poder científico de esta nación se está duplicando cada 12 años a un ritmo de crecimiento 3 veces mayor que el crecimiento de nuestra población, a pesar de eso, los vastos límites de lo desconocido, de lo que aún permanece sin respuesta, sin concluir, todavía sobrepasa nuestra comprensión colectiva.

Ningún hombre puede comprender completamente cuán lejos y cuán rápido hemos avanzado, sino condensando, si les parece, los 50 mil años de historia humana registrada en un pequeño período de medio siglo. Puesto en esos términos, sabemos bastante poco sobre los primeros 40 años, excepto que al final de ellos el hombre avanzado ha aprendido a usar las pieles de los animales para cubrirse. Luego, aproximadamente 10 años atrás, bajo este estándar, el hombre emergió de sus cuevas para construir otro tipo de refugio. Sólo hace 5 años el hombre aprendió a escribir y a usar un carro con ruedas. La Cristianidad habría comenzado hace 2 años. La imprenta habría aparecido este año y hace menos de dos meses, dentro de esta compresión temporal de 50 años de la historia humana, el motor de vapor habría proveído una nueva fuente de energía. Newton habría explorado el significado de la gravedad. El mes pasado, las luces eléctricas, los teléfonos, los automóviles y los aeroplanos se habría hecho disponibles. Tan sólo la semana pasada habríamos desarrollado la penicilina, la televisión y la energía nuclear, y ahora, si la nueva nave espacial tiene éxito en alcanzar Venus, habríamos literalmente llegado a las estrellas antes de la medianoche de esta noche.

Este es un paso impresionante y ese paso no puede sino crear nuevas enfermedades a medida que despeja la vieja y nueva ignorancia, los nuevos problemas y nuevos peligros. Seguramente la apertura de las vistas hacia el espacio promete altos costos y dificultades, tanto como una alta recompensa.

Así que no ha de sorprendernos que algunos pretendan que nos quedemos donde estamos un poco más para descansar, para esperar. Pero la ciudad de Houston, el estado de Texas, el país que es los Estados

Unidos no fue hecho para aquellos que esperaron, descansaron y miraron hacia atrás. Este país fue conquistado por aquellos que se movieron hacia delante y así será en relación con el espacio.

William Bradford, hablando en 1630 sobre la fundación de la colonia de Plymouth Bay, dijo que todas las grandes y honorables acciones están acompañadas de grandes dificultades, y que ambas debían ser emprendidas y superadas con coraje responsable.

Si esta capsula de la historia de nuestro progreso nos enseña algo, es que el hombre, en su búsqueda del conocimiento y el progreso, es determinado y no puede ser desalentado. La exploración del espacio irá hacia delante, nos unamos a ella o no, y es una de las grandes aventuras de todos los tiempos y ninguna nación que espere ser líder de otras naciones puede quedarse atrás en esta carrera por el espacio.

Aquellos que vinieron antes que nosotros dejaron claro que este país se subió a las primeras olas de la Revolución Industrial, las primeras olas de la invención moderna y las primeras olas de la energía nuclear; esta generación no intenta fundirse en la resaca de la próxima era espacial. Tenemos la intención de ser parte de ésta, queremos liderarla. Los ojos del mundo ahora miran hacia el espacio, hacia la Luna y los planetas más allá, y hemos prometido que no los veremos gobernados por una bandera hostil de conquista, sino por una bandera de libertad y paz. Hemos prometido que no veremos el espacio lleno de armas de destrucción masiva, sino de instrumentos de conocimiento y entendimiento.

Aun así, las promesas de esta nación tan sólo pueden cumplirse si nosotros en esta nación somos los primeros, y por ende, tenemos la intención de ser los primeros. En resumen, nuestro liderazgo en la ciencia y la industria, nuestras esperanzas por la paz y la seguridad, nuestras obligaciones para con nosotros y los demás, todo requiere que hagamos el esfuerzo de resolver estos misterios, de resolverlos por el bien de todos los hombres y convertirnos en la nación líder en asuntos espaciales.

Hemos izado las velas en este nuevo mar, porque hay conocimiento que obtener, nuevos derechos que ganar y deben ganarse y usarse por el progreso de toda la gente. Como la ciencia espacial, lo mismo

que la ciencia nuclear y toda la tecnología, no tiene conciencia, el que llegue a convertirse en una fuerza para el bien o el mal depende del hombre y sólo si los Estados Unidos ocupa una posición preeminente podremos ayudar a decidir si este nuevo océano será un mar de paz o un aterrador escenario de guerra. No digo que deberíamos o que iremos sin protección contra el mal uso del espacio más de lo que vamos desprotegidos contra el mal uso de la tierra o el mar, pero sí digo que el espacio puede ser explorado y dominado sin alimentar fuegos de guerra, sin repetir los errores que el hombre ha hecho al extender su dominio sobre el globo.

No hay lucha, ni perjuicio, ni conflictos nacionales en el espacio exterior aun. Sus peligros son hostiles con todos nosotros. Su conquista merece lo mejor de toda la humanidad y la oportunidad para una cooperación pacífica que tal vez no vuelva a presentarse. Pero, ¿por qué, dicen algunos, la Luna? ¿Por qué escogerla como nuestra meta? Se preguntarán también ¿por qué escalar la montaña más alta? ¿Por qué, 35 años atrás, volar sobre el Atlántico? ¿Por qué Rice reta a Texas?

Escogemos ir a la Luna en esta década y hacer otras cosas, no porque sea fácil sino porque es difícil, porque esa meta servirá para organizar y medir lo mejor de nuestras energías y habilidades, porque estamos deseando aceptar ese reto, el cual no deseamos posponer y tenemos la intención de ganar, y otros también.

Es por estas razones que considero mi decisión del año pasado de mover nuestros esfuerzos en el espacio de lo más bajo a lo más alto entre las decisiones que serán tomadas durante mi permanencia en la Presidencia.

En las últimas 24 horas hemos visto instalaciones creadas ahora para la más grande exploración en la historia del hombre. Hemos sentido el suelo sacudirse y el aire quebrarse al probar un cohete de propulsión Saturn C-1, tan poderoso como el Atlas que lanzó a John Glenn, generando una energía equivalente a 10 mil automóviles con sus aceleradores a fondo.

Hemos visto el sitio donde cinco motores de cohetes F-1, cada uno tan poderoso como ocho motores de Saturn combinados, serán acoplados para conformar el misil Saturn avanzado, ensamblados en un nuevo

edificio a ser construido en Cabo Cañaveral, tan alto como una estructura de 48 pisos, tan amplio como una cuadra urbana y tan largo como dos veces este campo.

En estos últimos 19 meses al menos 45 satélites han orbitado la Tierra. Cerca de 40 de ellos fueron hechos en los Estados Unidos de América y eran mucho más sofisticados y proveyeron mucho más conocimiento a la gente del mundo que aquellos de la Unión Soviética.

La nave espacial Mariner, ahora rumbo a Venus, es el instrumento más complejo de la historia de la ciencia espacial. Su exactitud es comparable a lanzar un misil desde Cabo Cañaveral hacia este estadio entre las 40 líneas de demarcación.

Los satélites Transit están ayudando a nuestros barcos en el mar a tomar rumbos más seguros. Los satélites Tiros nos han dado advertencias sin precedentes sobre huracanes y tormentas, y harán lo mismo sobre fuegos forestales y los icebergs.

Hemos tenido nuestras fallas, pero también las han tenido otros, aunque no lo admitan y sean menos públicas.

Para estar seguros, estamos atrás y estaremos atrás por algún tiempo en vuelos tripulados por seres humanos. Pero no pretendemos quedarnos atrás y en esta década nos moveremos hacia adelante.

El crecimiento de nuestra ciencia y educación será enriquecido por el nuevo conocimiento de nuestro universo y ambiente, por las nuevas técnicas de aprendizaje, de cartografía y observación, por las nuevas herramientas y computadoras para la industria, la medicina, el hogar así como la escuela. Instituciones tecnológicas, como Rice [University], cosecharán estas ganancias.

Y finalmente, el esfuerzo por el espacio en sí mismo, aunque aun está en la infancia, ya ha creado un gran número de compañías y decenas de miles de nuevos empleos. La industria del espacio y las relacionadas están generando nuevas demandas en inversión y personal capacitado, y esta ciudad, este estado y esta región compartirán mucho su crecimiento. Lo que fue una vez una lejana posición estratégica militar en la vieja frontera del Oeste, será el más avanzado punto en la nueva frontera de la ciencia y el espacio. Houston, su ciudad de Houston, con

su *Manned Spacecraft Center*, se convertirá en el corazón de una enorme comunidad científica y de ingeniería. Durante los próximos 5 años la *National Aeronautics and Space Administration* [NASA] espera duplicar el número de científicos e ingenieros en esta área para incrementar su inversión en salarios y gastos a 60 millones anuales; para invertir unos 200 millones de dólares en instalaciones para una planta y un laboratorio; y para dirigir o contratar nuevos esfuerzos de más de 1 billón de dólares desde este centro, en esta ciudad.

Para estar seguros, todo esto nos cuesta una gran cantidad de dinero. El presupuesto de este año para estos asuntos es 3 veces lo que era en Enero de 1961 y es mayor que el presupuesto de los 8 años previos juntos. Ese presupuesto ahora se sitúa en 5 billones, 400 millones de dólares al año – una suma impresionante, aunque de algún modo menor a lo que pagamos por cigarrillos y cigarros cada año-. Los gastos en el Espacio pronto aumentarán algo más, desde 40 centavos por persona cada semana a más de 50 centavos por semana por cada hombre, mujer y niño en los Estados Unidos, pues le hemos dado a este programa una alta prioridad nacional –aunque me he dado cuenta de que esto es un acto de fe y visión, pues no sabemos que beneficios nos esperan. Pero si debemos decirlo, mis conciudadanos, lanzaremos a la Luna, a 240 mil millas de distancia de la estación en Houston, un gran cohete de más de 300 pies de altura, del largo de este mismo campo de fútbol, hecho con nuevas aleaciones de metal, algunas de las cuales no han sido inventadas aun, capaces de soportar calor y daños muchas veces más de lo que se conoce hoy; todo ensamblado con la precisión del mejor reloj, equipado con lo necesario para la propulsión, guía, control, comunicaciones, alimentos y sobrevivencia, en una misión nunca antes intentada, hacia un cuerpo celeste y, luego, retornar a salvo a la Tierra, re-entrando en la atmósfera a una velocidad de más de 25 mil millas por hora, causando un calor de aproximadamente la mitad de la temperatura del Sol –casi tan caliente como está el día hoy aquí-; y para hacer todo esto, para hacerlo bien y hacer siendo los primeros antes de que esta década acabe, debemos ser valientes y decididos.

Sin embargo, creo que vamos a hacerlo y creo que debemos pagar lo que haga falta pagar. No pienso que debamos gastar el dinero, pero pienso que debemos hacer el trabajo. Y debe ser hecho en la década

de los sesentas. Debe ser hecho mientras algunos de ustedes están todavía estudiando en esta universidad. Será hecho durante el ejercicio del cargo de algunas de las personas sentadas aquí en esta plataforma. Pero será hecho. Y será hecho antes del final de esta década.

Estoy encantado de que esta universidad esté jugando una parte en el colocar un hombre en la Luna, como parte de un gran esfuerzo nacional de los Estados Unidos de América.

Muchos años atrás, al gran explorador inglés, George Mallory, quien moriría en el Monte Everest, le preguntaron por qué deseaba escalarle. Respondió: “Porque está allá.”

Bien, el Espacio está allá, y nosotros vamos a escalarlo y la Luna y los planetas están allá y nuevas esperanzas de conocimiento y paz están allá. Y, en consecuencia, mientras izamos las velas, pedimos la bendición en la más riesgosa y peligrosa de las grandes aventuras en las cuales el hombre se ha embarcado.

Gracias.

TENGO UN SUEÑO

EL SUEÑO DE TODOS



*No hay nada como un sueño
para crear el futuro.*

Victor Hugo, *Les Misérables*.

En un panorama del siglo XX, 1963 resulta un año significativo. El Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy fue asesinado ese año, el 22 de noviembre, en una visita oficial a Dallas, ocasionando una de las olas de desesperanza epocal más profundas del siglo XX. Casi 3 meses antes, Martin Luther King Jr. había pronunciado uno de los discursos más paradigmáticos en la historia de la retórica mundial. Conocido como *I have a dream*, este discurso se ha convertido en la doctrina de las luchas por los derechos civiles en el mundo. No podría nuestra selección de voces del siglo XX estar completa sin incluirle.

Sin embargo, comentar un discurso como éste, cuyo brillo es imposible hacer mayor, resulta una labor tremendamente complicada que nos lleva a lo más sencillo: la acción de soñar. Allí, esa tarde de verano del 23 de Agosto de 1963, King reto a sus conciudadanos, a sus hermanos de raza, a la humanidad entera, a soñar. Tenía un sueño y lo expuso ante miles de personas. Con hermosas figuras, expresó la necesidad de lograr grandes cosas no sólo actuando sino soñándolas, no sólo con un proyecto o un plan, sino también creyendo en ellas.

Sir George Bernard Shaw había dicho mucho antes en su obra *Back to Methuselah* (1921): “Algunos hombres ven las cosas como son y se preguntan «¿por qué?»; yo sueño cosas que nunca han sido y me pregunto «¿por qué no?».” En esas palabras se resume la esencia de la intención de King, pues nada puede pasar si no se le ha soñado primero. Soñar es una forma de proyectarse hacia el futuro y, lejos de ser la ilusa actitud de un individuo alejado de la realidad, es la contundente afirmación de un

hombre conciente de su pasado y de las promesas que éste alberga para el futuro. Soñar, entonces, resulta un salto hacia el cumplimiento de esas promesas, sin el cual se perdería la emoción de las posibilidades que embarga.

El sueño que King describe es la realidad que conforma sus creencias, sus principios y su exigencia para con todos los hombres. Soñar es el método que hace confiar a los hombres en que es posible estar juntos, en que el concepto abierto y amplio de *humanidad* existe en nuestra esencia interior y que todo lo demás es simplemente la vestidura agreste que nos empeñamos en sostener ante la verdad evidente de haber sido creados iguales.

En 1964, Martin Luther King sería galardonado con el Premio Nobel de la Paz. El hombre que nunca había abandonado sus principios, que había encabezado una lucha pacífica por los derechos civiles en su país, que había sufrido los rigores de una sociedad intolerante y de espaldas a la más obvia realidad humana, era colocado en el máximo podio mundial del reconocimiento a la validez de sus esfuerzos. El 10 de diciembre de ese año, en Estocolmo, King aceptaría el premio con una inquebrantable fe en el futuro de la humanidad, rehusándose a admitir la desesperanza como la respuesta final a las ambigüedades de la historia.

Se negó entonces King a aceptar la idea de que el hombre de su tiempo era incapaz de alcanzar el eterno deber que por siempre le confrontará. Desechó radicalmente la idea de que el hombre fuera sólo materia inerte incapaz de influir en el

desarrollo de los acontecimientos que le rodeaban y se rehusó a admitir que la humanidad estuviera irremediablemente atada a la terrible noche del racismo y la guerra. Confiaba este hombre que el amanecer de la paz y la hermandad se harían realidad y por eso se atrevió a reconocer un año antes, frente a miles de personas, que tenía un sueño.

Teniendo como testigo a los monumentos que certificaban los éxitos en las luchas de la nación estadounidense, Martin Luther King, abrió las compuertas a una de las acciones más temerarias y más incontenibles de la que es capaz el hombre: *soñar*. Sin importar las incertidumbres del futuro, sin importar el cansancio ante el largo viaje todavía por cumplirse, sin importar las miles de noches oscuras de la injusticia que habría que sobrellevar, apostó a la genuina belleza de un sueño que es verdad y de una verdad que es un sueño.

Poco interesa la portada de la Revista *Time* que en 1963 lo nombra como el “Hombre del Año” o los sordidos sonidos de las balas que acabarían con su vida el 4 de abril de 1968. Importan las palabras que resonarán en el corazón de Washington, en el de los Estados Unidos y en el de cada hombre, mujer y niño de cualquier lugar, que roban una sonrisa y que renuevan la fe en lo que somos y podemos llegar a ser: *¡Yo tengo un sueño!*

*Necesitamos hombres
que puedan soñar cosas
que nunca han sido.*

John F. Kennedy

TENGO UN SUEÑO, 1963 MARTIN LUTHER KING

Estoy contento de reunirme con ustedes hoy, en lo que pasará a ser para la Historia como la más grande manifestación por la Libertad en la historia de nuestra Nación.

Hace cien años, un gran estadounidense, cuya simbólica sombra nos cobija hoy, firmó la Proclama de la Emancipación. Este trascendental decreto significó como un gran rayo de luz y de esperanza para millones de esclavos negros, escaldados en las llamas de una devastadora injusticia. Llegó como un gozoso amanecer para poner fin a la larga noche de su cautividad.

Pero, cien años después, el negro aún no es libre. Cien años después, la vida del negro es aún tristemente lacerada por los grilletes de la segregación y las cadenas de la discriminación. Cien años después, el negro vive en una solitaria isla de pobreza en medio de un inmenso océano de prosperidad material. Cien años después, el negro todavía languidece en los rincones de la sociedad estadounidense y se encuentra a sí mismo desterrado en su propia tierra.

Por eso, hoy hemos venido aquí a dramatizar una condición vergonzosa. En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestro país a cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron una nota promisorio de la que todo estadounidense habría de ser heredero. Este documento era la promesa de que a todos los hombres, sí, hombres blancos así como hombres negros, les serían garantizados los inalienables derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Es obvio hoy que Estados Unidos ha fallado en el cumplimiento de esa nota promisorio en lo que concierne a sus ciudadanos negros. En lugar de honrar esta sagrada obligación, Estados Unidos ha dado a los negros un cheque sin fondos; un cheque que ha sido devuelto con el sello de "fondos insuficientes". Pero nos rehusamos a creer que el Banco de la Justicia haya quebrado. Rehusamos creer que no haya suficientes fondos en las grandes bóvedas de la oportunidad de este país. Por eso hemos venido a cobrar este cheque; el cheque que nos colmará de las riquezas de la libertad y de la seguridad de justicia.

También hemos venido a este lugar sagrado, para recordar a Estados Unidos de América la urgencia impetuosa del ahora. Este no es el momento de tener el lujo de enfriarse o de tomar tranquilizantes de gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación hacia el camino soleado de la justicia racial. Ahora es el momento de elevar a nuestra nación de las arenas movedizas de la injusticia racial a la sólida roca de la hermandad. Ahora es el momento de hacer de la justicia una realidad para todos los hijos de Dios.

Sería fatal para la nación pasar por alto la urgencia del momento. Este ardiente verano del legítimo descontento de los negros no pasará hasta que no haya un vigorizante otoño de libertad e igualdad. 1963 no es un fin, sino un principio. Y quienes creen que los negros tan sólo necesitaban dejar escapar algo de vapor para desahogarse y que ahora se sentirán contentos, tendrán un rudo despertar si el país retorna a lo mismo de siempre. No habrá ni descanso ni tranquilidad en Estados Unidos hasta que a los negros se les garanticen sus derechos de ciudadanía. Los remolinos de la rebelión continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que surja el esplendoroso día de la justicia.

Pero hay algo que debo decir a mí gente que aguarda en el cálido umbral que conduce al palacio de la justicia: Debemos evitar cometer actos injustos en el proceso de obtener el lugar que por derecho nos corresponde; no debemos ser culpables de actos malsanos. No busquemos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir para siempre nuestra lucha por el camino elevado de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta creativa degenera en violencia física. Una y otra

vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas donde se encuentre la fuerza física con la fuerza del alma.

La maravillosa nueva militancia que ha envuelto a la comunidad negra, no debe conducirnos a la desconfianza de toda la gente blanca, porque muchos de nuestros hermanos blancos, como lo evidencia su presencia aquí hoy, han llegado a comprender que su destino está unido al nuestro y su libertad está inextricablemente ligada a la nuestra. No podemos caminar solos. Y al hablar, debemos hacer la promesa de marchar siempre hacia adelante. No podemos volver atrás.

Hay quienes preguntan a los partidarios de los derechos civiles, "¿Cuándo estarán satisfechos?" Nunca podremos estar satisfechos mientras el negro sea la víctima de los inenarrables horrores de la brutalidad policial. Nunca podremos estar satisfechos mientras nuestros cuerpos, fatigados de tanto viajar, no puedan alojarse en los moteles de las carreteras y en los hoteles de las ciudades. No podremos estar satisfechos, mientras los negros sólo podamos trasladarnos de un gueto pequeño a un gueto más grande. Nunca podremos estar satisfechos mientras nuestros niños sean despojados de su individualidad y ultrajados en su dignidad por avisos que indican: "Sólo para blancos". Nunca podremos estar satisfechos mientras un negro de Mississippi no pueda votar y un negro de Nueva York considere que no hay por qué votar. No, no, no estamos satisfechos y lo estaremos hasta que "la justicia ruede como el agua y la rectitud como una poderosa corriente".⁶⁸

Sé que algunos de ustedes han venido hasta aquí luego de grandes pruebas y tribulaciones. Algunos han llegado recién salidos de angostas celdas. Algunos de ustedes han llegado desde sitios donde en su búsqueda de la libertad, han sido golpeados por las tormentas de la persecución y derribados por los vientos de la brutalidad policiaca. Ustedes son los veteranos del sufrimiento creativo. Continúen trabajando con la convicción de que el sufrimiento que no es merecido, es emancipador.

Regresen a Mississippi, regresen a Alabama, regresen a Carolina del Sur, regresen a Georgia, regresen a Louisiana, regresen a los barrios bajos y a los guetos de nuestras ciudades del Norte, sabiendo que de algu-

68 Amos 5:24

na manera esta situación puede y será cambiada. No nos revolquemos en el valle de la desesperanza, se los digo a ustedes hoy, mis amigos.

Y así, aunque enfrentamos las dificultades del hoy y del mañana, yo aun tengo un sueño. Es un sueño profundamente enraizado en el sueño americano. Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: "Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales".

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad.

Sueño que un día, incluso el estado de Mississippi, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su personalidad.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que un día, allá en Alabama, con sus viciosos racistas, con su gobernador que deja salir de sus labios las palabras "interposición" y "nulificación", un día allá en Alabama pequeños niñas y niños negros serán capaces de unir sus manos con las niñas y los niños blancos como hermanos y hermanas.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que algún día los valles serán elevados, y las colinas y montañas serán llanos, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y "la gloria de Dios será revelada, y toda la humanidad lo verá unida."⁶⁹

Esta es nuestra esperanza y esta es la fe con la cual regreso al Sur. Con esta fe podremos esculpir en la montaña de la desesperanza una piedra de esperanza. Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestra nación, en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la

cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Ese será el día cuando todos los hijos de Dios podrán cantar con un nuevo significado:

"Mi país es de ustedes, dulce tierra de libertad, de ti canto.

Tierra donde mis antecesores murieron, tierra orgullo de los peregrinos, de cada costado de la montaña, que repique la libertad".

Y si Estados Unidos ha de ser grande, esto tendrá que hacerse realidad. Por eso, ¡que repique la libertad desde la cúspide de los montes prodigiosos de Nueva Hampshire! ¡Que repique la libertad desde las poderosas montañas de Nueva York! ¡Que repique la libertad desde las alturas de las Alleghenies de Pensilvania! ¡Que repique la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve en Colorado! ¡Que repique la libertad desde las sinuosas pendientes de California!

Pero no sólo eso: ¡Que repique la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia! ¡Que repique la libertad desde la Montaña Lookout de Tennessee! ¡Que repique la libertad desde cada pequeña colina y montaña de Mississippi! ¡De cada costado de la montaña, que repique la libertad!

Y cuando esto pase, cuando permitamos que repique la libertad, cuando la dejemos repicar en cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día cuando todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y gentiles, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro:

"¡Libres al fin! ¡Libres al fin! Gracias a Dios Omnipotente, ¡somos libres al fin!"

69 Isaías 40:4-5

PATRIMONIO CULTURAL,
HERENCIA HUMANA



Al finalizar la Primera Guerra Mundial (1918), la preocupación de vencedores y vencidos no se centró únicamente en las reparaciones económicas y políticas consecuencia de esta gran conflagración. Una vez asimilada la amarga noticia de los millares de bajas que se contabilizaron a lo largo de cuatro largos años de lucha agotadora, escenificada, sobre todo,

en territorio europeo, la mirada de consternación centró su atención en el grave daño infringido al patrimonio cultural.

La catedral de Reims (Francia), por ejemplo, sería calificada como la “mártir” patrimonial del conflicto. La fuerza aérea alemana la había bombardeado especialmente y con insistencia, por considerarla un símbolo importante para los franceses. Tradicionalmente, en ella habían sido coronados los reyes de Francia desde que, en el año 498, Clodoveo, rey de los francos, había sido bautizado en ese lugar. La catedral, construida entre los siglos XIII y XIV, se había constituido en el altar de la nacionalidad para Francia, de allí que el imperio alemán se ensañara contra el monumento. Destruirla habría sido un golpe moral contundente. La catedral no fue destruida, pero los daños causados fueron enormes: la techumbre de madera se incendió, lo mismo que ciertas estructuras internas de ese mismo material, algunos arcos arbotantes fueron derribados y rotos sus vitrales.

Aunque la catedral de Reims no fue el único edificio o monumento de cualidad patrimonial en verse seriamente afectado por las acciones bélicas, se constituyó en una suerte de símbolo para que, posteriormente, desde la recién creada Sociedad de Naciones, surgiera la idea de procurar mecanismos de protección y preservación para el patrimonio cultural. Es así que finalmente, en 1933, por iniciativa de la Oficina Internacional de Museos, dependiente del citado organismo, se celebraría en la capital helena la llamada Conferencia de Atenas. De este evento surgirá el primer documento de carácter internacional relativo al patrimonio

cultural: la Carta de Atenas.⁷⁰ Este documento fue el paso inicial hacia la creación de una conciencia mundial en relación con la conservación del patrimonio artístico y arqueológico de la humanidad.⁷¹

No obstante, la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) dejaría, entre sus ensordecedores saldos, una irreparable pérdida del patrimonio cultural, no sólo europeo, sino también de otras partes del mundo. La Carta de Atenas y sus principios fundamentales deberían afrontar una difícil situación. El rescate de lo rescatable y la recuperación de lo recuperable, entre las ruinas y cenizas de ciudades enteras, implicó un compromiso de gran aliento para la civilización contemporánea.

Los trabajos de la segunda postguerra en referencia al rescate del patrimonio cultural pusieron en evidencia que debían re-examinarse los principios de la Carta de Atenas, a fin de profundizar y ensanchar su contenido. Es así que en la ciudad de Venecia, en el mes de mayo de 1964, se reuniría el Segundo Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, emitiendo lo que se conoce como la Carta de Venecia, documento que presentamos aquí.

70 La Carta de Atenas significó, además, el primer gesto de intención de internacionalización de la tutela y protección del patrimonio artístico y cultural. Al finalizar el Congreso que le originó se creó un comité de expertos que debería trabajar en la preparación de un tratado de alcance internacional para la protección de obras de valor artístico e histórico, pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial paralizó las gestiones.

Este documento fijaría los más básicos criterios de la restauración moderna, afirmando como principio de interés común el que los Estados participen y estimulen la conservación del patrimonio artístico y arqueológico.

71 Es innegable la repercusión de la Carta de Atenas en la puesta al día de la legislación de los Estados en torno al tema del patrimonio cultural.

Esta Carta, que sería refrendada al año siguiente por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS, por sus siglas en inglés),⁷² reconoce, en primer lugar, la carga espiritual además de cultural y tradicional de los monumentos históricos. Con ello coloca gran énfasis en el patrimonio cultural como portador y reservorio de valores humanos, principio éste que será tratado una y otra vez en posteriores documentos y por otras instituciones, incluyendo la propia UNESCO, como la esencia de la necesidad de preservar el patrimonio cultural de la humanidad.

La Carta de Venecia, constituida por 15 artículos, insiste en la necesidad de un trabajo interdisciplinario que permita no sólo la conservación de la obra en sí, sino de su testimonio histórico y cultural. Llama a respetar los aportes de todas las épocas en los distintos monumentos, lo que contribuye a la valoración del paso del tiempo y de la acción de la historia humana sobre sus propias creaciones. En el artículo 1, puede observarse ya la intención cierta de ampliación y profundización sobre los principios formulados en la Carta de Atenas, pues diversifica y apunta con mayor visión todos aquellos elementos que, de una u otra manera, se relacionan, en composición o complemento, con el bien cultural.⁷³ Esto crea un modelo de comprensión del legado patrimonial que le aleja

de la cosificación y aislamiento, que tendía hacia una veneración, muchas veces, poco apropiada para la conservación de los bienes patrimoniales.

Es indudable que, aunque la Carta de Venecia no aborde el punto de los hoy llamados *centros históricos*, abrirá las puertas para posteriores consideraciones sobre estos, no sólo en la generación de nuevos documentos sino también en hechos prácticos de gran trascendencia internacional. Una prueba de ello fueron los trabajos de restauración emprendidos en la Acrópolis de Atenas en 1977 y que le ha devuelto buena parte de su belleza, aun cuando se han respetado las ruinas y el impacto del tiempo sobre los monumentos y edificios que le componen.⁷⁴ Lo mismo ha ocurrido con otros bienes patrimoniales de interés mundial como los Templos de Petra en Jordania, el Palacio de Cnossos en Creta, el Monasterio de My Son en Vietnam y la Capilla Roja de Karnak en Egipto, por mencionar sólo unos pocos ejemplos emblemáticos.

Debemos destacar, no obstante, que la Carta de Venecia ha sido objeto de estudio y crítica desde su promulgación. Renato Bonelli, considerado el padre de la “restauración crítica”, no ha ocultado su desconfianza ante documentos como éste expresando que pueden llegar a asumirse como legislaciones cuando no lo son. Esto, claro está, evita que se

72 El *International Council of Monuments and Sites* es el organismo creado a partir de las resoluciones de la Carta de Venecia, constituido en Varsovia en 1965 y con su sede principal en París, presta asesoría a la UNESCO y junto a este organismo ha contribuido en la creación de la Lista del Patrimonio Mundial y en la generación de amplias recomendaciones para su preservación.

73 La Carta de Atenas habla fundamentalmente de *monumentos artísticos e históricos*, sin mayores especificaciones.

74 La Carta de Venecia especifica en su artículo 15 la necesidad de la práctica de la *anastilosis*, proceso que implica el estudio detallado de los procesos de construcción o realización originales del monumento, a fin de reconstruirle –donde sea posible– a partir de técnicas y materiales originales –cuando sea posible–. Sin embargo, esto no implica un llamado a la “falsificación” de partes del monumento, pues en aquellos casos en que un monumento pueda ser reconstruido completamente incluyendo nuevos materiales, debe notarse esta inclusión, diferenciándola de alguna forma de los materiales originales.

diserte con libertad sobre aquellos asuntos que no fueron tomados en cuenta en estos documentos y que sus principios se consideren poco menos que “dogmas”, lo cual, en lugar de favorecer la preservación del patrimonio cultural, le perjudica.

Ciertamente, la Carta de Venecia no brinda todas las respuestas a todos los casos, mucho menos cuando entran en juego aquellos bienes patrimoniales que comenzaron a ser considerados tales a partir de sí misma. En otras palabras, la Carta de Venecia abrió un compás enorme respecto al patrimonio cultural para el cual ella misma resultaría, a los ojos de muchos, inapropiada. Debe aceptarse, en este contexto, que, tras este documento, la comunidad internacional se preocupó por la generación de otros que sirvieran de guía para casos específicos como jardines históricos, arquitectura vernácula, arquitectura industrial, técnicas particulares del arte moderno, centros históricos, etc.

Hoy día, el programa de Patrimonio de la Humanidad instituido por la UNESCO en 1972,⁷⁵ da respuesta a las preocupaciones iniciales de las Cartas de Atenas y Venecia, en cuanto y tanto permite declarar a nivel mundial el valor patrimonial de bienes culturales, colocando sobre ellos la atención de la comunidad internacional y generando posibilidades de desarrollo local a través del turismo y la educación. No han escapado los bienes

75 La *Convención para la protección del Patrimonio Cultural y Natural del Mundo*, adoptada por la UNESCO el 16 de noviembre de 1972 es el origen del Programa de Patrimonio de la Humanidad. En 1978, las ciudades de Quito (Bolivia) y Cracovia (Polonia) serían las primeras en obtener el título de Patrimonio de la Humanidad. Para comienzos de 2009, existen 851 sitios con este título, 660 de los cuales son culturales, 166 son naturales y 25 de cualidad mixta.

patrimoniales de los desastres de las guerras, pero hoy día la humanidad parece más atenta y alerta ante el valor que estos bienes poseen para el regocijo de su propio espíritu, en un ámbito patrimonial común a todos, tal y como lo expresó abiertamente, en 1964, la Carta de Venecia.

CARTA DE VENECIA
**CARTA INTERNACIONAL
SOBRE LA CONSERVACIÓN
Y LA RESTAURACIÓN DE MONUMENTOS
Y DE CONJUNTOS HISTÓRICO-ARTÍSTICOS⁷⁶**
*II CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUITECTOS
Y TÉCNICOS DE MONUMENTOS HISTÓRICOS*
VENECIA, 1964

“Cargadas de un mensaje espiritual del pasado, las obras monumentales de los pueblos continúan siendo en la vida presente el testimonio vivo de sus tradiciones seculares. La humanidad, que cada día toma conciencia de la unidad de los valores humanos, los considera como un patrimonio común, y de cara a las generaciones futuras, se reconoce solidariamente responsable de su salvaguarda. Debe transmitirlos en toda la riqueza de su autenticidad.

Por lo tanto, es esencial que los principios que deben presidir la conservación y la restauración de los monumentos sean establecidos de común y formulados en un plan internacional dejando que cada nación cuide de asegurar su aplicación en el marco de su propia cultura y de sus tradiciones.

Dando una primera forma a estos principios fundamentales, la Carta de Atenas de 1931 ha contribuido al desarrollo de un vasto movimiento internacional, que se ha traducido principalmente en los do-

76 Aprobada por ICOMOS en 1965

cumentos nacionales, en la actividad del ICOM y de la UNESCO y en la creación, por esta última, de un Centro internacional de estudios para la conservación de los bienes culturales. La sensibilidad y el espíritu crítico se han vertido sobre problemas cada vez más complejos y más útiles; también ha llegado el momento de volver a examinar los principios de la Carta a fin de profundizar en ellos y de ensanchar su contenido en un nuevo documento. En consecuencia, el II Congreso Internacional de Arquitectos y de Técnicos de Monumentos Históricos, reunido en Venecia del 25 al 31 de mayo de 1964, ha aprobado el siguiente texto:

■ DEFINICIONES

Artículo 1º - La noción de monumento histórico comprende la creación arquitectónica aislada así como el conjunto urbano o rural que da testimonio de una civilización particular, de una evolución significativa, o de un acontecimiento histórico. Se refiere no sólo a las grandes creaciones sino también a las obras modestas que han adquirido con el tiempo una significación cultural.

Artículo 2º - La conservación y restauración de monumentos constituye una disciplina que abarca todas las ciencias y todas las técnicas que puedan contribuir al estudio y la salvaguarda del patrimonio monumental.

Artículo 3º - La conservación y restauración de monumentos tiende a salvaguardar tanto la obra de arte como el testimonio histórico.

■ CONSERVACIÓN

Artículo 4º - La conservación de monumentos implica primeramente la constancia en su mantenimiento.

Artículo 5º - La conservación de monumentos siempre resulta favorecida por su dedicación a una función útil a la sociedad; tal dedicación es por supuesto deseable pero no puede alterar la ordenación o decoración de los edificios. Dentro de estos límites es donde se debe concebir y autorizar los acondicionamientos exigidos por la evolución de los usos y costumbres.

Artículo 6º - La conservación de un monumento implica la de un marco a su escala. Cuando el marco tradicional subsiste, éste será conservado, y toda construcción nueva, toda destrucción y cualquier arreglo

que pudiera alterar las relaciones entre los volúmenes y los colores, será desechada.

Artículo 7º - El monumento es inseparable de la historia de que es testigo y del lugar en el que está ubicado. En consecuencia, el desplazamiento de todo o parte de un monumento no puede ser consentido nada más que cuando la salvaguarda del monumento lo exija o cuando razones de un gran interés nacional o internacional lo justifiquen.

Artículo 8º - Los elementos de escultura, pintura o decoración que son parte integrante de un monumento sólo pueden ser separados cuando esta medida sea la única viable para asegurar su conservación.

■ RESTAURACIÓN

Artículo 9º - La restauración es una operación que debe tener un carácter excepcional. Tiene como fin conservar y revelar los valores estéticos e históricos del monumento y se fundamenta en el respeto a la esencia antigua y a los documentos auténticos. Su límite está allí donde comienza la hipótesis: en el plano de las reconstituciones basadas en conjeturas, todo trabajo de complemento reconocido como indispensable por razones estéticas o técnicas aflora de la composición arquitectónica y llevará la marca de nuestro tiempo. La restauración estará siempre precedida y acompañada de un estudio arqueológico e histórico del monumento.

Artículo 10º - Cuando las técnicas tradicionales se muestran inadecuadas, la consolidación de un monumento puede ser asegurada valiéndose de todas las técnicas modernas de conservación y de construcción cuya eficacia haya sido demostrada con bases científicas y garantizada por la experiencia.

Artículo 11º - Las valiosas aportaciones de todas las épocas en la edificación de un monumento deben ser respetadas, puesto que la unidad de estilo no es un fin a conseguir en una obra de restauración. Cuando un edificio presenta varios estilos superpuestos, la desaparición de un estadio subyacente no se justifica más que excepcionalmente y bajo la condición de que los elementos eliminados no tengan apenas interés, que el conjunto puesto al descubierto constituya un testimonio de alto valor histórico, arqueológico o estético, y que su estado de conservación se juzgue suficiente. El juicio sobre el valor de los elementos

en cuestión y la decisión de las eliminaciones a efectuar no pueden depender únicamente del autor del proyecto.

Artículo 12º - Los elementos destinados a reemplazar las partes inexistentes deben integrarse armoniosamente en el conjunto, distinguiéndose claramente de las originales, a fin de que la restauración no falsifique el documento artístico o histórico.

Artículo 13º - Los añadidos no deben ser tolerados en tanto que no respeten todas las partes interesantes del edificio, su trazado tradicional, el equilibrio de su composición y sus relaciones con el medio ambiente.

■ LUGARES MONUMENTALES

(CONJUNTOS HISTÓRICO-ARTÍSTICOS)

Artículo 14º - Los lugares monumentales deben ser objeto de atenciones especiales a fin de salvaguardar su integridad y de asegurar su saneamiento, su tratamiento y su realce. Los trabajos de conservación y de restauración que en ellos sean ejecutados deben inspirarse en los principios enunciados en los artículos precedentes.

■ EXCAVACIONES

Artículo 15º - Los trabajos de excavaciones deben llevarse a cabo de acuerdo con las normas científicas y con la "Recomendación que define los principios internacionales a aplicar en materia de excavaciones arqueológicas" adoptada por la UNESCO en 1956.

El mantenimiento de las ruinas y las medidas necesarias para la conservación y protección permanente de los elementos arquitectónicos y de los objetos descubiertos deben estar garantizados. Además, se emplearán todos los medios que faciliten la comprensión del monumento descubierto sin desnaturalizar su significado.

Cualquier trabajo de reconstrucción deberá, sin embargo, excluirse a priori; sólo la anastilosis puede ser tenida en cuenta, es decir, la recomposición de las partes existentes pero desmembradas. Los elementos de integración serán siempre reconocibles y constituirán el mínimo necesario para asegurar las condiciones de conservación del monumento y restablecer la continuidad de sus formas.

■ DOCUMENTACIÓN Y PUBLICACIÓN

Artículo 16º - Los trabajos de conservación, de restauración y de excavación irán siempre acompañados de la elaboración de una documentación precisa, en forma de informes analíticos y críticos, ilustrados con dibujos y fotografías. Todas las fases del trabajo de desmontaje, consolidación, recomposición e integración, así como los elementos técnicos y formales identificados a lo largo de los trabajos, serán allí consignados. Esta documentación será depositada en los archivos de un organismo público y puesta a la disposición de los investigadores; se recomienda su publicación".

SONIDOS
EN LA POSTMODERNIDAD



La Segunda Guerra Mundial dejaría en entredicho al proyecto diseñado y elaborado por la Modernidad. Desde el siglo XVIII y la aventura del *progreso*, la sociedad occidental se embarcó en una empresa que parecía indetenible: la de *ser moderna*. Sólo así el bienestar social sería alcanzado y el futuro idealizado se haría, en algún momento, el

presente. En el camino, surgen innumerables ideas, que habrían tenido como propósito fundamental, impulsar y estimular ese camino hacia la Modernidad. Socialismo, Nacionalismo, Liberalismo, Positivismo... la lista es larga, pero todas propuestas de una *sociedad moderna*.

La década de los sesenta del siglo XX, constituiría ese momento explosivo en el cual la sociedad desató sus desencantos, sus frustraciones y sus anhelos, aun vivos, derivados de la Modernidad. Mucho se ha hablado sobre la "contracultura" de los sesenta y su efecto sobre la sociedad occidental. Los términos rebeldía, protesta, drogas, rock, liberación sexual, suelen tejerse en los discursos explicativos sobre este período. No obstante, normalmente suele dibujarse el panorama de estos años como el de una súbita ruptura con todo lo anterior. Lo cierto es que la "contracultura" de los sesenta no surgió de la nada, de manera repentina.

En realidad, los sesenta son el tiempo de eclosión de una corriente cultural que venía gestándose desde hacía un buen tiempo y que traía como principal componente una ingénita necesidad de disentir con la cultura del *establishment* por diversas razones. Sin embargo, contrario a la noción común de *rebeldes sin causa*, quienes se hicieron sentir en esta década, lo hicieron a partir de un análisis de la realidad, de *su realidad*, más profundo de lo que nos hemos permitido aceptar.

Al decir esto, es muy probable, que el lector se remita al cúmulo de disertaciones filosóficas que pulularon la década de los 50, los 60 y los 70 del siglo pasado en torno a la llamada

Postmodernidad. En cierto sentido, no se equivoca mientras no lo piense exclusivamente, pues no sólo fue labor de la filosofía el indagar en el éxito o fracaso del proyecto moderno, también fue labor de quienes diariamente vivían el desencanto y la frustración.

Es, sin duda, el caso de Paul Simon (1941) y su canción *The sounds of silence*, interpretada originalmente por él mismo junto a Arthur "Art" Garfunkel, en el famoso dueto *Simon & Garfunkel*. La canción fue compuesta por Simon a comienzos de 1964, hallándose muy afectado por el reciente asesinato del presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.⁷⁷ En una entrevista para *NPR-music* concedida por los cantantes en 2004, Simon confesaría que terminó de concatenar letra y música mientras estaba en la ducha, pues el sonido del agua le habría parecido el fondo más apropiado para la tristeza manifiesta en los versos.⁷⁸ El dúo grabó la canción en 1964, con el sello inconfundible de las bellas armonías de sus voces y la guitarra de Simon, incluyéndola en su primer álbum *Wednesday morning, 3 a.m.*, el cual saldría a la venta en octubre de ese mismo año.

No obstante, el álbum no tuvo éxito y el dúo se separaría. La canción, en cambio, tendría un destino distinto. El productor del disco había tenido noticias de que la canción había sido recibida cálidamente en algunas ciudades del país y procedió de inmediato a mezclarla

77 John F. Kennedy fue electo presidente de los Estados Unidos para el período 1961-1965. Sin embargo, no concluiría su mandato al ser asesinado el 23 de noviembre de 1963, en Dallas (Texas).

78 Entrevista a Paul Simon y Art Garfunkel realizada por Scott Simon para *NPR-Music* (12 de Junio de 2004, disponible en línea en: www.npr.org)

nuevamente, agregándole sonidos de una guitarra eléctrica y una batería. Editó la canción como un sencillo y, entre septiembre y diciembre de 1965, *The sounds of silence* alcanzaría el primer lugar en las carteleras musicales más importantes de los Estados Unidos. Evidentemente, esto obligó a reunir de nuevo a *Simon & Garfunkel*, relanzando sus carreras.

La canción, a pesar de los agregados musicales posteriores, no perdió su atractivo de *folk-rock*. Sus versos, inteligentes y poéticos, han sido escogidos para integrar esta selección de documentos fundamentales del siglo XX, debido a su clara muestra de reconocimiento de uno de los problemas esenciales que agobiaban a la generación que estallaría caleidoscópicamente en los sesenta: la comunicación (o más bien, la falta de ella). A pesar de la noción, regularmente aceptada, de que la expresión cultural de esta década está compuesta de grandes momentos, expuestos en los medios de comunicación como nunca antes, no debe obviarse que también estuvo presente un trabajo más íntimo, más sencillo, pero no menos profundo y acertado, de algunas visiones poco comunes. La que Paul Simon colocó en *The sounds of silence* es una de ellas.

Si los años sesenta fueron años de protesta, para llegar a ello habría sido necesaria una labor de reconocimiento cultural. Ésta sería llevada a cabo de formas, a veces, inusuales, como la canción que aquí presentamos. Sutilmente, Simon traduce la impotencia ante la imposibilidad de comunicación entre las personas, más probablemente entre sus pares. Así, a través de un lenguaje metafórico y

simbólico, habla de un individualismo que parece haber perdido todas sus virtudes modernas.

En un mundo que comenzaba a sentir todo el peso de los medios de comunicación masivos, evidenciándose una gama infinita de identidades, todas ellas diferentes, las señales parecían indicar que todo era válido. Simon inicia su reflexión hablándole a la oscuridad, “vieja amiga”, con quien desea conversar sobre una visión que ha tenido y que ha sido plantada en su cerebro. La referencia parece inequívoca: la visión de la realidad que los medios de comunicación le han presentado reiterativamente, siempre dentro de una paradójica situación creada por los sonidos del silencio.

The sounds of silence nos habla de una realidad en la cual lo imperante es la carencia de valores y/o ideas compartidas, que permitan esa conexión comunicativa para hermanar a los seres humanos a partir de un anhelo común. Tan sólo el refulgir de las luces de neón en las calles parece tener algún efecto y perturbar, de alguna manera, los sonidos del silencio. Justo cuando creemos que eso es posible, Simon reitera que no hay comunicación viable, no importa cuantas personas hablen, ninguna conversa; no importa cuantas oigan, ninguna escucha; no importa cuántas canciones sean escritas, no habrá voces que las compartan al cantarlas. El sonido del silencio permanece imperturbable.

La dificultad del hombre postmoderno de definirse a sí mismo como fue privilegio del hombre moderno, se debe a su desapego a las

ideas, los proyectos, las creencias, la razón, incluso. No obstante, Simon apela al recurso de aquel que puede ver más allá de lo evidente, que observa y comprende lo que sucede, aquel que se diferencia por su cualidad de comprender la realidad. Ese es el que alerta que el silencio es como un cáncer, que sus palabras enseñarán y sus brazos alcanzarán a todos. Pero sus palabras, son absorbidas por los pozos del silencio o, de lo que podría ser equivalente, la indiferencia individual.

Termina Simon la canción con una hermosa referencia al pasaje del libro del Éxodo, en el cual el pueblo de Israel reverencia y adora a un ídolo, en lugar del Dios verdadero, mientras Moisés se hallaba ausente.⁷⁹ Esta vez el ídolo es el neón de las calles que advierte con sus destellos que el mensaje de los nuevos profetas está en las paredes del metro y es susurrado en los sonidos del silencio. Simon no indica cuál sería, en todo caso, el Dios verdadero suplantado por las luces de neón, pero es esplendida su alusión para dejar claro que el significado de su propia época estaba recayendo en el legado de ese individualismo maltrecho y de ese consumismo exageradamente impulsado, desde la década anterior, por los medios de comunicación.

The sounds of silence es un dulce y melancólico deplorar de esa situación. Su gran mérito reside en la riqueza del significado de sus versos, en medio de un lenguaje sencillo y cotidiano. Justo antes de que Bob Dylan (1941) saltara a la boca de todos con su mítica canción *Like a rolling stone* (1965), Paul Simon marcó indeleblemente

la senda del reconocimiento del mundo en que se vive para que pudiera, más tarde, inundarse de nuevo en anhelos e ilusiones de la mano de notables compositores como John Lennon (1940-1980) y canciones como *Imagine* (1971).

SOUNDS OF SILENCE, 1964 (1966)

PAUL SIMON

Hello darkness, my old friend
I've come to talk with you again
Because a vision softly creeping
Left its seeds while I was sleeping
And the vision that was planted in my brain
Still remains
Within the sound of silence

In restless dreams I walked alone
Narrow streets of cobblestone
'Neath the halo of a street lamp
I turned my collar to the cold and damp
When my eyes were stabbed by the flash of a
neon light
That split the night
And touched the sound of silence

And in the naked light I saw
Ten thousand people, maybe more
People talking without speaking
People hearing without listening
People writing songs that voices never share
And no one dared
Disturb the sound of silence

"Fools", said I, "You do not know
Silence like a cancer grows
Hear my words that I might teach you

79 Ver Éxodo 32

Take my arms that I might reach you"
But my words, like silent raindrops fell
And echoed
In the wells of silence

And the people bowed and prayed
To the neon god they made
And the sign flashed out its warning
In the words that it was forming
And the sign said, "The words of the prophets
are written on the subway walls
And tenement halls"
And whispered in the sounds of silence.

MANIFIESTO DEL MAYO FRANCÉS

REVOLUCIÓN ESTUDIANTIL



■ L'IMAGINATION AU POUVOIR⁸⁰

Es común hallar referencias a una cierta *Revolución del 68*. Sin embargo, es complicado definir históricamente tal cosa, sobre todo cuando se enmarca en una de las décadas más culturalmente ricas del siglo XX. La imagen de una oposición radical a todo lo tradicional por

⁸⁰ "La imaginación al poder", una de las frases memorables que distinguieron la protesta estudiantil francesa de Mayo de 1968.

parte de ciertos grupos que enarbolaban *nuevas ideas*, parece ser la más difundida mediáticamente, lo que no coadyuva con la labor historiográfica. Quien fuera Primer Ministro francés para 1968, Georges Pompidou (1911-1974), intentaría explicar lo acontecido en ese mes de Mayo como una *crisis de la civilización*.

Es muy probable que la revuelta estudiantil que estallara en París, en Mayo de 1968, fuera esencialmente la concentración en cantidades incontables del resquemor, la inconformidad y la antipatía que toda una generación sentía hacia la inmediatamente anterior a ella. Esta hostilidad, creemos, pudo haber sido estimulada por los pocos espacios que esa generación anterior había dejado a la más joven para embarcarse en el proyecto de imaginar un mundo distinto al que había padecido los embates de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Así, todo el eco del movimiento por los Derechos Civiles en los Estados Unidos, de los sucesos de la llamada Primavera de Praga, del movimiento de liberación sexual, de las protestas en contra de la Guerra de Vietnam protagonizadas fundamentalmente por los jóvenes estadounidenses y del asesinato de Martin Luther King Jr.,⁸¹ entre otras cosas,

81 En los EEUU la lucha por la igualdad entre todos los ciudadanos había generado la lucha por el reconocimiento de los Derechos Civiles para la minoría afroamericana desde los años 50, teniendo en la década de los 60 a la figura de Martin Luther King Jr. como su líder fundamental; las protestas y las marchas en importantes ciudades del país había despertado la conciencia de una sociedad en torno a este asunto, pero también habían marcado en el mundo entero un ritmo distinto en referencia al trato hacia todas las minorías. El 4 de abril de 1968, King sería asesinado

En Checoslovaquia, en enero de 1968 se inició un período de liberalización política que perduraría tan sólo hasta agosto de ese año y que había renovado las esperanzas sobre un

parecían alimentar la ansiedad de unos muchachos que no hallaban su lugar en una sociedad que llamaron *obsoleta*.

Las acciones estudiantiles llevadas a cabo en las calles de París desde el mes de marzo de 1968, tuvieron como argumentos la falta de recursos para el funcionamiento de las universidades ante el crecimiento sustantivo de la población de alumnos y la carencia de suficientes puestos de trabajo para los jóvenes profesionales. Esto debió sumársele el descontento creciente entre la gran masa trabajadora en relación con el nivel de los salarios y el hecho de que el gobierno del entonces presidente de Francia, Charles De Gaulle (1890-1970), se había mostrado ineficaz para dar respuestas a los diversos reclamos de la sociedad, incluyendo demandas acerca de la igualdad sexual y racial.

Para el 22 de Abril ya se habían iniciado las protestas masivas con algunos estudiantes detenidos, lo que avivaría aun más el ánimo de la revuelta. Para el 3 de Mayo, la plaza de la

socialismo de rostro humano; conocido como la Primavera de Praga, en este breve lapso se buscó flexibilizar las imposiciones políticas y burocráticas que, venidas desde Moscú, habían ahogado cualquier posibilidad de cambio; todo concluiría violentamente cuando más de 200.000 mil soldados y cerca de 2.500 tanques soviéticos entraron al país para devolver al gobierno y la sociedad en la recta senda del comunismo.

Desde la aparición de la píldora anticonceptiva en 1960 en los EEUU, el interés de la mujer por un reconocimiento más abierto dentro de la sociedad fue indetenible. La moda, la música, el arte y la vida cotidiana comenzaron a la reflejar y a estimular un papel más activo de la mujer en la sociedad.

La Guerra de Vietnam (1958-1975) se había convertido, para finales de la década de 1960, en el episodio más bochornoso de la historia militar de los EEUU. La muerte indiscriminada de mujeres y niños en una lucha que parecía no sólo no tener fin, sino además, no avanzar hacia ningún destino, así como la difusión de terribles imágenes del fragor de la batalla a través de los medios de comunicación y el negativo impacto psicológico mostrado por los soldados que ya habían vuelto a casa, provocaría una reacción radicalmente opuesta a la guerra y que se complementaría con las protestas de corte pacifista que propugnaban una sociedad sin armas de ningún tipo.

Sorbona era el punto de encuentro. La llamada Unión Nacional de Estudiantes y también el Sindicato de Profesores convocarían a una huelga general que exigía la inmediata reapertura de la universidad. El gobierno de De Gaulle hizo caso omiso a tales demandas y la policía continuó reprimiendo las diversas protestas. Se esperaba que algunos de los estudiantes detenidos fueran liberados, pero esto no ocurrió. El 6 de Mayo, conocido como el *lunes sangriento*, las protestas llevaron a la formación de barricadas en las calles con automóviles volcados y al ataque de las fuerzas policiales con piedras y objetos diversos.⁸² Fue una jornada de mucha tensión y cuyos resultados arrojaron un poco más de 400 detenciones y más de 500 heridos entre policías y estudiantes.

El 8 Mayo, los obreros en no pocas regiones del país se sumaban a la huelga general de las universidades y la opinión pública cambiaba de opinión respecto a lo que parecía pura y simple rebeldía, debido a la brutalidad policial para reprimir a los manifestantes. Dos días después se convocaba a una huelga general nacional y en menos de 10 días las principales fuerzas del país se habían sumado a la huelga. Antes de finalizar el mes, el gobierno cedió y convocó a elecciones, cuyos resultados precipitarían la renuncia de De Gaulle a la presidencia. La “revolución”, no obstante, no alcanzo los altos objetivos que se trazó por variadas razones: la desconfianza de los obreros hacia los estudiantes a quienes consideraban defensores de su condición de “pequeño burgueses” y la

desorganización del mismo movimiento estudiantil están entre las más citadas.

A pesar de todo ello, para algunos historiadores los efectos del llamado *Mayo francés* habrían sido más mediáticos que reales.⁸³ De cualquier modo, en la historia, no sólo los hechos que provocan giros inmediatos en el curso de los acontecimientos son relevantes. Muchas veces, los efectos de algún suceso pueden notarse tan sólo transcurrido el tiempo. La historia no puede medirse por causas y efectos únicamente, el proceso histórico es mucho más complejo que esa simple ecuación. Es así que, quizás, el movimiento estudiantil francés de Mayo de 1968 deba medirse mucho más allá de sus efectos cercanos en términos de un hecho notablemente triste como lo sucedido en México en Octubre de ese mismo año.⁸⁴

Lo que no puede negarse es que los sucesos del año 68 no son de fácil explicación, porque sorprendieron incluso a quienes los vivieron. Un mes fue suficiente para desatar una significativa crisis social y política cuyas consecuencias se

83 A pesar de ello, no debe banalizarse el hecho de que durante las manifestaciones en París, cualquier consigna o afiche pegado en la calle por los estudiantes, podía recorrer el mundo entero en cuestión de horas y convertirse en motivo de inspiración para otros grupos en otras latitudes.

84 Este hecho se conoce como la *Matanza de Tlatelolco* y se refiere a la brutal arremetida de los cuerpos de seguridad del Estado mexicano, incluido el Ejército, sobre una manifestación estudiantil y profesoral que se llevaba a cabo en la Plaza de las Tres Culturas en la Ciudad de México, el 2 de Octubre de 1968. La cifra exacta de lesionados nunca se conoció y, aunque el gobierno expresó que el saldo recogía 20 muertos, testigos han afirmado que el número de fallecidos podría haber estado cerca de los 100. Esta lucha civil por la autonomía universitaria que había sus primeras acciones de calle meses atrás, tuvo su episodio trágico en Tlatelolco, a tan sólo 10 días de la inauguración de los XIX Juegos Olímpicos en la capital mexicana, los cuales irónicamente serían denominados “la Olimpiada de la Paz”.

A la agitación estudiantil mexicana debe sumárseles las que tuvieron lugar el Río de Janeiro, en Madrid y en Tokio, sin dejar de lado aquellas anteriores a las de París, escenificadas en Berlín, Atenas y Milán.

82 En estos hechos, Daniel Cohn-Bendit (1945) sería uno de los principales líderes estudiantiles. Hoy Cohn-Bendit es diputado al Parlamento Europeo por el Partido Verde.

desarrollarían en las décadas subsiguientes. Esta crisis no fue pasada por alto por los círculos intelectuales, de los cuales salieron más varias decenas de libros sobre el acontecimiento antes de concluir el año. Con todo, los sucesos de Mayo en Francia deberían observarse como el capítulo francés de una llamarada de carácter más global, que era encendida fundamentalmente por la llamada generación de *baby boomers*.⁸⁵

No debe olvidarse que, en el epicentro del *Mayo francés*, se encuentra el Manifiesto que aquí presentamos: la reforma universitaria. Redactado por los universitarios el documento se divide en cuatro partes, cada una con un grupo de exigencias muy claras y concretas. Muchas de ellas podrían lucirnos hoy normales, adecuadas al mundo universitario que disfrutamos. Empero, no siempre la Universidad como centro de confluencia de ideas y núcleo de producción intelectual, fue siempre así. Por ello el manifiesto, por ello la revuelta parisina, por ello los estudiantes en las calles en el mundo.

Por su brevedad y contundencia este manifiesto cumple con su función de ser una declaración pública de las intenciones del grupo que le produjo, pero también refleja los principios fundamentales del movimiento. Este manifiesto recoge claramente el espíritu de una universidad contemporánea y reclama, en primera instancia, su independencia de cualquier poder político y el ser el centro de la crítica y el debate de manera libre. La enseñanza no sólo debe ser gratuita sino,

además, abierta y efectiva; mientras que los recintos educativos deben ser autogestionados por estudiantes y profesores, sin ningún tipo de injerencia externa. Así pues, son los estudiantes y los profesores los que deben revisar el curriculum de enseñanza, sin aceptar ningún tipo de imposiciones. Al mismo tiempo, se declara la única vigencia de una universidad en la cual la investigación y la enseñanza convivan en plena comunión.

Es claro que este manifiesto, como los sucesos que le produjeron, tiene, al menos, tres esferas: la estudiantil (o académica, la social y la política). Hemos dicho ya que el grupo de estudiantes no poseía una sólida organización, sin embargo, a través del manifiesto puede notarse claramente que la búsqueda académica iba dirigida hacia una reforma universitaria que propiciase una participación más clara y abierta de la propia comunidad universitaria. Clamaban por una universidad crítica y no complaciente a la tradición que ya consideraban más que caduca.

Socialmente hablando, el manifiesto apela a una sociedad dormida, inexplicablemente apacible ante el anquilosamiento de la su propia dinámica. Fue ciertamente utópica su intención de cambiar el mundo, de darle la vuelta, pero esto instituyó una suerte de actitud contestataria con la que tendrían que lidiar quienes se negaran a dar paso a las nuevas generaciones. Desde el punto de vista político, es una barrera de alerta que se levanta contra el poder político y sus siempre presentes intenciones de dominar los ámbitos educativos, de limitar el libre pensamiento y la autodeterminación de las vías de evaluación del mundo y de su propio accionar en la sociedad.

85 Como *baby boomers* se conoce a los jóvenes nacidos luego de la Segunda Guerra Mundial, a partir de cierta sensación de prosperidad y auge del consumismo.

Al final, ante las consideraciones de *crisis de la civilización* que escucharon en su momento, los muchachos de Mayo del 68 dejaron su estampa en las paredes para expresar que ante toda *jerarquía* atacarían con la *igualdad* y ante toda *tradición* reaccionarían con la *libertad*. Y es que, si algo no puede discutirse del célebre *Mayo francés* es que constituyó una reacción *antijerárquica* y *antitradicionalista*. Una reacción dibujada por una generación imaginativa, creativa y valiente.

MANIFIESTO DEL MAYO FRANCÉS, 1968

Las A.G. de los diversos establecimientos públicos de enseñanza superior (según la lista adjunta), proclaman solemnemente que una reforma de la Universidad debe seguir la línea directora de los siguientes principios fundamentales:

■ I. INDEPENDENCIA Y CONTESTACIÓN.

a) La Universidad debe ser absolutamente independiente de cualquier poder político. b) La Universidad debe ser el centro de contestación permanente de la sociedad. La información y los debates libremente organizados entre estudiantes, personal docente y personal no docente de la Universidad constituyen el medio fundamental de esta contestación. c) Estos principios deberán ser garantizados, así como la presencia y libre expresión de las minorías, por un conjunto de reglas internas de cada establecimiento de enseñanza superior.

■ II. AUTOGESTIÓN.

a) La enseñanza gratuita en todos los niveles es un deber para con la sociedad presente y futura. b) Debe estar abierta a todos, efectiva e igualmente, sin imponer ninguna selección. c) Los establecimientos de enseñanza superior deben ser regidos paritariamente por estudiantes y enseñantes sin ninguna injerencia externa. d) Los fondos públicos aportados por el Estado se fijarán en función de las exigen-

cias de la colectividad nacional, expresados en los planes económicos a medio y largo plazo, que la Universidad debe fijarse democráticamente, y cuya aplicación es obligatoria para los establecimientos públicos. La organización del personal docente y de estudiantes estarán representadas en las comisiones de elaboración de los planes. Las cantidades que se dedicarán a la enseñanza por los planes, una vez ratificados éstos, se impondrán como una obligación del poder político ejecutivo y deliberante al votar el presupuesto anual. Estas cantidades, por lo que se refiere a la enseñanza superior, se repartirán entre las universidades a través de un organismo paritario de ejecución, nacido de las organizaciones paritarias de personal docente y estudiantes que hayan participado en la elaboración de los planes. e) Toda real autonomía exige la institución de organismos capaces de neutralizar las fuerzas exteriores, que podrían desposeer de hecho a los estudiantes y al personal docente del poder decisorio en todo lo que se refiere al funcionamiento de la Universidad. Únicamente los comités nacionales de vigilancia, nacidos de los comités paritarios, pueden definir los medios acordados para contestar a los intentos de recuperación, especialmente los que se aprovecharían inmediatamente de las utilizaciones anárquicas de la autonomía.

■ III. AUTODEFINICIÓN.

a) Los estudiantes y el personal docente deben poder someter a examen, regularmente y con toda libertad, el contenido y la forma de la enseñanza. b) La Universidad deberá ser un centro de cultura social. Por consiguiente, deberá determinar ella misma los marcos en los cuales los trabajadores participarán en sus actividades. c) Los exámenes y concursos en su forma actual deberán desaparecer y ser sustituidos por una evaluación continua basada en la calidad del trabajo realizado durante todo un período. El suspenso en una asignatura, en la forma actual, no sanciona siempre la pereza o falta de aptitud del alumno sino, con frecuencia, la falta de enseñanzas.

■ IV. AUTOPERPETUACIÓN.

La Universidad es la voluntad de una perpetua superación por: a) Una estrecha conjunción de la investigación y la enseñanza; b) la educación permanente; c) el reciclaje regular de los trabajadores y del personal docente; para éste deben preverse años de total disponibilidad para el estudio.

Este texto elaborado por los representantes de los establecimientos de enseñanza superior siguientes: I-E.P. París, Derecho y Ciencias Económicas de París; Medicina, París; Filosofía, Sociología y Letras, París; Lenguas Orientales; ex Escuela de Arte; Ciencias de la Halle aux Vins; Ciencias de Orsay; Ciencias Económicas, Poitiers; Ciencias Económicas, Clermont-Ferrand; se propondrá a las A.G. y será adoptado o rechazado en su totalidad.

REVOLUTION

DIJISTE QUE QUERÍAS UNA REVOLUCIÓN



No es extraño para nadie que se relacione un momento de la historia con un estilo o una pieza musical. En algunos casos, una composición se vincula con una ciudad o con un personaje que no tuvo ninguna intervención en su creación. De cualquier manera, la música, como las manifestaciones artísticas en general, son extraordinarios documentos históricos que

normalmente son menospreciados por la mayoría de los historiadores. Se cree que la “exagerada subjetividad” del arte no hace posible que una obra del pasado pueda ser leída con la necesaria “objetividad” del historiador. Nada más falso.

En realidad, una obra de arte no sólo puede ser leída como un documento histórico válido, sino que además es más rica en significados e interpretaciones que un documento extraído de los archivos de algún ministerio. No importan cuántas fuentes primarias logremos reunir sobre el bombardeo a la ciudad de Guernica, el 27 de Abril de 1937, si no contamos con la imagen del suceso que Pablo Picasso recreó en un enorme lienzo -empleando sólo valores, sin colores-, pues tendremos la más pobre de las visiones.

La década de 1960 tal vez sea una de las más complejas de comprender históricamente hablando. Podemos dedicarnos a estudiar la Guerra de Vietnam, la lucha por los Derechos Civiles, el agitado movimiento estudiantil, el renacer de la izquierda política, el movimiento de liberación femenina, etc., pero todo ello carecerá de un espacio de confluencias. Un espacio en el cual todo tenga un espacio. Sólo el arte es capaz de crear ese espacio, sólo los artistas existen en cuanto a creadores de esos espacios.

Es así que, aunque no pretendemos encapsular una década profundamente caleidoscópica en una sola obra de arte, presentamos como una de sus voces más autorizadas una pieza de quienes, tal vez, sean los iconos culturales más célebres del siglo XX: *The Beatles*.⁸⁶ El

compromiso es grande por el hecho cierto de que no hay una canción que pueda englobar todo aquello que este cuarteto británico representó para toda una generación, lo que ha significado para las generaciones posteriores y el valor que posee para la historia cultural de este período.

Rápidamente, apenas mencionarlos, la polémica surge a borbotones. Críticas van y vienen sobre su música, desde el desdén más despreciable hasta la exaltación más irracional. Sin embargo, The Beatles, en sus fallas y en sus aciertos, logró absorber al siglo pasado en toda su extensión. Podría borrarse de la memoria de todos cualquier otro artista que, desde la música como expresión, habitase el siglo XX y aun así, con The Beatles presentes, seguiríamos comprendiendo culturalmente la centuria. No ocurriría lo mismo si los suprimiéramos a ellos.

Así las cosas, hablar de The Beatles y su obra es un responsabilidad enorme, sobre todo porque aquí tan sólo podemos exponer la letra de una de sus canciones, dejando la música para quien tenga la suficiente curiosidad como para ir en su búsqueda. Hemos seleccionado, no sin lamentos por no poder incluir muchas más, una canción cuya autoría es atribuida enteramente a John Lennon, pero acreditada a la dupla Lennon/McCartney. Se trata de *Revolution*, pieza compuesta y grabada en 1968, sobre la cual puede notarse claramente la impronta del genio de Lennon, pero poseedora, en sí misma, de la incuestionable marca de la participación de los cuatro miembros de la banda.

86 Grupo musical oriundo de Liverpool (Gran Bretaña) conformado en 1960 e integrado por John Lennon (guitarra rítmica, 1940-1980), Paul McCartney (bajo, 1942), George Harrison

(guitarra solista, 1943-2001) y Ringo Starr (batería, 1940). En 1970, la banda se separaría oficialmente.

Al escucharla, es imposible no considerarla una canción de The Beatles, aunque en sí misma rompa con algunos esquemas, ya para entonces, característicos de la banda. La pieza es reconocida por ser una especie de piedra angular para desarrollo posterior de otros derivados del rock. La incorporación del sonido distorsionado de las guitarras, el tronar de las baquetas en la batería e, incluso, el grito avizor con el que se inicia la canción, hacen de esta pieza una de las más agresivas del grupo, en términos musicales. Nunca llegó a repuntar en los primeros lugares de la cartelera de preferidas y hubo mucho temor de parte de George Martin⁸⁷ y el mismo Paul McCartney en torno a las posibilidades de la canción en la radio.

No obstante, esta fue una canción de especial interés para Lennon. Algunos años después, confesó a la revista *Rolling Stone*, en una larga entrevista, que la letra de la canción le había estado rondando en la cabeza desde el momento en el que todo el grupo fue a la India a comienzos de 1968 y que la renovación espiritual que vivió en esa experiencia le permitió mirar muchas cosas con mayor claridad. En realidad, este viaje a la India fue realmente fructífero para todos en la banda, pues el enriquecimiento musical y espiritual fue notable a su regreso.

Es claro que 1968 fue un año particularmente convulso y que los acontecimientos que venían desarrollándose desde tiempo atrás hallaron, en no pocos casos, una clara manifestación histórica en él. *Revolution* es la canción más

87 George Martin (1926), productor y arreglista británico que trabajó con The Beatles para todos sus álbumes a excepción de *Let it be* (1970). Es considerado por muchos "el quinto Beatle".

abiertamente política de The Beatles. Ella, en sí misma, es uno de los manifiestos más claros en cuanto a la comprensión y señalamiento de la crisis del contexto sociocultural del momento. Para Lennon, la pieza fue una radiografía personal de lo que acontecía a su alrededor y de aquello en lo cual la opinión pública deseaba involucrar su imagen.

Desde la primavera de ese año las manifestaciones estudiantiles hacían un ruido inusitado en el mundo, especialmente en Francia. La violencia en la que devinieron las manifestaciones en las calles de París sorprendió a muchos y reavivó un fervor que se creía perdido. La muerte de un personaje, proclamado "revolucionario", como Ernesto 'Che' Guevara el año anterior, había despertado también una ola de heroísmo romántico en los movimientos de izquierda. Sin embargo, la decepción ante el *stablishment* del Comunismo en el mundo, especialmente el representado por la China de Mao Tse-Tung (1893-1976) y por la dura imposición soviética, notable en sucesos como la llamada *Primavera de Praga*⁸⁸ en el mismo 1968, habían abierto un boquete por el cual se filtraría la decepción y la búsqueda de alternativas en quienes confiaban en las ideas socialistas.

Lennon no escaparía de esta revisión del contexto y de las ideas que le habían influido a lo largo de los años. Nunca dejó de aceptarse

88 Con el nombre de *Primavera de Praga* se conoce en la historia al período del primer semestre de 1968, en el cual se llevó a cabo en la antigua Checoslovaquia un proceso de flexibilización y liberación política que buscaba modificar paulatinamente los elementos totalitarios presentes en el régimen político impuesto por la URSS desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Al final de la primavera de 1968, las tropas del Pacto de Varsovia, al mando de la URSS, invaden Checoslovaquia y se revierten los cambios implantados en los meses anteriores (libertad de prensa, derecho a la organización sindical y a la huelga, etc.).

simpatizante de las ideas de izquierda, pero siempre estuvo en contra del uso de la violencia y las armas para la imposición de visiones del mundo. Para 1968, el uso del término 'revolución' era común, calificándose a casi todo lo diferente o lo opuesto a algo como 'revolucionario'. Justamente esto es lo que Lennon expone en *Revolution*, en su letra aguda, sarcástica y punzante. Claramente dirigida a los más jóvenes que se autocalificaban como 'revolucionarios'.

No escribe un himno a la acción revolucionaria, tampoco es un llamado a las armas ni a la violencia, aunque sí es una convocatoria a *pensar en la revolución* que todos debemos hacer, a reflexionar sobre ella. Es una confesión pública, si cabe, muy al estilo de Lennon, sobre lo que piensa acerca de todos aquellos para quienes una revolución era un asunto de acción material meramente, de cambiar formas de gobierno o de destruir lo establecido.

La única revolución posible y necesaria era la *revolución de la mente*, así lo deja claro. La canción ironiza sobre los llamados revolucionarios y los enfrenta al deseo común; punza sobre las soluciones definitivas y pide ver los planes que, obviamente, no existen. Ante la solicitud de contribuciones, asegura que todos hacemos lo que podemos, pero que no se espere ninguna suya para alimentar mentes ya llenas de odio. Todo lo anterior queda refrendado por el insistente "Todo va a estar bien" (*it's going to be all right*), el cual no parece dirigido ni a los llamados a la revolución, ni a los planes de cambio, ni siquiera a los sencillos anhelos. Por el contrario, parece dirigido a quienes hayan sido lo suficientemente

sagaces como para comprender que la revolución indispensable es *la revolución del individuo*.

Como hemos dicho, Lennon creía fervientemente en que el cambio que la sociedad demandaba debía venir del interior de cada hombre y mujer, y no de la acción violenta. Su crítica entonces iba, probablemente, dirigida a activistas que empleaban la violencia en sus acciones autoproclamadas 'revolucionarias' en contra de la Guerra de Vietnam y la discriminación racial. La sencilla letra de *Revolution* apunta también hacia la desacralización de los ídolos como lo refiere la mención al uso de fotografías de Mao, como si esto en sí fuera la propia revolución. En este sentido, se vincula con lo que Andy Warhol exponía en su pintura en torno a la trivialización de los mensajes dentro de la dinámica de la sociedad de consumo y apela a la reflexión sobre lo que la imagen implica, así, sin contenidos.

Los versos de *Revolution* conforman, en conjunto con su partitura musical, una pieza de propósitos tan localizados que ha pasado a convertirse en una declaración atemporal acerca de uno de los asuntos más debatidos desde finales del siglo XVIII: *la revolución*. Aunque el proceso de creación de la pieza en el seno de The Beatles no fue tan fluido como en otros casos, una vez que se llegó al sonido adecuado, los cuatro miembros del grupo insistieron en que deseaban que la canción mantuviera ese aire distorsionado que le caracteriza, porque era parte esencial del mensaje. Un mensaje que todos deseaban cantar.

Así pues, la genialidad musical de The Beatles emerge triunfante en el correr de los acordes de esta canción, en la competencia establecida por los instrumentos en pos del protagonismo. Esto, enfrentado a unos versos decididamente críticos hacia el concepto expresado en el título de la canción, dibuja un panorama profundamente caótico. Si bien es cierto que esto pudiera señalarse del momento en el cual fue creada la canción, no podemos dejar de insistir en lo contundente de la manifestación artística expresada a través de ésta. Para la banda británica, tal vez esta no haya sido su canción favorita, ni tampoco la más representativa de su repertorio. No obstante, es una voz autorizada del siglo XX y eso no necesariamente está vinculado con el éxito o la resonancia pública de sus notas, de modo que pueda convertirse en un documento histórico de singular valor.

REVOLUTION, 1968

JOHN LENNON / PAUL MCCARTNEY

You say you want a revolution
Well, you know
We all want to change the world.
You tell me that it's evolution,
Well, you know
We all want to change the world.
But when you talk about destruction,
Don't you know that you can count me out. In.
Don't you know it's going to be all right,
all right, all right.
You say you got a real solution
Well, you know

We'd all love to see the plan.
You ask me for a contribution,
Well, you know
We all do what we can.
If you want money for people
with minds that hate,
All I can tell you is brother you have to wait.
Don't you know it's going to be all right,
all right, all right.
You say you'll change a constitution
Well, you know
We'd all love to change your head.
You tell me it's the institution,
Well, you know
You better free your mind instead.
But if you go carrying pictures
of chairman Mao,
You ain't gonna make it with anyone anyhow.
Don't you know it's going to be all right,
all right, all right.

IMAGINE

IMAGINO



Para algunos resulta necia la comparación del asesinato de John Lennon con aquel de Martin Luther King. Es necia en tanto no nos percatemos que sus vidas tenían tanto valor como la de Gyalwa Kalsang (víctima de las acciones del ejército chino sobre la población del Tibet), la de Aurore Kirezi (víctima del genocidio rwandés), la de Meshi Dobrivoje (víctima de las políticas de exterminio de parte del gobierno serbio de Slobodan Milošević) o de

la pequeña Lielit (víctima de la hambruna de 1984 en Etiopía).

Desde otro punto de vista, tanto Lennon como King devinieron en extraordinarios mensajeros de la paz y sus trágicas desapariciones físicas tan sólo sirvieron para hacer brillar mucho más sus convicciones en una atmósfera enrarecida. Hemos incluido en esta selección los versos de la muy conocida canción *Imagine* de John Lennon, escrita en 1971, porque con ella, este hombre singular, que participó del *show business* y se convirtió en una rutilante estrella en el seno de la legendaria banda The Beatles, perseguida por fanáticos a donde quiera que iba, porque en medio de su melodía (demasiado empalagosa, según sus detractores) recordó al siglo XX aquello que siempre sería anhelado, soñado, *imaginado*.

Ciertamente, imaginar puede ser peligroso, pero el único remedio para esto no es otro que seguir imaginando. Si Martin Luther King había confesado su sueño en 1963, Lennon invitaba ahora a todos a imaginarlo y en el proceso, construir lo imaginado. No cabe duda que este ex-Beatle fue un hombre harto polémico, irreverente y nada convencional. No pocas de sus canciones resultaron un enfrentamiento con el oyente e *Imagine* es una de ellas. En apariencia, Lennon invita a imaginar cosas una y otra vez, pero en realidad es una gran pregunta: ¿lo imaginas?

En sus grabaciones anteriores como solista, después de que The Beatles se separara definitivamente, Lennon había intentado expresar abiertamente sus creencias, sus preocupaciones y sus inquietudes sobre sí

mismo y, por supuesto, sobre el mundo. En reportaje para la revista *Rolling Stone*, en conmemoración de los 25 años de la muerte del músico, Mikal Gilmore refiere que, para Lennon, *Imagine* era lo mismo que *Working class hero* y *Mother* (ambas incluidas en su primer disco como solista), pero que, sin embargo, estas canciones era muy crudas, demasiado reales para que la gente pudiera aceptarlas. Es así que, según refiere Gilmore, pensó en hacer alto distinto con *Imagine*. “Era el mismo mensaje”, insistió Lennon, “pero edulcorado... *Imagine* es un gran hit en casi todas partes y es anti-religiosa, anti-nacionalista, anti-convencional y anti-capitalista, pero al ser edulcorada, es aceptada. Ahora comprendo lo que se debe hacer: colocar el mensaje político con un poco de miel.”⁸⁹

En efecto, en *Imagine*, Lennon aboga por el imaginar que no hay un Cielo ni un Infierno, haciendo alusión a las religiones que, en lugar de hermanar a los hombres, los han enfrentado; pide imaginar la no existencia de países que generen motivos para matar a otros seres humanos e incluso, imaginar que no hay posesiones que llamen a la codicia. Y aunque la letra parezca simple, resulta retadora al insistir ante quien escucha con frases como: “Es fácil si lo intentas”, “No es difícil de lograr”, “Espero que algún día te nos unas” y “Me pregunto si podrás.”

De alguna manera, desde mucho antes, Lennon había dejado colar en sus canciones ese dejo de anhelo, de sueño y de imaginación. Quizás, *Lucy in the sky with diamonds* (1967), escrita en

89 John Lennon en Mikal Gilmore, “Lennon lives forever”, en *Rolling Stones*, Dic. 05, 2005.

dupla con Paul McCartney, sea una buena muestra de la confianza que Lennon siempre colocó en el poder de la imaginación. El mundo parecía ser para él un lienzo en el cual jugaban los pinceles de su creatividad. Desde canciones tempranas como *I'll get you* (1963), Lennon había empleado figuras del imaginario de sueño y fantasía que tendrán su culmen en *Imagine*.

Considerada una de las canciones más influyentes del siglo XX, proclama una utopía a la cual se ha de llegar sin lucha, sino a partir de la decisión de cada individuo de llevar a la realidad el producto sencillo de su imaginación. Invoca la subversión del orden establecido, pero no llama a la violencia. Establece, indirectamente, que la imaginación podría ser más importante que el conocimiento, entendiendo que la imaginación es la que nos permite apuntar a aquello que estamos por descubrir, por crear o por alcanzar.

No debe pensarse, no obstante, que Lennon escribe *Imagine* sin un impacto de su propio contexto. La Guerra de Vietnam y la lucha por los derechos civiles, habían convertido el escenario estadounidense (en el cual Lennon trabaja en estos años) en un torbellino de agitación, con manifestaciones y protestas que no se hacían esperar. Lennon supo aprovechar el enorme efecto gatillo de la música, sobre todo, gracias a los medios de comunicación. Así, *Imagine* se convirtió rápidamente en una suerte de himno o de canción de culto de parte de todos aquellos que aspiraban cambiar el mundo, pero que desechaban la violencia como un método válido para el cambio. Es un canto por la paz, no hay duda, pero más allá de eso, *Imagine* ha llegado a ser un hermoso bosquejo

del anhelo futuro, así como también un llamado a la capacidad de cada persona de accionar su imaginación por el bienestar común y no el individual.

Imagine sueña un mundo sin violencia de ningún tipo y demuestra un profundo amor por la humanidad, así como gran preocupación por su futuro. Expresa un idealismo que resulta extraño en medio de un mundo convulso, pero que apela al maravilloso poder de la imaginación, razón por la cual Amnistía Internacional la seleccionó para convertirla en la canción oficial de una campaña a favor de los Derechos Humanos en 2004. Y es que Lennon, a más de 30 años de componer esta pieza, aun nos reta, colándose sin aspavientos entre los paisajes de nuestra mente para un futuro más benigno.

No importa nuestro nombre, nuestra condición social o nuestro brillo en el mundo público. La fuerza de la imaginación de todos y cada uno es igual de importante mientras nos quede vida a la cual asirnos. John Lennon moriría asesinado cerca de su departamento en Nueva York, el 8 de diciembre de 1980. Tenía entonces 40 años. El 13 de septiembre de ese año, Elton John ofrecería un concierto gratuito en los espacios del Central Park de esa misma ciudad, el cual concluiría con la canción que aquí presentamos. Antes de comenzar a cantarla, Elton diría al público presente: "Esta va por un muy querido amigo mío que no vive lejos de aquí. Así que vamos a cantarla fuerte para que él la escuche." ...¿Se atreven también ustedes a *imaginar*?

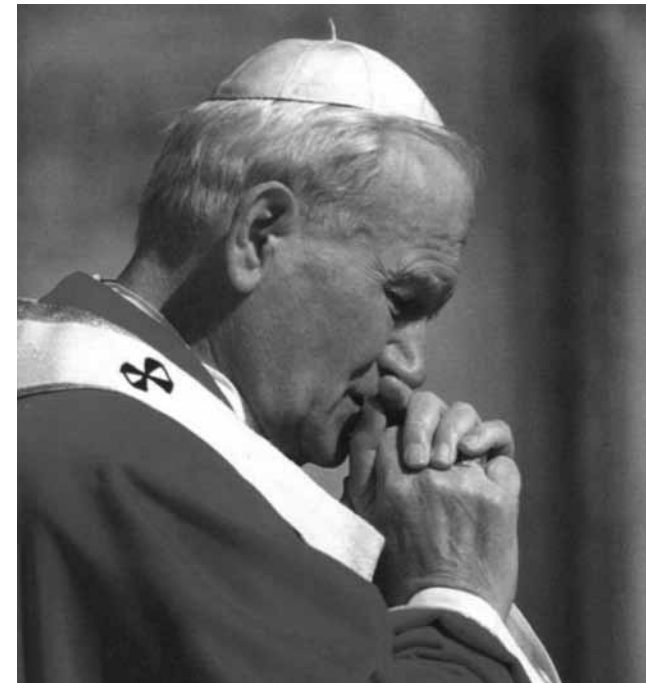
IMAGINE, 1971

JOHN LENNON

Imagine there's no Heaven
It's easy if you try
No hell below us
Above us only sky
Imagine all the people
Living for today
Imagine there's no countries
It isn't hard to do
Nothing to kill or die for
And no religion too
Imagine all the people
Living life in peace
You may say that I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
And the world will be as one
Imagine no possessions
I wonder if you can
No need for greed or hunger
A brotherhood of man
Imagine all the people
Sharing all the world
You may say that I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
And the world will live as one

DISCURSO ANTE LA UNESCO

A LA CIENCIA
DESDE EL HOMBRE



Karol Józef Wojtyła (1920-2005) fue el primer papa polaco de la historia de la Iglesia Católica. Ese solo dato curioso habría sido suficiente para hacerle célebre. Sin embargo, este hombre afable y tremendamente mediático, se convirtió en una de las voces más autorizadas del siglo XX. Su pensamiento quedó plasmado en 14 encíclicas, 14 exhortaciones apostólicas, 3 libros

e innumerables discursos e intervenciones en audiencias y eventos de la más variada naturaleza. Escogió el nombre de Juan Pablo II para ser llamado durante su largo pontificado (1978-2005) y viajaría por el mundo entero, recorriendo más de 1.150.000 Kms, en 104 viajes oficiales a 129 naciones, por casi 700 ciudades diferentes.

Al inicio de su ejercicio como cabeza de la Iglesia católica, el Vaticano tenía relaciones diplomáticas con 84 Estados. Al morir, había establecido relaciones formales con 173. Su interés por el bienestar del mundo entero, católico o no, siempre fue notoria. Dado a apreciar las manifestaciones culturales con una especial sensibilidad, este ex actor juvenil, consideró siempre a la diversidad cultural como una expresión de la rica naturaleza humana. Aquello que le era familiar en estos términos, era siempre muy apreciado por él de manera cariñosa, pero, de la misma manera, aquello que culturalmente le era ajeno, aun cuando hubiera sido objeto de su estudio particular, era recibido por él con los brazos abiertos.

Consideraba Juan Pablo II que las manifestaciones culturales son muestra de la magnificencia del hombre como creación de Dios y, en este sentido, de Dios mismo. No es casualidad que se reuniera privadamente en ocho ocasiones con el Dalai Lama, más que con ningún otro dignatario de cualquier Estado. Estas dos cabezas religiosas seguramente compartieron la visión de un mundo sin fronteras en la configuración de aquello que es esencial en el *ser humano*. Ambos hombres lo expresaron reiteradas veces.

De la numerosa documentación que preserva el pensamiento de este hombre de Iglesia y de mundo, probablemente sorprenda el que hayamos seleccionado un sencillo discurso pronunciado ante la Asamblea General de la UNESCO, el 2 de Junio de 1980, cuando apenas tenía 2 años como líder de millones de fieles en todo el planeta. Aunque el propio Juan Pablo II consideró este discurso como uno de sus más significativos, la selección, sin embargo, obedece al contenido del discurso y al llamado que en él, frente a los representantes del quehacer cultural de todo el orbe, hace a los científicos. El papa le habló a la Ciencia.

Para Juan Pablo II, el estímulo a la cultura de los pueblos siempre fue fundamental, pues consideraba que ésta era un eslabón esencial para el desarrollo de la propia humanidad. La cultura era para él un motor de desarrollo para los pueblos. En este discurso expresa con diaphanidad que sólo la cultura puede permitir a los hombres *ser más* en el seno de su comunidad. *Ser más* en cuanto a su desarrollo espiritual, pero no en cuanto al ascenso jerárquico de un hombre sobre otro.

Su Polonia natal es el ejemplo de lo anterior y así lo expresa. A pesar de los momentos difíciles que el pueblo polaco debió afrontar a lo largo de su historia, siempre permaneció unido y fuerte gracias a su cultura, expresada primeramente en la pervivencia de su lengua como germen de su identidad. Así pues, sin necesidad de emplear la fuerza física, Polonia ha prevalecido gracias a su cultura. Alerta el papa, no obstante, que esto no es un llamado a un *nacionalismo cultural* que pudiera asumirse con claros visos de superioridad sobre otros

pueblos y culturas. Al contrario, pues es consciente de que esa visión errada de *superioridad cultural* llevó a la Alemania nazi a imponer su signo sobre los pueblos vecinos, trayendo miseria, desolación e irrespeto a la dignidad humana.

Exalta la labor de las universidades como centros de libre pensamiento y desarrollo del conocimiento. Centros en los cuales la Ciencia ocupa un lugar central. Es aquí cuando el papa se inclina a considerar el trabajo científico como un trabajo edificador, siempre y cuando implique un trabajo desinteresado. Alerta sobre las imposibilidades de una situación que luce como ideal y que la pérdida de los principios del desinterés y la objetividad, podrían hacer que la Ciencia persiga objetivos que nada tienen que ver con ella. Que la Ciencia se pliegue a objetivos *no-científicos*, que diluya el derecho de los hombres de ciencia a *juzgar y decidir* sobre su propio trabajo era, en su visión, uno de los mayores peligros de la cultura.

Recuerda, oportunamente, cómo no pocos hombres de ciencia debieron pagar por sus acciones científicas fuera de toda ética al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Lamentablemente, para 1980, el mundo sentía la amenaza de los avances de la Ciencia en manos de los Estados que subvertían, muchas veces, las intenciones originales de los científicos. Los grandes descubrimientos estarían siendo empleados para fines contrarios a la Ciencia misma, porque, para él, la Ciencia debía estar al servicio de la vida y no de la muerte y la destrucción de la humanidad. La Ciencia debía actuar decididamente en el fortalecimiento de la vida y la dignidad humanas.

En el momento en el cual Juan Pablo II pronuncia este discurso ante la UNESCO, la amenaza de un conflicto nuclear estaba latente y expresa con preocupación que esto podría poner en peligro los avances culturales de la humanidad, de los frutos de la cultura, de los productos de la civilización que, a lo largo de muchos siglos, fue configurando el edificio del espíritu humano. Por ello, apela directamente a los hombres de ciencia y de cultura, a ellos que tienen en sus manos la inmensa responsabilidad de la Ciencia misma, para que actúen concientemente en el desarrollo y uso del conocimiento del que son dueños.

¡Es necesario movilizar las conciencias!, exclama el papa en esta intervención. Clama por la primacía de la Ética sobre la Técnica, del lugar fundamental del ser humano por encima de las cosas, *de la superioridad del espíritu sobre la materia*. Como *hijo de la humanidad*, el papa solicita a los hombres de ciencia evitar *la horrible perspectiva de una guerra nuclear*. Habla a sus corazones, pero también a su inteligencia, pues aunque los Estados puedan imponer su poder, el deber ético de quienes producen el conocimiento que podría ser utilizado para la destrucción es ineludible.

Les llama que también se aboquen a la construcción de la Paz respetando todos los derechos del hombre (en sus dimensiones material y espiritual). Les insta a comprometer su autoridad moral por la salvación de la humanidad ante la destrucción nuclear. Así, confiesa al final, uno de sus mayores deseos le ha sido cumplido, pues ha podido expresar a los hombres de ciencia que su contribución es vital y que, por ello, no pueden detenerse en su

trabajo en beneficio del desarrollo de la cultura de cada pueblo.

Sólo en el seno de la cultura puede el espíritu desarrollarse hacia la búsqueda sincera de la Paz. De este modo lo expresó entonces en la UNESCO, pero lo expresaría también en cada viaje, en cada remota ciudad en la cual apreciaba y se honraba al vestirse con las ropas de cada cultura, de cada pueblo. Es comprensible entonces que este memorable discurso terminase con un llamado entusiasta: *¡Continuad! Continuad siempre.*

DISCURSO ANTE LA UNESCO, 1980

JUAN PABLO II

En nombre del futuro de la cultura, es necesario proclamar que el hombre tiene el derecho a «ser» más, y si por la misma razón es necesario exigir una sana primacía de la familia en el conjunto de la obra de la educación del hombre a una verdadera humanidad, es necesario también situar en la misma línea el derecho de la nación, es necesario colocarlo también en la base de la cultura y la educación.

La nación es, en efecto, la gran comunidad de hombres unidos por vínculos diversos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe «por» la cultura y «para» la cultura, y ella es, pues, la gran educadora de los hombres para que ellos puedan «ser más» en la comunidad. Es la comunidad que posee una historia superadora de la historia del individuo y de la familia. Es también en esta comunidad, en función de la cual toda la familia educa, donde la familia comienza su labor de educación por lo que es más sencillo, la lengua, permitiendo de este modo al hombre, en sus comienzos, aprender a hablar, para llegar a ser miembro de la comunidad que es su familia y su nación. En todo esto, que proclamo ahora y que desarrollaré todavía más, mis palabras revelan una experiencia par-

ticular, un testimonio particular en su género. Yo soy hijo de una nación, la cual ha vivido las más grandes experiencias de la historia, y sus vecinos han condenado a muerte en muchas ocasiones, pero que ha sobrevivido y seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y a pesar de las particiones y ocupaciones extranjeras, su soberanía nacional, no apoyándose en el recurso de la fuerza física, sino únicamente en su cultura. Ésta se ha revelado, cuando ha llegado el caso, como una potencia mayor que todas las demás fuerzas. Lo que digo aquí, relativo al derecho de la nación, al fundamento de su cultura y de su futuro, no es, pues, el eco de «nacionalismo» alguno, sino que se trata siempre de un elemento estable de la experiencia humana y de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre.

Hay una soberanía fundamental de la sociedad manifestada en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la cual, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Y, cuando yo me expreso de este modo pienso igualmente en las culturas de tantos pueblos antiguos, los cuales no han cedido cuando se han visto enfrentados con las civilizaciones de los invasores: y ellas siguen siendo todavía para el hombre la fuente de su «ser» de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso también con admiración en las culturas de las nuevas sociedades, las cuales se despiertan a la vida en la comunidad de la propia nación —exactamente igual a como mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y luchan para mantener su propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

El sistema de la enseñanza está unido orgánicamente al sistema de las diversas orientaciones dadas a la forma de practicar y de popularizar la ciencia, para lo cual sirven los centros de enseñanza de alto nivel, las universidades. Se trata de instituciones de las que sería difícil hablar sin una emoción profunda. Son los bancos de trabajo, en los que la vocación del hombre al conocimiento, de la misma manera que el lazo constitutivo de la humanidad con la verdad, como objetivo del conocimiento, se convierte en una verdad cotidiana, se convierte en el pan cotidiano de tantos maestros, corifeos venerados de la ciencia, y en torno a ellos, jóvenes investigadores consagrados a la ciencia y a sus aplicaciones.

Nos encontramos aquí como en los grados más elevados de la escala que el hombre, desde el comienzo, sube hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad. Este proceso histórico ha alcanzado, en nuestra época, posibilidades en otro tiempo desconocidas; ha abierto a la inteligencia humana horizontes insospechados hasta ahora.

Este auditorio es el lugar especialmente indicado para saludar a todos los hombres de ciencia. Séame, pues, permitido expresar también ciertos deseos que, no dudo de ello, embargan el pensamiento y el corazón de los miembros de esta augusta asamblea.

En la medida en que nos edifica el trabajo científico, la marcha del conocimiento desinteresado de la verdad que el sabio sirve con la mayor abnegación, así también debe preocuparnos todo lo opuesto a los principios de desinterés y de objetividad, todo lo que podría hacer de la ciencia un instrumento para conseguir objetivos, los cuales nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos de todo lo que propone y presupone esos únicos objetivos no científicos, exigiendo de los hombres de ciencia se pongan a su servicio sin permitirlos juzgar y decidir, con toda independencia del espíritu, de la honestidad humana y ética de tales objetivos o amenazándolos con sufrir sus consecuencias cuando se niegan a contribuir a ellos.

Estos objetivos no científicos de los cuales hablo, este problema que planteo, ¿tiene necesidad de prueba o de comentarios? Sabéis a lo que me refiero; baste aludir que entre los que fueron citados ante los tribunales internacionales, al término de la última guerra mundial, había también hombres de ciencia. Os pido me perdonéis estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi cargo si no las pronunciase no para volver sobre el pasado, sino para defender el futuro de la ciencia y de la cultura humana; más todavía, para defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien en su rectitud poco común pudo sostener que la ciencia es al mismo tiempo virtud moral, debería remachar su certeza si pudiese considerar las experiencias de nuestro tiempo.

El futuro del hombre y del mundo está amenazado, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones, ciertamente nobles, de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los

maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en detrimento del imperativo ético— con fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, y hasta con fines de destrucción y muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando estragos verdaderamente inimaginables. Llamada la ciencia a ponerse al servicio de la vida del hombre, se constata con frecuencia estar sometida a finalidades que son destructoras de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Tal es el caso cuando la investigación científica se orienta hacia esos objetivos o cuando sus resultados son aplicados a fines contrarios al bien de la humanidad. Ello se realiza tanto en el campo de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas como en el campo de los armamentos químicos, bacteriológicos o nucleares.

Dos consideraciones me invitan a someter particularmente a vuestra reflexión, la amenaza nuclear que se cierne sobre el mundo de hoy y que podría conducir a la destrucción de los frutos de la cultura, de los productos de la civilización elaborada a lo largo de los siglos por generaciones sucesivas de hombres que creyeron en la primacía del espíritu y que no han ahorrado sus esfuerzos ni sus fatigas. La primera consideración es ésta. Razones de geopolítica, problemas económicos de dimensión mundial, terribles incomprensiones, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han conducido a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a un equilibrio frágil que corre el riesgo de ser destruido como resultado de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se añade a esta perspectiva inquietante. ¿Se puede estar seguro, incluso en nuestros días, de que la ruptura del equilibrio no conducirá a la guerra, y a una guerra que no dudaría en recurrir a las armas nucleares? Hasta el momento se ha dicho que las armas nucleares han constituido una fuerza de disuasión que ha impedido el estallido de una guerra mayor, y esto es probablemente cierto. Pero podemos preguntarnos al mismo tiempo si siempre ocurrirá lo mismo. Las armas nucleares se perfeccionan cada año más, y se añaden al arsenal de un número creciente de países. ¿Cómo se podrá estar seguro de que el empleo de las armas nucleares, incluso con fines de defensa nacional o en conflictos limitados, no implicará una

escalada inevitable, que lleve a una destrucción la cual la humanidad no podrá jamás encarar ni aceptar? Pero es a vosotros, hombres de ciencia y de cultura, a los que yo debo pedir que no cerréis los ojos sobre lo que una guerra nuclear puede representar para toda la humanidad.

Señoras y señores, el mundo no podrá continuar mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y del envite, que se inspira también en el sentido elemental de las responsabilidades que incumben a cada uno, una convicción se impone, siendo al mismo tiempo un imperativo moral: ¡es necesario movilizar las conciencias! Es necesario incrementar los esfuerzos de las conciencias humanas a la medida de la tensión entre el bien y el mal a la cual están sometidos los hombres a finales del siglo XX. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. La causa del hombre se servirá si la ciencia se une a la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva «el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo, y de Dios sobre el hombre».

De este modo, aprovechando la ocasión de mi presencia hoy en la sede de la Unesco, yo, hijo de la humanidad y obispo de Roma, me dirijo directamente a vosotros, hombres de ciencia.

Me dirijo a vosotros en nombre de la terrible amenaza que se cierne sobre la humanidad y, al mismo tiempo, en nombre del futuro y del bien de la misma en el mundo entero. Y os suplico: despleguemos todos nuestros esfuerzos para instaurar y respetar, en todos los campos de la ciencia, la primacía de la ética. Despleguemos, sobre todo, nuestros esfuerzos para preservar a la familia humana de la horrible perspectiva de la guerra nuclear.

Me dirijo a vuestra inteligencia y a vuestro corazón, por encima de las pasiones, las ideologías y las fronteras. Me dirijo a todos los que, por su poder político o económico, podrían estar y se ven frecuentemente inclinados a imponer a los hombres de ciencia las condiciones de su trabajo y su orientación. Me dirijo, ante todo, a cada hombre de ciencia individualmente y a toda la comunidad científica.

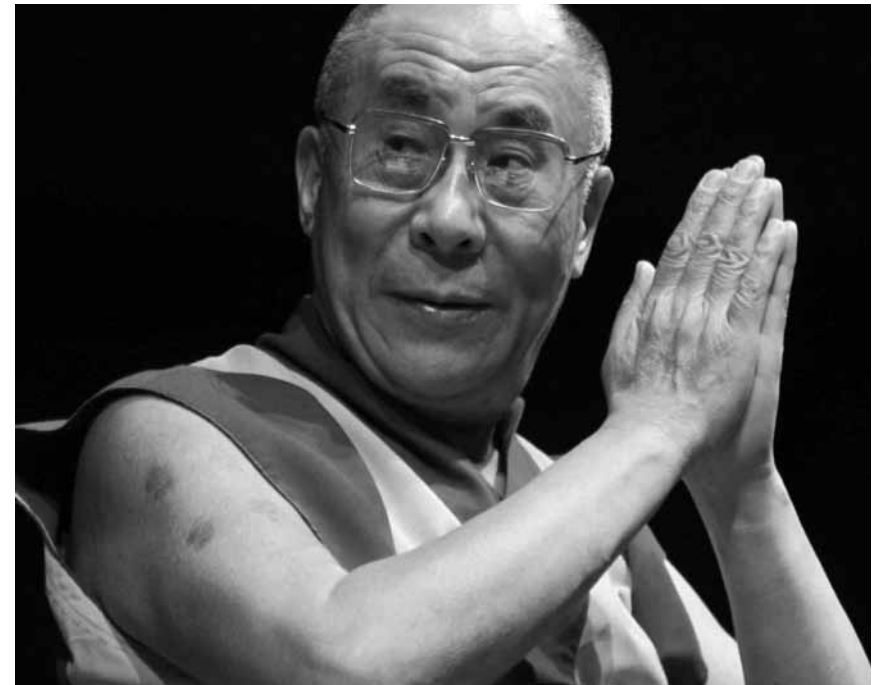
Todos juntos constituís una potencia enorme: la potencia de las inteligencias y de las conciencias. Mostraos más poderosos que los más poderosos de nuestro mundo contemporáneo. Decidíos a dar muestras de la más noble solidaridad con la humanidad: la fundada sobre la dignidad de la persona humana. Construid la paz comenzando por el fundamento: el respeto a todos los derechos del hombre, tanto los que están unidos a su dimensión material y económica como los unidos a la dimensión espiritual e interior de su existencia en este mundo. Hombres de ciencia, comprometed toda vuestra autoridad moral para salvar a la humanidad de la destrucción nuclear.

Me ha sido dado realizar hoy día uno de los deseos más ardientes de mi corazón. Me ha sido permitido deciros a todos, a vosotros, a vosotros que trabajáis para el bien y para la reconciliación de los hombres y de los pueblos a través de todos los campos de la cultura, de la ciencia y de la información, deciros y gritaros desde el fondo del alma: ¡Sí, el futuro del hombre depende de la cultura! ¡Sí, la paz del mundo depende de la primacía del espíritu! ¡Sí, el futuro pacífico de la humanidad depende del amor!

Vuestra contribución personal es vital. Se sitúa en la aproximación correcta de los problemas a cuya solución consagráis vuestro servicio. Mi palabra final es ésta: No ceséis. ¡Continuad! Continuad siempre.

**DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO
NOBEL**

POR LO QUE ES COMÚN
A TODOS LOS SERES HUMANOS



En 1989, el Comité noruego para el Premio Nobel de la Paz, concedió a Tenzin Gyatso (1935), XIV Dalai Lama, el galardón por su férrea oposición al uso de la violencia en su lucha por la liberación del Tíbet del dominio chino, por su vocación hacia el encuentro de una solución pacífica basada en la tolerancia y

el respeto mutuo a fin de preservar el legado cultural e histórico de su pueblo.

Este hombre sencillo, cuyo título suele traducirse como “océano de sabiduría”,⁹⁰ ha recibido incontables premios y reconocimientos internacionales, ha sido recibido por numerosos jefes de Estado y gobierno del mundo como embajador de la Paz, la no-violencia y la tolerancia entre los pueblos. No obstante, en 2008, aun cuando realizaría una visita de carácter privado y no como jefe del gobierno en el exilio de su país, el Tíbet, el presidente de Costa Rica, Oscar Arias (también ganador del Premio Nobel de la Paz, 1987) le pediría posponer su viaje a esa nación centroamericana para evitar discordias con China. Costa Rica, durante este segundo mandato de Arias, habría realizado importantes acuerdos económicos con el gigante asiático.

Quedaba demostrado que si un pueblo pequeño y humilde como el del Tíbet no hallaba eco en un mínimo gesto de solidaridad con el sufrido pueblo costarricense, pocas esperanzas podrían albergarse respecto a otras naciones. La misma Sudáfrica, después de su larga y terrible historia de segregación y discriminación, negó en marzo de 2009 la visa al Dalai Lama para entrar al país y asistir a una conferencia sobre la Paz mundial. Desmond Tutu, Nelson Mandela y Frederick De Klerk⁹¹ alzaron sus voces de protesta ante tan insólita situación, pero el gobierno alegó razones

de soberanía, las cuales tendrían detrás la presión del gobierno chino.

En 1950, cuando el XIV Dalai Lama contaba con tan sólo 15 años de edad, ya debió salir al exilio en virtud de la invasión militar china a su país. El Tíbet no ha tenido una historia basada en una tradición de independencia, más bien ha tenido que sortear toda clase de obstáculos para construir su propio futuro como país desde hace siglos. Además, con una tradición religiosa centrada en las enseñanzas de Buda, el Tíbet no poseyó nunca un ejército numeroso y mucho menos sofisticado tecnológicamente hablando. Así, ante las pretensiones chinas de dominio absoluto sobre el territorio tibetano, irrespetando incluso la tradición de autonomía de que gozaba este territorio, el gobierno del Tíbet apeló a las Naciones Unidas para buscar una salida pacífica. Sin embargo, sólo El Salvador manifestó su apoyo.

A pesar de estas injustas y contradictorias situaciones, comunes al andar de esta voz venida de las alturas del mundo, del techo del planeta, el Dalai Lama ha peregrinado en busca de apoyo a la causa tibetana y está acostumbrado a que otros factores, como el económico, priven sobre aquellas cosas comunes a todos los hombres: *la dignidad humana*. En el mismo año 2008, tuvo que interponerse entre aquellos radicales que pretendían, a toda costa, impedir o sabotear la celebración de los Juegos Olímpicos de Beijing, declarando contundentemente que la violencia y las acciones contra las Olimpiadas no favorecerían en modo alguno la anhelada libertad del Tíbet.

90 Originario del siglo XVI cuando Alta Khan (1507-1582), jefe mongol, otorgó el título de *Dalai Lama* a Sonam Gyatso (1543-1588), el tercero de los gobernantes del Tíbet. Desde entonces el título les sería otorgado retrospectivamente a los dos anteriores.

91 Todos laureados con el Nobel de la Paz. En 1984, el primero y en 1993, los dos últimos. De los tres surgió la iniciativa para la citada conferencia sobre la Paz en el mundo, a la cual fueron invitados otros galardonados con el mismo premio, entre los cuales figuraba el Dalai Lama.

Así como se opuso a esas acciones violentas que iban a favor de su pueblo, también condenó la violenta arremetida que el gobierno chino infringió a los estudiantes en 1989, en la Plaza de Tiananmen, al reclamar mayores libertades democráticas. En el discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz, el 10 de diciembre de 1989, el Dalai Lama celebra que el *espíritu de la libertad* se hubiera reavivado en el pueblo chino y fustiga la fuerza bruta empleada para acallarle. En este documento que permite mostrar esta voz sencilla del siglo XX, expone también que la humildad no debe confundirse con la debilidad.

Al recibir el premio, expresa su profunda gratitud *a nombre de los oprimidos en cualquier lugar*, porque está conciente de que no sólo el Tibet lucha por su libertad, también lo hacen quienes sufren la prisión injusta por sus ideas, quienes no han podido romper las cadenas del odio y la ignorancia. Reverencia en sus palabras a quienes luchan por la Paz a través del único método posible, la no violencia, iniciado por Gandhi tiempo atrás.

En su discurso es fundamental el insistir en que la violencia tan sólo genera mayor violencia y que en su infatigable bregar por la liberación del Tibet, el objetivo debe ser acabar con el sufrimiento, no lo contrario. Según expone, hacer que otros sufran no soluciona nada, pues los demás, aunque vulneren nuestros derechos, también son seres humanos que están luchando por su felicidad. Comprender que esos *otros* también merecen nuestra compasión ha sido uno de los mensajes más constantes y reiterados de este monje tibetano apreciado mundialmente.

En este sentido, hace también un llamado a dejar de lado el egoísmo que nos caracteriza, pues con ello, al final, nos hacemos daño a nosotros mismos. Lo mismo en términos del planeta y el daño que se le infringe por nuestra negligencia o actuar irresponsable. Aboga por el cultivar lo que él denomina *responsabilidad universal*, más aun en un momento en el cual la ciencia y la tecnología han contribuido significativamente a facilitar nuestras vidas. No hay en ello, sin embargo, ninguna contradicción en cuanto a su constante llamado por una renovación espiritual del hombre y el mundo, pues, para él, el desarrollo material y el espiritual deben ir de la mano.

Llama a todos, no importa su religión, a unirse en el cultivar esa *bondad humana* que unívocamente traería felicidad al mundo. A todos, *opresor y amigo*, sin distingo alguno, porque para el Dalai Lama todos somos, básica y sinceramente, iguales; dependemos los unos de los otros, en términos individuales y en términos nacionales, compartiendo un pequeño planeta que demanda de todos una vida en armonía y paz.

Se ha dicho que el haber otorgado el Premio Nobel de la Paz al Dalai Lama constituye también un reconocimiento tácito a Mahatma Gandhi en la labor incansable, constante y cargada de una espiritualidad sin igual al emprender su titánica lucha por liberar a la India del dominio colonial británico.⁹² El mismo Dalai Lama ha reconocido muchas veces que debe a Gandhi el respeto, aprecio y

92 Aunque fue postulado en varias ocasiones, Gandhi nunca fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

comprensión de la no violencia como única vía para lograr cualquier objetivo, sobre todo cuando éste implica la consecución de una sociedad justa, armónica y en Paz consigo misma.

Confiemos en que en algún momento no se atenderán los llamados de los pueblos porque es políticamente conveniente, sino porque es justo; que no se mirará al otro como enemigo sino como ser humano y que no se asumirá al mundo como un escenario de paso sino como el hogar de una humanidad *universalmente responsable* de su destino.

DISCURSO DE ACEPTACIÓN

DEL PREMIO NOBEL, 1989

TENZIN GYATSO, XIV DALAI LAMA

Su Majestad, Miembros del Comité Nobel, hermanos y hermanas:

Estoy muy contento de estar hoy aquí con ustedes para recibir el Premio Nobel de la Paz. Me siento honrado, humilde y profundamente conmovido ante su decisión de otorgar este importante premio a un simple monje tibetano. Yo no soy nadie especial, pero creo que el premio es un reconocimiento al verdadero valor del altruismo, del amor, de la compasión, y de la no violencia que he tratado de practicar de acuerdo con las enseñanzas del Buda y de los grandes sabios de la India y del Tíbet.

Acepto este premio con profunda gratitud a nombre de los oprimidos en cualquier lugar, y de aquellos que luchan por la justicia y trabajan por la paz del mundo. Lo acepto como un tributo al hombre que fundó la tradición moderna de la acción no violenta para el cambio, Mahatma Gandhi, cuya vida me ha enseñado e inspirado. Y, claro, lo acepto a nombre de los seis millones de tibetanos, mis valientes com-

patriotas que permanecen en el Tíbet, quienes han sufrido y siguen sufriendo tanto. Ellos enfrentan una calculada y sistemática estrategia dirigida a la destrucción de su identidad nacional y cultural. El premio reafirma nuestra convicción de que con la verdad, el valor y la determinación como nuestras armas, el Tíbet será liberado.

No importa de qué parte del mundo venimos, todos somos básicamente los mismos seres humanos. Todos buscamos la felicidad y tratamos de evitar el sufrimiento. Tenemos las mismas necesidades humanas esenciales y las preocupaciones derivadas de ellas. Todos nosotros, seres humanos, queremos la libertad y el derecho de determinar nuestro propio destino como individuos y como pueblos. Tal es la naturaleza humana. El gran cambio que se está llevando a cabo en todas partes del mundo, desde Europa Oriental hasta África, es una clara indicación de esto.

En China, el movimiento popular por la democracia fue aplastado por la fuerza bruta en junio de este año. Sin embargo, no creo que las manifestaciones hayan sido en vano, porque el espíritu de la libertad se reavivó entre el pueblo chino, y China no puede escapar del impacto de este espíritu de libertad que se difunde por muchas partes del mundo. Los valientes estudiantes y sus partidarios mostraron a la dirigencia china y al mundo el rostro humano de aquella gran nación.

La semana pasada, una vez más, un grupo de tibetanos fueron sentenciados a prisión por periodos de hasta diecinueve años en un juicio público masivo, tal vez con la intención de atemorizar a la población antes del evento de hoy. Su único "crimen" fue expresar el deseo ampliamente compartido por los tibetanos de restaurar la independencia de su amado país.

El sufrimiento de nuestro pueblo durante los cuarenta años de ocupación está bien documentado. Nuestra lucha ha sido larga. Sabemos que nuestra causa es justa. Dado que la violencia sólo puede generar más violencia y sufrimiento, nuestra lucha debe permanecer no violenta y libre de odio. Nosotros tratamos de acabar con el sufrimiento de nuestra gente, no de infligir sufrimiento a otros.

Con lo anterior en mente, he propuesto negociaciones entre el Tíbet y China en numerosas ocasiones. En 1987, hice propuestas específicas

mediante un Plan de Cinco Puntos para la restauración de la paz y los derechos humanos en el Tíbet. Esto incluía la conversión de toda la Meseta Tibetana en una Zona de Ahimsa, un santuario de paz y no violencia donde los seres humanos y la naturaleza pudieran vivir en paz y armonía.

El año pasado expliqué con más detalle ese plan en Estrasburgo, ante el Parlamento Europeo. Creo que las ideas que expresé en aquellas ocasiones son, al mismo tiempo, realistas y razonables, aunque algunos de mis compatriotas las han criticado por ser demasiado conciliatorias. Desafortunadamente, los líderes de China no han dado una respuesta positiva a nuestras sugerencias, las cuales incluyen concesiones importantes. Si esto continúa, nos veremos compelidos a reconsiderar nuestra posición.

Cualquier relación entre el Tíbet y China tendrá que basarse en el principio de la igualdad, el respeto, la confianza y el beneficio mutuo. También deberá sustentarse en el principio establecido por los sabios gobernantes del Tíbet y de China en un tratado que se remonta al año 823 D.C., el cual está grabado en un pilar que todavía hoy se encuentra de pie frente al Jokhang, el santuario más sagrado del Tíbet, en Lhasa. Dicho principio señala: “los tibetanos vivirán felizmente en la gran tierra del Tíbet y los chinos vivirán felizmente en la gran tierra de China”.

Como monje budista, mi preocupación se extiende a todos los miembros de la familia humana, y también a todos los seres sintientes que sufren. Considero que la ignorancia es la causa de todo sufrimiento. La gente inflige dolor a otros en la búsqueda egoísta de su propia felicidad y satisfacción. Sin embargo, la verdadera felicidad surge de un sentido de hermandad. Necesitamos cultivar una responsabilidad universal hacia los demás y hacia el planeta que compartimos. Aun cuando mi religión budista ha resultado una gran ayuda para generar el amor y la compasión, incluso hacia aquellos a quienes consideramos nuestros enemigos, estoy convencido de que todos podemos desarrollar un buen corazón y un sentido de responsabilidad universal con o sin religión.

Con el creciente impacto de la ciencia en nuestras vidas, la religión y la espiritualidad adquieren mayor relevancia en cuanto nos recuerdan

nuestra humanidad. No hay contradicciones entre las dos. Cada una nos da valiosos conocimientos de la otra. Tanto la ciencia como las enseñanzas del Buda nos hablan de la unidad fundamental de todas las cosas. Este entendimiento es crucial si queremos emprender acciones reales y decididas ante la apremiante preocupación global respecto al medio ambiente.

Yo creo que todas las religiones persiguen los mismos fines: cultivar la bondad humana y traer felicidad a todos los seres humanos. Aunque los medios parezcan diferentes, los fines son los mismos.

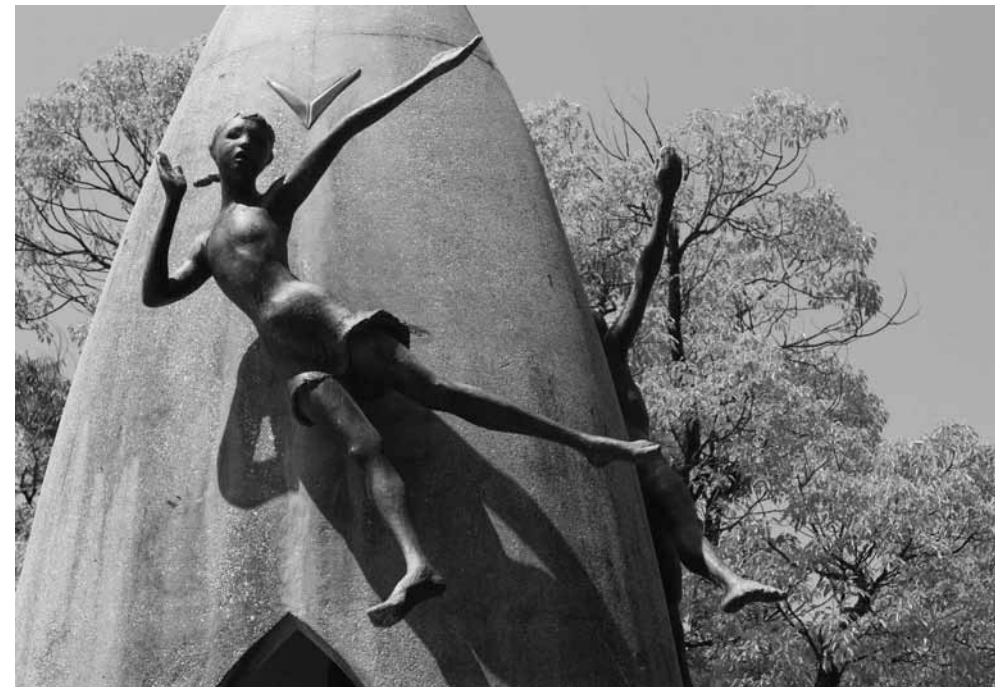
Conforme entramos en la década final de este siglo, considero de manera optimista que los antiguos valores que han sustentado a la humanidad se reafirman actualmente y nos preparan para un siglo XXI más bondadoso y feliz.

Rezo para que todos nosotros, opresor y amigo, triunfemos juntos en la construcción de un mundo mejor a través del entendimiento humano y el amor, y para que, en el proceso, reduzcamos el dolor y el sufrimiento de todos los seres sintientes.

Gracias.

DECLARACIÓN DE PAZ

LA VOZ DE UN 'HIBAKUSHA'



“Acababa de llegar a mi oficina y estaba saludando a mis colegas cuando todo se transformó en un rojo brillante. Sentí el calor en mis mejillas. Indiqué a todos que evacuaran el edificio, pero tan pronto como lo grité, me sentí ligero, como se sentiría un astronauta en el espacio exterior... 20 segundos después, al recuperar la conciencia, me di cuenta de que los vidrios de las ventanas habían estallado. Me asomé en una de ellas y pude ver en el cielo

una enorme nube en forma de hongo.” (Hiroshi Sawachika, tenía 28 años de edad cuando la bomba atómica cayó sobre la ciudad de Hiroshima, el 06 de Agosto de 1945)

“Repentinamente, vimos una luz, era como un flash fotográfico muy intenso. Por reflejo, me tiré al suelo, pero sentí que algo, una inmensa fuerza más allá de mí, también me había empujado violentamente. Luego sentimos la explosión, fue algo indescriptible. Cerré los ojos, pero podía sentir el calor abrasador por todas partes. Traté de moverme, de mover mis manos y mis piernas, pero no podía sentir las. El calor era demasiado grande. Todo se puso muy oscuro, pero de pronto pude ver que había llamas saliendo de un costado de mi cuerpo. Instintivamente me quité la ropa que estaba ardiendo y la arrojé lo más lejos que pude. Me quedé como hipnotizado por unos segundos viendo mi ropa consumirse en el fuego, hasta que me di cuenta que había personas corriendo en la oscuridad, sus cuerpos estaban quemándose y corrí a ayudarles.” (Takehiko Sakai, tenía 21 años de edad, cuando la bomba atómica cayó sobre Hiroshima).

Son miles los testimonios que, como los dos anteriores, pueden leerse en los registros de la Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima. En lo dantesco del episodio al cual se refieren, muchos han querido ver una lección ética y moral para la Humanidad entera. Lamentablemente, mientras escribimos estas líneas, debemos reconocer que no ha sido del todo así. Más allá del tristemente célebre hito histórico que el lanzamiento de dos bombas atómicas, sobre dos ciudades japonesas, por el gobierno de los Estados Unidos de América en

agosto de 1945 podría marcar, hemos querido brindarle un espacio en esta selección a los efectos de ese terrible acontecimiento.

Es por ello que las palabras que pronunciara Takeshi Araki (1916-1994), el 06 de Agosto de 1990, como alcalde de Hiroshima, en la Declaración de Paz que cada año, en el aniversario del mencionado bombardeo realiza el burgomaestre de esta urbe, se presentan aquí para hablar sobre una de las más graves amenazas para el hombre desde mediados del siglo XX: la devastación y destrucción del planeta por el uso de armas nucleares.

Araki contaba con 29 años cuando tuvo que vivir la que sería la experiencia más intensa y dramática de su vida. Él mismo sería pues un *hibakusha*, término japonés que se emplea para referirse a las víctimas del bombardeo atómico en Hiroshima y Nagasaki. Su dedicación a la recuperación de su ciudad fue siempre notable, llegando a ser su alcalde entre 1975 y 1991. Como es tradición en Hiroshima, cada año, en el aniversario del bombardeo, es leída una Declaración de Paz, según quedó instituido en 1947 en el I Festival por la Paz celebrado en esta ciudad. Esta Declaración es parte importante de la Ceremonial anual en conmemoración de los trágicos hechos de 1945 y suele siempre traer a colación diferentes obstáculos referentes a la consecución de la Paz en el mundo y cómo éste ha luchado por superarlos.

A 45 años de los bombardeos, Araki expone un sensible optimismo en torno a un escenario mundial más amable al hacerse evidente el resquebrajamiento del bloque comunista en

Europa, con la Caída del Muro de Berlín (ocurrida el año anterior) como el signo más entusiasta de la esperanza de la humanidad en la Paz. Era evidente para él que *una nueva era de confianza y cooperación* parecía abrirse al mundo, con lo que sería el final de la Guerra Fría.

Llama reiteradas veces a los líderes mundiales que tienen a su alcance la posibilidad cierta de abrir un proceso de desarme mundial, a que no escatimen esfuerzos en las decisiones que conlleven la erradicación definitiva de los grandes y peligrosos arsenales nucleares que podrían acabar con la vida en el planeta en unos pocos minutos. A modo de ejemplo, en nombre del pueblo de Hiroshima, Araki expresa nuevamente el compromiso con la Paz adquirido por esta ciudad desde el mismo momento en el que se convirtió en la víctima de los avances científicos de la sociedad de los hombres.

Aspira, de esto modo, que no sólo se suspendan las pruebas nucleares y se eliminen los arsenales de armas atómicas, sino que todos los países que han manejado esta peligrosa energía expongan con honestidad el daño que han causado a la Tierra en el camino de la sofisticación científica y tecnológica involucrada. Invita, además, a todos aquellos que dirigen los destinos de los pueblos del mundo y a todos aquellos que algún día lo harán, a visitar Hiroshima y sentir, de primera mano, el compromiso sincero de un pueblo que miró la muerte a los ojos y se negó a sucumbir a ella.

Los antecesores de Araki en el cargo de Alcalde de Hiroshima, en sus respectivas declaraciones también habían honrado la memoria de los que fallecieron, rogado por el bienestar de los

afectados y expresado el anhelo sobre un mundo en Paz. Shinzo Hamai, quien ejerció el cargo entre 1947 y 55, enfatizó en sus declaraciones los deseos por la Paz mundial y la renuncia a la guerra, pero no contenían aun directas alusiones por la abolición de las armas nucleares. Por otra parte, Tadeo Watanabe, quien gobernara la ciudad entre 1955 y 1959, hizo mayor énfasis sobre el bienestar de los *hibakusha*, haciendo públicos, por primera vez, los efectos de la bomba atómica sobre la salud de estos, al tiempo que llamó a la prohibición definitiva de la fabricación y uso de armas nucleares, también por primera vez.

Shinzo Hamai, alcalde entre 1959 y 1967, expresaría su preocupación por la Guerra de Vietnam y evaluaría algunos intentos por la parcial prohibición de pruebas nucleares, a partir de algunos tratados firmados entre los Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña a comienzos de los años 60. Posteriormente, Setsuo Yamada, burgomaestre entre 1967 y 1975, sería el primero en emplear el término abolición para referirse a las armas nucleares; también abordará temas de gran interés como los referidos a los daños al medioambiente y el necesario apoyo de las Naciones Unidas en el camino hacia la total desaparición del armamento nuclear en el mundo.

Araki, que asumirá el cargo luego de Yamada, expondrá en sus Declaraciones anuales una gran preocupación por la debida atención a los sobrevivientes, los *hibakusha*, bien sea en Japón o en cualquier lugar del mundo en el que se encuentren. Este elemento resulta de gran valor si consideramos que uno de los mayores problemas derivados de los bombardeos de

Hiroshima y Nagasaki fue el referido a la humanidad de las víctimas, de los sobrevivientes. Muchos de ellos se sintieron avasallados por la experiencia vivida y sufrieron daños psicológicos irreversibles, otros sentían que, en virtud de las cicatrices y otras secuelas más evidentes, habían dejado de ser humanos. La lucha por la reconstitución de la dignidad humana en muchas de las víctimas había sido una de las tareas más apremiantes y difíciles.

La rehabilitación moral de las víctimas fue un proceso lento que debió lidiar contra hechos opuestos como el que algunas se sentían culpables de lo sucedido, mientras otras se preguntaban quién era el responsable de haberles robado su *humanidad*. Paulatinamente, no obstante, las víctimas fueron transformando sus sentimientos individuales en una idea abstracta y universal sobre el pacifismo como único camino posible. Es así que Araki, en su Declaración de 1990, no sólo aboga por las víctimas del 06 de agosto de 1945, sino que insta al gobierno de su país a que no olvide su pasado como victimario y recuerde que en otras partes del mundo Japón tiene una deuda moral con los *hibakusha* generados por sus propias acciones bélicas.

Desde 1975, Hiroshima y Nagasaki firmaron un acuerdo de solidaridad que las convirtió en las Ciudades para la Cultura de la Paz y que las comprometía a actuar, dentro y fuera de Japón, como factores de promoción de la Paz y el desarme nuclear. Entonces, los alcaldes de ambas urbes, Takeshi Araki y Yoshitake Morotani, solicitaron a las Naciones Unidas tomar acciones concretas a favor de la abolición definitiva de las armas nucleares en un

completo y definitivo proceso de desarme. Más aún, recientemente, en 2009, ambas ciudades han presentado su candidatura para convertirse en sede de los Juegos Olímpicos de 2020, año en el cual se han propuesto lograr la meta de un mundo sin armas nucleares.

En el camino a obtener la sede para la XXXII Olimpiada, seguramente hallarán dificultades, sobre todo cuando deberán enfrentar las fuertes candidaturas de ciudades como Ciudad del Cabo (Sudáfrica), Delhi (India), Dubai (Emiratos Árabes Unidos), Roma (Italia), San Petersburgo (Rusia) y Guadalajara (México). No obstante, será más arduo el camino que implica el lograr el silencio suficiente para que la voz de un *hibakusha* sea escuchada en cada rincón del mundo.

“Una hora después de la gran explosión comenzó a llover copiosamente. Las gotas eran enormes, era lluvia negra. A lo lejos vimos un niño, de unos 5 ó 6 años, saltaba sobre su pierna izquierda, porque había perdido la derecha a la altura del muslo. Lo abrazamos para que entrara en calor. Luego, decidimos encender una fogata, porque hacía un frío impresionante, aun cuando estábamos en pleno verano. La lluvia no nos impidió encenderla y tampoco la apagó.” (Akira Onogi, tenía 16 años el 06 de Agosto de 1945)⁹³

93 Todos los testimonios citados aquí han sido tomados de los registros del sitio web oficial de la Hiroshima Peace Culture Foundation.

DECLARACIÓN DE PAZ, 1990

TAKESHI ARAKI,

ALCALDE DE LA CIUDAD DE HIROSHIMA

Un día de verano, una bomba solitaria, un sencillo instante y, con ello, Hiroshima fue transformada en un *inferno* rabioso, en un infierno en la tierra. Incontables vidas preciosas se perdieron trágicamente e incluso aquellas que se las arreglaron para sobrevivir, han vivido entre el miedo incesante a los crudos efectos de la radioactividad.

Los últimos 45 años, Hiroshima se ha levantado de la agonía de su bombardeo y, firme en la determinación de que ese mal nunca más se repita, ha presionado constantemente para que se concrete el anhelo de una duradera Paz mundial y ha convocado a la abolición de las armas nucleares así como a la renuncia a la guerra. Hoy, la oración de Hiroshima es la oración del mundo entero.

La larga historia de desconfianza y discordia parece terminar de dibujarse para mostrar, finalmente, signos de una nueva era de confianza y cooperación. El tradicional símbolo de la discordia entre Este y Oeste, así como el Muro de Berlín, se ha venido abajo; las estructuras de la Guerra Fría están destinadas a desaparecer; la búsqueda está en marcha por un nuevo orden mundial basado en la Paz y la humanidad está dando los primeros pasos hacia la alteración de su historia.

Los líderes de los Estados Unidos y la Unión Soviética han concurrido este Junio pasado en la primera reducción real de sus arsenales nucleares y el acuerdo ha alcanzado la negociación de posteriores desarmes. Se han firmado también algunos protocolos que implican la abolición de las armas químicas y existe la promesa, además, de un pronto acuerdo sobre la reducción de las fuerzas convencionales. Hiroshima expresa la más alta estima por esta marea de desarmes que cambia el destino de la humanidad de la aniquilación a la supervivencia. Todas las potencias nucleares deberían tomar en cuenta este llamado global y moverse hacia una inmediata prohibición de todas las pruebas atómicas y las armas de este tipo.

En línea con el relajamiento de las tensiones mundiales, es de interés para el gobierno de Japón, en concordancia con los ideales pacifistas delineados en su Constitución, restringir el gasto militar, aprobar los

tres principios no nucleares como una ley para prevenir la futura desviación de estos principios nacionales y tomar la iniciativa en convertir a la región Asia-Pacífico en una libre de armas, así como asumir vigorosos esfuerzos diplomáticos en la construcción de un orden mundial de Paz.

Este pasado mes de Marzo, la renovación del Domo de la Bomba Atómica fue concluida con la generosa contribución y los fervientes deseos de paz venidos de todas partes del mundo. Las admisiones anuales para el Museo Memorial de la Paz alcanzó 1.5 millones el año pasado. Un buen número de ciudades simpatizantes del Programa de Promoción de la Solidaridad Urbana que promueve la abolición de las armas nucleares ha crecido a 287 ciudades miembros en 50 países distintos a lo largo y ancho del planeta. Todo esto es claro testimonio de la profundidad de la aspiración popular por la Paz.

Este año, seremos anfitriones del Simposio Internacional de las Mujeres por la Paz y sus vibrantes discusiones acerca del papel de la mujer en la tarea de fomentar la abolición del armamento nuclear y construir la Paz.

Así pues, Hiroshima renueva su compromiso:

Por una inmediata y completa suspensión de las pruebas nucleares y abolición de estas armas.

Por que los Estados Unidos, la Unión Soviética y otros países con control de energía nuclear revelen el verdadero daño causado por su obstinada insistencia en la realización de pruebas nucleares durante más de 40 años y por que pronto implanten medidas que restituyan el bienestar en el medio ambiente y las personas.

Por que los líderes mundiales y los jóvenes de todo el orbe que guiarán a las futuras generaciones visiten Hiroshima y comprueben por sí mismos el horror de una guerra nuclear.

El corazón de Hiroshima se encuentra también con los pueblos oprimidos de todas partes del mundo que son víctimas del hambre, la pobreza, la supresión de los Derechos Humanos, que son refugiados, que sufren los embates de los conflictos regionales, de la devastación medioambiental y tantos otros problemas. Esperamos seriamente que

la comunidad internacional cooperará para hallar la más pronta solución a todos estos problemas.

Hoy, en esta Ceremonia Memorial por la Paz para conmemorar el 45 Aniversario del bombardeo atómico a Hiroshima, expresamos nuestras muy sentidas condolencias a todas aquellas víctimas de ese suceso. Instamos encarecidamente al gobierno del Japón a emplear el Censo de las Víctimas de la Bomba Atómica para instituir un programa sistemático de ayuda a todos los *hibakusha* basado en el principio nacional de indemnización. Al mismo tiempo, esperamos sinceramente que se realicen esfuerzos positivos para promover la asistencia a aquellos *hibakusha* residentes en la Península de Corea, en los Estados Unidos y en cualquier otro lugar. Esperamos, finalmente, que todos nosotros nos dediquemos fervientemente a la causa de la Paz.

EN LA CUMBRE DE LA TIERRA

EN NOMBRE DE TODAS LAS GENERACIONES POR VENIR...



En 1988 nació en una escuela primaria de Vancouver (Canadá), la Organización Medioambiental Infantil (ECO)⁹⁴ fundada por Severn Cullis-Suzuki (1979) cuando ésta contaba tan sólo 9 años de edad. Nacida en el hogar de una escritora, Tara Elizabeth Cullis y, de un biólogo, David Suzuki, esta niña, inquieta y

94 Por sus siglas en inglés: Environmental Children's Organization.

sagaz, confió, desde temprana edad, que podía hacer girar el curso del planeta y salvarle del desgaste y el maltrato que el ser humano le infringía. Así, decidió con unos amigos reunir el dinero necesario para presentarse en la Cumbre de la Tierra a celebrarse en Río de Janeiro (Brasil) en 1992 y exponerles a todos su preocupación.

Los primeros días de Junio de 1992, Severn y tres de sus amigos estaban en la ciudad brasileña, dispuestos a alzar su voz por el planeta que tanto amaban. Increíblemente consiguieron un derecho de palabra en la Cumbre, donde jefes de Estado, de gobierno, delegados y expertos de todos los rincones del mundo discutían sobre los problemas del desgaste medio ambiental y las posibilidades de un desarrollo sostenible en estas circunstancias.

Luego de una brevísima presentación, Severn fue directamente al punto de interés: las agresiones a la Tierra. Con la concisión de un experto retórico, esta niña de tan sólo 12 años, expuso su angustia, sus dudas, sus temores y sus deseos, los cuales llegaron a ser demandas ineludibles para una audiencia que enmudecía ante cada palabra pronunciada. Sin florituras, sin metáforas, sin figuras literarias, sin divagaciones, Severn dejó claro que hablaba *en nombre de las generaciones por venir* y que su voz, era la voz de aquellos que podrían abrazarse en una sola cosa: la Tierra misma.

Increpó al público, totalmente adulto, sobre sí, siendo niños, se habían preguntado alguna vez si las mariposas dejarían algún día de existir. Era un reclamo expreso a la generación que entonces dirigía los destinos del mundo acerca de si lo que hacían era en realidad

hecho para salvaguardar el futuro de las generaciones más jóvenes. A esos dirigentes, Severn les desarmó afirmando que ellos no tenían las soluciones a los problemas del medio ambiente, que dejaran de jugar a que sí las tenían y que, más importante aún, dejaran de estropear la naturaleza si no sabían cómo reparar luego los daños.

Una niña en el estrado llamaba a la humanidad *una gran familia*, hecho que, además, los gobiernos no podían cambiar de ninguna forma. Sus miedos, sus temores, no le impidieron expresarse firmemente. Por esta razón sus palabras forman parte de esta selección de voces del siglo XX, pues el valor de sus convicciones no radica sólo en su juventud al expresarlas, sino en lo acertadas que estuvieron ante la audiencia que las escuchó y lo necesarias que continúan siendo en el tiempo presente.

Diez años después, a punto de obtener su grado en Ecología en la Universidad de Yale, Severn confesaría a la revista *Time*⁹⁵ que entonces creía que podría cambiar el mundo y que realmente había acudido a Río con gran entusiasmo y confianza en lo que podría lograr. Sin embargo, pasada una década, no estaba tan segura de que las posibilidades de lograr algo a favor del planeta, hablándole a la gente que tiene en sus manos el poder, fueran muchas.

Su preocupación en 2002 estaba concentrada en su propia generación, en esos jóvenes que, según su percepción, estarían tremendamente desconectados de la naturaleza y que no se preocupan por lo que comen, como se

95 Revista *Time*, Agosto 28, 2002.

movilizan de un lugar a otro o que productos adquieren. No obstante, tenía grandes esperanzas en que estos mismos jóvenes, ahora más informados de lo que pasa en el mundo, de la pobreza, del desbalance social, las guerras, etc., serían más propensos a asumir una actitud más responsable.

Esta jovencita, que llegó a formar parte del Panel de Asesores Especiales del Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, supo que su destino estaba signado por el del planeta en el que vivía cuando, a mediados de los 80, pudo ser testigo de los devastadores incendios de la selva amazónica a fin de ganar suelo cultivable. Su intervención en la Cumbre de Río, en 1992, no fue para ella el primer paso (y evidentemente, tampoco el último) en su esperanza por lograr cambios sensibles en el modo como eran aprovechados los recursos de la Tierra.

A *Time* le expresaría también su gran inquietud en referencia a que en las escuelas se enseñe que únicamente el desarrollo económico es sinónimo de progreso, obviándose cómo vivir sin dañar el ambiente y de manera saludable. De esta forma, pensaba, sería complicado romper con arraigados estilos de vida poco amigables con la naturaleza. Así pues, citando al mismo Gandhi, creía que el cambio debía comenzar por nosotros mismos, individualmente.

Es así que ha dedicado esfuerzos en trabajos directos con pequeñas comunidades, procurando cambiar patrones de comportamiento claramente dañinos para el medio ambiente. Como joven profesional, parece haberse convencido de que en las conferencias no se cambiará al mundo y que la

diferencia debe hacerla cada persona en su propio entorno, sin importar cuán pequeña pueda ser esta diferencia. No obstante, apela a las grandes compañías, como *Nike*, para que limpien su record y adecúen sus procesos productivos a las necesidades de un medio ambiente sano.

En 2002, Severn ya no creía en la capacidad de los líderes para dirigir a la humanidad en el cuidado y preservación de nuestro planeta. En 1992, había señalado a los líderes del mundo presentes en Río que su negligente actitud le hacía llorar por las noches y les había desafiado exigiéndoles que hicieran de sus acciones un reflejo de sus palabras. Hoy, a casi 20 años de su valiente gesto y luego de una vida dedicada a amar verdaderamente a la naturaleza, sólo cabe preguntarnos, *en nombre de todas las generaciones por venir*: ¿Qué estamos haciendo nosotros por el bien de la Tierra?

EN LA CUMBRE DE LA TIERRA, 1992

Hola, soy Severn Suzuki y represento a ECO (Environmental Children's Organization). Somos un grupo de niños de 12 y 13 años intentando hacer la diferencia: Vanessa Suttie, Morgan Geisler, Michelle Quigg y yo. Recaudamos nosotros mismos el dinero para venir aquí, a cinco mil millas de nuestro hogar, para decirles a ustedes, adultos, que deben cambiar su forma de actuar.

Al venir aquí hoy, no tengo una agenda secreta. Lucho por mi futuro. Perder mi futuro no es como perder unas elecciones o unos puntos en el mercado de valores. Estoy aquí para hablar en nombre de todas las generaciones por venir. Estoy aquí para hablar en nombre de los niños hambrientos del mundo cuyo llanto pasa inadvertido. Estoy aquí para

hablar por los incontables animales que mueren en este planeta, porque no les queda ningún lugar adonde ir.

Tengo miedo de tomar el sol ahora debido al agujero en la Capa de Ozono. Tengo miedo de respirar el aire, porque no sé qué sustancias químicas hay en él. Solía ir a pescar en Vancouver, mi hogar, con mi padre, hasta que hace unos años encontramos un pez con cáncer. Y ahora oímos acerca de animales y las plantas que se extinguen cada día, desapareciendo para siempre.

Durante mi vida, he soñado con ver las grandes manadas de animales salvajes y las junglas y bosques repletos de pájaros y mariposas, pero ahora me pregunto si existirán siquiera para que mis hijos los vean. ¿Tuvieron que preguntarse ustedes estas cosas cuando tenían mi edad? Todo esto ocurre ante nuestros ojos y seguimos actuando como si tuviéramos todo el tiempo que quisiéramos y todas las soluciones.

Soy sólo una niña y no tengo todas las soluciones, pero quiero que se den cuenta de que ustedes tampoco las tienen. No saben cómo arreglar los agujeros en nuestra capa de ozono; no saben cómo devolver los salmones a aguas contaminadas; no saben cómo traer de nuevo a la vida a un animal extinto y no saben cómo recuperar los bosques que antes crecían donde ahora hay desiertos. Si no saben cómo arreglar las cosas, por favor, dejen de estropearlo todo.

Aquí, ustedes son seguramente delegados de sus gobiernos, gente de negocios, miembros de organizaciones, reporteros o políticos, pero, en realidad, son madres y padres, hermanas y hermanos, tías y tíos y, todos ustedes, son hijos de alguien. Aunque soy sólo una niña, sé que todos somos parte de una familia formada por cinco mil millones de miembros, más aun, de treinta millones de especies y las fronteras y los gobiernos nunca cambiarán eso. Aunque soy sólo una niña, sé que todos estamos juntos en esto y que debemos actuar como un único mundo tras un único objetivo.

En mi rabia por todo esto no estoy ciega y en mi miedo, no me asusta decirle al mundo cómo me siento. En mi país derrochamos tanto... Compramos y desechamos, compramos y desechamos, y aún así, los países del Norte no comparten con los necesitados. Incluso teniendo más que suficiente, tenemos miedo de compartir, tenemos miedo de perder nuestras riquezas si las compartimos.

En Canadá vivimos una vida privilegiada, plena de comida, agua y protección. Tenemos relojes, bicicletas, ordenadores y televisión... y puedo continuar por varios días. Pero dos días atrás, aquí en Brasil, nos sorprendimos cuando pasamos algún tiempo con unos niños que viven en la calle. Esto es lo que uno de esos niños nos dijo: "Desearía ser rico, y si lo fuera, daría a todos los niños de la calle comida, ropa, medicinas, un hogar, amor y afecto". Si un niño de la calle que no tiene nada está deseoso de compartir, ¿por qué nosotros, que lo tenemos todo, somos tan codiciosos?

No puedo dejar de pensar que esos niños tienen mi edad y que el lugar donde naces marca una diferencia tremenda sobre cada uno. Yo podría ser uno de esos niños que viven en las favelas de Río, podría ser un niño muriéndose de hambre en Somalia, un niño víctima de la guerra en Oriente Medio, o un mendigo en la India. Aunque soy sólo una niña, sé que si todo el dinero que se gasta en guerras se utilizara para hallar respuestas al problema medioambiental, acabar con la pobreza y hallando acuerdos, ¡qué maravilloso lugar sería esta Tierra!

En la escuela, incluso en el jardín de infancia, ustedes nos enseñan cómo comportarnos en el mundo. Nos enseñan a no pelear con otros, a arreglar las cosas, a respetarnos, a enmendar nuestras malas acciones, a no herir a otras criaturas, a compartir y a no ser codiciosos. Entonces, ¿por qué fuera de casa se dedican a hacer las cosas que nos dicen que no hagamos?

No olviden por qué asisten a estas conferencias, por quién lo están haciendo: por sus propios hijos. Están decidiendo el tipo de mundo en el que creceremos. Los padres deberían poder confortar a sus hijos diciendo: "todo va a salir bien", "esto no es el fin del mundo" y "lo estamos haciendo lo mejor que podemos". Pero no creo que puedan decirnos eso nunca más. ¿Estamos siquiera en su lista de prioridades?

Mi padre siempre dice: "Eres lo que haces, no lo que dices". Bien, lo que ustedes hacen me hace llorar por las noches. Ustedes, adultos, dicen que nos quieren. Los desafío: por favor, hagan que sus acciones reflejen sus palabras.

Gracias.

EL HOMBRE QUE FUE LIBRE



*Ninguno es tan irremediablemente esclavo
como aquel que erróneamente cree
que es libre.*

Goethe

Si el siglo XX permitió que el más amplio sentido de la libertad encarnase en un hombre, ese fue, sin lugar a dudas, Nelson Mandela (1918). Es cierto que muchos vieron coartada su libertad durante esta centuria, de muchas

maneras y en los lugares más variados. Es cierto que muchos hicieron de su vida una lucha constante a favor de la libertad como principio esencial. Es cierto que no pocos murieron en el intento de ser libres. Entre todos ellos, Mandela, no por su grandilocuencia ni por su protagonismo, sino por su profunda convicción acerca del significado de *sentirse libre*.

Más que un activísimo líder que luchara contra la injusta sociedad surafricana, Mandela fue (y es aun hoy) un hombre *libre*. Ha sido un hacedor de paz y libertad donde quiera que su espíritu se ha posado, aun durante los 27 años de prisión que tuvo que soportar. Al nacer, su país tenía tan sólo 10 años de conformación formal y rápidamente la minoría blanca ocupó todas las esferas de dominación, dejando a la población negra como extraños en su propia tierra, segregados, discriminados y excluidos de las decisiones sociales, económicas y, por supuesto, políticas. En 1948, esta situación adquiere rango legal y formal. La población negra debió conformarse con hacer vida en sectores cada vez más limitados. Autobuses, escuelas, zonas residenciales, restaurantes, baños públicos y hasta bancos en los parques fueron destinados sólo al uso de los blancos. Esta era la sociedad del *apartheid*.

Contra esta situación reaccionaría Mandela. Impresionado con la lucha no-violenta emprendida por Gandhi en la India, Mandela decide organizar una serie de protestas en contra del régimen del *apartheid*. Pero ante los pocos resultados obtenidos y un encarcelamiento inicial, decide cambiar de estrategia y pasa a liderar el Partido Nacional Africano (PNA). Para 1961, era la cabeza del

ala armada del PNA y organiza una serie de campañas de sabotaje contra el gobierno y contra el propio ejército surafricano, previendo incluso la posibilidad de organizar una lucha tipo guerrilla. No obstante, en todos sus planes siempre fue cuidadoso de que ninguna persona resultara afectada, negra o blanca. Su intención era desestabilizar el *apartheid* como estructura, no la violencia contra otros seres humanos.

En este momento, Mandela contaba con seguidores de todas las razas y posiciones sociales y, al hablar, se dirigía a todos. Nunca habló a la población negra exclusivamente, porque prefiguraba una nación multirracial como el único proyecto viable para el ejercicio de la libertad. En 1962, después de huir por varios meses de las autoridades, es capturado y juzgado. Asumiendo su propia defensa en el juicio, Mandela expresaría que su lucha era contra la dominación blanca y contra la dominación negra. La sentencia, sin embargo: cadena perpetua.

Aunque esta situación suponía que ya no podría luchar directamente por la sociedad que deseaba, lo generado por sus acciones previas y, luego, por su juicio y condena, atrajo la atención del mundo entero sobre la perversa sociedad surafricana del *apartheid*. Ya en 1961, había sido obligada a abandonar la *Commonwealth* británica, pero el mayor impacto de la figura de Mandela a la historia mundial aun estaba por llegar. Su espíritu, siempre libre, no fue afectado por su estadía de casi 30 años en una prisión. Por el contrario, encontró allí nuevas formas de trabajar en contra de las barreras raciales.

En prisión buscó siempre compartir con los guardias; estuvo determinado a aprender Afrikáans, la lengua de la minoría blanca de origen holandés que había sido la primera en asentarse en el territorio surafricano; se dedicó a compartir su gusto por la literatura con los demás prisioneros, los cuales eran una gama extraordinaria de razas, todos encarcelados por razones políticas. Al poco tiempo, había cambiado el nivel educativo de los cautivos, quienes gustaban escenificar obras clásicas como las del repertorio shakespeariano o más contemporáneas como *Esperando a Godot* del irlandés Samuel Beckett.⁹⁶

Tal era su influencia sobre el resto de los prisioneros en Robben Island que en 1982 se decide su traslado a la prisión de Pollsmoor, buscando con ello romper el círculo de simpatizantes denominado “Universidad Mandela”. Sin embargo, este traslado hizo mucho más sencillo un contacto discreto entre las autoridades del gobierno surafricano y el propio Mandela. El mundo reclamaba su liberación y Suráfrica estaba siendo sometida al desprecio global por su política del *apartheid*. Ya en 1962, la Asamblea General de las Naciones Unidas, a través de la Resolución nº 1761, había condenado esta política. Para 1977, la ONU llama a un embargo de armamento contra Suráfrica y en 1978 y 1983, durante la celebración de la Conferencia Mundial contra el Racismo, organizada por la UNESCO, Suráfrica fue duramente condenada. En los últimos años de la década de 1980, Gran Bretaña, los Estados Unidos y otros 23 Estados ya habían

sancionado instrumentos legales que constituyeron una presión comercial contra el país difícil de soportar.

El mundo deportivo asumió, sin embargo, las sanciones más duras y variadas contra el *apartheid*. En 1956, la Federación Internacional de Tenis de Mesa se rehusó a establecer vínculo alguno con las asociaciones exclusivamente blancas de este deporte en Suráfrica. Adicionalmente, el país fue excluido de los Juegos Olímpicos de Tokio (1964) por sus prácticas segregacionistas en materia deportiva, estando ausente en la celebración de este evento hasta las Olimpiadas de Barcelona (1992). Asimismo, la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) suspendió a Suráfrica en 1963. Los campos deportivos ejercieron su presión indudable.

Mandela sería liberado el 11 de febrero de 1990, durante el gobierno de Frederick De Klerk⁹⁷ (1936), con quien compartiría en 1993 el Premio Nobel de la Paz, después de dismantelar juntos la estructura del *apartheid*. En 1994, Suráfrica vería las primeras elecciones multirraciales y verdaderamente libres de su historia. Su visión de un “gobierno arcoíris” para el país se hizo realidad entonces. Los ojos del mundo apuntaron a ese hombre que ganaba las elecciones y que en el discurso de su toma de posesión no mostraba el más ligero rastro de resentimiento, la más ligera palabra de antipatía hacia ninguno de sus conciudadanos.

Al ser electo presidente de Suráfrica con el 62% de los votos, Mandela estaba consciente de los

96 También optó Mandela por profundizar su propia educación y se inscribió en un curso por correspondencia en la Universidad de Londres, licenciándose en Leyes.

97 De Klerk sería el Primer Vicepresidente del gobierno de Nelson Mandela a partir de las elecciones de 1994.

peligros que involucraba el poder en manos de un hombre (negro o blanco), pero dirige sus palabras hacia la construcción de un único principio: libertad humana. Para él., y así lo expresa en el discurso que ingresa a estas voces del siglo XX, había que sentirse libre del temor de liberar a otros, sólo así se lograría consolidar una sociedad realmente orgullosa de su humanidad, en su heterogeneidad y en su diversidad de cualquier índole.

Su gobierno estuvo conformado por ministros negros, blancos, indios, musulmanes, hindúes, cristianos, comunistas, liberales y conservadores. Nunca antes el mundo había sido testigo de tal pluralidad. Y es allí donde debemos buscar la esencia de la libertad que Mandela sintió toda su vida, en prisión o fuera de ella. Cuando se concibe un mundo que únicamente puede ser enaltecido a través de la gloria de todos y no de uno solo, se llega a sentir la libertad a plenitud, porque ésta no es un estado físico, ni siquiera una condición mental, es un sentimiento pleno que abarca cuerpo, mente y espíritu para desatar los nudos y derribar las barreras que no nos permiten ver lo que somos en verdad.

Aunque su discurso no disfraza el pasado trágico de Suráfrica, Mandela antepone la reconstrucción a la revancha, la reconciliación a la aniquilación del otro, la solidaridad humana a la injusticia. Pide Mandela el imperio de la libertad sobre cualquier otra cosa. En 2010, Suráfrica fue la anfitriona de la Copa Mundial de Fútbol, acogiendo en su hogar a la comunidad mundial que una vez le consideró *escoria* y le negó un lugar en los campos deportivos. Se redime el hombre

suraficano a través de sus logros en conjunto. Así como en 1995, el equipo nacional de rugby ganara el Campeonato Mundial, en casa, hablándole a todos de la maravillosa sensación de estar juntos y de sentirse verdaderamente libres.

En 2009, la Asamblea General de la ONU, anunció que el 18 de julio, día de nacimiento de este gran hombre, sería el Día Mundial de Nelson Mandela, por su contribución notable a la libertad en el mundo. El prisionero 46664, número asignado en su largo tiempo de cautividad, es, tal vez, la voz más afable, más sinceramente consciente de la fuerza invencible que hace que un hombre se mantenga en pie, con una insondable fe en la humanidad que no puede llamarse sino *libertad*.

DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN, 1994 NELSON MANDELA

Nuestro temor más profundo no es que somos meramente idóneos. Nuestro temor más profundo es que tenemos poder más allá de toda medida. Es nuestra luz, no nuestras tinieblas, lo que nos atemoriza.

Nos preguntamos: ¿quién soy para ser brillante, maravilloso, talentoso y fabuloso? En realidad, ¿quién eres para no serlo? Sois los niños de Dios. Si actuáis de forma pequeña de nada le sirve al mundo.

No es un acto iluminado encogerse para que las otras personas a vuestro alrededor no se sientan inseguras. Hemos nacido para manifestar la gloria de Dios que se halla en nosotros. No en algunos de nosotros; está en todos. Y, cuando permitimos que nuestra propia luz brille, inconscientemente le damos permiso a la otra gente para que haga lo mismo. A medida que nos liberamos de nuestro propio temor, nuestra presencia automáticamente libera a los demás.

En el día de hoy, mediante nuestra presencia aquí y a través de las celebraciones que tienen lugar en otras partes de nuestro país y del mundo, damos esplendor y esperanza a la libertad recién conquistada. De la experiencia de una catástrofe humana de tan grandes proporciones que ha durado tanto tiempo debe nacer una sociedad que haga sentir orgullosa a la humanidad entera.

Nuestros comportamientos diarios como sudafricanos de a pie deben dar lugar a una auténtica realidad sudafricana que reafirme la creencia del ser humano en la justicia, refuerce su confianza en la nobleza del alma humana y aliente nuestras esperanzas de una vida espléndida para todos. Todo esto nos lo debemos a nosotros mismos y se lo debemos también a los pueblos del mundo que hoy se encuentran aquí tan bien representados.

Sin la menor vacilación digo a mis compatriotas que estamos íntimamente arraigados en el suelo de este hermoso país, igual que lo están los célebres jacarandás de Pretoria y las mimosas del Bushveld. Cada vez que uno de nosotros pisa el suelo de esta tierra, experimenta una sensación de renovación personal. El clima de la nación cambia a medida que lo van haciendo también las estaciones. Una sensación de júbilo y euforia nos conmueve cuando la hierba se torna verde y se abren las flores.

Esta unidad espiritual y física compartida con esta patria común explica el profundo dolor que alberga nuestro corazón cuando vemos cómo nuestro país se rompía en pedazos debido a un conflicto terrible, al verlo rechazado, proscrito y aislado por el resto de pueblos del planeta, precisamente por haberse convertido en la sede universal de la ideología racista y la práctica perniciosa de la opresión racial.

Nosotros, el pueblo sudafricano, nos sentimos satisfechos de que la humanidad nos haya acogido de nuevo en su seno; de que nosotros, que hasta hace poco tiempo estábamos proscritos, hayamos recibido hoy el privilegio de convertirnos en los anfitriones de las naciones del mundo en nuestro propio territorio. Agradecemos a todos nuestros distinguidos huéspedes internacionales el que hayan acudido a esta toma de posesión, junto con nuestro pueblo, de lo que es, a fin de cuentas, una victoria común de la justicia, de la paz y de la dignidad humana.

Confiamos en que continuarán ofreciéndonos su apoyo a medida que nos enfrentemos a los retos de la construcción de la paz, la prosperidad, la democracia y la erradicación del sexismo y del racismo.

Apreciamos sinceramente el papel que ha desempeñado nuestro pueblo para lograr este desenlace así como el de sus líderes políticos y religiosos, la juventud, los empresarios y muchos otros, tanto hombres como mujeres. De entre todos ellos, mi segundo vicepresidente, el honorable F. W. de Klerk, es uno de los más significativos.

También nos gustaría rendir tributo a nuestras fuerzas de seguridad, a todos sus efectivos, por el destacado papel que han desempeñado en el desarrollo de nuestras primeras elecciones democráticas, así como de la transición a la democracia, protegiéndonos de fuerzas sanguinarias que continúan negándose a ver la luz.

Ha llegado el momento de curar las heridas. El momento de salvar los abismos que nos dividen. Ha llegado el momento de construir. Al fin hemos logrado la emancipación política. Nos comprometemos a liberar a nuestro pueblo del persistente cautiverio de la pobreza, las privaciones, el sufrimiento, la discriminación de género así como de cualquier otra clase.

Hemos logrado dar los últimos pasos hacia una libertad que vivimos en relativas condiciones de paz. Nos comprometemos a construir una paz completa, justa y perdurable. Hemos triunfado en nuestro intento de implantar la esperanza en el seno de millones de compatriotas. Contraemos el compromiso de construir una sociedad en la que todos los sudafricanos, sean negros o blancos, puedan caminar con la cabeza bien alta, sin miedo en el corazón, seguros de contar con el derecho inalienable a la dignidad humana: una nación que esté en paz consigo misma y con el mundo.

Como muestra de este compromiso de renovación de nuestro país, el nuevo gobierno provisional de unidad nacional, por la necesidad urgente que implica, aborda la cuestión de la amnistía para los conciudadanos de diversa condición que actualmente se encuentran cumpliendo condena.

Dedicamos el día de hoy a todos los héroes y las heroínas de este país y del resto del mundo que se han sacrificado de numerosas formas y

han ofrecido sus vidas para que pudiéramos ser libres. Sus sueños se han hecho realidad. La libertad es su recompensa.

Me siento también humilde y agradecido por el honor y el privilegio que el pueblo sudafricano me ha conferido al elegirme como primer presidente de una Sudáfrica unida, democrática, no racista y no sexista, con el fin de conducir a nuestro país más allá de este valle de oscuridad.

Aun así, somos conscientes de que el camino hacia la libertad no es sencillo. Sabemos que ninguno de nosotros puede lograr el éxito actuando en solitario. Por consiguiente, debemos actuar en conjunto, como un pueblo unido, para lograr la reconciliación nacional y la construcción de la nación, para alentar el nacimiento de un nuevo mundo. Que haya justicia para todos. Que haya paz para todos. Que haya trabajo, pan, agua y sal para todos. Que cada uno de nosotros sepa que todo cuerpo, toda mente y toda alma han sido liberados para que puedan sentirse realizados.

Que nunca jamás vuelva a suceder que esta hermosa tierra experimente la opresión de los unos sobre los otros, ni que sufra la humillación de ser la escoria del mundo. Que impere la libertad. El sol jamás se pondrá sobre un logro humano tan esplendoroso.

Que Dios bendiga África.

Muchas gracias.

¿QUÉ ES LA INDIFERENCIA?

LA MIRADA, LA ACCIÓN



Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncadas acompañados de golpes que se daban a sí mismos en medio de su desesperación, producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

—Maestro, ¿qué es lo que oigo y qué gente es ésta, que parece dominada por el dolor?

Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio; están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso, pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que podrían reportar a los demás culpables.

Y yo repuse:

—Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto? A lo que me contestó:

—Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo y tanto la misericordia como la justicia los desprecian.

Este es el castigo que brinda la imaginación de Dante Alighieri (c.1265-1321) a los *indiferentes* en el Infierno (Canto III) de su Divina Comedia. No podemos saber si el Infierno en verdad existe, mucho menos si Dante tenía razón en describir así el castigo propinado a quienes no habían inclinado su vida ni al bien ni al mal. De lo que sí podemos estar seguros es del daño que ha causado a lo largo de la historia la actitud indiferente de los individuos.

Eliezer Wiesel (1928), Premio Nobel de la Paz (1986), ha sido un auténtico mensajero por la acción humana a favor de la reconciliación y la

dignidad, pero sobre todo ha sido un incansable mensajero por la erradicación de la indiferencia en el mundo. A primera vista podría ser un sobreviviente más de la tragedia ocasionada por el régimen nazi conocida como el Holocausto. Sin embargo, esta consideración sería no sólo subestimar las dimensiones de uno de los episodios más terribles y vergonzosos de la historia sino la labor de un hombre que, con su actitud hacia el mundo, ha querido siempre hacer la diferencia.

Con el número A-7713 tatuado en uno de sus brazos, no ha cesado de alzar su voz contra la violencia, la discriminación y el genocidio en cualquier parte que desdichadamente pueda escenificarse. Recientemente, se ha destacado por su labor en rechazo a las acciones del gobierno de Sudán que ha traído como consecuencia inefable la tragedia de Darfur, episodio que para Wiesel no tiene justificación, razón, ni sentido en un mundo en el que debe privar el gesto de reconocimiento del otro, la comprensión de lo diferente y el goce de la diversidad.

No obstante, la mayor de las tragedias asociadas a Darfur, Rwanda o Armenia, así como a la llamada “solución final del problema judío” en la Alemania nazi, no resulta en las acciones de quienes optan por el mal como su camino de vida, sino en la inacción de quienes se conformaron con mirar a la distancia los juegos pirotécnicos del choque brutal contra vidas humanas cuyos derechos eran simplemente ignorados. De este modo lo expresa Wiesel en el discurso que hemos escogido para presentarles aquí, el cual fue pronunciado el 12 de abril de 1999, en la Casa

Blanca, como parte de las *Millenium Lectures* organizadas por el entonces Presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton y la Primera Dama, Hillary Rodham Clinton.

“La indiferencia puede tentar, incluso más que eso, seducir.” No se equivoca Wiesel al expresarse así cuando, en el último aliento del siglo XX, aun pueden recorrerse los periódicos de todo el orbe con tristes reseñas sobre la poderosa fuerza de la indiferencia. Sombrío es además el panorama que retrata la inhumanidad del hombre dibujada en su actitud indiferente. Esa que “reduce al otro a una abstracción”, que bosqueja ante la mirada del indiferente un mundo ajeno al dolor, al sufrimiento, a la desesperación...

Grave es incluso pensar que podríamos llegar no sólo a ser indiferentes en nuestro diario comportamiento, fortaleciendo con ello las situaciones injustas y denigrantes para otros seres humanos, sino que justifiquemos los acontecimientos del pasado y del presente a través de la idea de un *espíritu del tiempo* (*Zeitgeist*) que arroparía a los individuos, inutilizándoles la razón y dejándoles poco para decidir fuera de la concepción abstracta de un momento histórico de cuyas características sería imposible escapar. Si el *espíritu del tiempo* empuja a los hombres a comportarse de una manera extraordinaria, convirtiéndose en genios innegables como Ludwing van Beethoven, también empujaría a los hombres a actuar como verdaderos monstruos y Adolf Hitler, Josep Stalin y Pol Pot serían tres de ellos.

En este panorama, ni Hitler ni Stalin ni Pot tendrían ninguna responsabilidad sobre los

hechos que se les endilgan, pues el *espíritu del tiempo* en el que vivieron cargaría con toda. Habría sido para ellos inevitable no actuar como lo hicieron y, peor aun, todas aquellas personas que no hicieron absolutamente nada para evitar las tragedias derivadas tampoco habrían podido actuar de otro modo, porque también el *espíritu del tiempo* les habría estimulado a ser indiferentes.

El valor de la decisión de cada individuo es poco frente al omnipotente poder del *espíritu del tiempo* que a los historiadores hegelianos tanto les agrada emplear para explicar el devenir histórico. Es inadmisible aceptar que los individuos seríamos únicamente marionetas que danzan al antojo de un determinado *espíritu del tiempo* y que no podríamos sino movernos al ritmo de los hilos que nos atarían a él.

Cada ser humano, en su existencia individual, tiene completa responsabilidad sobre sus decisiones, sobre sus acciones y sobre sus pensamientos. Sin negar las muchas y muy variadas influencias que puedan afectarle, al final, la decisión es suya y de nadie más. Seguir a Hitler fue la decisión de muchos, como también fue decisión de muchos no hacerlo. En este sentido ha sido nuestra decisión volver la mirada a un lado, cerrar los ojos y olvidar que otros en el mundo son rechazados por sus creencias religiosas, son maltratados por su condición sexual, son asesinados por su raza o por expresar su pensamiento. Al hacer tal cosa, debemos saberlo, somos tan responsables como el que rechaza, maltrata y elimina al otro. Nuestra responsabilidad individual no desaparece al escoger ser indiferentes.

Wiesel lo expresa claramente: “La indiferencia beneficia siempre al agresor, nunca a su víctima...” Así pues, nos convertimos en agresores cuando el sufrimiento nos es ajeno por decisión propia, cuando la vida se convierte en un espectáculo que concluye episódicamente cada vez que apagamos el televisor, que cerramos el periódico del día o que nos internamos en un delicioso libro apartando con el brazo la agonía del aquel que no encuentra el aliento de la esperanza en la mirada del extraño que sería capaz de reconocerle como ser humano.

¿QUÉ ES LA INDIFERENCIA?, 1999
ELI WIESEL

Señor presidente, señora Clinton, miembros del Congreso, embajador Holbrooke, excelencias, amigos:

En el día de hoy, hace cincuenta y cuatro años, un joven muchacho de origen judío procedente de una pequeña ciudad en las montañas de los Cárpatos despertó, no lejos de la Weimar del querido Goethe, en un lugar para siempre infame llamado Buchenwald. Estaba finalmente libre, pero no había alegría en su corazón. Pensó que no le volvería a ocurrir.

Liberado un día antes por los soldados americanos, recuerda su rabia por lo que vio. E incluso si él vive para llegar a ser anciano, siempre estará agradecido por esa rabia, y también por su compasión. Aunque él no entendía su lengua, sus ojos le mostraron lo que él necesitaba saber, lo que ellos, también, recordarán, y serán testigos.

Y ahora, me encuentro ante usted, señor presidente —comandante en jefe del ejército que me liberó— y estoy henchido con una profunda e intensa gratitud hacia el pueblo americano.

Gratitud es una palabra que aprecio. La gratitud es lo que define la humanidad del ser humano. Le estoy agradecido a usted, a Hillary —o señora Clinton— por sus palabras, y por lo que usted está haciendo por los niños del mundo, por los sin hogar, por las víctimas de la injusticia, las víctimas del destino y de la sociedad. Y les agradezco que me permitan estar aquí.

Nos encontramos en el umbral de un nuevo siglo, un nuevo milenio. ¿Cuál será el legado de este siglo que desaparece? ¿Cómo será recordado en el nuevo milenio? Con toda probabilidad, será juzgado severamente, tanto en términos morales como metafísicos. Estas faltas han echado una sombra oscura sobre la humanidad: dos guerras mundiales; incontables guerras civiles; una cadena incontable de asesinatos sin sentido —Gandhi, los Kennedy, Martin Luther King, Sadat, Rabin— baños de sangre en Camboya y Nigeria, India y Pakistán, Irlanda y Ruanda, Eritrea y Etiopía, Sarajevo y Kosovo; la inhumanidad en el gulag ruso y la tragedia de Hiroshima. Y, en un nivel diferente, por supuesto, Auschwitz y Treblinka. A tanta violencia, una mayor indiferencia.

¿Qué es la indiferencia? Etimológicamente, la palabra significa «ninguna diferencia». Un estado extraño y artificial en el cual las líneas velan entre la luz y la oscuridad, el anochecer y el amanecer, el crimen y el castigo, la crueldad y la compasión, lo bueno y lo dañino.

¿Cuáles son entonces sus cursos y sus consecuencias ineludibles? ¿Es una filosofía? ¿Existe una filosofía concebible de la indiferencia? ¿Puede existir posiblemente una indiferente visión como virtud? ¿Es necesario practicarla de forma ocasional simplemente para guardar la compostura, vivir normalmente, gozar de una comida exquisita con un vaso de vino, mientras alrededor nuestro el mundo sufre terribles experiencias agitadoras?

Por supuesto, la indiferencia puede tentar, incluso más que eso, seducir. Es mucho más fácil mirar lejos a las víctimas. Es tanto más fácil evitar tales interrupciones groseras para nuestro trabajo, nuestros sueños, nuestras esperanzas. Es, después de todo, torpe, una inconveniencia, estar implicado en el dolor y la desesperación de otra persona. Todavía, para la persona que es indiferente, su vecino no tiene ninguna consecuencia. Y, por lo tanto, su vida carece de sentido. Sus preocu-

paciones o, incluso, sus angustias visibles no tienen interés. La indiferencia reduce lo otro a una abstracción.

Allí, detrás de las negras puertas de Auschwitz, los más trágicos de todos los presos eran los llamados *Muselmanner*. Envueltos en sus mantas raídas, se sentaban en el suelo, mirando fijamente con la mirada perdida el espacio, inconscientes de quiénes eran o dónde estaban, extraños para quienes les rodeaban. No sentían el dolor, el hambre, la sed. No temían nada. No sentían nada. Estaban muertos y no lo sabían.

Enraizado en nuestra tradición, algunos de nosotros nos sentimos abandonados por la humanidad. Sentíamos que ser abandonados por Dios era peor que ser castigados por él. Era mejor un dios injusto que indiferente. Para nosotros ser ignorados por Dios era un castigo más doloroso que ser una víctima de su cólera. El hombre puede vivir lejos de Dios, no fuera de Dios. Dios está dondequiera que nosotros estemos. ¿Incluso en el sufrimiento? Incluso en el sufrimiento.

En cierto modo, ser indiferente a este sufrimiento es lo que hace que el ser humano sea inhumano. La indiferencia, después de todo, es más peligrosa que la cólera y el odio. La cólera puede ocasionalmente ser creativa. Uno escribe un gran poema, una gran sinfonía, uno hace algo especial por la humanidad porque está enojado con la injusticia de la que es testigo. Pero la indiferencia nunca es creativa. Incluso del odio se puede obtener, ocasionalmente, una respuesta. Uno se enfrenta a él. Uno lo denuncia. Uno lo desarma. De la indiferencia no se obtiene ninguna respuesta. La indiferencia no tiene respuesta.

La indiferencia no es un principio, es un final. Y, por lo tanto, la indiferencia es siempre el amigo del enemigo, beneficia al agresor, nunca a su víctima, cuyo dolor se magnifica cuando él o ella se siente olvidado. Para el preso político en su celda, para los niños hambrientos, para los refugiados sin hogar..., no responder a sus apuros, no relevar su soledad ofreciéndoles una chispa de la esperanza supone exiliarlos de la memoria humana. Y denegando su humanidad nos traicionamos a nosotros mismos.

La indiferencia, entonces, no sólo es un pecado, es un castigo. Y ésta es una de las lecciones más importantes de los vastos experimentos de este siglo que nos deja, en lo bueno y en lo malo.

Del lugar de donde vengo, la sociedad se componía por simples tres categorías: los asesinos, las víctimas y los bastardos. Durante las épocas más tenebrosas, en el interior de los guetos y los campos de exterminio —estoy agradecido de que la señora Clinton haya mencionado que ahora conmemoramos este acontecimiento, este período, que ahora nos encontramos en el Día del Recuerdo— nos sentíamos abandonados, olvidados. Todos nos sentíamos así.

Y nuestro único y miserable consuelo era que creímos que Auschwitz y Treblinka eran secretos celosamente guardados; que los líderes del mundo libre no sabían lo que ocurría detrás de esas puertas negras y esos alambres de púas; que no tenían ningún conocimiento de la guerra contra los judíos que había emprendido el ejército de Hitler y sus cómplices como parte de la guerra contra los aliados.

Si hubiesen sabido lo que pensábamos, seguramente esos líderes habrían movido cielo y tierra para intervenir. Habrían hablado entonces con coraje y convicción. Habrían bombardeado las vías de tren que conducían a Birkenau, sólo las vías y apenas una vez. Ahora sabemos, hemos aprendido y descubierto que el Pentágono lo sabía y que el Departamento de Estado lo sabía. Y también el entonces ilustre ocupante de la Casa Blanca, que era un gran líder —y lo digo con cierta angustia y dolor, porque hoy se cumplen exactamente cincuenta y cuatro años de su muerte—, Franklin Delano Roosevelt fallecido el 12 de abril de 1945, que está muy presente en mí y en todos nosotros.

No hay ninguna duda de que fue un gran líder. Él movilizó al pueblo americano y al mundo, entrando en la guerra, movilizándolo en América a centenares y millares de soldados valerosos y entregados para luchar contra el fascismo, para luchar contra la dictadura, para luchar contra Hitler. Y muchos de esos jóvenes cayeron en la batalla. Y, sin embargo, su imagen en la historia judía —debo decirlo— está dañada.

La triste historia del Sant Louis es un ejemplo. Hace sesenta años, el cargamento humano —tal vez mil judíos— fue devuelto a la Alemania nazi. Y eso sucedió poco tiempo después de que tuviera lugar la Noche de los Cristales Rotos, después de que el primer estado patrocinara el *pogrom*, con centenares de tiendas judías destruidas, sinagogas incendiadas y miles de personas enviadas a los campos de concentración.

Esa nave, anclada a las orillas de Estados Unidos, recibió la orden de regresar a su punto de partida.

No lo comprendo. Roosevelt era un buen hombre, con corazón. Él entendía a los que necesitaban ayuda. ¿Por qué no permitió que esos refugiados desembarcaran? A miles de personas, en América, un gran país, la democracia más grande, la más generosa de todas las nuevas naciones en la historia moderna. ¿Qué sucedió? No lo comprendo. ¿Por qué la indiferencia, al nivel más alto, al sufrimiento de las víctimas?

Pero entonces, había seres humanos que eran sensibles a nuestra tragedia. Esos no judíos, esos cristianos, que llamamos los «Buenos Gentiles», salvaron el honor de su fe con sus actos de heroísmo. ¿Por qué eran tan pocos? ¿Por qué había un mayor esfuerzo en salvar a los asesinos de las SS después de la guerra que salvar a sus víctimas durante la guerra?

¿Por qué algunas de las corporaciones más grandes de América continuaron haciendo negocio con la Alemania de Hitler hasta 1942? Se ha sugerido, y fue documentado, que el Wehrmacht no habría podido conducir su invasión de Francia sin el aceite obtenido del abastecimiento de los americanos. ¿Cómo puede uno explicar su indiferencia?

Sin embargo, amigos, las cosas buenas también han sucedido en este siglo traumático: la derrota del nazismo, el colapso del comunismo, el renacimiento de Israel en su asentamiento ancestral, el desmoronamiento del *apartheid*, el tratado de paz de Israel con Egipto, el acuerdo para la paz en Irlanda. Y déjenme que les recuerde la reunión, completada con gran drama y emoción, entre Rabin y Arafat, que usted, señor presidente, convocó en este mismo lugar. Yo me encontraba aquí y nunca me olvidaré de él.

Y, por supuesto, la decisión conjunta de Estados Unidos y la OTAN de intervenir en Kosovo y salvar a esas víctimas, a esos refugiados, desarraigados por un hombre que creo que, por haber cometido esos crímenes, debe ser enjuiciado por crímenes contra la humanidad. Pero esta vez, el mundo no permanece en silencio. Esta vez, tenemos respuestas. Esta vez, intervenimos.

¿Significa que hemos aprendido a partir del pasado? ¿Significa que la sociedad ha cambiado? ¿Hemos logrado que el humano llegue a ser

menos indiferente y más humano? ¿Realmente hemos aprendido de nuestras experiencias? ¿Somos menos insensibles al sufrimiento de las víctimas de limpieza étnica y otras de formas de injusticia en lugares más cerca o lejos de nosotros? ¿Se justifica todavía hoy la intervención en Kosovo, liderada por usted, señor Presidente, como última advertencia de que nunca más la deportación, la terrorización de los niños y de sus padres será permitida en ningún rincón del mundo? ¿Desalentará a otros dictadores en otras tierras a hacer lo mismo?

¿Qué podemos decir acerca de los niños? Oh, los vemos en la televisión, leemos sobre ellos en la prensa, y se nos parte el corazón. Inevitablemente, su sino es siempre el más trágico. Cuando los adultos inician la guerra, los niños perecen. Vemos sus caras, sus ojos. ¿Oímos sus súplicas? ¿Sentimos su dolor, su agonía? Cada minuto uno de ellos fallece a causa de la enfermedad, la violencia o el hambre. Algunos de estos sufrimientos, o mejor dicho, muchos de ellos, podrían ahorrarse.

Y por eso, de nuevo, pienso en aquel muchacho judío joven procedente de los Cárpatos. Él acompaña al hombre viejo en que me he convertido a través de estos años de búsqueda y de la lucha. Y juntos caminamos hacia el nuevo milenio, llevados por un miedo profundo y una esperanza extraordinaria.

"El ragtime fue la fanfarria para el siglo XX."

Russell Lynes

"Todo se está convirtiendo en ciencia ficción.
Desde los márgenes de una literatura casi invisible
ha surgido la intacta realidad del siglo XX."

J. G. Ballard

"La publicidad ha hecho más para ocasionar
perturbaciones sociales del siglo XX
que cualquier otro factor."

Clare Boothe Luce

"Del siglo XX en adelante, la gente ha tenido
la libertad de expresarse a sí misma y su
individualidad, y la moda es una de las vías
fundamentales para ello. Hombres y mujeres son
igualmente capaces de expresarse a través de ella."

Tadao Ando

"La belleza de las ecuaciones de Einstein es tan real
como la belleza de la música. En el siglo XX hemos
aprendido que las ecuaciones que funcionan tienen
armonía interior."

Edward Witten

"Si el siglo XX nos enseñó alguna cosa, eso es a ser
cuidadosos acerca de lo que llamamos imposible."

Charles Platt

"La vida en el siglo XX es como un salto en paracaídas:
debes hacerlo bien la primera vez."

Margaret Mead

"Con todo, no me habría perdido este siglo [XX]
por nada del mundo."

Gore Vidal

